



*i Préstame tu
calore!*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 8

¡Préstame tu calor!

Serie Préstame 8

Iris Boo

1ª edición: DICIembre 2019

© Iris Boo

Diseño de cubierta: Iris Boo

Iris Boo

iris.boowriter@gmail.com

IBIC: FR FA 2ADS

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

¡Préstame tu calor!

Serie Préstame 8

Prólogo

Alex

Siento el frío de la pared en la espalda, pero no me voy a mover. En mi vida he aguantado cosas peores, y un poco de frío no me va a apartar de mi objetivo, que es cuidar de ella. Los dos estamos sentados en el suelo, su pequeña figura entre mis piernas y mis brazos rodeando su cuerpo. De los dos, soy yo el que aporta el calor, porque ella está fría y eso es culpa mía. Estábamos allí por mi culpa, siempre es por mi culpa y no puedo hacer nada más para arreglarlo. Ahora mi calor es lo único que tengo para ofrecerla, lo único que necesita de mí, lo único bueno que puedo darle.

Nunca debí meterla en mi vida, mi complicada y peligrosa vida, pero no pude evitarlo. Hacía demasiado tiempo que nadie provocaba mi curiosidad. Nadie me ha sorprendido como lo ha hecho ella, nadie ha tocado mi interior de la manera en que lo ha hecho ella, no desde hace demasiados años.

La aprieto un poco más contra mi pecho y ella deja caer su cabeza bajo mi barbilla. No puedo decirle que todo va a ir bien, porque ya nada está en mis manos, y me odio por eso. Ella es la única que merece salir viva de aquí y voy a hacer lo que sea para conseguirlo. Antes de conocerla, la única vida que me importaba era la mía, pero eso ha cambiado. Ahora su vida es más importante, ella es más importante, y no me importa pagar el precio que ese desgraciado ha puesto, porque no son más que cosas, son posesiones, es dinero, y la mayoría está manchada de sangre.

—¿Tienes frío?

—Solo un poco. —Está helada, pero nunca dirá que se encuentra mal, es una superviviente y está acostumbrada a la vida dura. Yo solo quería darle lo que necesita, lo que debe tener, lo que merece. Pero la estoy haciendo pagar un precio demasiado caro, un precio que estoy dispuesto a pagar en su nombre.

Sé que ninguno de los dos va a poder dormir, pero no por ello voy a dejar de insistir en que ella lo haga.

—Duerme un poco. Necesitamos descansar para mañana.

—Lo intentaré. —Una pequeña sonrisa se dibuja en mi cara, ella es así, no sabe decir que no, intenta complacer a todo el mundo.

Mueve la cabeza, buscando una posición más cómoda, haciendo que el olor que desprende su pelo llegue a mí con fuerza. Siempre ha olido bien, pero ahora es mejor, ahora he llenado su baño con productos de buena calidad, productos que cuidan de ella, que le dan lo que todas las mujeres necesitan. Cojo su mano y deslizo mis dedos por su piel. Ya no está tan roja, está más suave, y estoy feliz de haberle dado eso. Sus manos eran un desastre cuando la conocí, pero ella no se quejaba, solo seguía trabajando con ellas.

—Alex.

—¿Sí?

—No ha sido culpa tuya. —Me sorprende cuando hace esas cosas. Es como si tuviese un sexto sentido para detectar lo que necesito, como liberarme de la culpa.

—No estarías aquí si no fuera por mí.

—No fuiste tú quien lo provocó, él actuó por voluntad propia.

—¿Intentas hacer que me sienta mejor?

—Partirle la cara haría que te sintieses mejor. Yo solo te digo lo que no eres capaz de ver.

—No es todo tan simple.

—Yo creo que sí, tú eres el que lo complica.

Sería tan fácil ver la vida como lo hace ella... A veces pienso que precisamente por ello me gusta. Tiene un don para ver la simplicidad de todo, por eso siempre encuentra soluciones con rapidez. Puede que no sean las mejores, pero la llevan al paso siguiente. Ella avanza, siempre avanza. Del pasado solo se queda con lo justo. Como ella dice, solo lleva consigo las cosas que va a necesitar. No llora por lo que ha perdido, da gracias por haberlo tenido, por haberlo disfrutado, da igual que sean personas o cosas, ella conserva el recuerdo y con él sigue su camino. Esa es la gran lección que me ha dado. He pasado 10 años aferrado al pasado, cargando con una enorme losa a mis espaldas, impidiéndome ver más allá de mi propio dolor, impidiéndome avanzar como persona. Sí, he conseguido mucho, pero ella me ha demostrado que no sirve de nada. Ha cambiado mi manera de ver el mundo.

Capítulo 1

—¿Sabes quién es Alex Bowman?

—Todo el mundo sabe quién es Alex Bowman, muñeca.

—Pues si me tocas lo lamentarás.

—¿Ahora es cuando me dices que eres su chica? Él se acuesta con muchas mujeres, muñeca, pero no movería un dedo por ninguna de ellas. Te usa y te olvida.

—Si me tocas lo lamentarás, porque es mi primo.

—¿Tu primo?! —Vi la duda en su cara, y por primera vez desde que supe que alguien venía a por mí, vi un rayito de luz al final del túnel. Tenía que seguir por ahí, darle credibilidad a lo que decía y, tal vez, conseguir el tiempo suficiente para salir de allí.

—Alex Bowman no tiene familia.

—¿Estás dispuesto a jugarle el cuello por ello? —Dejé el miedo de lado y recordé lo que me dijo el abuelo. Saca el miedo fuera o acabará matándote. Y es lo que hice, estiré el cuello, alcé la barbilla desafiante e hinché el pecho. Mi seguridad contra su vacilación, desafío contra su miedo. Si lo conseguía, saldría viva de allí.

—No voy a caer en esa trampa, muñeca.

—Tú elijes. Tócame y serás un muerto esperando a que lo entierren. Ya conoces a Alex, ¿verdad? No tengo que decirte lo que hará contigo. —En ese momento, cuando sentí su incertidumbre y sus manos reducir su agarre sobre mí, supe que era mío. Tenía dos opciones, golpearlo y correr —con lo que tampoco llegaría muy lejos— o seguir con el juego y conseguir salir ileso de ese callejón.

—Alex no tiene familia.

—Esta vez has metido bien la pata. ¿Aprecias tus bolas? —Noté la gota de sudor que empezaba a resbalar por su frente y de una sacudida se apartó de mí.

—Yo... yo no te he hecho nada, no te he tocado.

—¿A quién crees que va a creer, a ti o a mí?

—Si te mato, no dirás nada. —No vaciles Palm, si lo haces, apretará esa maldita navaja hasta rebanarte el cuello, como ha hecho con ese maldito gilipollas; ya viste cómo lo trinchaba.

—Puedes hacerlo, pero ¿qué crees que hará Alex contigo cuando te encuentre? —El tipo lo meditó unos segundos y al final decidió que quería seguir viviendo un poco más. Dio un paso atrás y remató la jugada.

—Será mejor que te largues. —Asintió, miró al chico sangrando contra el contenedor de basura y echó a andar. Lo seguí con la mirada y no me moví hasta que vi su sombra desaparecer en la esquina del callejón. Entonces caminé deprisa hacia el chico y comprobé su estado. Sangraba mucho, pero seguía vivo.

—Tranquilo, pediré ayuda. —Cogí mi delantal, lo enrollé y presioné con la tela sobre la herida. Después, saqué el teléfono del bolsillo de mis vaqueros y marqué el número de emergencias.

Capítulo 2

—¿Te encuentras bien? —Levanté la vista hacia Susan y dejé el periódico sobre la barra de la cafetería. Lo único bueno del turno de mañana era que podía leer el periódico cuando aún tenía todas las hojas, antes de que abriéramos y el ajetreo del día empezara a volverme loca. Aunque implicaba sacar la basura. Odio sacar la basura, sobre todo desde lo de Johny.

—Cansada, pero eso no es nuevo ¿verdad?

—Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé, ¿cómo está John?

—Recuperándose. Creo que va a dejar de apostar durante una larga temporada.

—Eso espero. —Me terminé el café y pasé la hoja del periódico. Llevaba tres puñeteros días temblando de miedo mientras esperaba a que aquel cabrón regresara por la cafetería y terminara su trabajo, pero no lo hizo, y ahora sabía por qué. Su cara estaba en la foto del periódico. Era el fiambre que sacaron ayer de un contenedor de basura, cuatro manzanas más abajo. Eso me hizo dejar de temblar. Podía estar tranquila, el peligro había pasado.

—Termina rápido, los clientes llegan pronto hoy. —Cerré el periódico y lo doblé, al tiempo que cogía mi taza y me daba la vuelta para llevarla al fregadero.

—Vaya, ¡que me jodan!, ese es el mismísimo Alex Bowman en persona. —Entonces sentí que me ponían sobre la garganta algo más afilado que la navaja de aquel desgraciado. «Nadie juega con Alex Bowman». Todo el mundo sabía eso. «Tranquila Palm —me repetía, tenía que serenarme y pensar con claridad, el miedo era mi enemigo—. Puede estar aquí por cualquier razón, tendrá negocios cerca y la cafetería le pilla de paso». Porque era demasiada coincidencia que yo mencionara su nombre y tres días después él se presentara allí.

Vi a tres hombres entrar en la cafetería y no reconocí a ninguno de ellos. Podéis pensar que debería reconocer a Alex Bowman; pues no. No tenía ni idea de quién era. Que sea nueva en la ciudad no quiere decir que sea la única que no sabe quién es, hay gente que no lo conoce. Pero es como Justin Bieber, casi todo el mundo ha oído hablar de él, le conozcan o no. Y yo soy una de las que ha oído hablar de él. Recuerdo que fue a los dos días de empezar a trabajar aquí; uno de los clientes comentó que nadie juega con Alex Bowman, y lo dijo de tal manera que incluso a mí me dio miedo. Y ahora él estaba aquí. No, no sabía quién era de los tres, pero si tenía que apostar diría que era el primero que entró en la cafetería. No sé, su forma de caminar, la seguridad que irradiaba —como si nadie se atreviera a estornudar en su dirección— y aquella arrogancia de quien se sabe poderoso e indestructible. Y es que tenía un aspecto que... No me malinterpretéis, los dos tipos que lo acompañaban parecían dos asesinos bañados en acero galvanizado, pero el primer hombre... Era ver cómo estudiaba el local con su mirada y sentir que las rodillas empezaban a volverse gelatina. Caminó hasta el final de la barra para que su espalda estuviese contra la pared y no dando la bienvenida a los que entraban. Cogió un menú y empezó a ojearlo. Susan pasó a mi lado y fue a ocupar su sitio tras la barra. Yo cogí mi bayeta y me dispuse a repasar las mesas. Estaban limpias, pero algo me decía que era mejor mantenerme lejos de los peligros, y aquel hombre era el peligro con mayúsculas.

Alguien se sentó en la mesa que estaba repasando y al alzar la vista vi al tipo mirándome. Mi alarma de colisión empezó a sonar con fuerza. Dejé el contenedor de servilletas y aparté la bayeta con rapidez.

—Disculpe, enseguida estoy con usted. —Una ágil mano voló para atrapar mi muñeca, y eso

hizo que me inclinara y lo mirara directamente.

—Me gustaría hablar contigo, así que mejor siéntate, prima. —Tragué saliva, miré hacia los dos hombres que observaban desde la barra a una distancia prudencial, pero a todas luces nada interesados en desayunar. Así que me deslicé en el asiento frente a él y me preparé. Su mano me soltó, pero no abandonó la mesa.

—Bueno, ¿y qué tal está tu padre... madre? ¿De qué parte de la familia nos viene el parentesco?

—De ninguna.

—Vaya, entonces me habrán informado mal. Porque según tengo entendido, encontraría a mi prima aquí.

—Los dos sabemos que no es así.

—Ah, vaya. Entonces, dime cómo esa información errónea llegó a mis oídos. ¿A quién debo romperle los huesos por haber dicho esa mentira? —Bueno, ahí estaba yo, debatiéndome entre mentir y librarme —al menos de momento, lo justo para volver a salir huyendo— o afrontar mi responsabilidad y meterme en problemas por ello una vez más.

—Supongo que tendrás que rompérmelos a mí, fui yo quien lo dijo. —Su cuerpo se acercó más a mí y, aunque había una mesa en medio, sentí que el aire me faltaba. Sus ojos de hielo me perforaron el alma, haciendo que sintiera el frío crecer en mi interior.

—¿Por qué?

—¿Por qué lo hice? —El asintió con la cabeza, sin apartar su penetrante mirada de mí. Siempre he sido de esas personas que no han mantenido la mirada por mucho tiempo, llamadme tímida, miedica o lo que queráis, pero no podía hacerlo, no cuando me retaban a un duelo de poder como aquel. Mis ojos se perdieron en sus manos. Tenía manos grandes, fuertes, con dedos largos y uñas cuidadas. —Digamos que tenía pocas opciones de vivir, así que se me ocurrió jugármelo todo y lanzar un farol, como en el póker.

—Y funcionó.

—Aún respiro y usted está aquí, así que supongo que sí. —Él se recostó en el asiento pero no apartó sus ojos de mí, podía sentirlo. Volví a levantar la mirada y, efectivamente, seguían allí, pero parecía... ¿divertirse? Estuvimos en silencio un momento, hasta que al final me sentí más incómoda que asustada.

—¿Va a matarme o puedo seguir trabajando? —Un amago de sonrisa apareció en su rostro y por un momento llegué a pensar que era Lucifer. Evidentemente todos le tenían miedo, y era por algo, pero como decían las escrituras, Lucifer era el más hermoso de los ángeles. Y mierda si Alex Bowman no era hermoso, era un pedazo de hombre de esos que mojan bragas, si no estabas en su punto de mira y a punto de desaparecer de este mundo, claro.

—Café solo, doble. Y trae azúcar. —Asentí y empecé a levantarme de mi asiento. Lo miraba mientras lo hacía, mitad esperando que sacara una pistola y apretase el gatillo, y la otra mitad esperando que se riera de mí como un poseso.

Fui a la barra e hice el pedido, que Susan preparó con una celeridad pasmosa. Cuando regresé a la mesa con el café y el recipiente de azúcar, uno de los otros hombres estaba ocupando mi sitio. Dejé el café y miré al otro hombre.

—¿Le traigo algo? —El tipo alzó la ceja hacia su jefe y este asintió. Después el hombre me habló.

—Lo mismo, pero para llevar. —Miré hacia la barra y comprobé que el otro hombre tampoco estaba tomando nada.

—¿Le traigo algo a él? —Alex se giró hacia el tipo de la barra.

—¿Quieres llevarte algo, Jonas?

—Café con leche y sacarina. —Alex me miró de nuevo.

—¿Lo tienes?

—Sí. —Me giré de nuevo y caminé hacia la barra. Preparé el pedido para llevar con Susan y regresé a la mesa, al tiempo que algunos de los clientes habituales empezaban a llegar a la cafetería. Algunos se dieron cuenta de quién estaba sentado en la esquina del local y la mayoría optó por pasar desapercibidos, o mantenerse alejados, pero ninguno salió de la cafetería; seguro que un desaire como ese no le gustaría a Alex Bowman.

Le serví el pedido y me dirigí a atender las mesas del otro extremo. Cuando acababa de servir una de ellas, casi tropiezo con el imponente cuerpo de Alex. Le sostuve la mirada, ahora más segura de que terminaría mi turno de trabajo de una pieza.

—Espero que no vuelva a repetirse, prima.

—Puede contar con ello. —Alex asintió y abandonó el local. Me acerqué a la mesa para recogerla y encontré un billete de 20 sobre ella. Una buena propina para tres cafés. Debería haberme sentido feliz, estaba viva, de una pieza, y tenía una buena propina, pero no me serviría de mucho si tenían que hacerme un trasplante de corazón.

Capítulo 3

—Vaya, cuatro días seguidos. Esto se está convirtiendo en una costumbre. —Volví la cara para ver al grupo de Alex y sus hombres entrar de nuevo en la cafetería. Caminaron hasta su mesa, la cual estaba ocupada por un par de tipos. Se quedaron de pie ante ellos, sin decir nada. Pero los tipos eran listos, así que apuraron sus vasos, dejaron su desayuno como estaba, el dinero sobre la mesa y salieron zumbando. Me acerqué para recoger los restos, pero Alex ya tenía en su mano el dinero y la cuenta.

—Un poco ratas con la propina.

—Teniendo en cuenta que no han terminado el desayuno, no les culpo. —Alex sonrió y me tendió el dinero. Sí, habíamos llegado a un punto en el que él no me mataba por lo que yo soltaba por la boca, y yo le servía rápida y eficientemente.

Aún no entiendo cómo pude llegar a aquel punto de desfachatez, pero, eh, sentaba bien desafiar al peligro, sobre todo cuando comprendí que le divertía más que enfadaba.

Después de servirle su café y el de sus «amigos», normalmente se iban y me dejaban 20 encima de la mesa. No daban ningún problema, ni nadie se atrevía a darlos en su presencia. Es como un bar de esos en los que desayunan los policías, a ver quién es el tonto que va a atracar allí. Pues existen, no los bares de policía, los tontos; o tontas en este caso. Porque, a ver, no me considero una persona lista, como un ingeniero aeroespacial, pero cuando una chica lleva ropa de mujer fácil, ¿espera que la traten con respeto? Que, digo yo, una cosa es vestir para atraer a un hombre y otra muy distinta quitarle el embalaje a la mercancía e ir exhibiéndola por todo el vecindario. Bueno, el caso es que, como dije, las tontas existen y esa mañana una llegó a la cafetería. A ver, esto es Chicago y en mayo la media es de 15 °C; vamos, que no es para ir en sandalias de tacón y vestidos tan pequeños que le quedan justos a la muñeca Barbie de tu hermana. Pues ahí que se presentan dos chicas con una pequeña chaqueta que, aparte de mangas, tenía poca tela más. En otras palabras, que sus pechos no estaban totalmente expuestos al clima por alguna regla no escrita de la ciencia. Las chicas en cuestión entraron en la cafetería y, con una sonrisa de esas tan blancas que gritan «falsas» a kilómetros de distancia, se dirigieron a la mesa de Alex y compañía.

—Alex, cariño. No me has llamado. —Dejé la cafetera en su lugar y apoyé las manos sobre la barra. ¿Servir las mesas? La chica nueva podía apañárselas bien sin mí durante cinco minutos. Yo eso lo tenía que ver, porque algo me decía que iba a ser un espectáculo y, ¡eh!, el espectáculo lo llevo en la sangre. Algún día lo explicaré.

Alex se enderezó en su asiento y se apoyó relajadamente en el respaldo de su silla. Alzó una ceja y miró a las chicas que estaban frente a él.

—¿Debería haberlo hecho?

—Metí mi número en el bolsillo de tu chaqueta, ya sabes, hace cinco días.

—La verdad es que me suenas de algo, pero no recuerdo de qué.

—En el Diamonds, ya sabes... el reservado en la zona VIP.

—Echamos un polvo.

—Sí, dijiste que estuvo genial.

—Sí, siempre son geniales.

—¿Puedes decirle a tu amigo que nos haga sitio para sentarnos?

—¿Por qué? Así te veo bien. —Y como siempre hay algo que se tuerce, escuché un estruendo

de vasos al otro extremo de la cafetería. La nueva a punto de llorar y al menos tres vasos rotos en el suelo. Odiaba perderme aquello, pero tenía que rescatar a la chica, porque ese era mi trabajo, el que me daba de comer, pagaba el alquiler, etcétera, etcétera. Antes de que la pobre chica, Rita, metiera la mano en aquella trampa mortal, le agarré la mano.

—No, espera. Si metes la mano ahí, puedes cortarte. Ve a por la escoba y un recogedor. —Ella me miró y me agradeció sin palabras. Sí, es duro ser novata, lo sé muy bien, y no es porque a mí se me cayera una bandeja de vasos al suelo, tenía buen equilibrio y no me estoy tirando flores.

—Kevin, espera, no puedes pisar ahí. —Cogí al vuelo al pequeño e inquieto Kevin y lo senté de nuevo en su silla. Eso lo aprendí aquí, en la cafetería: «vigila a los niños, son inquietos, un problema con piernas».

—Ey, Kevin. ¿Puedes esperar un momento? Te enseñaré un truco, pero tendrás que prestar mucha atención.

—¿Qué truco?

—Verás... ¡Susan, naranja! —Susan me sonrió y lanzó una naranja por encima de la barra del bar, que aterrizó en mis manos.

—Bien, Kevin, ¿cuántas vueltas dará la naranja en mi mano antes de que se caiga? —Sí, lo tuve en el momento que entrecerró sus ojillos y se puso a pensar. Ahora solo date prisa, Rita, no se puede mantener a un niño entretenido con una simple naranja durante mucho tiempo. Cuando llevaba 12 vueltas, Rita ya había llegado con el recogedor y Kevin se estaba cansando de lo mismo, así que empecé a parar la naranja a mitad de camino, cambiar la trayectoria para que, en vez de pasar del dorso a la palma por el costado, rodara un par de veces por la punta de los dedos. Cuando Rita se levantó del suelo con todo el estropicio recogido, la naranja cayó a la mesa.

—Bueno, Kevin. Aquí tienes la naranja, tendrás que practicar para hacerlo tú. Y si quieres te digo un truco: tienes que estar sentado hasta que consigas dominarla. —Su madre me dedicó una agradecida sonrisa y me marché. Unos sollozos, casi gritos histéricos, me sobresaltaron; cuando pude mirar, vi un par de manchones salir de la cafetería.

—Siento el espectáculo. —Alex estaba parado ante mí, señalando con la cabeza a los manchones que se desvanecían por el ventanal.

—¿Bromeas? Esto es mejor que cualquier *reality* de la tele. —Alex sonrió mientras sacudía la cabeza y se encaminó hacia la puerta.

—Cuídate, prima. —Y desaparecieron los tres. Fui a la mesa, la limpié y guardé mi propina.

Capítulo 4

—Dos sándwiches de jamón y queso, un café con leche y un té con limón.

—Oído. —Susan pasó el pedido al cocinero mientras preparaba las bebidas.

—La tarde está un poco muerta.

—Pues parece que eso va a cambiar. —Miré a mi espalda, hacia el lugar que Susan señalaba con la mirada. Vi a Alex y uno de sus hombres según se acercaban deprisa y entraban en la cafetería. La cara que traían no era la de siempre, parecían... decididos. Eso ya era extraño, pero más fue el que no se dirigieran a su mesa de siempre, sino que uno de los hombres se quedara en la puerta de la cafetería, a un par de metros de Alex, que estaba... a mi lado. Su mano voló hacia mi brazo y empezó a tirar.

—Nos vamos.

—¿Eh? ¿Qué...? —Me imagino que no soy la única que empieza a resistirse cuando la arrastran sin su consentimiento, pero hacerlo contra Alex... era como luchar contra un tractor.

—¿Qué demonios ocurre?

—Por tu propia seguridad, será mejor que vengas conmigo.

—Pero... —Alex se detuvo en seco, se giró hacia mí y empezó a soltar los lazos de mi delantal de camarera.

—Escucha. Alguien que quiere hacerme daño te busca.

—¿Y por qué a mí?

—Porque eres mi prima, ¿recuerdas?

—Pero eso no es...

—Tú y yo lo sabemos, pero él no, y dudo mucho que la verdad lo detenga.

—Pero no puedo irme...

—Vas a hacerlo.

—Espera, mis cosas...

—Connor, encárgate de las cosas de Palm. —No esperó mi consentimiento, ni que le diera las llaves de mi taquilla, ni... Vi volar mi delantal sobre la barra, donde Susan lo recogió.

—Cuídate, Palm. —Salimos al exterior y, aunque me arrastraba a un paso bien rápido, sentí el frío en mis brazos. Es lo que tienen las camisetas de manga corta, que son apropiadas para el interior de una cafetería llena de gente, pero no para los escasos 10 grados de la calle. Me abracé instintivamente con mi brazo libre, intentando darme algo de calor. Nos detuvimos frente a un coche que estaba en marcha y Alex abrió la puerta. Estaba a punto de meterme dentro cuando soltó una maldición, se quitó la cazadora de cuero y me la puso por encima de los hombros. Estaba caliente y era tan grande que parecía que me había tragado un armario.

Cuando ambos estuvimos sentados, me fijé en el hombre que estaba al volante. Era el otro hombre de Alex, el que tomaba su café con sacarina, Jonas. Segundos más tarde, el otro abrió la puerta del acompañante y tomó asiento. Se giró y me tendió mi abrigo y mi mochila.

—Gracias. —Sí, soy educada, qué le voy a hacer. El coche empezó a moverse y nos alejamos de la cafetería.

—¿Tienes a alguien a quién avisar, una mascota que alimentar?

—Eh, no. ¿A dónde vamos?

—A un lugar seguro.

—Hasta ahí llego, pero me gustaría saber dónde está ese lugar seguro.

—Lo verás cuando lleguemos.

—A ver, me estás pidiendo que confíe en un desconocido que me saca de mi trabajo a la fuerza contándome una historia sobre un tipo que lo odia a él, pero que quiere hacerme daño a mí, y de la que se ha enterado por algún medio que no quiero cuestionar. ¿Y ni siquiera tienes la consideración de decirme a dónde me llevas? —Alex se giró hacia mí y, por primera vez desde que salimos de la cafetería, lo vi sonreír levemente.

—Esa boca tuya va a meterte en problemas un día de estos. No, espera, eso ya lo ha hecho.

—Perdona, pero yo más bien diría que estoy viva gracias a ella.

—Eso fue hace seis días. Hoy podrías haber acabado en varios trozos.

—Me gustan donde están todas mis piezas. —Alex me regaló una de esas inspecciones visuales que hacen los tíos a una chica y sonrió de una manera traviesa que solo podía traer problemas.

—Sí, mejor juntas.

No sé por qué esperaba que viviera en un apartamento de esos enormes, un *loft* o un ático. Sería influencia de los libros que leía en el sofá de la caravana mientras viajábamos. Sí, leí muchos de esos libros, porque otra cosa no hacía en el circo más que viajar. Ese es mi secreto, crecí en un circo. Pero, a lo que iba, llegamos a una zona de esas donde había casas enormes, separadas entre ellas por espacios cada vez más grandes. El coche se detuvo frente a una de esas verjas altísimas, que sorprendentemente se abrió con rapidez. El coche avanzó por una pendiente hasta llegar a una casa enorme, para nada antigua, sino moderna, aunque con ventanas pequeñas. Los hombres empezaron a salir del coche, salvo Jonas, y el otro de los hombres de Alex, Connor creo recordar, me abrió la puerta. Alex estuvo a mi lado casi de inmediato y, con su brazo sobre mis hombros, me guio dentro de la casa. ¡Por los anillos de Saturno! Aquella casa era increíble. Y yo que esperaba una casa como la de Vito Corleone.

—Las habitaciones están arriba. Aquí abajo está la cocina y la sala de descanso, el gimnasio en la planta inferior. Si necesitas algo, pídenoslo a Connor o a mí. Ah, y no entres en el despacho. —Miré el reloj, era tarde, así que sería mejor cenar cualquier cosa e irme a la cama, porque algo me decía que no iba a obtener mucha conversación de ninguno de los tres.

—No sé cómo va el asunto de la cena por aquí, pero me gustaría comer algo.

—Cena... ¿Cómo andamos de comestibles, Connor? —Vi al hombre encogerse de hombros y caminar a lo que parecía una cocina abierta, solo que estaba separada por una enorme pared de cristal. Abrió uno de esos enormes refrigeradores de dos puertas y miró el interior con detenimiento.

—No es que haya mucho, jefe. Solemos comer fuera, ya sabes. —Sé que estaba siendo una curiosa, porque mi nariz estaba husmeando por encima del hombro de Connor; pero soy mujer, qué se le va a hacer.

—Si no sois muy exigentes, puedo preparar algo con eso —me ofrecí.

—Eh, ¿jefe?

—¿Podrías hacerlo? —preguntó Alex.

—No prometo que sea un manjar, pero se podrá comer.

—Podemos mandar a Jonas a buscar algo a la ciudad —sugirió Connor.

—No, mañana solucionaremos lo de la comida. Nos apañaremos con lo que sea. Hoy os quiero a los dos en la casa. —Cuando el jefe dice que no, es que no.

—De acuerdo, jefe —se conformó Connor.

—Adelante, Palm.

Bien, hora de hacer lo que mejor sé, apañarme con lo que haya. Llevo haciéndolo desde hace

demasiado tiempo, así que estoy acostumbrada a hacer pequeños milagros con lo que tenga. Revisé la nevera y saqué todos los restos de verduras que encontré, e incluso un trozo de queso. Rebusqué entre los armarios de la cocina y encontré una pequeña y casi desabastecida despensa. Estaba claro que allí no cocinaban mucho, ni estaban preparados para una «visita sorpresa». Encontré un puñado de espagueti y aceite de semillas. Saqué una olla grande y empecé a preparar mi sopa especial de restos; como los tres comensales a los que tenía que alimentar eran chicos muy grandes, preparé una buena cantidad.

—Mmm, huele muy bien.

—Ah, espero que también tenga buen gusto.

—¿Puedo probarla?

—Eh, claro... ¿Jonas?

—Si me das de comer, puedes llamarme como quieras.

—Ten cuidado, quema. —Vi al grandote tomar una pequeña cantidad con una cuchara, soplar con delicadeza y luego meterla con cuidado en la boca.

—Mmm, está muy bueno. ¿Haces esto a menudo? Cocinar, ya sabes.

—Bueno, solía hacerlo para 56 personas, pero eso dejé de hacerlo hace algunos años. Cuando cocinas solo para uno, al final acabas con un sándwich en vez de algo para comer con cuchara.

—Pues me alegro de que no hayas olvidado cómo hacerlo.

—Hay cosas que nunca se olvidan. Anda, ve a avisar de que la cena está lista.

—Primero te ayudaré a poner la mesa. Quizás con un poco de suerte, el queso atraiga a los ratones. —Sonreí, porque era precisamente eso lo que tenía en la mano y tenía intención de usarlo. Cuando tuvimos la mesa lista, Connor apareció por la puerta de la cocina.

—El jefe viene ahora. —Serví la sopa en unos cuencos y rayé un poco de queso encima de cada uno. Después, empecé a poner un cuenco sobre cada uno de los cuatro mantelitos individuales que había colocado Jonas. Alex apareció en el puesto a mi derecha casi en el momento en que estaba sirviendo su cuenco. No sé si era normal la manera en que miraba la sopa, pero no le di importancia. Total, la retenida allí era yo, así que era la única con derecho a poder enfadarme. Le vi sentarse, remover la cuchara dentro del cuenco, acercar la nariz, oler y finalmente decidirse a probar mi receta. Jonas y Connor no es que dijeran mucho, porque no paraban de sorber y cargar la cuchara de nuevo, sin perder el ritmo. Era divertido verles comer y, por sus caras, sospechaba que no solo era la primera vez que comían algo así, sino que además les gustaba.

—¿Puedo repetir? —Levanté la vista para ver el rostro de Connor mirándome expectante, mientras echaba un vistazo a su cuenco vacío. ¡Leches! Sí que comía deprisa ese hombre.

—Eh, sí, queda más en la olla —hice ademán de levantarme para servirle, pero él enseguida me detuvo.

—No te muevas, ya me sirvo yo. —Le vi coger el cazo y rellenar de nuevo su cuenco.

—¿Y cómo dices que se llama esto? —Levanté la vista para ver el rostro de Alex clavado en su cuenco, tomando cucharada tras cucharada, sin mirarme directamente.

—Minestrone. Es una típica receta de sopa italiana.

—Está buena.

—Qué casualidad que tuviéramos todos los ingredientes, ¿verdad, jefe?

—Bueno, los ingredientes son un poco libres, depende de la temporada. Yo solo lo he ajustado a lo que había en la nevera. —A veces, la mejor recompensa para una cocinera es que los comensales no digan nada, tan solo coman, y eso es lo que hicieron, comer todo lo que había en la olla.

Capítulo 5

Alex

Era increíble, la chica era increíble. Me la llevo de su trabajo con una pobre excusa y ella confía en mí, en mi palabra. Y no solo eso, nos hizo la cena. ¿Pero en qué mundo vivía esta mujer? Nunca en la vida alguien que había sido llevado en contra de su voluntad se había puesto a hacer la cena a sus captores, o secuestradores, o lo que seamos nosotros. Y ella lo hizo.

Me tenía confundido, desde el primer día que la vi supe que era diferente al resto. Cuando nuestro contacto en urgencias escuchó al chico ese decir que la prima de Alex Bowman lo había salvado, lo primero que hizo fue marcar nuestro número e informarnos de ello. Una prima. Nadie en esta ciudad, es más, en todo el estado, se atrevería a decir que era pariente mío. Todo el mundo sabía que todos estaban muertos. Nadie sobrevivió a aquella matanza, solo yo. Así que más que sorprendido, estaba cabreado. Nadie juega con la memoria de los muertos, y menos con los de un irlandés. Pero cuando la vi... No sé, ella era diferente. Y confesó, dijo la verdad. Y cuando explicó el porqué, la comprendí. Había sido valiente, o más bien, temeraria.

Pero lo que me pasmó fue su pregunta «¿Va a matarme, o puedo seguir trabajando?». Aquello me golpeó como un bate en plena cabeza. Tenía verdadera sangre fría. Y quise saberlo, quise averiguar cómo una mujer como ella, alguien que no parecía odiar al mundo, podía encarar a tipos como yo de esa manera. Por primera vez en muchos años había topado con un enigma que despertaba mi curiosidad, aunque iría con cuidado, mucho cuidado. Sobre todo, porque corría la voz de que el jefe de las Triadas Chinas en Chicago la andaba buscando o, más bien, buscaba a la prima de Alex Bowman.

Palm

—Espero que te sirva lo que te dejé para dormir. —Miré a Alex parado en el marco de la puerta. De ser otra persona, pensaría que le intimidaba, pero, ¡qué diablos!, era Alex Bowman, ese tipo jugaba a las cartas con el miedo todos los días.

—Está bien.

—Mañana mandaré a Connor a tu apartamento a recoger lo que necesites.

—Puedo ir con él y...

—¡No! Tú solo dile lo que necesitas y él se encargará de empacar y traerlo.

—Está bien. —Se giró y casi antes de que desapareciera tras la pared, escuché su voz por encima de su hombro.

—Que descanses.

—Gracias.

Y después se fue. No sé si en aquella casa tenían la costumbre de dejar las puertas abiertas, pero aunque estuviese así, sabía que nadie iba a molestarme. Caminé hacia el baño, me cepillé los dientes con un cepillo nuevo, me cambié a una camiseta enorme y unos pantalones de deporte y volví a la cama. Después de que se me cayeran los pantalones tres veces antes de alcanzar mi objetivo, decidí que la camiseta sería suficiente, al fin y al cabo, casi me llegaba a las rodillas. Había llevado vestidos más cortos. Me metí bajo el edredón y me hice una pequeña pelota, no porque tuviese frío, como en mi apartamento, sino porque me sentía pequeña. Todo allí era

enorme; la habitación era enorme, la cama era enorme, el ventanal era enorme y la tormenta que se vislumbraba en el horizonte también era enorme.

(...)

Nunca tuve miedo a los relámpagos, me gustaba verlos en el horizonte, sentir la tormenta descargar al otro lado del cristal... Los que no me gustaban eran los truenos que hacían temblar todo a mi alrededor. Sí, lo sé, para alguien que había vivido la mayor parte de su vida bajo una carpa, o en una caravana, expuesta a las inclemencias del tiempo, una tormenta era malas noticias. La tormenta dejaba todo encharcado, o peor, inundado. Los postes metálicos que sujetaban la carpa eran un imán para los rayos. Pero, aun así, era el único momento en que nadie podía exponerse, no se podía hacer nada, solo esperar a que pasara. Los que peor lo llevaban eran los animales y los que tenían que cuidarlos. Así es como aprendí que bajo la tormenta todos los animales son peligrosos, y que el frío está en todas partes. Por eso sentía frío siempre que había tormenta, daba igual la cantidad de mantas que me pusiera encima. Era cuando más echaba en falta papá. Él siempre me ponía su abrigo por encima y compartía su calor conmigo mientras esperábamos juntos a que la tormenta pasase. Pero él ya no estaba conmigo, solo me quedaba su recuerdo, y quizás eso fue lo que me hizo soñar con él, con su calor reconfortante, con su forma de besar mi cabeza y decirme «pronto pasará, pequeña». Solo con eso me sentí bien.

Alex

Hice mi última ronda por la casa antes de irme a la cama. Sí, soy un maniático desconfiado, por eso compruebo por mí mismo todo antes de darme por satisfecho. Sé que podía confiar en Connor y Jonas, dormíamos bajo el mismo techo desde hacía años, y estaba convencido de que darían su vida por mí, pero no podía dejar de hacerlo.

Revisé el cuarto de Palm antes de irme al mío. Estaba dormida, o lo parecía. Estaba hecha una pelota sobre la cama, envuelta en el edredón, y aun así temblaba. Me acerqué un poco más y comprobé que saltaba cada vez que se escuchaba un trueno retumbar fuera del cristal. Sus párpados cerrados se apretaban cada vez que la luz golpeaba la habitación. Sabía interpretar aquellas señales, no hacía falta ser un genio para saberlo; la tormenta la asustaba. Me acosté en la cama junto a ella y la abracé con cuidado, como hacía mi madre cuando yo estaba enfermo y no podía dormir. Ella se recostaba a mi lado y me tarareaba una canción hasta que me quedaba dormido entre sus brazos. Quizás fue recordar a mi madre, quizás fue la necesidad de hacerla sentirse segura, el caso es que puse un pequeño beso sobre su cabeza y le susurré «pronto pasará, pequeña».

Capítulo 6

—Buenos días. —Jonas me saludo desde el otro lado de la barra de desayuno de la cocina, justo donde habíamos cenado anoche. Era reconfortante volver a ver a un hombre trasteando en la cocina, aunque aquella no fuera nuestra cocina y él no fuese mi padre.

—Buenos días.

—¿Qué te apetece desayunar?

—Cereales con leche, zumo de naranja y unos huevos revueltos.

—Vale, ya sé que viste lo que había en la nevera ayer. Solo tengo cereales y leche, pero puedo ofrecerte un estupendo café en vez de zumo y huevos.

—Vale. Sorpréndeme. —Jonas se giró hacia una de esas maquinillas que hacen café de unas capsulitas, y metió una. Mientras se destilaba el néctar de los cafetales, puso un bol frente a mí, una caja de cereales y un paquete con leche.

—Tengo que darle la lista de lo que necesito a Connor, ¿dónde puedo encontrarle?

—Ah... Dime lo que quieres y se lo enviaré al teléfono.

—¿Ya salió?

—El jefe y él salieron esta mañana pronto. —Miré el reloj de la pared, las 8:09 de la mañana; pues sí que habían madrugado.

—Pues me gustaría poder traer algo de ropa para cambiarme y mi crema para las manos, que está en el baño.

—¿Solo la crema? Ni champú, ni acondicionador, ni crema para el cuerpo y esas cosas de chicas.

—Mmm, bueno, aún falta una semana para «las cosas de chicas», pero no estaría de más que me trajera un paquete de tampones.

—¿Eh?! Eso...

—¿Lo ves? Tenía que haber ido yo. —Una especie de campana sonó en toda la planta baja y Jonas se dirigió a una pared para comprobar la vista que aparecía en una pequeña pantalla. Parecía una imagen de la gran verja de entrada por la que pasamos ayer. Un coche estaba atravesándola, pero Jonas no había pulsado ningún botón para franquearles el acceso, por lo que supongo que tenían un mando a distancia o algo para pasar.

—Demasiado tarde, ya están de vuelta. Si necesitas algo, tendremos que volver a por ello mañana.

—¿Solo salís una vez al día?

—Mmm, no. Digamos que estos días estamos en... período de recogimiento.

—En otras palabras, estáis encerrados aquí por mi culpa. —Jonas no dijo nada, pero estaba claro que su respuesta era afirmativa. Aquellos hombres, y más que nadie, Alex Bowman, no eran de los que se escondían. Jonas caminó hacia la puerta de entrada; aunque el coche que entraba era el de su jefe, su mano estaba posada sobre la empuñadura de la pistola que llevaba en la parte baja de la espalda. Cuando la puerta se abrió, lo primero que vimos fue el rostro de Connor sobre una enorme caja que llevaba en las manos.

—Ya estamos de vuelta. —Como si esa fuera la contraseña, Jonas quitó la mano de su arma y caminó hacia la entrada. Alex apareció el segundo, con otra caja en las manos.

—Hay más en el coche. —Jonas asintió y salió a ayudar a descargar las cosas. Vi como subían las cajas a la planta de arriba, así que los seguí. Las cajas se amontonaban en la habitación de

invitados en la que yo había dormido, así que supuse que eran para mí. Abrí una de ellas y encontré ropa que reconocía.

—¿Habéis vaciado mi apartamento?

—Eh... —Connor miró hacia Alex y este se dignó a contestarme, no sin antes encoger los hombros de esa manera que dice «no tiene importancia».

—Pensamos que sería mejor traerlo todo. No sabemos lo que vas a necesitar, ni el tiempo que llevará esto.

—¿Tiempo? ¿Pero cuánto crees que puede llevar? Tengo una vida a la que volver, un trabajo que conservar, dibujos que terminar.

—Dibujos. —Alex caminó hacia una de las cajas en el suelo, la abrió y sacó mi cuaderno de dibujo. Se acercó a mí y me lo tendió.

—Supongo que son estos dibujos.

—Sí. —Cogí el cuaderno y lo acaricié con reverencia. Allí dentro estaba parte de mi vida. El último retrato que le hice a mi padre, algunos recuerdos de los compañeros del circo. Hacía mucho tiempo que no abría aquellas páginas, más de un año de mi último intento de volver a dibujar, pero eso a ellos no les incumbía.

—Son buenos.

—¿Qué?

—Los dibujos. Algunos son buenos, o eso creo, no es que entienda mucho de arte.

—Son recuerdos.

—Traeré lo que falta. —Las cajas fueron llegando y, por la cantidad, era evidente que realmente habían vaciado mi apartamento. No es que fueran muchas, es que yo tenía muy poco. Secuelas de alguien que se muda mucho, supongo. Abrí una de las cajas y empecé a sacar mi ropa, buscando algo limpio que ponerme hoy. Una ducha y ropa limpia, sí, eso ayudaba a empezar el día.

—Tu desayuno se está enfriando.

—Uf, lo olvidé. —Me puse en pie y caminé detrás de Jonas hasta la cocina. No es que los cereales hubiese que calentarlos, pero él insistía en hacerlo con el café. No iba a pararlo, aunque me había acostumbrado a comer cualquier cosa, fría o caliente, todo era comida. Y el café aún estaba tibio, se podía tomar. Un golpe seco sobre la isla de la cocina me hizo girarme hacia un Connor sonriente y las dos enormes bolsas con comida que había depositado allí.

—He traído de todo un poco. ¿Sabes hacer lasaña? Lo digo porque la sopa de ayer era italiana y...

—Le pirra la lasaña, pero no te preocupes, puede pasar sin ella —me informó Jonas.

—Sé hacer lasaña, aunque no tires cohetes de alegría, mi repertorio es muy limitado, nada refinado. ¿Y a ti qué te gusta, Jonas?

—Yo como de todo, pero si es dulce... mucho más.

—Ah, un rico postre. Anotado.

—¿Y tú, jefe? ¿Que te gustaría que te cocinara? —Alex estaba en la entrada de la cocina, como si aquel no fuera su dominio, o no quisiera interrumpir. Pareció meditarlo demasiado, o simplemente estaba perdido en algún recuerdo, no sabría decirlo.

—Cottage pie.

—No sé qué es eso.

—Es un plato típico irlandés, una pastel caliente con carne picada por dentro y puré de patata por fuera. No sabía que te gustaba eso, jefe.

—Mi madre lo hacía cuando éramos pequeños. Solo es algo que me vino a la cabeza.

—Supongo que tendré tiempo para aprender a hacerlo mientras esté aquí. ¿Tenéis conexión a internet?

—Jonas te conseguirá un laptop.

Capítulo 7

Palm

Lo de Connor y la lasaña no era broma. El tipo trajo todos los ingredientes necesarios para hacerla, así que no tuve más remedio que darle el capricho. Jonas me consiguió un laptop que, según todos los indicios, era el suyo. ¿Cómo lo sabía? Por la foto del tapiz y los programas se adivinaba que era totalmente de un hombre, pero cierta foto que encontré... fue la pista definitiva. Así que me esmeré y les hice un pequeño postre. ¿Que por qué los mimaba cuando ellos me tenían recluida? Pues simple cuestión de estrategia. Si me porto bien con ellos, ellos se portarán bien conmigo y, sobre todo, bajarán la guardia a mi alrededor. Como decía mi abuela, se atrapan más moscas con miel que con vinagre.

La lasaña estaba en el horno, así que tenía bastante tiempo para ducharme y vestirme antes de comer. Como había colocado mis cosas en el enorme armario de la habitación de invitados, ahora tenía todo ordenadito y de fácil acceso. Encontré una bolsa con esas cosas de chica, como decía Jonas, y estaba segura de que no eran de mi baño. Sí, decir que tenía lo justo era quedarse corto. Un champú, un gel y pasta de dientes, esos eran todos mis productos de belleza. Ah, y mi crema para las manos, aunque en esa sí que me gasto el dinero, porque tenía que ser medianamente aceptable si no quería quedarme sin piel en poco tiempo. ¿Por qué? ¿Habéis trabajado con limpiadores industriales? Pues es lo que se hace en una cafetería y yo tenía que hacerlo a diario. No es que mi piel fuera especialmente delicada, o que no usara guantes, pero siempre acababa colándose algo de líquido dentro del guante o se rompía, y la mayoría de productos tenían mucha sosa o lejía. Odiaba especialmente el día que me tocaba limpiar los baños porque el amoníaco y yo no nos llevábamos bien.

Encontré un temporizador en la cocina, de esos con forma de huevo que puedes llevar a todas partes. Así que lo programé con el tiempo que tenía disponible y me lo llevé al cuarto de baño. La ducha era enorme, toda forrada de mármol, pero mis pies, pese a ir descalzos, nunca sintieron el frío de la piedra porque estaba caliente. ¿Suelos de calefacción radiante? Seguramente, como en toda la habitación. Sí, Alex debía de gastar un pastón en calefacción y además tener un increíble aislante, porque, a ver, que esto es Chicago, aquí hace un frío que te cagas en invierno, de esos de 10 y 15 grados bajo cero. En primavera por la noche aún hace frío, no tanto como en diciembre, pero lo hace. La casa era enorme por dentro. Aunque las ventanas de la fachada principal eran pequeñas y escasas, en el resto de la casa sí que ahorraron en ladrillos, porque casi todas eran enormes ventanales de cristal transparente. Y, según tengo entendido, el cristal no aísla muy bien del frío, que se lo digan a los vendedores de persianas. El caso es que allí había una temperatura agradable.

Bueno, como decía, me metí bajo el caudaloso y perfecto chorro de agua de esa espaciosa ducha, disfrutando de una buena sesión de limpieza y relax, sin preocuparme por ser rápida o de que el agua caliente se acabara a los tres minutos. Cuando salí, juro que vi a la hermana de Hellboy parada frente a mí al otro lado del espejo. Sí, me gusta el agua caliente, muy caliente. Es lo que decía mi abuela, «un día de estos, te vas a escaldar», y me estoy esforzando por conseguirlo. Soy una friolera, lo reconozco. Quién lo diría. Trabajando tarde y noche en mallas y finos bodis durante años, y seguía sin ser capaz de dormir sin calcetines en invierno. Es mi pecado, tengo siempre los pies fríos, y en invierno mucho más, y soy de esas personas que no

pueden dormir cuando tiene los pies congelados. A lo que iba, cogí mi pomada especial para las manos, después de secarme el pelo vigorosamente con la toalla y de peinarlo. Me disponía a extender la crema con cuidado por la maltratada piel de mis manos, pero, sorpresa, no estaba sola en la habitación. Alex estaba esperándome. Menos mal que llevaba una gran toalla enrollada al cuerpo, si no, habría visto mucha piel desnuda.

—Eh, creí que estarías vestida.

—Lo estaré, pero antes debo cuidarme las manos. —Le mostré el tubo de crema a Alex y este sonrió asintiendo. Me senté en la cama y procedí a abrir el tubo de crema de tratamiento. Seguramente me había pasado bajo el agua caliente y también debió influir esa mierda de tapones que le ponen, pero el puñetero estaba siendo difícil de girar.

—Esta noche tengo una reunión para tratar de solucionar... tu problema.

—Bien, a ver si así puedo volver pronto al trabajo.

—El caso es que necesito llevarme a Jonas y a Connor —sus manos me quitaron el tubo y giraron el tapón hasta abrirlo—, pero tampoco puedo dejarte sola en la casa, sin ninguna protección.

—Prometo no abrir la puerta a nadie. —Apreté el tubo, sacando una pequeña cantidad sobre mi palma y luego poniendo el tapón en su lugar. Empecé a extender la crema en las zonas más castigadas como entre los dedos, teniendo bastante cuidado al hacerlo. La mano de Alex me detuvo. Tiró de mis dedos hasta acercar mi mano a él y poder observarla. Sí, lo sé, recién salida del baño, las pieles muertas y las rojeces le daban un aspecto asqueroso.

—Tus manos... ¿qué les pasa?

—Trabajo con ellas. ¿Qué crees que ocurre cuando usas productos de limpieza abrasivos? Pues esta es la respuesta.

—¿Te duele?

—La lejía a veces se cuele donde no debe, pero ya estoy cuidándome, ¿ves? —Le mostré el tubo y él lo miró con el ceño fruncido. Sus dedos empezaron a extender la crema con delicadeza, haciendo que las sucesivas pasadas consiguieran hacer penetrar la crema en la piel.

—Deberías trabajar con guantes.

—¿Has visto a alguna camarera trabajar con guantes? Pues eso. —Permanecimos en silencio, mientras él extendía la crema por toda la mano. Luego cogió el tubo y extendió más crema en la otra mano. No dije nada, no me atrevía, pero tenía en la lengua eso de «eh, sin pasarse, que la crema no la regalan», así que opté por morderme el labio inferior mientras sufría en silencio.

—¿Te hago daño?

—No, pero puedo hacerlo yo.

—No me importa hacerlo a mí. —Tomó la mano que masajé al principio y como ahí fui yo quien escatimó la crema, la piel ya estaba pidiendo más. El *tiradiner* de Alex cogió el tubo y empezó a apretar para echar más. Este tipo me dejaba sin crema en dos días, y el puñetero tubo me tenía que durar al menos 10 días.

—Ya, no hace falta echar más, de verdad.

—Aún tienes la piel seca.

—Tampoco queremos dejarla pringosa. —Alex asintió, me devolvió el tubo de crema y se alejó un par de pasos.

—Tienes un vestido nuevo en el armario. Espero que sea de tu talla.

—Espera, espera. ¿Vestido?

—Vendrás con nosotros.

—¿Y eso no será peligroso?

—No se atreverán a hacerte nada si estás conmigo.
—Ya, genial. Pues venga, a hacer nuevos amigos.

Capítulo 8

Reconozco que interactuar con un cliente en la cafetería, y solo durante cinco días, no es suficiente para conocerlo como persona. Pero el Alex que iba a la cafetería no se parecía al que había conocido desde que me sacase a rastras de allí. El primero era más distendido, relajado, el segundo era huraño, reservado e incluso esquivo. Estaba claro que no le gustaba tenerme cerca, pero, aun así, iba a hacer el esfuerzo de protegerme.

La lasaña desapareció de la fuente como si fuera un charco de agua en pleno desierto. La tarta de manzana tampoco tuvo mejor suerte, sobre todo cuando Jonas repartió los trozos. Sacó una porción para cada uno y el resto lo dejó en su propio plato. Así, la idea de repetir se fue al traste. Sí que era goloso el tipo. Yo no pude dejar de sonreír durante toda la comida: Connor no hacía más que decir «qué rico, qué rico» y Jonas era un «mmmm» constante. El único que permaneció en silencio era Alex. Él comía su parte, sin decir nada. Tan solo alzó una ceja cuando Jonas se hizo cargo de la fuente de la tarta de manzana, pero no sabría decir si estaba asombrado, divertido o contrariado. Con Alex era difícil saber algunas veces.

Connor me ayudó esta vez a recoger la cocina, mientras Jonas se encargaba de recoger la mesa. Cuando llegó la hora de prepararse para salir, Alex reapareció de su exilio y dio la orden desde la puerta; lo dicho, este tipo no quería entrar demasiado en la cocina. Así que subí a mi cuarto, me puse el vestido, unos zapatos que también encontré en el armario e hice lo que pude con mi pelo y cara. Hacía mucho que no me maquillaba, pero creo que hice un buen trabajo con lo poco que tenía en el neceser.

Sé que tardé demasiado, porque Alex estaba en el coche y Jonas al volante. Connor fue el único que me esperó en la casa. Me acompañó, me abrió la puerta y me ayudó a subir. Sí, subir, porque era uno de esos SUV que las chicas bajitas tenemos que escalar para llegar al asiento.

Connor cerró su puerta y Jonas emprendió el camino. No sé si todos estaban tan callados por culpa mía, seguramente sí, pero no estaba de más que me contaran qué iba a encontrarme y, sobre todo, cómo debía actuar.

—Antes de que lleguemos, ¿podrías decirme lo que tengo que hacer?

—¿Hacer?

—Ya sabes, es mi primera reunión de... ¿hombres de negocios? —Alex esbozó una pequeña sonrisa y pareció acomodarse un poco en su asiento.

—Tú no tienes que hacer nada, ni siquiera hablar. Solo tienes que quedarte detrás de mi.

—¿Como una chica florero? —La sonrisa de Alex se amplió.

—Algo así.

—¿Y si alguien me hace una pregunta?

—Entonces yo contestaré por ti. El objetivo de esta reunión es hacer ver que no eres más que eso, una chica jarrón.

—Florero, una chica florero.

—Eso, florero. Alguien en quien no merece la pena fijarse, alguien irrelevante. La chica de turno.

—Ya, ya, ya. Entendí. Una chica kleenex.

—¿Kleenex?

—Sí, como los pañuelos de papel. Un uso y luego los tiras.

—Veo que lo has pillado.

—Soy muy lista, eso decía mi padre.

Capítulo 9

Palm

Peor que no escoger tus vestidos es que los escoja un hombre por ti. O acabas pareciendo una puta o acabas odiándole porque no hay quien sobreviva mucho tiempo dentro de esa ropa. A mí me tocó caminar como una japonesa, es decir, dando pasitos cortos, porque la puñetera falda era tan estrecha que no podía casi separar las rodillas, y si le sumamos unos tacones de 15 centímetros, ¿qué más os voy a decir? Menos mal que aprendí a caminar sobre una cuerda, porque si no, habría besado el suelo un par de veces.

Podía haber pensado que el que escogió el vestido tenía un gran sentido del humor, además de escaso conocimiento de las culturas asiáticas, porque sí, estábamos entrando en un restaurante chino. Yo caminando como una japonesa, un restaurante chino... Vale, estaba cerca, pero definitivamente no eran lo mismo. Entramos en el local, que parecía un tugurio de segunda categoría. No quería ni pensar en cómo serían los baños, pero como mi vejiga tenía mente propia, decidí que era mejor ir en aquel momento, que aún tenía tiempo de poder quitarme la falda antes de que me meara encima.

—Tengo que ir al servicio.

—Bien, está a la derecha. Jonas te acompañará.

Levanté una ceja hacia él como diciendo «¿En serio?», pero Alex no hizo ningún gesto que indicara que lo decía en broma, así que me resigné a tener compañía. Entré en el baño de señoras y encontré que al menos tenía unos lavabos decentes. Había dos cubículos de esos con puertas, escogí uno y entré. Estaba terminando de recolocarme mis «cosas», cuando unas voces altas se escucharon por la rejilla de ventilación. Eran dos hombres hablando en chino y, por lo que decían, a uno de ellos no le parecía bien la orden que le había dado el otro, a todas luces su superior. Podría tratarse de una discusión en la cocina, hasta que escuché que el subordinado le pedía a su jefe recapacitar, que aquella orden causaría una guerra entre familias. La cosa ya parecía bastante grave y entonces el jefe le dijo que o se encargaba, o lo haría él y después le mataría. En fin, que el subordinado parecía no tener opción. Aquello no me gustaba nada, pero nada, nada. ¿Que cómo los entendí si hablaban chino? Pues gracias al circo de Pekín y a la familia Liu. Seis de los mejores acróbatas que había conocido. Casi 24 años en el circo dan para mucho y para el que no comprenda basta con decir que un circo a veces es como las Naciones Unidas, solo que con más tacos. Cuando salí del cubículo, Jonas estaba absorto escuchando la misma conversación. Cuando un golpe dio por finalizada la conversación, Jonas se encogió de hombros.

—¿Lista?

Asentí y los dos salimos del baño. Alex y Connor estaban al final del comedor, esperándonos. Al parecer, llegábamos tarde a la reunión. Subimos unas escaleras y entramos en lo que bien podría haber sido una vivienda familiar. Pero allí no había ninguna familia, al menos de la forma que uno piensa. A nuestro lado se encontraba una mujer asiática, con uno de esos moños trabados con dos extraños palos metálicos. Frente a nosotros, un hombre de unos 70 años, con poco pelo y muchas arrugas. Su semblante era serio, casi diría que parecía estreñido. A su derecha, un paso detrás, un hombre joven, quizás de 30, con las manos a la espalda. Y más atrás aún, un grupo de cuatro hombres con los ojos atentos sobre nosotros.

La chica hizo un gesto y le indicó a Alex que tomara asiento en la mesa, frente al señor mayor.

No hacía falta ser un genio para saber quién mandaba allí. Me coloqué a un lado, cerca de la mujer, lejos del campo de visión de los hombres, a los que pareció no importarles lo que yo hiciera. El hombre que estaba de pie saludó a Alex en un inglés con un ligero acento asiático. Su voz me resultó familiar.

—Bienvenido, señor Bowman.

—Estoy aquí como pidió el señor Yang. Y espero que cumpla con su palabra. —El chico tradujo a su jefe y este asintió. Luego el viejo dijo algo en chino que me hizo moverme como un rayo.

—*Mátalo, ahora.* —En lo que el joven dudó, yo ya estaba sobre el moño de la chica, agarrando aquellos dos afilados palillos y arrojando uno contra el viejo. No tuve mucho tiempo para calibrar el peso, pero el palillo se le clavó justo donde yo quería, en la clavícula del viejo. Antes de que los hombres sacaran sus armas, yo ya estaba en posición para arrojar el segundo proyectil sobre mi presa. Y grité, en un claro y perfecto chino, para que todos me oyeran.

—*Él muere, tú y yo morimos antes.* —Noté como los ojos del hombre joven se abrían como platos, al igual que los de todos en la sala. La joven a mi lado estaba asustada, realmente asustada, y cuando vi al viejo ponerse rojo y echar algún tipo de espumarajo por la boca, creí entender por qué. Veneno, los palillos que ella llevaba en el pelo no eran sino dos pequeñas dagas que algunas cortesanas usaban desde tiempos inmemoriales, armas en sí que, impregnadas en un veneno letal, acababan con su presa sin posibilidad de salvación. Aferré la daga restante en mi mano y miré al hombre en pie.

—¿Qué está pasando Palm?

—El viejo dio orden de matarte. —Connor y Jonas ya hacía tiempo que estaban apuntando a sus contrarios con sus armas, así que no supuso una gran diferencia cuando Alex puso su arma sobre la mesa, miró al hombre a la diestra del viejo que convulsionaba y le exigió respuestas.

—¿Esta es vuestra manera de recibir a un líder de otra familia?

—Señor Bowman, yo... me disculpo en nombre de nuestra familia —dijo, y dio un paso hacia delante mientras el viejo daba sus últimas bocanadas.

—Una disculpa no borra el que hayan pretendido acabar con mi vida.

—Señor Bowman...

—¿Cómo te llamas?

—Wong.

—Bien, Wong. Puedo dejar esta habitación con un solo muerto o podemos liarnos a tiros. Seis contra cuatro, pero puedo garantizarte que no estamos en desventaja.

Alex me miró, lo sé porque vi su rostro girar levemente hacia mí. No sé qué me impulsó a hacerlo, quizás años de escuchárselo al señor Liu, pero solté por mi boca aquellas frases en chino que nunca olvidaría.

—*Cuando llegues a la última página, cierra el libro. Corrige tus errores si los has cometido y guárdate de ellos si no has cometido ninguno.* —Lo primero lo dije señalando con la barbilla al hombre que ya estaba muerto, la segunda parte era toda para él. El hombre lo meditó unos segundos y después asintió enérgicamente como hacían ellos.

—Palabras sabias. —Lo dijo en inglés y después dio la orden a sus hombres para que enfundaran las armas.

—Acepte mis disculpas más sinceras. Convendremos una nueva reunión en el lugar que usted escoja y cuando usted decida. Nos encargaremos del señor Yang, no tiene por qué preocuparse. Su Nǚ bǎobiāo es sabia.

Alex asintió y empezó a alejarse hacia la puerta. Connor y Jonas mantenían la vista, y sus armas,

sobre los chinos, mientras yo caminaba despacio hacia detrás. Antes de salir por la puerta, detrás de Alex, arrojé la daga al techo, clavándola allí. No pensaba llevarme eso ni de coña. Veneno, agh, el peligro mejor lejos.

Mis pies abandonaron las escaleras en el primer escalón, porque Alex me atrapó por la cintura y me llevó en volandas escaleras abajo.

—¿Qué coño te llamó allí arriba?

—Mmm, algo así como tu mujer guardaespaldas. —No dijo nada más, no hasta que la puerta del coche se cerró tras nosotros y Jonas apretó el acelerador.

—¿Qué mierda pasó allí, jefe?

—No lo sé, Connor, pero seguro que aquí, mi nueva guardaespaldas, tiene la respuesta.

—El viejo dio orden de matarte.

—Y tú vas y te lo cargas antes.

—No... yo... yo solo quería mostrarles que podía hacerlo, no... no sabía que la daga estaba envenenada. —Sentí el brazo de Alex a mi alrededor, fue entonces cuando me di cuenta de que había empezado a temblar. Había matado a un hombre. Un cabrón psicópata que quería matar a Alex, pero, aun así, me lo había cargado. Yo, Palmyra Bennet, había matado a un hombre.

—Tranquila pequeña, todo está bien.

—No, no está bien. Lo he... lo he matado.

—Y me has salvado la vida al hacerlo. No lo olvides, porque yo no voy a hacerlo. — No es que después hablaran mucho, algunas indicaciones de Alex a Connor y Jonas, quienes empezaron a hacer llamadas. Cuando llegamos a la casa, Alex me cogió en brazos y me sacó del coche. Y creo que se lo agradecí, no lo recuerdo bien. Un frío extremo me había atrapado y lo único que se movían eran mis dientes, golpeándose unos contra otros. Un minuto después, estaba sentada en la isla de la cocina, con una manta sobre mis hombros y una infusión muy caliente entre mis manos.

—Bebe, te sentará bien. —Y yo obedecí. Siempre he aborrecido las infusiones, porque me recuerdan a comida de elefantes mojada, pero me bebí todo el contenido de la taza de un solo trago. Ni siquiera recuerdo su sabor, solo tragué. La mano cálida de Alex se posó sobre mi mejilla e hizo que girara la cabeza hacia él.

—Escúchame, Palm, ahora vas a descansar. Por la mañana hablaremos. —Asentí con la pesada cabeza, notando cómo mis párpados luchaban por mantenerse abiertos. ¡Oh, mierda! Reconocía aquellos síntomas, era los mismos que cuando me rompí el brazo después de aquella caída del caballo. Papá y el doctor decidieron que era mejor que durmiera, y Alex había tomado la misma decisión. Mi cabeza empezó a caer, hasta que fue depositada con cuidado sobre la mesa.

—Vaya con tu prima la camarera, nos ha salido una ninja.

—No es mi prima. —Y puf... La oscuridad y el silencio me engulleron.

Capítulo 10

- ... No va a irse de aquí.
- Ella puede tener una opinión distinta, jefe.
- Ha matado al jefe de la Triada china de Chicago. Su cabeza tendrá un precio muy alto.
- Tendrá que cambiar de cara, irse bien lejos y esconderse debajo de una piedra.
- Eso no servirá de nada. ¿Qué se oye en las calles?
- Aún nada, pero puedo poner a la gente a preguntar.
- Sin preguntas, solo oídos.

...

—Parece que ya despierta, jefe. —Sentí un peso hundir la cama a mi lado y, al parpadear, me di cuenta de que estaba tumbada en uno de los enormes sofás de la planta baja.

- ¿Cómo te sientes?
- Bien, supongo.
- Jonas ha preparado algo de desayuno, le diré que te haga un café.
- Gracias.

—Jefe, tengo lo que me pidió. —Alex asintió, tomó el sobre y caminó hacia su despacho. Connor me ayudó a levantarme y, al hacerlo, vi que llevaba en la mano un par de zapatillas de esas peluditas para mí.

- Gracias por las zapatillas.
- Siempre he querido comprar unas de esas, pero no las hacen de mi número.
- Vaya, me alegro de haber sido útil para satisfacer tus fetiches.
- No tienes ni idea.
- ¿A qué te refieres?
- Puede que algún día lo averigües.
- Qué misterioso.

Después de desayunar, fui a mi habitación, me duché y me cambié de ropa, eso sí, dentro del baño, porque la privacidad en aquella casa... Y zas, ahí estaba otra vez Alex esperando en mi habitación. Pero algo era diferente, porque la puerta estaba cerrada.

- ¿Qué ocurre?
- ¿Quién coño eres?
- ¿Eh?
- Me has entendido bien.

—Vamos a ver, me secuestras de mi trabajo, me encierras en una casa aislada del mundo y me llevas a una reunión con unos tipos muy chungos. ¿Y todavía tienes la desfachatez de preguntarme quién soy? —Alex se acercó a mí, con esa mirada asesina en su cara, y yo no pude evitar recular hasta quedar sentada en la cama, pero él no se detuvo. Sus brazos crearon una cárcel que me obligaba a sujetarme con mis brazos apoyados a mi espalda sobre la cama.

- Contesta.
- Soy Palmyra Bennet, tengo 26 años, nací en Dakota del Norte y trabajo como camarera en el Royal Dinner, o al menos lo hacía hasta hace dos días.
- Eso es casi todo lo que he conseguido averiguar de ti, pero parece tan falso como un

bocadillo de escayola. No hay ningún registro de ti en el sistema educativo, no has estudiado en ningún colegio, no hay una maldita dirección de correo en la que localizarte durante toda tu vida y tu tarjeta de crédito se ha usado por todo el país. Así que ¿quién coño eres, Palmyra Bennet?

—No tengo por qué contarte mi vida, Alex Bowman, porque yo tampoco sé nada de ti.

—Ya, la diferencia es que yo puedo matarte sin pestañear. Aunque después de lo que vi ayer, creo que tú tampoco tienes ese problema.

—Yo no... yo no ando matando a gente porque sí. Ayer... ayer solo reaccioné. Solo quise asustarle, darle a entender que podía matarlo con la segunda daga, pero no tenía intención de hacerlo... yo nunca... nunca mataría a nadie, yo...—Dejé que mi cuerpo se derrumbara sobre el colchón, dejando que las lágrimas fluyeran libres por mis mejillas. —Yo no... yo no soy una asesina, no lo era hasta ayer. —Alex se enderezó, mientras seguía mirándome desde lo alto.

—Quiero saberlo todo sobre ti, Palm. Tu familia, tus amigos, tu infancia, tu adolescencia, tu maldito primer novio y el último. Lo quiero saber todo y lo quiero ahora. No quiero enigmas a mi alrededor, y ahora mismo tú eres un enorme agujero negro.

—Quieres saber demasiado.

—Dame lo que puedas y te diré si es suficiente.

—Toda mi vida he estado en el circo, al menos hasta hace dos años.

—¿En el circo?

—Ese es el misterio: nací en el seno de una familia de acróbatas, bueno, más exactamente, mi abuelo era funambulista y mi padre y mi abuela eran trapecistas. Mi colegio estaba en el lugar en el que aparcábamos nuestra caravana, mi mundo estaba bajo la carpa, no había más.

—¿Allí aprendiste a hablar chino?

—24 años dan para mucho. La familia del circo era grande, a veces crecía, a veces mermaba, pero casi siempre éramos los mismos. Chinos, italianos, rusos, latinos y bastantes americanos, incluso algún indio nativo.

—¿El indio nativo te enseñó a usar los cuchillos?

—No, aprendí de un ruso. Fui su ayudante durante cuatro meses.

—¿Qué más aprendiste a hacer en el circo?

—De todo. Cuando el circo es pequeño al final todos acaban haciendo de todo, o casi todo. Yo no montaba las carpas, ni pegaba carteles del espectáculo por la ciudad. Pero hice muchas cosas, incluso limpiar caca de caballo.

—¿Qué número ejecutabas?

—Puf, ya te he dicho que hacía muchas cosas, no tenía un número en concreto. Aquí era la asistente del lanzador de cuchillos, allí era la asistente del domador, allí era el payaso que siempre se caía... Hacía de todo un poco.

—¿Y cómo acabaste de camarera en una cafetería?

—Porque me fui del circo.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

—Dime una.

—Mi padre se moría.

—Lo siento.

—Ya, yo también.

—¿No tienes más familia en el circo?

—Mis abuelos están jubilados en Florida. El circo no es una forma de vida cuando tienes cerca de 70 años.

—¿Y por qué no estás con ellos?

—Buena pregunta, pero hoy no la voy a contestar.

—¿Cuánto hace que murió tu padre?

—19 meses.

—¿Por qué no regresaste al circo?

—Regresé, pero decidí volver a irme. Y antes de que lo preguntes, no voy a decirte el motivo.

—¿Qué te trajo a Chicago?

—El azar supongo. Nunca había estado aquí y pensé que en una ciudad grande sería más fácil encontrar trabajo.

—Hablas chino, podrías haber encontrado un trabajo mejor.

—Hablo un poco de chino, no es que tenga un título o pueda trabajar como traductora. Solo tengo media carrera de Bellas Artes a distancia, con eso no puedo acceder a muchos trabajos.

—No, supongo que no.

—¿Alguna pregunta más?

—Las haré, pero más adelante.

—Vas a comprobar lo que te he dicho.

—Y espero confirmarlo, si no...

—¿Y por qué no simplemente dejas que me vaya?

—Porque la diana que llevas en la espalda ahora es más grande.

—Sí, matar a un mafioso chino debe tener esas consecuencias.

—No te atrevas a sentirte mal por eso, era un tipo sin alma, y era su vida o la nuestra.

—Solo quería matarte a ti.

—¿Y crees que dejaría vivos a los testigos? No, pequeña, tenías una sentencia de muerte sobre tu frente desde que pusiste un pie en aquella habitación, y eso es culpa mía. —Alex se alejó y salió por la puerta, dejándome allí, con una sensación de frío que no podría quitarme de encima en mucho tiempo. He sido trapecista, he jugado con el riesgo toda mi vida, pero de ahí a llevar un cartel en la espalda que dijese «mátenme» había una sensible diferencia. Yo asumía mi propio riesgo, pero esto era dejar que mi vida dependiera de otros, y eso no me gustaba; supongo que a nadie le gustaba tampoco.

Capítulo 11

Palm

No salí en todo el puñetero día de la habitación. Me quedé sentada en la cama, abrazando las rodillas contra el pecho, mientras miraba el horizonte oscurecerse al otro lado del cristal.

Cuando salí a la mañana siguiente a desayunar, me aseguré de que no habría nadie en la casa, bueno, al menos nadie con quien quisiera toparme, pero cuando estás vigilada y retenida en una casa, eso es difícil; lo de estar sola quiero decir.

—Buenos días, fan.

—¿Fan?

—Bueno, sonaba como eso. Sara fan o algo así.

—Ah, Shārén fàn.

—Eso, ¿qué significa?

—Asesina.

—Ah, muy explícitos estos chinos. Yo creí que sería algo más como un ninja o algo parecido. Ya sabes, una asesina entrenada desde la infancia para ello. Como la peli esa *The Ninja Assassins*.

—Puede que haya una palabra para eso, pero no la conozco.

—Ya, bueno, el caso es que todo el mundo habla de ti.

—Genial. Ahora sí que no voy a poder salir de aquí.

—Mmmm, bueno...

—¿Bueno qué?

—Eso tendrá que decidirlo el jefe. —Jonas extendió una taza de delicioso café humeante hacia mí y un par de tostadas con mermelada.

—Tendré que pedirle que me deje largarme de aquí. Quizás si me voy bien lejos, a un lugar donde nadie me conozca, estaré a salvo.

—¿Por qué querías irte? Aquí no estás mal.

—Estoy prisionera en una casa, Jonas.

—Yo no lo llamaría exactamente prisionera.

—No puedo salir cuando quiera, yo a eso lo llamo reclusión.

—Quizás puedas hacerlo cuando la cosa se tranquilice.

—He matado a un jefe de la Triada china, esos no olvidan.

—Ya, bueno. Creo que tendrás que hablar con el jefe respecto a eso.

—Genial. Ahora está metido en un lío por mi culpa. Me quiero morir. —Metí la cara entre mis manos y traté de encogerme hasta quedar del tamaño de un garbanzo.

—Ah, jefe. Buenos días.

—Palm, a mi despacho. —¡Mierda! Su voz sonaba seria y era la primera vez que me decía que fuera a su despacho. La cosa parecía seria. Caminé detrás de él, porque Alex es de esos que no esperan a nadie. Y cuando llegué, cerró la puerta. —Siéntate. —Obedecí. Me senté en la silla frente a lo que debía ser la mesa de su despacho. Él se acomodó en su sillón y apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—He tenido noticias de la Triada China.

—Quieren mi cabeza.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer, Yang estaba algo descontrolado y la Triada estaba sopesando el sustituirlo por otro representante, antes de que se extralimitara en sus funciones. Cosa que parecía que iba a hacer la noche que...

—Dilo, que lo maté.

—El caso es que, extraoficialmente, corre el rumor de que se envió a un especie de seguro por si llegaba a extralimitarse.

—¿Enviaron a un asesino? ¿Eso quieres decir?

—Quizás mi mente esté dedicando horas en exceso a esto, pero... Me parece que la otra chica no llevaba dagas envenenadas en el pelo por una cuestión estética.

—Piensas que ella era la auténtica asesina.

—No sé si la Triada ha pensado que ha sido ella quien cometió el asesinato, o se lo han hecho creer así. Todo es muy confuso al respecto.

—Y eso ¿es bueno o malo?

—Bueno porque no hay una orden de asesinato con tu nombre, y malo porque ahora hay gente que cree que eres una asesina cualificada y altamente peligrosa. Bueno, para mí eso también es bueno, porque ahora impondrás miedo y respeto por donde vayas.

—Genial, ahora las propinas serán mejores en la cafetería, porque si no, puedo cargármelos.

—¿De qué estás hablando? No vas a volver a la cafetería.

—Sí, una asesina sirviendo mesas, tienes razón, parece ridículo. En fin, eso quiere decir que puedo irme, ¿verdad? Estoy segura en la calle.

—Quizás haya algún idiota que quiera hacerse un nombre entre el mundillo de asesinos, no sé. Hay mucho loco suelto por ahí.

—Estupendo. ¿Y si desaparezco a un lugar bien lejos de aquí? No sé, como Nevada. Dicen que en Las Vegas uno puede perderse.

—Preferiría que te quedaras algunos días más, y tal vez podrías acompañarme a alguna reunión, ya sabes.

—¿Como si fuera tu asesina, como un guardaespaldas o algo así?

—En estos momentos, tienes una reputación que te precede allá a donde vayas. Con un solo trabajo, te has convertido en el unicornio de los guardaespaldas.

—¿Unicornio?

—Oh, vamos. Letal, hermosa, misteriosa y leal. Muchos darían su mano derecha por tenerte de su lado.

—Ahora soy una joya, qué estupendo.

—Te pagaré.

—¿Cuánto?

—No sé, como a Jonas y Connor, supongo.

—Has dicho que soy el unicornio de los guardaespaldas.

—¿Estás regateando conmigo?

—¿Cuánto tardaré en conseguir suficiente para un coche? Uno normal, no demasiado grande. Y algo de efectivo.

—Supongo que un par de meses.

—Vale. Entonces tenemos un trato. Trabajo para ti un par de meses y después me largo de aquí.

—¿Y dónde piensas ir?

—Un asesino nunca revela sus secretos.
—Has dicho que no eras una asesina.
—Ya, y tú has dicho lo contrario. Incluso vas a pagarme por serlo.
—Tocado. Bien. Tendremos que comprarte algo de ropa más... de asesina.
—Sí, pero esta vez iré yo. El vestido de la última vez podría haber sido mi perdición.
—¿Qué quieres decir?
—Muy bonito, pero poco funcional si quieres respirar y andar con normalidad.
—Ah. No tengo mucha experiencia con ropa de mujer.
—Eso no me lo creo.
—Sí, bueno. Sé cómo quitarla, y puedo admirar un bonito vestido, pero no estoy pensando en si será cómodo o no.
—Vale. Necesito ir a mi casa a por mi fondo de armario, si no hay problema.
—Yo pagaré tu ropa.
—Tú lo que quieres es que te regale una semana más de trabajo.
—Puede ser.
—Bien. Tenemos un trato. —Extendí la mano sobre el escritorio y Alex le dio un fuerte apretón. Esto sí podía entenderlo, teníamos un negocio entre manos.

Alex

Había dado toda la información sobre Palm a mi rastreador y esperaba que me encontrara todos los datos que ella no me había dado, o que descubriera que me había mentido. Quería acabar con esa maldita incertidumbre sobre ella. Si los federales o cualquier agencia del gobierno la habían enviado, necesitaba saberlo, pero su historia era demasiado enrevesada como para ser una mentira; aunque, cuando se trata de infiltrar a alguien en campo enemigo, todo vale. Si era así, debía reconocer que habían hecho un buen trabajo. Joder, la chica era un misterio que me mordía las puntas de las orejas: tenía que saber más, para bien o para mal.

Capítulo 12

Palm

¿Quién dijo que ir de compras con un hombre era divertido? Yo le pondría otro adjetivo, algo así como «desesperante». Aquella era la sexta tienda de ropa en la que entrábamos y, como en las anteriores, Alex se reservaba el voto definitivo sobre lo que iba a comprar. Sí, él pagaba, pero yo me lo tendría que poner.

—No, algo más sexy.

—Voy a ser tu guardaespaldas, Alex, no una de tus citas.

—Estoy pagando ambas cosas, cariño, ¿recuerdas? Letal y sexy.

Me giré hacia el expositor de ropa y vi algo que podría servir, o eso esperaba. Caminé por la tienda, recogí varias prendas y calzado, y me fui al probador. Sabía que cuando saliera de allí, Alex estaría sentado, esperando junto con Connor o Jonas, ya había perdido la cuenta de a quién le tocaba esta vez. Esos dos se estaban divirtiendo realmente con esto, y encima tenían todo el derecho a criticar. Me puse la camiseta blanca de tirantes, los jeans negros ajustados, las botas de caña alta y casi nada de tacón. Luego rematé mi atuendo con una cazadora de cuero con cremalleras en las mangas y me solté el pelo. ¿Querían una guardaespaldas sexy? Pues aquí tendrían una. Saben esa serie de televisión llamada *Quantico*, pues el look de la protagonista iba a ser ahora mi look. Cuando salí, las cejas de Alex se levantaron como las barreras de seguridad de las vías del tren; Jonas estaba igual de sorprendido, solo que tenía una traviesa sonrisa en la cara.

—Creo que has encontrado tu estilo, pequeña.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido. ¿Y tú, jefe?

—Eh, sí. Servirá. Bien, coge un montón de todo eso y vámonos. Aún tenemos que pasar por un par de sitios más.

—¿Más?

—Sí, tendrás que acompañarme a alguna fiesta y cosas de esas elegantes, y necesitarás no desentonar. Y también ropa interior para llevar debajo de todo esto.

—Tengo ropa interior, gracias.

—Ya, dos sujetadores y tres bragas, todo un surtido.

—¿Has revisado mi ropa interior?

—Recogimos las cosas de tu casa, ¿recuerdas?

—Pensé que esas cosas se las encargabas a Jonas o a Connor.

—He hecho trabajos peores.

—Ya, ahí creo que te gano.

—¿Ah, sí? ¿Qué te apuestas?

—A ver, chulito, suéltame el peor trabajo que has hecho.

—Atravesamos tres kilómetros de alcantarillas de aguas residuales para llegar a un puñetero garaje y colocar un localizador.

—Ja, te supero.

—¿Ah, sí?

—Estuve un mes en una fábrica de surimi. Te juro que pierdes el estómago el primer día que entras allí. Tres días viendo cómo fabrican eso y aguantando el ritmo de la línea de producción, y

te aseguro que no vuelves a ser la misma persona.

—¿Surimi?

—Sí, esas barritas blancas y rojas de pescado.

—No huelen tan mal.

—Tú no has estado allí dentro. Esa pasta que hacen con la harina de pescado... Puaj... Solo de recordarlo, me entran náuseas. Ese olor no se va nunca de tu piel, por mucho que te laves.

—¿Y dices que estuviste un mes allí?

—Un puñetero mes, y juro que trabajar en la cafetería es como hacerlo en el palacio de Buckingham. Los lavabos apestan, sí, pero no le coges asco a ir al baño. Yo no he podido volver a meterme en la boca un trozo de esas barritas. Es verlo en un plato y mi estómago intenta huir de mi cuerpo por el orificio más cercano. —La verdad, comprar ropa interior fue incómodo, sobre todo porque Alex parecía entender más que yo de ropa interior de mujer. La dependienta estaba dejando un charco de varios fluidos a sus pies mientras nos atendía. Creo que casi patiné un par de veces mientras la seguía a los probadores.

Alex

Lo de la ropa interior no fue buena idea, definitivamente no lo fue, porque por primera vez en lo que recuerdo de vida me sentí realmente incómodo imaginando... Ah, mierda, Palm no era como las otras chicas, Palm era más como los chicos; como Jonas, como Connor, como yo, pero con pechos... ¿Lo veis? Ahí estaba otra vez. Uno no puede pensar en los pechos de su guardaespaldas metidos en un sujetador de encaje. Y las braguitas... ¡Joder! Pasé de largo cuando la dependienta empezó a mostrar un par de tanguas que... ¡Joder, joder! Salí de allí dejando a Jonas y a Palm solos, pero cuando llegué a la puerta me di cuenta de que había dejado a Jonas en una tienda de lencería con Palm. Solté un taco y giré sobre mis talones para regresar dentro. No tengo nada en contra de Jonas y su fetichismo con la lencería, sobre todo las prendas de cuero, pero no podía dejarle a solas con Palm. El tipo casi babeó cuando la vio con la cazadora de motera, no podía darle vía libre con la lencería. ¡Si le había comprado unas de esas zapatillas de peluche! ¿O ese había sido Connor? ¡Qué más da!

¡Mierda! ¿En qué estaba yo pensando cuando decidí llevármela a casa? Pues en su seguridad, gilipollas. La muy tonta no sabía dónde se había metido cuando dijo que era mi prima, y yo como un gilipollas fui a ver quién era tan osado como para hacer eso. Después, en vez de darle un correctivo, me convertí en un adicto a su descaro. Era refrescante encontrar a alguien que no se arrugaba ante mí, alguien que decía lo que pensaba, sin miedo a las consecuencias. ¿Saben lo que ocurre con esos perrillos que encuentras en la calle, mojados, hambrientos y con esa carita dulce? Pues que después no tienes corazón para sacarlos de tu casa. Aunque Palm no era un cachorro, tenía dientes y sabía cómo usarlos. Era algo desconcertante, y desconfiaba de ella, pero ya saben lo que decían antiguamente: mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos mucho más cerca. Hasta que descubriera el lado del que estaba Palm, mantendría un ojo sobre ella, aunque me pusiera más caliente que una plancha para ropa.

—Sal, Jonas. Ya nos encargamos nosotros.

—Sí, jefe.

—No pienso ponerme eso. —Miré el objeto que señalaba Palm y casi se me atraganta el aire. Era uno de esos bustier sin tirantes, con refuerzos tipo corsé con ballenas a lo largo del torso. Sí, de esos que ponen los pechos generosos como si fueran... ¡Joder!

—No, mejor no lo compres.

—Con eso no puedo moverme con libertad. Un salto y perdería todas mis cosas por el camino. —Traté de evitar visualizar esa imagen en mi mente, pero lo único que conseguí fue recordarla saliendo del baño con la piel húmeda y esa pequeña toalla que envolvía su cuerpo. La curva de sus senos era un constante recuerdo que me atormentaba cada vez que me metía en la ducha. Tenía que buscar una chica para apagar ese maldito fuego. ¿Sería demasiado pronto para ir al Diamonds?

En la siguiente tienda delegué en Connor la elección del vestido de noche. No necesitaba verla metida dentro de algo ajustado y sedoso.

Capítulo 13

Palm

Mi primer día de trabajo como guardaespaldas no es que fuera muy divertido, y es que había pasado de «chica florero» a «guardaespaldas florero». ¿Cómo? Pues caminando al lado de Alex todo el tiempo, aparentando que vigilo a mi alrededor y que a la vez estoy lista para saltar a la acción. Bueno, lo segundo era verdad, porque si algún ruido sonaba más alto de lo normal, podría dar un salto de tres metros. No sé cómo Connor, Jonas y el propio Alex podían andar tan relajados. Supongo que sería la costumbre, o tal vez una fachada de falsa apariencia. Profesionales, simple y llanamente. Si había muchos días como ese, mis nervios acabarían devorándome entera.

—Relájate, estás muy tensa. —Jonas se había inclinado a mi lado, lo justo para susurrar en mi oído.

—Tengo que vigilar, Jonas. No puedo relajarme.

—Si estás tensa transmites malas vibraciones, y eso no es bueno para el negocio. —El negocio, eso era algo que nunca imaginé de esta manera. Cuando oyes hablar de Alex Bowman, lo primero que piensas es en alguien como Vito Corleone. Un mafioso con negocios turbios, reuniones clandestinas y alérgico a la vida social y a la ley. Pues parece ser que en pleno siglo xxi eso no es así. La vida de Alex se parece más a la de un CEO de un conglomerado de empresas. Tiene una agenda, reuniones en distintas empresas, una sede central con oficinas y una vida social activa. Parecía uno de esos senadores con escolta e influencias en todas partes. Lo que me tenía intrigada era que, si todo el mundo sabía a lo que se dedicaba, ¿por qué la policía no lo había detenido ya?

El caso es que ahora que habíamos «vuelto» a la rutina habitual de Alex, estaba comprobando lo eficiente y metódico que era, aparte de serio. Aunque lo que más impresionaba era el respeto, y a veces miedo, con el que le trataban. Como en esa ocasión en la que se reunió en la central de distribución del puerto de Chicago. Jonas y yo nos quedamos fuera de la oficina, dejando a Connor como único apoyo junto a Alex. Por el cristal de separación se podía ver a Connor cerca de la puerta, mientras Alex estaba cómodamente sentado frente al directivo de ese momento. No es que fuera una experta leyendo expresión corporal, pero a mí me parecía que el que tenía el control en aquella reunión era Alex. Revisaron documentos, tomaron apuntes y se despidieron con un apretón de manos. Todo muy civilizado y comercial, y seguro que sobre el papel parecería legal, pero estaba segura de que había algo más. Por mucho que Jonas dijera que era de lo más normal que Alex tuviera una reunión con el director de control del puerto, pues tenía una empresa de importación-exportación. Sí, vale, los contactos son buenos, sobre todo cuando tienes productos que necesitas mover rápido, pero también cuando quieres que no les presten demasiada atención; en una palabra, contrabando.

La semana transcurrió prácticamente igual. Reuniones, visitas, almuerzos de negocios... Lo dicho, todo un ejecutivo. En todo ese tiempo no encontré a ninguna persona con pintas de traficante de drogas o de delincuente de esos con armas escondidas. Todo parecía estar precisamente muy lejos de ese tipo de gente.

A veces me sorprendía a mí misma pensando en las similitudes de Alex con Christian Grey; y no, no era por sus excéntricos gustos sexuales, ese lado suyo no lo conocía. Pero cuando miras a

Alex ves a un hombre de negocios, con poder, triunfador, dominante, implacable, decidido y, sobre todo, con un lado oscuro oculto, no sé si me entendéis.

Alex

—Jefe, ¿vas a llevar a Palm a la cena de jóvenes empresarios?

—Vosotros vais, Connor, ¿por qué no va a hacerlo ella?

—No me he explicado bien. Siempre que acudimos a eventos de ese tipo, Jonas o yo nos encargamos de tener un transporte preparado por si hay que salir a toda prisa, mientras el otro vigila la salida del salón principal y tú te encargas de controlar a los comensales.

—Así es.

—La cuestión es, ¿dónde puñetas vas a poner a Palm? Sí, mató a ese bicho arrugado de las Triadas, pero no es una profesional. Está claro que en su vida nunca ha tenido que vigilarse la espalda, o la espalda de alguien, para el caso.

—Qué quieres que te diga, tiene su punto eso de llevar detrás de mí a una chica como ella.

—El auténtico punto sería llevarla a tu lado, no detrás.

—¿Intentas decirme algo?

—Que los dos sabemos que no la has contratado por sus aptitudes como guardaespaldas.

—Dime, ¿por qué crees entonces que la he contratado?

—Podría decirte que porque está buena, pero eso nunca ha sido suficiente para llevártelas a casa, así que diría que el que cocine para nosotros y que después no tengamos que encerrarnos en el baño o ir a urgencias es una posibilidad.

—Dolores podía cocinar para nosotros y me saldría más barata.

—No te ofendas, Dolores nos cuida muy bien, pero prefiero a Palm.

—Entonces tú mismo te has contestado.

—Dejémonos de juegos, jefe. No sabes qué hacer con ella.

Miré a Connor de esa manera que decía que el juego se había acabado, y él se alejó sin decir nada más. Soy el puñetero jefe, siempre sé qué hacer, siempre tengo un plan y, de momento, mi plan era enfundar a Palm en un bonito vestido y llevarla a esa puñetera fiesta de jóvenes empresarios. Tenía que conseguir que ese Kajal Napalm dejara de resistirse a trabajar para mí. Su clínica era modesta, y estaba claro que necesitaba una buena inyección de capital para seguir a flote. El tipo era un excelente cirujano, pero su odisea en solitario le había pasado una factura económica que no había podido pagar. Cubrí sus deudas, aporté liquidez a su negocio, y le dejé vía libre con la gestión de su clínica, salvo por una pequeña cláusula, que le obligaba a dar prioridad y asistir a mis hombres cuando lo necesitaran, cuando la situación fuese de urgencia. Yo conseguía un médico cualificado y una atención apropiada sin la intervención de la policía cuando estaba claro que las heridas eran por peleas o altercados con armas. Pero ese testarudo... Y no era por escrúpulos. Había realizado operaciones y falseando datos para engañar a la compañía de seguros. Por eso era un candidato excelente para mis planes. No, lo que yo creía era que Kajal sufría un particular rechazo hacia mi persona. Y Palm iba a ayudarme a hacerme parecer normal, o eso esperaba.

Capítulo 14

Alex

Sí, lo sé, no es muy de caballeros esperar a una chica sentado en el coche, pero los dos entendíamos que aquello no era una cita, sino un trabajo. Palm solo tenía que ser mi acompañante, pero sin pretender ser otra cosa que mi empleada.

No le había dicho gran cosa sobre la cena de esa noche, no necesitaba saber que la llevaba para que Kajal me viera más como una persona, y no como el especulador que había adquirido su empresa. En mi trabajo es bueno que mis empleados me respeten, e incluso con algunos me viene bien que me teman, pero eso no iba a funcionar con Kajal. Tendría que apelar a su lado humano y...

La puerta de la casa se abrió, inundando todo con su luz. Palm surgió como un ángel de papel de seda, etéreo, hermoso... Y odié a Connor, realmente lo odié.

Giré mi cabeza hacia el frente, evitando darle un buen vistazo, y me encontré con Jonas tratando de hacer precisamente eso a través del espejo retrovisor. La puerta se cerró, lanzándome una oleada de su perfume. No, no era perfume, era ese maldito gel corporal con aroma a vainilla. Dulce y simple vainilla que, combinada con la piel de Palm, era todo lo que un hombre necesita meter en sus pulmones para caer en la tentación. Palm era así, sencilla, sin artificios, sin pretensiones. Como si estar deslumbrante no fuera su objetivo, pero lo hacía, precisamente por ello. Connor ya estaba en el coche, pero Jonas aún no nos había puesto en marcha, así que lo apremié.

—Tenemos un horario, Jonas.

—Sí, jefe. —Y el muy cabrón le dio un último vistazo a Palm antes de hacernos rodar por el asfalto. Eso no era bueno. Por eso no llevaba chicas a estos sitios, eran una distracción. Jonas estaba demasiado «atento» a los movimientos de Palm y, por nuestra seguridad, era mejor mantenerlo lejos de su negativa influencia.

—¿Te toca cubrir la vía de escape esta vez, Jonas?

—Connor sacó cara esta vez, jefe. Así que me toca cocinas y coche.

—Bien. —Apreté los dientes, porque entendí todos los detalles de esas cortas frases. Connor y Jonas normalmente se turnaban para hacer las vigilancias, y si habían recurrido a lanzar una moneda para decidir quién se quedaba con el puesto del comedor, era porque los dos lo querían. Siendo el más aburrido, solo había una razón para que ahora pelearan por él, y estaba sentada a mi lado. Lo que me faltaba, tener que enfriar a estos dos. Tendría que hablar con ellos muy seriamente, y si eso no funcionaba, tendría que buscarle otro puesto a Palm.

Palm

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que a Alex no le gustaba mi atuendo. Pues que se fastidie. ¿No quería que fuese con vestido de gala? Pues esto es lo que había. Si soy guardaespaldas tengo que dar prioridad a la eficiencia, y este vestido cumplía con todos los requisitos. Tirantes, para que mis «chicas» no asomaran por ningún sitio por mucho que trotase. Negro, porque es el color que mejor se camufla; y suelto en la falda, para poder correr, dándole

amplitud a mi zancada o recoger la tela en un rápido nudo para no tropezar con ella. Para mí el vestido era perfecto. Si por Alex fuera, seguro que sería más ceñido, o enseñaría más piel, pero esta vez escogimos Connor y yo.

Cuando llegamos a la entrada del hotel donde iba a tener lugar la cena y lo que fuera que tenían preparado para celebrar o entregar premios, Jonas detuvo el coche sin parar el motor. Connor salió y Alex esperó a que abriera la puerta. No es que hubiese ido a muchos sitios de esos, con alfombra roja, como las estrellas de cine, pero me sentí Angelina Jolie el día de los Oscar. Connor me tendió la mano cortésmente y yo me impulsé para salir del coche. Alex salió detrás de mí, y asintió a Connor y luego a mí, antes de empezar a caminar. No debí de hacerlo lo suficientemente rápido, porque Alex se detuvo y se inclinó para susurrarme en el oído.

—Recuerda, a mi lado, no detrás.

—Lo tengo, pero sería un detalle que no intentaras batir el récord de los 100 metros lisos cuando tu oponente lleva tacones. —Alex dejó escapar el aire lentamente, y me hizo un gesto con la mano para que empezara a caminar. Me daba igual que se enfadase. Si quería que estuviese allí con estas pintas, que se ajustara a mis limitaciones. Aunque, con lo que me pagaba, podía tener ese humor todo el tiempo que quisiera. No me extrañaba que solo tuviese dos guardaespaldas. Con lo raro que era, y lo gruñón, seguro que ninguno aguantaba demasiado.

Connor

Me posicioné en mi lugar y repasé todo el salón. Las mesas eran redondas y estaban bien distribuidas, con un espacio elevado para el orador de turno. Habíamos estudiado la distribución de todo el edificio y, después de conocer las medidas de seguridad, el jefe nos posicionó para cubrir una posible retirada. Jonas estaría cerca del coche, revisando la salida y la entrada de las cocinas. Yo vigilaría el salón y la salida de emergencia, nuestra «salida de emergencia» quiero decir.

Normalmente, estar en el salón era la parte más decepcionante y aburrida. Ver pasar bandejas repletas de comida succulenta y no poder hacer otra cosa que olerla. Pero hoy, ni Jonas ni yo queríamos perdernos esto. El jefe con una chica del brazo, o casi.

—Espero que te estén gruñendo las tripas, cabrón suertudo. Yo voy a probar una de estas tartaletas de marisco, a tu salud. —Sonreí un poquito, lo justo para que nadie lo notara, porque se suponía que era un tipo duro, serio y esas cosas. El pobre Jonas estaba intentando patearme el estómago, pero ese indio americano, con antepasados irlandeses, no iba a poder con este irlandés de pura cepa. Apreté el intercomunicador para que mi voz le llegara con claridad al receptor de su oído.

—Me comí un buen bocadillo antes de salir de casa.

—Idiota.

—Ya, pero mis vistas son mejores. —Volví mi mirada sobre la mesa del jefe, donde un asistente sostenía la silla de Palm para que se sentara. Es lo que tenía el apellido Bowman, que tenías a todo el mundo dispuesto a ofrecerte la mejor atención. Alex estaba un poco mosqueado con el tipo, pero salvo Jonas y yo, nadie lo conocía lo suficientemente bien como para apreciarlo. Simplemente, parecía tensamente relajado. Sí, difícil combinación, pero Alex era de los pocos que podían hacerla encajar. Al menos no le estaba prestando atención a dos o tres chicas que parecían asesinar a la pobre Palm con la mirada, ni al numeroso contingente de mujeres y hombres que no conseguían disimular su curiosidad sobre la mujer que acompañaba al solitario Alex Bowman.

—Al menos soy el único que se beberá una cerveza decente esta noche. —Ahhhh, qué noche más larga. No podía quitarme el comunicador del oído, así que ese maldito mal perdedor tenía la herramienta perfecta para atormentarme sin piedad. Pero nadie dijo que fuera a dejarme machacar sin pelear.

—¿A que no sabes quién está una mesa a la izquierda del jefe?

—No voy a caer en eso, Connor.

—¿Te acuerdas de Hello Kitty?

—¡Mierda! ¿La rubia de los lacitos rosas y tetas enormes?

—Sip. Hoy no lleva lacitos, y ha cambiado el rosa por el verde. Pero sus uñas siguen siendo igual de largas.

—¡Jod...! Pobre Alex.

—No parece que sea sobre Alex donde está pensando afilarse esas garras de tres centímetros.

—Si la cosa se pone caliente, más te vale avisarme. Entraré ahí como un maldito escuadrón de marines.

—No creo que el feje lo apruebe.

—Eres un cabrón.

—Pero estoy en primera fila.

—Idiota. —Sí, sentaba bien eso de devolver los golpes bajos.

Capítulo 15

Alex

Estaba bien esto de tener conexiones. Gracias a ello estaba sentado en la mesa correcta. La que estaba en el punto estratégicamente mejor situado para la defensa y escape y, sobre todo, en la que estaban sentados Kajal Napalm y su esposa. Había aprendido a leer el lenguaje corporal de la gente, y el de la mujer gritaba bien alto que no se sentía demasiado cómoda. Era como un pie pequeño que se había intentado meter en un zapato muy grande.

Podía haberme sentado junto a Kajal, pero eso sería contraproducente. Así que situé a Palm junto a su esposa, y después me senté yo. Distancia, pero la justa. O, dicho de otra manera, teníamos un contacto no directo. De momento, Kajal había observado a Palm con algo de recelo, pero enseguida se centró de nuevo en mí. Observa a la cobra, creí escuchar en su cabeza. Cobra, sí. Siendo ambos de origen hindú, pensé que sería eso lo que aparecería en sus pensamientos.

—Señor Bowman.

—Señor Napalm.

—Qué casualidad que los dos coincidamos en la misma mesa.

—Si le molesta, seguro que la organización puede buscarle otro lugar. Yo no tengo ningún inconveniente con esta distribución. —No iba a negar ni reconocer que había tenido parte en la asignación de asientos, no quería que pensara que soy un mentiroso, porque no lo soy. Salvo algunos pequeños «malentendidos» que pueda provocar intencionalmente, no suelo decir mentiras, no sirven de nada. Además, así le forzaba a demostrar su rechazo hacia mí, o a aceptarlo. El tipo sopesó su respuesta unos lentos segundos.

—Por mí está bien así.

—Perfecto entonces. —La cena transcurrió lenta, como suelen ser estas cenas de negocios en las que puedes cerrar un trato entre plato y plato. No sé cómo ocurrió, pero Palm empezó a charlar, o al menos a hablar discretamente con la mujer de Kajal, la cual pasó de sentirse incómoda, a relajarse y sonreír cada vez más. Y sí, la culpa la tenía Palm. No tenía ni idea de lo que estaban hablando, pero esas dos se traían algo entre manos que el resto no podíamos escuchar.

Me acerqué disimuladamente hacia ellas mientras hablaban y juro que no entendí nada. ¿Estaban hablando en hindú o lo que fuera que se hablase en la india? Creí que la lengua oficial era el inglés. Acaricié su muslo con cuidado, haciéndola saber que quería hablar con ella. Cuando Palm se inclinó hacia mí, susurré bajo para que solo ella me escuchara.

—No me digas que también hablas hindú.

—Pastún, y solo un poco.

—Lo suficiente para tener una conversación con ella.

—Bueno, ella tolera bien mis errores, así que sí, intentamos tener una conversación. Se siente más segura cuando no es a ella a quien corrigen.

—Creí que era americana.

—Hay barrios en los que no es necesario saber inglés para vivir. Ella ha pasado toda su vida en Little India, y el inglés es su segunda lengua, pero comete algunos errores gramaticales que la hacen sentirse inferior. Por eso no se siente muy segura en lugares públicos como este, donde se le exige una correcta utilización del idioma.

—Vaya, pues para «solo hablar un poco», os habéis comunicado bastante bien.

—Un poco de su parte, un poco de la mía, así siempre se llega a algún sitio.

—Eres una caja de sorpresas, Palmyra Bennet. —Chino, pastún, lanzadora de cuchillos. El currículum de esta mujer no solo crecía por momentos, sino que lo hacía con cosas realmente interesantes.

Desvié la mirada hacia Connor, como hacía cada minuto, para ver si todo iba bien. Lo sé, llevaba uno de esos pequeños comunicadores en el oído, pero acababa siendo un engorro mantener dos conversaciones a la vez, y tendría mucho que explicar si alguien lo descubría. Así que simplemente miraba a Connor o Jonas y nos comunicábamos por señas. Sus ojos estaban clavados en mí, y supe que ocurría algo. Su mano se levantó y su dedo índice se clavó en su yugular. Ahí estaba, mi señal para salir de allí a toda prisa. Asentí con rapidez y extendí mi mano para atrapar la muñeca de Palm. Miré mi reloj con exagerada teatralidad y me empecé a poner en pie, arrastrando a mi acompañante.

—Siento tener que irme, pero tenemos otro compromiso al que ya llegamos tarde. Ha sido un placer cenar con ustedes.

—Ha sido un placer para nosotros también, señor Bowman y señorita... —Kajal esperó una respuesta que yo le di antes de abandonar la mesa.

—Bennet.

—Espero volver a verla, Palmyra. —La voz de la mujer de Kajal sonó tímida, casi inaudible, pero Palm se detuvo justo para contestar sin ser grosera:

—Espero que sí. Me ha gustado charlar con usted. —Medio segundo más y la habría arrastrado por todo el salón. Por suerte no tuve que hacerlo.

Connor estaba revisando el otro lado de la puerta y nos dio el visto bueno un nanosegundo antes de llegar hasta él. Caminamos por el pasillo, casi corrimos, hasta llegar a una sala. Connor abrió la puerta y entramos, cinco segundos antes de que se escucharan pasos acelerados casi a nuestra altura. Connor había dejado la puerta entreabierta, por lo que pudimos ver a un grupo de hombres trajeados caminando hacia la misma puerta por la que habíamos salido un minuto antes.

Con el arma en la mano, Connor regresó al pasillo y salió a revisar el acceso a nuestra vía de escape. Volvió unos segundos después, dándonos el visto bueno para continuar. Caminamos a paso rápido, mientras mantenía sujeta a Palm por la muñeca derecha y la posicionaba a mi espalda. Pasamos por algunos pasillos de personal, atravesamos las cocinas y llegamos a la zona de carga, donde Jonas nos esperaba con el motor en marcha. Nada más cerrar la puerta, Jonas nos sacó de allí.

—¿Puedo preguntar el porqué de esta escena a lo James Bond? —preguntó Palm.

—Explícale, Jonas.

—Entró un grupo de hombres armados por las cocinas.

—¿Hombres armados? ¿Crees que iban a irrumpir en el salón donde estábamos cenando? —insistió Palm.

—Por lo que vimos, ese era su destino —respondió Connor. Los ojos de Palm se giraron hacia mí.

—¿Y por qué no avisamos al resto de comensales? ¿Vamos a ayudarlos, no sé, llamando a la policía? —Dejé salir el aire lentamente. Había demasiado que explicar ahí, y no tenía muchas ganas de justificarme ni a mí, ni a mis actos.

—Primero, nosotros seguimos la ley del «por si».

—¿«Ley del por si»?

—Por si acaso ocurre algo, nosotros primero salimos de allí y luego preguntamos qué ha pasado.

—¿Y ahora que ya nos hemos ido, vas a preguntar que está ocurriendo?
—Connor está en ello. —El mencionado estaba al teléfono en aquel momento; 20 segundos después empezó a relatar lo que le intrigaba saber a una preocupada Palm.
—El alcalde ha hecho una aparición sorpresa para dar un pequeño discurso motivacional.
—En otras palabras, necesita buscar nuevos fondos para su reelección —terminé explicando.
—Entonces ¿podemos volver?
—Llegamos tarde a otra cita, ¿recuerdas?
—¿Tenemos otra cita? —Ante la pregunta de Palm, Connor miró su reloj y alzó ambas cejas.
—Llegamos a tiempo para ver el capítulo de hoy de *The Big Bang Theory* —dijo mirando a Palm, quien empezó a entender, o eso decía la risa que se fue convirtiendo en carcajada.
—Sois increíbles —respondió mientras deslizaba una mano hacia sus pies para quitarse los zapatos de tacón—. No quiero saber nada de vosotros en cuanto me meta en el baño, por al menos una hora.
—Vas a salir hecha una pasa arrugada —puntualizó Jonas.
—Lo dice el que no lleva laca en el pelo ni una buena capa de maquillaje en la cara. Necesitaré todo ese tiempo para volver a estar limpia otra vez.
—No creo que lleves tanto maquillaje —le revisé la cara de cerca, perdiéndome por unos segundos en sus ojos.
—Una dama no desvela sus secretos. Así que se acabó la lección.
—Aguafiestas —opinó Jonas desde el asiento delantero.
Que te den, Jonas. No necesitas saber lo que va a hacer Palm en el baño durante esa hora, y yo tampoco lo necesitaba.

Palm

Un largo baño en agua caliente, además de relajar y limpiar, abre algo más que los poros, y me refiero a mi mente. Pensé: si yo era la guardaespaldas, y Alex la persona que proteger, ¿qué mierda hacía él arrastrándome a su espalda? Parecía que era él quien cuidaba de mí, y no al revés. Vale que los dos sepamos que estoy interpretando un papel, pero no estaría de más que me dejara hacerlo como se debe.

Deja de darle vueltas a las cosas, Palmyra. Haz tu trabajo como puedas, coge el dinero y lárgate de aquí. Tú ya tienes bastantes problemas con los que lidiar como para añadir otro más a la lista. Si una cosa tenía clara, es que cuando cogiera la carretera, borraría Chicago de mi lista de sitios a los que volver. Aún tenía en la cabeza el mapa con las ciudades y lugares que había recorrido, siempre unidos a la línea de autobuses. Podía salir de Illinois y regresar a Indiana, o podía ir al norte, Wisconsin. Mmm, Milwaukee. No, mejor al sur, al calor, necesitaba calor. Odio el frío, ya he pasado suficiente frío para toda una vida. Cuando no tienes mucho dinero para pagar una buena calefacción te das cuenta de que hay lugares en los que un par de mantas no es suficiente para dejar de tiritar por las noches. Decidido, al sur. Podía ir cerca de Florida, más cerca de los abuelos, así podría hacerles una visita de vez en cuando. Aunque todavía era demasiado pronto para eso, necesitaba darles buenas noticias, como que tenía un buen trabajo, una nueva vida... cosas de esas.

Capítulo 16

Alex

Sábado por la mañana, un buen día para ponerme unos jeans, una camiseta y darle un baño a Kathy. Hacía demasiado tiempo que estaba acumulando polvo en el garaje, y un día soleado como hoy pedía a gritos que sacara a mi chica a pasear. Y sí, lo de Kathy era por *The Wild One*. Sé que la película era vieja, pero Marlon Brando era Marlon Brando, y su personaje era exactamente a como era yo a los 21 años, una auténtica fuerza de la naturaleza, indomable y totalmente imposible de controlar. Andrey decía que yo era un espíritu libre, peleón, pero libre. Y fue así, hasta el día que todo cambió, mi mundo cambió.

Unos golpes en la puerta me hicieron girarme. En aquella casa nadie esperaba mi permiso para empezar a hablarme después de llamar a una puerta abierta, así que solo podía ser una persona.

—Dime, Palm.

—Connor me dijo que hablara contigo. —Aquello era raro, yo no le había dicho nada a Connor.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Que se ha cansado de que le pida el teléfono para hacer mis llamadas.

—¿Llamadas?

—Tengo abuelos, ¿recuerdas? Suelo llamarlos todos los sábados para saber cómo están.

—Solucionaré lo del teléfono. ¿Necesitas hacer esa llamada ahora o puede esperar un par de horas?

—Son jubilados, jefe, puedo llamarlos a las 10 de la noche que seguro están despiertos. Lo que no me atrevería sería a llamar a la hora de la telenovela.

—¿Tu abuela es una fan?

—Es más mi abuelo, pero los dos se quedan fritos casi antes de que empiecen las letras del inicio.

—Espera, ¿me has llamado jefe?

—Connor y Jonas lo hacen, y yo también trabajo para ti. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque tú eres mi prima.

—No vas a olvidar eso, ¿verdad?

—No suelo olvidar ese tipo de cosas.

—Eres un hueso duro, jefe.

—Alex.

—Vale, Alex. ¿Me avisarás cuando esté listo lo de mi teléfono?

—Lo haré.

—Bien.

—Palm —la llamé antes de que saliera del despacho.

—¿Sí?

—¿Qué planes tienes para tu día libre?

—¿Día libre?

—Sí, ya sabes. Todos tenemos un día libre. Y hoy es el tuyo.

—Pues, no sé. No tenía nada en mente para cuando lo tuviese. Supongo que lo de salir a dar una vuelta está descartado.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees, tipo listo? No tengo transporte, a la mafia china no le caigo muy bien y seguro que hay algún que otro loco que todavía piensa que soy tu prima. No sé, escoge la opción que más te guste.

—Bueno, lo primero puedo solucionarlo, el resto... veré como arreglarlo.

—Ya, lumbrera. Mientras lo solucionas, voy a ordenar mi ropa en los cajones y a hacer la colada.

—Eso lo hace Dolores.

—Genial, pues es lo que solía hacer antes en mi día libre.

—¿Y si te doy algo que hacer mientras arreglo lo de tu teléfono?

—Suéltalo.

—Tú haces lo que iba a hacer yo, y yo dedico ese tiempo a solucionar tu problema.

—Un intercambio. OK, hay trato.

—Bien, entonces sígueme. —Palm me siguió hasta el garaje del lateral de la casa, donde cogí un cubo, lo llené de agua y jabón y metí dentro una esponja. Luego cogí un paño para secar y los llevé hasta la parte de atrás.

—Bien, esta es tu tarea. Haz que brille.

—¿Quieres que te lave el coche? —Palm había levantado una de sus pequeñas cejas hacia mí.

—El coche no, quiero que pongas guapa a mi Kathy.

—¿Kathy? —Le indiqué con el índice el lugar donde una lona cubría a mi pequeña salvaje. Palm caminó hacia ella y con cuidado retiró la lona.

—¡La pera!

—¿Pera? Es una Harley.

—No, ¡la pera! Es una manera de decir que es una pasada de moto.

—Sí, eso está mejor. —Le tendí el cubo y ella lo cogió casi sin mirarlo. Sus ojos estaban sobre mi pequeña máquina de dos ruedas.

—¿Podrás con ello?

—Tú vete a hacer lo tuyo, que esta preciosidad y yo tenemos cosas que contarnos. —Solté una carcajada y salí de allí, dejando a las chicas solas. ¿Sabría Palm conducir una moto? En el circo había de esos espectáculos de motoristas suicidas, ¿verdad? Ah, mierda, ¿qué demonios me estaba haciendo esta chica? Volver a conducir a Kathy, pensar en el circo y, lo peor de todo, tener la idea de ir a Martinos a comer un helado con *toppings* de chocolate. Palm me estaba devolviendo al Alex de hace más de 10 años, el Alex con ganas de vivir la vida, de disfrutar cada momento. El Alex que encerraron en su propio ataúd cuando mataron a toda su familia. Ahhhh, una simple mujer no podía estar haciéndome esto. Pero es que con cada día que pasaba me daba más cuenta de que Palmyra Bennet no era una simple mujer. ¿Qué más sorpresas tendría para mí? ¿Por qué parecía que ella había vivido su vida con más intensidad? ¿Por qué se emocionaba con las pequeñas cosas, como si fueran tesoros de inmenso valor? ¿Quién la había dañado para llegar a estar en una cafetería como una triste camarera cuando era una persona tan valiosa? ¿Por qué tenía esa actitud ante la vida? ¿Qué la hacía ser tan fuerte? ¿Por qué no se amedrentaba ante nada? Palmyra Bennet era de esas personas que se enfrentaba a los retos con valor, aunque todo apuntara a que los perdería.

Palm

He visto docenas de motos como esta, hechas para sentir el viento en la cara, hechas para

disfrutar el camino. Nunca había montado en una, pero supongo que sería muy parecido a cuando un niño se monta en un elefante por primera vez.

—¡Vaya! Has hecho un trabajo estupendo. —Alex estaba entrando en el garaje, con una pequeña sonrisa en la cara.

—La duda ofende.

—Solo era un halago, Palm.

—OK. ¿Tienes lo mío?

—Más o menos. —Me tendió un casco y tomó el manillar de la moto para empujarla fuera del garaje. Se subió a horcajadas y accionó el arranque. Soltó el gas, o como se llame eso para hacer que rugiera, y el ruido hizo que mis tripas se movieran como unas bailarinas.

—¿Vas a ponértelo?

—¿Yo?

—Claro, seguridad ante todo. —Alex tenía en su mano otro casco y empezó a ponérselo. Iba a subir en esa máquina, yo, Palmyra Bennet, iba a subir, por primera vez en mi vida, en una moto de verdad. Subí a la parte trasera y puse los pies sobre los estribos que había limpiado antes.

—¿Dónde vamos?

—A por tu teléfono.

—Genial.

—Será mejor que te agarres bien.

—Oh, vale. —Rodeé su cintura con mis brazos y me preparé para lo que venía. La moto empezó a rodar por el asfalto, cogiendo más velocidad a medida que nos alejábamos de la casa. Esto, definitivamente, era muy diferente de montar a caballo con François. Ninguno de sus caballos corría tanto, tampoco se sentía esa intensa vibración entre las piernas, y tampoco Alex se parecía a él. No, Alex era muy diferente. Su cuerpo era más duro, no tenía esos pequeños «flotadores» que se asentaban sobre sus caderas, y era más grande, mucho más grande.

François. No debía pensar en él, no después de lo que hizo, pero no podía evitarlo, porque era el otro único hombre al que había abrazado de esta manera.

Capítulo 17

Alex

Sentí la risa y los pequeños gritos de alegría de Palm. Y digo bien, sentí, porque con el casco y el rugido de Kathy era imposible oírlos, pero las vibraciones de su pecho al hacerlo se extendían por mi espalda como una ola tibia. Era imposible no sonreír también, contagiaba su entusiasmo, su alegría. Era como sentirse niño de nuevo, subir a la montaña rusa y descubrir que te encanta. Casi me dio lástima llegar a nuestro destino, porque sentaba demasiado bien tenerla aferrada a mí. ¿Cuándo fue la última vez que llevé una chica de paquete en mi moto? Demasiado tiempo.

—Fin de trayecto. —Palm miró la calle de arriba abajo, inspeccionando el lugar.

—Vayamos a por tu teléfono. —Caminamos hasta la tienda de telefonía, donde Liam me entregó el pedido. No, no servía cualquier teléfono, uno que la policía pudiese rastrear o piratear. Cuando llamé, le pedí un teléfono «nuevo». Liam sabía lo que quería. Por fuera parecía un simple iPhone, pero el interior estaba acondicionado para que no fuera rastreado salvo por mi equipo, incluso el número estaba protegido. ¿Por qué le daba a Palm un teléfono así? Porque, si bien no lo había necesitado hasta el momento, en mi casa no iba a entrar cualquier aparato electrónico, y tampoco quería que el teléfono de Connor o Jonas, o incluso el mío, fuese interceptado por una llamada no controlada. Quién sabe quién estaba escuchando al otro lado de las llamadas que hacía Palm. ¿Seguía sospechando de ella? Era muy difícil que no lo hiciera. La vida me había enseñado que la persona de quien menos sospechas puede clavarte un cuchillo en la espalda, y no solo de forma literal.

Cuando le entregué su teléfono, Palm no se fijó en la marca o el modelo, no, era como si para ella fuese un teléfono nada más. Otra chica estaría encantada de tener un último modelo, pero ella pareció no notarlo. Como si eso nunca hubiese sido importante para ella.

—¿Te gusta?

—Es muy bonito. ¿Cuándo puedo llamar?

—Está activado, así que hazlo cuando quieras. Ahora si te apetece.

—Bien. —Liam le mostró el funcionamiento, y lo primero que hizo fue marcar unos números que se sabía de memoria.

—¿Abuela? Sí, soy yo, Palmy. ¿Cómo estáis tú y el abuelo? —Liam y yo le dejamos un poco de privacidad, mientras fingíamos tramitar la compra del teléfono.

—Es bonita. —Fruncí los ojos para mirar a Liam y me lo encontré embobado mirando a Palm.

—Sí, y letal.

—Wow, ¿esta es la ninja esa que ha contratado?

—Premio para el caballero.

—Vaya.

—¿Sorprendido?

—Pues... esperaba a alguien... no sé, más... oriental.

—Así llama menos la atención. —Liam sonrió de lado y dijo:

—Si usted lo dice, jefe. —Volví la vista hacia Palm, y entonces vi lo que Liam veía. Era hermosa, pero no por tener un cuerpo de esos que te hacen girar la cabeza cuando pasa a tu lado, sino de esa manera en que la miras embobado porque está sonriendo. Era de las que brillaba

cuando sonreía. ¡Mierda! Tenía que pararle los pies a este pobre incauto. Podíamos estar en el mismo equipo, pero ella estaba fuera de su alcance.

—Créeme, no tienes ni idea de lo que es capaz. —Y más le valía en no pensar en nada sexual, porque le cortaba las pelotas. Palm no es ese «tipo de profesional».

Me giré hacia la salida y me acerqué a la moto, sin perder de vista a Palm. Cuando terminó la llamada, le tendí de nuevo el casco y ella se lo acomodó con eficiencia.

Palm

No podía creer dónde estábamos. Alex nos había llevado a una heladería y había pedido un helado con trocitos de cosas espolvoreadas por encima, uno para cada uno. Hacía tanto tiempo que no comía helado. Cuando uno vive con lo justo, el helado es un lujo que no se puede permitir, así que comí despacio, aunque no demasiado. Lo justo para que no se derritiera sobre mis dedos.

—¿Quién te enseñó a hablar pastún? ¿Algún domador de tigres?

—Un mago.

—No me digas más, fuiste su ayudante.

—Ayudante, ayudante... Más bien fui la canguro de sus hijas mientras él y su esposa realizaban su número.

—No suena tan peligroso como ser la ayudante del lanzador de cuchillos.

—Ya, tú no has estado al cargo de dos terremotos de 7 y 5 años cuando no pasas de los 13.

—¿No había motorista de esos que giran dentro de una bola metálica?

—No. El único que iba en moto era un oso de casi doscientos kilos, y se parecía más a un patinete con motor.

—Entonces, supongo que no sabes conducir una.

—Es la primera vez que monto en una, con eso ya está todo dicho.

—Vaya, algo que no sabes hacer.

—Lo dices como si te sintieras decepcionado.

—Es que, hasta ahora, te veía como a MacGyver.

—¿Por qué hago una cena comestible con cualquier cosa?

—Porque sabes hacer de todo.

—¡Ja! Ya me gustaría a mí. —Caminamos hasta un banco y nos sentamos a comer nuestro helado, mientras veíamos pasar a la gente y dejábamos que el solecito nos calentara.

—¿Cómo una mujer como tú abandona lo único que conoce y se lanza a conocer mundo por su cuenta?

—¿Lo dices porque no tengo un título académico?

—Lo digo porque pasaste toda tu vida en un mundo totalmente diferente a esto, y volaste del nido sin un destino.

—Me has investigado.

—Es deducción. Si hubieses tenido un lugar al que ir no habrías saltado de trabajo en trabajo precario. Y que algo pasó quedó patente en el hecho de que volviste al circo, pero ocurrió alguna cosa que hizo que te fueras de nuevo. —Era un puñetero adivino, o no. Pero... debía contarle ¿esa parte? Tampoco era un tema que quisiera sacar de su caja, pero no tenía a nadie con quien compartirlo. Hacerlo con un hombre, y además mi jefe, no es que fuera ideal, pero era menos que nada.

—Como te conté, dejé el circo porque mi padre se moría.

—Siento lo ocurrido.

—Todos morimos tarde o temprano, algunos antes de lo que quisiéramos, pero es algo que nos toca a todos. Lo único que podemos hacer es disfrutar de los momentos que tenemos para compartir juntos.

—Bonita filosofía.

—Puedo llorar toda la vida por haber perdido a mi padre, o puedo recordarlo y dar gracias por haberlo tenido en ella. Lamentar lo perdido no va a devolvérmelo, solo lo hace el recordarlo.

—Es una manera de tener un trozo de la tarta, aunque sea pequeño.

—Eso creo yo.

—Sigue.

—En fin. Cuando regresé de nuevo, esperaba encontrar mi sitio aguardándome, pero no fue así.

—Contrataron a otra en tu lugar.

—No era ese tipo de puesto.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando me fui tenía novio, uno con el que prácticamente tenía mi vida organizada. Dormía en su caravana más que en la mía, lavaba su ropa, le daba su comida, atendía a sus animales... pero cuando regresé, había otra chica que hacía esas cosas.

—Te sustituyó.

—Me traicionó.

—Un gilipollas. Pero eso pasa muchas veces. Podías haber vuelto a tu caravana, seguir haciendo lo que hacías antes de ser su novia.

—Además de que habíamos vendido la caravana de mi padre para pagar su medicación, no me sentía con fuerzas de pelear con ello.

—¿Con la traición de tu novio?

—No, con el resto de la gente. El circo es una gran familia, más o menos, y como todas las familias, todos se meten en la vida de todos. No tenía ganas de sentir la pena de unos, la lástima de otros, y mucho menos de volver a encontrarme con él, y en el circo, eso es imposible, porque todos trabajamos juntos.

—Lo entiendo. Acababas de salir de una batalla, no tenías fuerzas para entrar en otra.

—¿Tú también pasaste por algo parecido?

—Digamos que lo tuyo fueron dos batallas. Lo mío es una guerra y aún sigo metido en ella.

—Lo tuyo suena peor que lo mío.

—Lo fue. Ahora ya estoy acostumbrado. —Antes de que pudiese decir algo, Alex se levantó y empezó a caminar. Oí su voz cuando giró su cara para mirarme sobre su hombro.

—¿Nos vamos? Hay un sitio por el que me gustaría pasar antes de regresar.

Capítulo 18

Alex

Caminar por el viejo barrio era como volver al pasado. Las palabras de Palm habían despertado un deseo en mi alma, recuperar a mi familia de alguna manera. Así que allí estábamos. El barrio estaba distinto. Algunos negocios habían cambiado, pero la vieja tienda de O'Brien aún seguía abierta. Era la única tienda en la que aún podías encontrar el auténtico whiskey irlandés. Se parece al escocés, mucho más conocido, pero no deja de ser un primo.

Y no es que esté aquí, precisamente con mi «prima», para comprar whiskey, no. Estaba aquí porque era el lugar al que iba a comprar manzanas con mi madre cuando era niño. Podía ir a comprar las puñeteras manzanas para su *apple pie* a cualquier otro lugar, cualquier centro comercial, cualquier gran superficie. Pero ella siempre quería ir ahí, porque era donde su madre compraba las manzanas y porque decía que olían diferente; eran las mejores manzanas, y por eso su tarta era la más rica.

—Si compro manzanas, ¿harías otra vez esa *apple pie* que nos hiciste una vez?

—Mmm, *apple pie* por teléfono nuevo. Creo que sales perdiendo, pero vale. —La verdad, estaba un poco perdido. En mi vida había escogido una pieza de fruta. Yo tan solo me acercaba a la cocina y robaba una de la fuente en que las tenía mamá. ¿Cómo hacía ella para saber cuáles eran las buenas? Tomé una pieza, la acerqué a mi nariz y la olí, de la misma manera que hacía mi madre. ¿Esa sería buena? A mí me parecía que podía servir, pero...

—¿Necesitas ayuda?

—Nunca he comprado fruta. Dolores suele encargarse de esas cosas.

—Pues ya va siendo hora de que aprendas. Mira, esta está un poco verde. No está mal si quieres tenerla en casa unos cuantos días. Pero las que están ya maduras son las mejores para una tarta, porque son más dulces.

—Lo recordaré. ¿Y cuántas necesitamos?

—Pues contando con el apetito de Jonas por los dulces, yo compraría un par de kilos.

—Bien. —El viejo O'Brien no estaba en la tienda, pero el muchacho que nos cobró la fruta no podía negar que era familiar suyo. Un pelirrojo como aquel, y en aquella tienda, no podía ser sino otro O'Brien. Palm cogió la bolsa de mis manos y me lanzó una mirada desafiante.

—Puedo llevarlo yo.

—Yo soy la guardaespaldas, ¿recuerdas? —Sonreí de medio lado y alcé mis manos en señal de rendición. Salimos de la tienda y empezamos a caminar hacia el lugar donde aparqué a Kathy.

—¿La echas de menos?

—¿A quién?

—A la persona en quién pensabas cuando cogiste la manzana. —No sabía hasta qué punto Palm conocía mi historia, al menos la parte que circulaba por ahí. Por lo que sabía, no llevaba mucho tiempo en Chicago, así que, tal vez no había oído lo suficiente. Ella se sinceró conmigo, al menos le debía el contarle lo que todo el mundo sabía, y no estaba mal que fuera de mi propia boca, así sería la verdad. Bueno, parte de la verdad.

—Mi madre compraba aquí. Y sí, la echo de menos. Les echo de menos a todos. —Palm caminó a mi lado en silencio, y aprecié eso. Era como si se comunicara conmigo de una manera más profunda, precisamente por esa ausencia de palabras. Y eso me asustaba y reconfortaba a

partes iguales. —Perdí a mi familia, a toda mi familia.

—Es duro que no quede nadie.

—Puede, pero lo peor es que los asesinaran, y que además lo hiciera alguien de su propia sangre.

—¿Un... uno de tu familia?

—Sí. Y antes de que lo preguntes, él también está muerto.

—¿Lo...lo mataste?

—Vi como ardía dentro de su coche. Escuché sus gritos antes de morir.

—Vaya, eso...

—No te atrevas a sentir compasión por él, Palm. Mi tío era un cabrón fuera de control que masacró a toda su familia, y a todo aquel que podía ocupar el puesto que quería. Merecía una muerte lenta y dolorosa, y es lo que recibió. —Ella no dijo nada, solo caminó a mi lado hasta que llegamos al aparcamiento. Estaba metiendo la bolsa con las manzanas en una de las alforjas de Kathy, cuando escuché un ruido a nuestras espaldas. Al girarme, me encontré con cuatro hombres que caminaban directamente hacia nosotros. No necesitaba saber quiénes eran, me valía con mi intuición. Esos tipos tenían un objetivo, y éramos nosotros. Me puse al lado de Palm, intentando que quedara a mi espalda.

—En cuanto te diga, empieza a correr.

Los tipos se posicionaron a nuestro alrededor, al estar más cerca pude ver sus cuchillos. En esta ciudad, pocos se atrevían a enfrentarse a Alex Bowman, el jefe de la mafia irlandesa, por eso estaba desconcertado. No eran sencillos maleantes en busca de una presa fácil. Demasiado bien coordinados para eso, y sus armas eran claramente militares. Sabían a quién buscaban, estaba claro. Pero usar cuchillos en vez de pistolas...

—Espero que os hayan pagado bien por hacer esto.

—Bastante bien, no te preocupes.

—Bien. Entonces haré que os ganéis el sueldo.

Antes de lanzarme a aquella lucha desigual, mi mano sacó el arma que llevaba oculta. Tenía encañonado a uno de ellos, cuando una manzana impactó directamente sobre la cara de otro de ellos. No perdí el tiempo y disparé al hombro del tipo frente a mí. El resto estaba demasiado cerca para disparar a todos, pero me ocuparía de ellos el tiempo suficiente para que Palm pudiese huir.

—¡Corre!

—Demasiado tarde. —Giré la cara, lo justo para ver a un tipo encañonando la cabeza de Palm con una 45. Y eso fue lo único que necesitaron para golpearme en la cabeza, y dejarme inconsciente.

Palm

Casi se me salió el corazón del pecho cuando vi a aquellos tipos con cuchillos rodearnos, y mi situación no mejoró cuando vi cómo dejaban a Alex inconsciente en el suelo.

—Ahora vas a portarte bien si no quieres que te haga unos agujeros nuevos para los pendientes. —Sí, como si fuera a intentar algo. Ellos tenían armas y mi suministro de manzanas estaba ahora esparcido por el suelo. Y, de todas maneras, ¿manzanas contra balas? No tenía una sola posibilidad. Cogieron el cuerpo inerte de Alex y lo arrastraron hasta una furgoneta. A mí me hicieron entrar con algo más de delicadeza, quizás por el hecho de que lo hacía por mi propio pie.

No es que yo tuviese mucha experiencia en estos casos de peleas con armas, pero sí podía ver

que a estos hombres no les interesaba matarnos, porque lo habrían hecho ya. No, ellos nos querían vivos, y a eso me aferré, porque mientras hay vida, hay esperanza.

Capítulo 19

Alex

El suelo dio una fuerte sacudida, e instintivamente lancé mis manos hacia delante para no golpear mi cara. Pero no pude, algo las mantenía atadas a mi espalda.

—Tranquilo, grandullón, ya casi hemos llegado. —Alcé la cabeza para encontrar la sonrisa de suficiencia del tipo que había encañonado a Palm con su arma. Pensé: «como le hayas hecho daño, cabrón, vas a perder algo más que los dedos». ¡Palm! La busqué con una rápida ojeada, con la que me di cuenta de que estábamos en el interior de una furgoneta. Y allí estaba, con el hombro y la cabeza apoyados contra uno de los lados. Sus manos estaban atadas a su espalda con una de esas tiras de plástico tan comunes. Sus ojos me miraban con culpa, como si estuviésemos en aquella situación por su ineficacia. Nada más lejos. Ella no era una profesional como lo eran estos tipos. Y, aun así, se las apañó para causar un gran daño. ¿Que cómo lo sabía? Por la cara del tipo que tenía su atención centrada en ella. Tenía un buen golpe en la nariz y el ojo izquierdo se le estaba oscureciendo con un hermoso tono morado. Estaba seguro de que dolía, y mucho, porque el cabrón vigilaba a Palm como si deseara devolverle el golpe. Y sé de lo que estoy hablando, me han mirado así docenas de veces. ¿Quién diría que las manzanas hiciesen tan buen trabajo? Supongo que no eran las manzanas, sino Palm. Ella era de las que se apañaban con lo que tenía a mano. Restos de la nevera para hacer una cena decente, manzanas como arma, silencios para derribar los muros de mis recuerdos... Era excepcional, un ser increíble.

La furgoneta se detuvo finalmente y la puerta lateral se abrió para que unos tipos diferentes metieran sus manos y me arrastraran al exterior. Era una propiedad con un par de edificios. Uno era una gran casa de ladrillo, el otro, a seis metros del primero, parecía un viejo establo reconvertido en algo... No sabría definirlo, pero tenía una enorme antena parabólica sobre su tejado.

Nos hicieron caminar dentro de la casa y subir a la planta superior. Avanzamos por un pasillo hasta detenernos frente a una puerta. El resabido de la furgoneta, al que mataría el primero nada más liberarme de mis ataduras, golpeó la madera y una voz le dio paso. Cuando pude ver el otro lado, sentí que acababa de atravesar las puertas del infierno.

Palm

Entramos en una especie de despacho, decorado con el peor gusto masculino de todos. A ver, ¿quién ponía en la pared la cabeza de un jabalí tan feo? Pues alguien que quería algo más espeluznante que su propia cara en la habitación. Y el tipo no era feo, solo... solo tenía esa expresión de arrogante supremacía que muchos tipos tienen cuando ganan la partida. Y sí, podía haberla ganado de momento. Pero nadie se mete con Alex Bowman y sale indemne, nadie... ¡Oh, oh! Cuando miré a Alex, lo encontré pálido, como si hubiese visto un fantasma. Pero sus ojos, ¡mierda!, eran asesinos, harían tragar saliva al mismísimo Freddy Krueger (¿recuerdan al tipo de la mano con cuchillas afiladas y cara quemada?).

—Sé lo que estás pensando, Alex.

—No lo creo.

—Voy a intentarlo de todas maneras.

—Tú mismo.

—Estás pensando... ¡Vaya, el tío Ryan tiene buen aspecto para estar muerto! —Joder, un muerto que no lo estaba. Con razón Alex estaba pálido.

—No estoy pensando precisamente eso, pero sí que pienso en la muerte.

—Siempre tan intenso, Alexander. Qué poco te pareces a tu madre.

—Eso no es lo que decía el abuelo Declan.

—El viejo. Estaba confundido en tantas cosas... Como en esa tonta idea de que yo no era un buen sucesor. Y todo porque no tenía un heredero varón que me sucediera.

—¿Y el pequeño Timmy?

—Ya. El viejo decía que un bastardo no era lo más apropiado. Él quería sangre O'Neill al frente del negocio.

—Por eso eliminaste a toda la competencia.

—Chico listo. Pero sigues vivo, así que el plan no salió del todo bien.

—Eso es lo que me desconcierta.

—Ah, por fin hemos llegado al tema interesante. Verás, hace 10 años tenía un plan para hacerme con todo, pero tuviste la desfachatez de no dejarte matar y, además, en vez de esconderte y desaparecer, volviste a Chicago con ganas de venganza.

—Ya, es lo que tiene la sangre O'Neill, nos hace peleones.

—El caso es que tuve el imperio O'Neill en mis manos por unos días, y quiero recuperarlo.

—¿Y cómo vas a hacerlo sin matarme?

—Ah, ahí viene lo mejor. He estado observándote mucho tiempo, esperando la oportunidad perfecta, y por fin ha llegado.

—No es la primera vez que salgo sin escolta.

—No, no me refería a eso. —El tipo volvió su rostro hacia mí y amplió su sonrisa. ¡Mierda! No hacía falta ser un genio para saber que yo era esa oportunidad.

—¿Ella?

—Siempre has tenido buen gusto.

—Es bueno rodearse de los mejores profesionales.

—Ah, Alex, Alex. Otro estúpido se tragaría eso de la guardaespaldas, pero yo no. Durante los diez años que han pasado desde que regresaste, ninguna mujer ha pasado la noche en tu casa, a ninguna la has llevado a una cena pública y a ninguna la has llevado en tu preciosa moto.

—Connor y Jonas viven en mi casa, cenamos juntos en público y no les llevo de paquete en mi moto porque no me siento muy cómodo con un hombre abrazándome por la espalda.

—Ya, puedes decir de mil maneras diferentes que ella no es tan importante para ti, pero... — Aquel «pero» no me gustó nada, pero nada, sobre todo porque los dos sicarios que estaban con nosotros en la habitación me miraron y sonrieron de una manera que no me daba buenas vibraciones.

—No vas a ponerle un dedo encima, cabrón.

—No tengo por qué ser yo. Mis chicos se las apañarán bien ellos solos.

—Ellos tampoco van a ponerle un dedo encima. —Sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza, y no fue por sus palabras, sino por su tono.

—Contaba con ello, querido sobrino. Contaba con ello.

—Ve al grano, Ryan.

—Veo que sigues siendo tan impaciente como cuando eras un jovencito.

—Ya no soy tan joven, Ryan. Ahora golpeo más fuerte.

—¿Intentas asustarme? Te recuerdo que los dos sois mis prisioneros.

—Déjate de amenazas.

—Vale, entonces vayamos a los negocios. Mañana por la mañana iremos a tu banco para que pongas todas tus cuentas a mi nombre, los títulos de propiedad, las acciones. Lo quiero todo.

—Has hecho los deberes, sabes que solo yo, de forma presencial, puedo hacer eso.

—Te dije que he estado observándote, Alex.

—Eso parece.

—Y ahora, será mejor que os lleven a vuestra habitación, pero antes... —Tendió la mano y esperó a que el tipo al que machaqué la cara le tendiera el arma de Alex. Después llegaron los teléfonos móviles. Ryan abrió las carcasas y sacó las baterías. Después abrió uno de los cajones inferiores y metió todo dentro.

—Ahora sí. Que descanséis.

Capítulo 20

Alex

Nos escoltaron fuera de la casa y nos llevaron al granero reformado. Durante el trayecto calculé las distancias, conté los hombres armados que había en la propiedad y estudié su armamento. El tío Ryan se había hecho con los servicios de un pequeño ejército, además de asegurarse una propiedad aislada para garantizar la discreción. Aun contactando con Connor y Jonas, solo disponía de unos 10 o 12 hombres preparados para un rescate como este. Necesitaría un equipo más grande y capacitado, y debía ser rápido.

Siempre he sido una persona pragmática, con los pies en la tierra, no me servían los «y si» cuando se trataba de situaciones complicadas que necesitan una resolución definitiva. Así que lo único que podía hacer era buscar alternativas, y rápido.

—Estoy seguro de que sabes quién soy, y seguramente estés esperando una contraoferta por mi parte, así que ahorrémonos tiempo y dime tu precio. —El tipo sonrió y se giró hacia mí, apoyando su rifle en la parte interna de su codo izquierdo.

—Sí, sé quién es, señor Bowman. Todos lo sabemos. Hemos oído las historias que cuentan sobre usted aquí en Chicago.

—¿Entonces?

—No soy diferente al resto, me gusta el dinero, y me pagan unos buenos honorarios por este trabajo. ¿Que usted podría subir sustancialmente esa cifra? Estoy seguro. Pero en mi trabajo, traicionar a la persona que te contrata primero no es una buena tarjeta de presentación para trabajos futuros. No es cuestión de ética, sino de cumplir para lo que me contratan.

—Un profesional.

—Me gusta pensar que sí.

—Uno sin miedo a morir.

—En nuestra profesión todos asumimos ese riesgo. Pero eso no quiere decir que deje de hacer lo que pueda para impedirlo. —No necesitaba escuchar más. Si sabían quién era, si habían escuchado cosas sobre mí, sabrían que, cuando estuviese libre, iría a por ellos, uno por uno, y los haría pagar. Por aquí, en Chicago, sabían que apuntar a Alex Bowman con un arma equivalía a firmar una sentencia de muerte en la mayoría de los casos. Y la única manera de que eso no sucediese era matarme antes. Más claro no podía estar. Después de conseguir lo que quería, Ryan nos mataría, a los dos. Yo estaba preparado para asumir mi propia muerte, pero la de Palm no, y mucho menos quería pensar en lo que la harían antes de eso.

Ya no era una persona sedienta de sangre, tuve suficiente para llenar 100 vidas cuando vengué a mi familia. Pero sacaría de nuevo a ese monstruo para proteger a Palm, porque ella lo merecía, por muchas razones. Me había salvado la vida en más de una manera: clavándole una daga en el pecho a un desconocido para ella, despertando esas partes de mí que disfrutaban de la vida, que la daban sentido y, sobre todo, porque me había devuelto a mi familia, me había enseñado que podía recordar para algo más que sentir dolor. Había conseguido cerrar esas malditas heridas sangrantes y, aunque quedaran unas horribles cicatrices como recuerdo, ya no dolerían tanto.

Nos metieron en una pequeña y vacía habitación de la parte de arriba, cerrando la puerta tras nosotros.

—Al menos podrían habernos soltado. —Giré la cabeza hacia Palm y vi cómo intentaba

acomodar sus hombros torpemente. Al menos había algo que podía solucionar.

—Acércate y muéstrame tus ataduras. —Ella no dudó. Hizo lo que le dije y yo me incliné para que mi boca aferrara la tira de plástico que sobresalía. Tiré de ella, apretándola un poco más.

—Para, para. Así estás apretándolo más.

—¿Confías en mí? —Entrecerró los ojos para mirarme con recelo, pero finalmente asintió con la cabeza.

—Supongo que sabes de esto más que yo.

—Yo también tengo mis trucos. Ahora haz lo que te diga.

—De acuerdo.

—Separa las manos todo lo que puedas y ciérralas en un puño.

—Ya está.

—Ahora golpea tu trasero con fuerza, como hago yo. —Alcé las manos, manteniendo los brazos rígidos, y con un golpe seco golpee mi culo. Al primer golpe, la brida se abrió. Palm tuvo que recurrir a dos intentos más, pero consiguió liberarse también. Aquella pequeña victoria la hizo sonreír, nos hizo sonreír a los dos.

—¡Vaya! Yo seré MacGyver, pero tú eres Houdini.

—Entonces formamos el equipo perfecto para salir de aquí.

—Eso me parece bien.

—Inspeccionemos este lugar a ver que encontramos. —Palm asintió y se puso a revisar las paredes. Era asombroso lo rápido que se ponía en movimiento. Otra persona probablemente estaría histérica o conmocionada. Pero ella no.

Después de unos minutos, llegamos a la misma conclusión. Estábamos en una habitación completamente vacía, de 2 x 4. Sin muebles, sin nada, solo nosotros y lo que lleváramos encima. Había una ventana de 50 cm x 40 cm con barrotes en el exterior y un cristal sucio. Los techos estaban algo inclinados, y no se habían molestado en tapar las vigas de madera que sujetaban el tejado. Había un pequeño tragaluz sobre nuestras cabezas, puede que de 30 cm de largo.

Me acerqué a la ventana y recorrí el cerramiento del cristal con los dedos. La ventana estaba fija y, aunque la rompiéramos, los barrotes estaban lo suficientemente juntos como para impedir que el cuerpo de una persona pasara por ahí. Al otro lado podía ver la casa principal. Limpié el cristal con mi camiseta para ver mejor el exterior. Había tres ventanas casi a nuestra altura, por lo que podíamos ver el interior con relativa claridad. Debajo, los muebles y distribución dejaban claro que se trataba de la cocina y un pequeño almacén o despensa. Repasé mis cálculos mentalmente y, si mi orientación no estaba confundida, el despacho de Ryan debía estar en una de esas ventanas. ¿Si hubiese una manera de llegar hasta allí? Inspeccioné la separación entre los edificios y, como sospechaba, había un hombre que parecía hacer la ronda por la parte posterior de la casa y que pasaba delante de esta especie de callejón cada... 19 minutos.

—Si pudiésemos coger tu teléfono de ahí... —dijo Palm con la vista clavada en una de las ventanas.

—Primero tendríamos que poder salir de la habitación, y después averiguar dónde está el despacho, entrar, coger el teléfono y volver aquí. No creo que podamos salir de aquí con facilidad, he visto un par de perros con los vigilantes.

—Bueno, el despacho es esa ventana de ahí. —Me acerqué más al cristal, para casi tocar con la nariz la fría superficie—. ¿Ves la cabeza de jabalí en la pared? Dudo que tenga una de esas en cada habitación. —Centré mi atención hacia la ventana que Palm señalaba y la vi, aquella espantosa cabeza de jabalí colgando en la pared. Era observadora, tenía que reconocerlo.

—Muy buena capacidad de observación. Pero aún nos quedan un par de cosas más.

—¿Como salir de aquí?

—Por ejemplo.

—¿Y después?

—No sé, tal vez podría utilizar ese cable de ahí. —Señalé un cable de acero, que iba de un edificio a otro y sujetaba un a línea de comunicaciones. Seguramente fuese el que conectaba con la antena sobre nuestras cabezas, proporcionando comunicaciones al complejo.

—Parece demasiado delgado para soportar tu peso.

—¿Me estás llamando gordo? —Palm sonrió y, por un momento, la gravedad de todo aquello perdió un poco de su intensidad.

Capítulo 21

Palm

Miré otra vez el cable y evalué la idea que crecía en mi mente de nuevo. La Palmyra de hace cuatro años no habría dudado, pero la de ahora... Podía darme todas las razones que quisiera, como que era nuestra única posibilidad de salir vivos de allí, que no había otras alternativas, que moriría seguro si no lo hacía. Pero oí una vez que el miedo es libre, y eso era lo que le pasaba a mi cuerpo, que tenía miedo. No miedo a caminar de nuevo por un cable estrecho, suspendido entre dos puntos, no a recordar cómo se hacía. No, mi miedo eran las alturas, concretamente a caerme de nuevo, a hacerme daño otra vez. El dolor, el miedo al dolor era lo peor.

Miré de nuevo hacia el suelo. ¿Qué serían 5 metros? El golpe sería realmente gordo, pero no me mataría, salvo que cayera de cabeza. Dolor. Pero mi padre decía que si dolía, significaba que aún estaba vivo, y a eso tenía que aferrarme. Y luego estaba lo que decía el abuelo: «haz siempre lo máximo que puedas, y nadie te culpará si fallas». Demasiada sabiduría como para no tenerla en cuenta. Tomé aire profundamente, imaginando que inspiraba valor en vez de oxígeno, llenándome de ello.

—Yo puedo hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Llegar hasta el teléfono.

—¿Tienes poderes Jedi o algo así? ¿Vas a hacer que el teléfono levite hacia nosotros? —Él y su manera de hacerme reír. Sé que lo hacía para relajarme, para que no entrara en pánico, pero yo estaba ya por encima de eso. Al menos no de la manera que él creía.

—Necesitaría tu ayuda. Pero puedo salir de esta habitación, utilizar ese cable y llegar a la ventana del despacho. Si consigo entrar, el teléfono será nuestro. —Alex se quedó congelado unos segundos, aceptando primero que mis palabras eran ciertas y sopesándolas después.

—Y volver, tendrías que volver. Puedo darte las claves de acceso, puedo darte un curso rápido de nuestros códigos de comunicación, y seguro que puedes llegar a transmitir un mensaje correcto, pero necesito estar ahí para cubrir todas las alternativas por si realmente Ryan se ha encargado de incomunicar a Connor y Jonas. Y lo más importante, tenemos que continuar los dos aquí, para que cuando hagan sus controles de prisioneros, todo esté en orden. Para ellos, tenemos que ser los prisioneros controlados que creen tener.

—Entiendo. Un viaje de ida y vuelta. —Alex volvió a echar un vistazo por la ventana, soltó el aire y se giró de nuevo hacia mí.

—De acuerdo, vamos a intentarlo. Pero será con mis condiciones.

—OK, jefe. —Él sonrió y asintió con la cabeza.

—Te estás buscando que te deje sin postre en la cena.

Alex

Maldita la gracia que me hacía todo aquello, pero no teníamos otra oportunidad. Los hombres de Ryan habían sido concienzudos adecuando nuestro calabozo. Yo no podría salir de allí, ni crearles ningún problema, pero no contaban con mi chica del circo. Fuimos preparando nuestro plan con relativa calma. Esperaríamos a que oscureciera, para que el vigilante del exterior no

pudiese ver a Palm. Había un foco en el costado de la casa, pensado para iluminar el pasaje, por lo que la luz se propagaba hacia el suelo, no en todas direcciones. Palm no sería vista, salvo que el tipo mirara directamente en su dirección y la buscara. Y ella tendría una referencia del cable, precisamente gracias a la luz inferior.

Luego estaba la resistencia del cable. La guía estaba anclada en la pared con tres gruesos tornillos y una pieza como las de las estanterías, seguramente para mantener la tensión en óptimas condiciones y evitar que el hielo que suele acumularse en invierno acabe derribando el cable con su peso. Su previsión, nuestra ventaja. La ventana estaba entreabierta, seguramente para renovar el aire del interior. Una pequeña abertura que en una vieja ventana como aquella era fácil de transformar en una ventana abierta.

Y, por último, salir de nuestra pequeña cárcel. ¿Cómo había elucubrado mi pequeña acróbata que podía salir? Pues haciendo todo un número circense. Yo nunca habría pensado en hacer eso, pero ella era de las que encontraba sus propias soluciones, las que podían servirle, aunque fuese solo a ella, o a nosotros en este caso.

Así que allí estaba yo, con los pies de Palm sobre mis hombros, sujetándola por las pantorrillas, mientras intentaba no perder mi equilibrio y mi posición bajo aquel minúsculo tragaluz del techo. Y he de reconocerlo, esta chica tenía un buen ojo calculando las distancias, supongo que adquirido durante años de lanzar cuchillos, dar saltos o cualquier trabajo peligroso que hiciera en ese circo. No sé qué entrenamiento seguirían los agentes especiales como James Bond, pero seguro que no era tan completo como el suyo. ¡Ja! Ríndete guionista de *Misión imposible*, mi pequeña acróbata dejaba a Tom Cruise a la altura del betún.

Sentí en mis hombros repercutir la fuerza que hacía Palm para conseguir soltar la cubierta de plástico del tragaluz. Hacerlo a oscuras era complicado, pero habíamos conseguido soltarla en varios intentos anteriores. Y eso era todo idea mía. Después de calcular cada cuánto tiempo venía nuestro carcelero a revisarnos, seguimos una pauta de trabajo para evitar que nos sorprendieran en plena faena.

Cuando el ventanal se desplazó totalmente, sentí la corriente de aire frío entrar en la habitación. Podíamos estar a mediados de junio, pero aquella era una noche de las frescas, de esas que era mejor pasar entre cuatro paredes. Sentí el peso abandonar mis hombros, e instintivamente miré hacia arriba. No sé cómo podía hacerlo, pero su cuerpo estaba atravesando el estrecho hueco, pasando hacia el otro lado. ¡Joder! Tenía hombros y pechos, ¿los podía desinflar como si fueran globos? Porque eso era físicamente imposible.

No escuché sus pasos en el tejado, pero, aun así, me posicioné junto a la ventana, para mirar hacia arriba, al lugar donde el cable se unía a la pared, muy cerca del tejado. Silenciosa como un gato, sus pies se descolgaron por el voladizo y lentamente descendieron hasta hacer contacto con el acero. Tenía el corazón latiendo a tres mil por hora, casi esperando que los anclajes cedieran y el cuerpo de Palm cayera. No sé cuánto tiempo pasó, no sé si era lo normal, si tenía que tantear o prepararse mentalmente para hacerlo. El caso es que podía ver sus pequeños dedos moverse, como sopesando su nuevo apoyo, y después comenzó a avanzar.

No recuerdo haber sentido antes esa mezcla de admiración, fascinación y miedo, pero era la mayor descarga de adrenalina que había recibido en mucho tiempo. Me sentía un niño de 7 años por primera vez en el circo, descubriendo aquel mundo fascinante, asombroso. Sé que es imposible, pero podía sentir la presión del cable en mis propios pies. El metal frío, escaso, sosteniendo el grácil cuerpo de Palm. Sus brazos se movían nerviosos a su lado, intentando mantener el equilibrio de su cuerpo. ¿Haría viento allí afuera? Podría ser, aquel pasadizo entre los edificios podía convertirse en un cañón de aire mortal. No sentí el sabor a sangre en mi boca,

hasta que la vi descolgarse del cable para alcanzar con aquellos pequeños pies el alfeizar de la ventana. Se acuclilló y empezó a elevar la madera lentamente. ¡Dios! Era como ver a la mismísima Catwoman perpetrando uno de sus robos. Rocé con mi lengua la herida de mi labio inferior y recordé que estábamos en peligro. Regresé a la puerta de entrada de nuestra celda-habitación y posé la oreja sobre la madera. No se escuchaba nada, como esperaba. Según mis cálculos, nos dejarían tranquilos al menos una hora más. Más tiempo si empezaban a aplicar el cambio al horario nocturno.

Regresé a la ventana y centré mi atención en las sombras que se proyectaban en el despacho y en la cocina de abajo. Nada en ninguno de los dos sitios. Después de unos eternos 12 minutos, la ventana volvió a abrirse y Palm se deslizó de nuevo hacia afuera. Cerró la ventana a como estaba antes y se estiró para alcanzar el cable sobre su cabeza. Volví la vista hacia el lugar por el que debería pasar el vigilante en dos minutos. Palm miró hacia mí, esperando mi confirmación. Dos minutos más, el hombre pasaría por delante y Palm podría ponerse en marcha sobre del cable de nuevo. Ahora no podía verla, porque era la gárgola más hermosa e inmóvil que había sobre el tejado de... ¡Mierda! El tipo se había adelantado un minuto y 24 segundos. Contuve la respiración mientras el tipo deslizaba el haz de luz de su linterna sobre el pasadizo. Pero lo que me puso realmente nervioso es que llevaba un perro sujeto con la otra. El animal olisqueó, pero no ladró, simplemente siguió el camino que le marcaba el hombre. Bien, supongo que el aire no arrastraba el olor de Palm hacia ellos.

Cuando el peligro pasó, conté 15 segundos e hice la señal a Palm. Ella se levantó, tomó aire y creo que cerró los ojos con fuerza, antes de abrirlos de nuevo y comenzar su paseo de regreso.

Capítulo 22

Alex

Comprobé de nuevo la puerta y después esperé bajo el pequeño tragaluz. Los sonrosados pies de Palm fueron los primeros en aparecer, seguidos de sus piernas, su trasero y el resto del cuerpo. Tomé sus pies para guiarlos hasta mis hombros y al hacerlo sentí lo tremendamente fríos que estaban, con razón se habían enrojecido; seguramente, andar por el cable habría sido, además de más complicado, doloroso. O eso pensaba. La sostuve mientras cerraba con cuidado la abertura y después la sujeté con cuidado mientras descendía hacia el suelo, usando mi cuerpo como sostén. Cuando sus pies alcanzaron el suelo, mis brazos la sostenían con delicadeza. Su cuerpo estaba temblando, así que la abracé más fuerte y la arrastré hacia el lugar menos frío, donde habíamos escondido su calzado.

—Tengo...

—No. Lo primero son tus pies. —La hice sentarse en el suelo y comencé a frotar su piel helada para que entrara en calor. Cuando lo conseguí, puse rápidamente sus calcetines y su calzado para que el calor no se fuera.

—Podía hacerlo yo, ¿sabes?

—Tú has hecho lo difícil, déjame hacer al menos lo fácil.

—Vale. ¿Puedo repartir los regalos ya?

—Sí, señora Claus. —Palm se puso de rodillas y metió la mano dentro de sus pantalones. Después de llegar a un sitio «demasiado» privado, hurgó y empezó a sacar sus tesoros.

—Espero que no seas escrupuloso, pero me pareció que necesitaba llevarlo en un sitio de donde no pudiese caer si resbalaba.

—No, me parece bien. —A diferencia de sus pies, mi teléfono estaba calentito. Demasiado cálido para evitar que mi mente se pusiera a imaginar... Cálmate Alex, estáis en peligro, no es momento para pensar en esas cosas.

—Puede que no sirva de mucha ayuda, pero traje esto. Tu arma ya no estaba en el cajón con los teléfonos. Y decidí dejar el mío, para que a simple vista pareciese que el tuyo tan solo se había escurrido hacia el fondo del cajón.

—Muy bien pensado. —Cogí una especie de daga que seguramente se usaría como abrecartas. No es que fuera demasiado peligrosa por sí misma, pero todo dependía de la persona que lo utilizara, y en dónde lo posicionara. Miré mi reloj. La siguiente inspección sería pronto.

—Será mejor que nos preparemos. El próximo control llegará pronto.

Palm asintió y dejó que la guiara. Yo me senté con la espalda en la pared lateral, y abrí mis piernas para que ella se acomodara en medio. Si se situaba de espaldas a la puerta, con su cuerpo recostado de lado sobre mi pecho, tendríamos una zona ciega para el exterior en la que poder utilizar mi teléfono sin levantar sospechas.

—Lo has hecho muy bien. —Instintivamente besé su frente, como hacía mi madre después de que me pusieran alguna vacuna sin montar un escándalo. Sí, de niño era un quejica llorón, pero eso lo he superado con el tiempo.

—No está mal para una funambulista con miedo a las alturas, ¿verdad? —¿Acababa de oír bien? ¿Estaba diciendo que tenía miedo a las alturas? Dejé caer el teléfono entre mis piernas, fuera de la vista, y tomé su cara entre mis manos para obligarla a mostrarme su rostro.

—¿Miedo a las alturas?

—Bueno, más bien miedo a caerme otra vez. —La miré fijamente, dejándola bien claro que esa explicación no era suficiente y que necesitaba saber más. —Yo... me caí del caballo hace unos años.

—¿Se encabritó?

—No. Verás, estaba haciendo un número de equilibrismo sencillo, ese en el que permaneces de pie sobre las ancas traseras del caballo. Todo iba bien, hasta que perdí el firme en uno de mis pies y resbalé de la grupa con tan mala suerte que me rompí un brazo al chocar con el suelo.

—Aun así, has subido a ese cable y has hecho el viaje, dos veces.

—Era eso, o algo peor, ¿verdad? —Sus ojos me miraron angustiados, conocedores de lo que ese «algo peor» significaba. ¡Dios!, no solo había anticipado lo que Ryan pretendía hacernos, sino que había pasado por encima de su miedo para salvarnos a ambos.

—Eres asombrosa. —Palm hizo un amago de sonrisa, esa que se hace cuando no estás convencido de hacerlo y no pude evitarlo. La besé. La besé con la necesidad de quien ansía tocar a un ángel cuando este bate sus alas frente a ti. Palmyra Bennet era de ese tipo de personas que hacían temblar las columnas del infierno. Era como Juana de Arco, una mujer que podía cambiar el resultado de una guerra, precisamente de la manera que nunca se esperara de alguien como ella. Ella tenía impreso en su ADN el auténtico lema del circo «Más increíble todavía».

Palm

¡Oh, mierda! Alex Bowman me había besado, y al hacerlo había cambiado el sentido de rotación de la tierra. Con un solo beso, había comprendido el teorema de la relatividad de Einstein. Para mí, el tiempo fue diferente. Mi corazón, mis pulmones, incluso mis entrañas, todo se paralizó por unos segundos, dejando que el resto del mundo siguiera adelante sin mí. No había nada más vital para mi existencia que sus dulces labios sobre los míos, sus pulgares sobre mis mejillas y el palpitar de su corazón bajo la palma de mi mano. En aquel momento, todo mi mundo cambió. Casi no noté que me faltaba el aire, hasta que su boca se alejó y mis pulmones pidieron aire.

—Palmyra Bennet, no voy a permitir que nadie te haga daño. —No tuve fuerza para decir nada, solo asentí con la cabeza. Las fuertes manos de Alex me llevaron de nuevo contra su pecho y besó de nuevo mi sien. Escuché de nuevo su voz, quizás un tono más bajo que antes. —Nadie.

Alex

Coloqué la batería de nuevo en el teléfono, inserté la clave y cambié las especificaciones. Teníamos un modo de trabajo predefinido, como esa opción de poner tu teléfono en modo avión. Solo que nosotros teníamos el modo «fantasma». ¿En qué consistía? En que la luz del teléfono se atenuaba lo suficiente como para ver la pantalla y lo que hacíamos, pero no para delatar nuestra posición al enemigo. El teclado no sonaba al marcarlo, los mensajes y las llamadas no sonaban al llegar, solo una casi imperceptible vibración que pasaba inadvertida si no esperabas su llegada.

Una vez silenciado el teléfono, empecé a intentar contactar con Connor y Jonas. Efectivamente, Ryan había hecho algo para que ambos estuviesen inoperativos, y esperaba que solo fueran sus teléfonos. Pero no eran mis únicas opciones. Segundo paso, lanzar la alerta a todos mis hombres. Pronto tendría noticias tuyas y ellos se encargarían de localizar a Connor y Jonas. Pero necesitaba algo más, necesitaba refuerzos, cualificados y de inmediato; solo había una opción viable y estaba

en Las Vegas. Abrí la agenda de contactos y envié un mensaje urgente a Viktor, explicándole brevemente la situación.

«Secuestrados por Ryan O'Neill. Equipo de apoyo neutralizado. 8 horas para muerte. ¿Cuento con vuestra ayuda?».

Ahora solo tenía que esperar la respuesta. Y después de unos minutos, llegó.

«Estamos en camino».

Capítulo 23

Alex

Era tarde, cerca de las tres de la mañana aquí en Chicago, dos horas menos en Las Vegas. Había mandado todos los contactos de mi personal a Viktor, esperando que él consiguiera localizar a Jonas y Connor, y que se coordinaran entre ellos. Le había explicado nuestra situación lo mejor que pude, dada la limitación de la vigilancia. Intenté explicarle que no sabía dónde estaba y que mi teléfono estaba modificado para no poder ser rastreado, pero antes de empezar a darle las indicaciones que podrían servirle, me dijo que no hacía falta, que tenían mi localización, más o menos. ¡Joder! Tenía que hacerme con alguien como ese chico que trabajaba para ellos. Ese tipo era un puñetero genio. Con razón los Vasiliev lo mimaban tanto, era el recurso más valioso de toda su organización. Si había un chisme tecnológico cerca de ti, era capaz de averiguar la última vez que echaste un polvo, con quién y dónde, cuanto duró e incluso el nivel de satisfacción de la chica. Si salía de esta, tenía que hacerme con los servicios de uno de esos. Pero eso sería cuando consiguiera salir de aquí. Ahora solo podía esperar, y era una mierda no poder hacer nada. ¿Confiar en los Vasiliev? Salvaron mi vida una vez, y de más de una manera, así que eso ni lo dudo. Pero es un asco sentarse a esperar a que otros solucionen mis problemas, no soy de esas personas.

Nota de la autora: Ahora sería un buen momento para volver a leer el prólogo, porque hemos llegado a ese momento.

Palm

Sentaba bien estar recostada sobre Alex, escuchar el pausado latido de su corazón me tranquilizaba, y eso era lo que necesitaba ahora, volver a ser la persona racional y centrada que necesito ser. Pero es difícil, por tantas cosas.

El calor de Alex era reconfortante, pero no podía evitar temblar de frío. Había sido demasiado, todo había sido demasiado. Mis pies ya casi habían recuperado su temperatura normal, incluso mi cuerpo agradecía el haber regresado a un lugar protegido del frío nocturno, pero es difícil calentar un cuerpo aún congelado por el miedo. Sí, lo hice, ya pasó, pero yo soy así. Actúo, hago lo que tengo que hacer, y luego llegan las consecuencias. Cómo el día de mi primera cita con François. Otra chica estaría nerviosa antes de ir, yo lo estaba cuando ya había terminado. Sí, puede que sea de efecto retardado, pero eso servía cuando tenías que lanzarte al vacío, esperando que tu padre te atrapara antes de caer a la red.

—¿Tienes frío? —Alex me envolvió un poco más con sus brazos, intentando engullirme para calentarme. Y lo estaba consiguiendo, porque sentía cómo su calor penetraba lentamente en mi carne.

—Solo un poco.

—Duerme un poco. Necesitamos descansar para mañana.

—Lo intentaré. —Dormir, como si fuera tan fácil hacerlo. Ese cerdo ambicioso y sin escrúpulos quería matarnos, y aunque hubiésemos lanzado un grito de ayuda, aún estábamos a su merced.

Podía sentir la tensión de Alex. Y no solo eso. Tenía grabada en su cara esa maldita expresión de culpabilidad, como si él fuese quien había planeado todo esto. Y ocurriera lo que ocurriera, no podía dejarle pensar en eso. Ya tenía demasiadas cosas con las que cargar como para añadir a su

espalda una culpa que no le correspondía.

—Alex.

—¿Sí?

—No ha sido culpa tuya.

—No estarías aquí si no fuera por mí.

—No fuiste tú quien lo provocó, él actuó por voluntad propia.

—¿Intentas hacer que me sienta mejor?

—Partirle la cara haría que te sintieses mejor. Yo solo te digo lo que no eres capaz de ver.

—No es todo tan simple.

—Yo creo que sí, tú eres el que lo complica. —A veces me cabreaba esa obcecación con culparse por cosas que escapan a su control. Seguro que si un tornado pasara sobre nosotros, él se culparía por habernos puesto en su camino.

Viktor

El avión había aterrizado con el equipo hacía una hora en un aeródromo privado. Había sido una buena idea lo de comprar un avión, y mucho más que fuese uno grande, no esas mierdas para ejecutivos. Tampoco es que fuera un Boeing comercial, pero tenía el tamaño apropiado para nosotros y para poder aterrizar en aeródromos no demasiado grandes.

Boby ya tenía todo el equipo de apoyo instalado en una furgoneta que nos habían facilitado los hombres de Alex. Sí, contactar con ellos fue un trabajo complicado, pero lo conseguimos. Algo había frito sus teléfonos y los tipos no se habían dado ni cuenta. Probablemente lo descubrirían a la mañana siguiente, o si tenían que hacer alguna llamada imprevista. El caso era que quién lo hizo consiguió lo que quería, y era que estuviesen ilocalizables durante unas horas.

De no ser por la tenacidad y profesionalidad del resto de los hombres de Alex, no habría sido posible dar con ellos. Pero ya los teníamos, y estábamos avanzando rápidamente con el trabajo en equipo. Todos estaban tensos, pero era comprensible. Todos... Bueno, no, Boby parecía ser el único que disfrutaba con todo aquello. Había conseguido localizar la propiedad a la que habían llevado a Alex y a la chica; no me pregunten como, el tipo estaba inspirado. Yo solo le oí decir algo de cámaras de tráfico y satélite y no quise saber nada más. Luego dijo que necesitábamos un equipo especial para localizar e identificar a la gente que había en la finca, y acto seguido estaba metiendo unos calzoncillos limpios en una bolsa de viaje y dando órdenes para que trataran con cuidado el delicado equipo informático que se subía al avión. Cualquiera le decía que mejor se quedaba en Las Vegas. Al menos tenía a Sara conmigo en la central del Crystals, aunque tampoco era mucha ayuda para mantener la calma. Nick estaba en el equipo de Chicago y ella no le quitaba un ojo de encima. Nick, otro al que no podía decirle que se quedara aquí. Tenía metido en la cabeza que tenía que pagar su deuda con Bowman, y eso lo podía entender. Que Andrey también subiera a ese avión era lo único que tenía seguro. Él y Alex tenían una historia intensa difícil de igualar, y eso que fui yo quien evitó que le rebanaran la yugular en su último día en la universidad. Una historia larga que es mejor no desenterrar.

—Boby tiene la señal.

—Estupendo. —Me incliné para ver un punto rojo que parpadeaba en el monitor de Sara. Estupendo, estábamos llegando al lugar. Ya tenía un par de ideas de intervención en mente, pero necesitaba saber cómo estaba la situación para decantarme por una u otra.

Andrey

El equipo que Bobby se trajo desde Las Vegas no tenía nada que envidiar al que salía en las películas. Tenía un dron con cámara de infrarrojos sobrevolando toda la propiedad y los datos se volcaban de forma simultánea en el equipo principal. Tras catalogar a todos los objetivos y localizar las rutas de vigilancia, descubrimos dónde tenían retenido a Alex y su acompañante. Eran los dos únicos que estaban incomunicados en una habitación en la planta superior del granero. El programa de Bobby los tenía identificados y pigmentados de color verde. Los malos se mostraban en color rojo, e incluso uno de los que podría ser el jefe, porque era el que dormía solo en una habitación en la planta superior de la casa grande. El dron estaba en una posición estática sobre el recinto, a una distancia desde la que podía tener localizados a la mayoría de individuos y desde la que no podrían oír el ruido de las hélices.

Estábamos esperando a que se movieran porque después de sopesar toda la información Viktor se decantó por el «divide y vencerás»; además, necesitábamos que se sintieran seguros y la mejor manera era haciéndoles creer que su operación estaba ya en marcha.

Cuando el tipo se llevara a Alex para hacer las transacciones en el banco, se llevaría a unos cuantos hombres con él, dejando al resto como retén para vigilar la propiedad y a la prisionera. Algo más rutinario, que haría que se relajaran, momento que aprovecharíamos para entrar ahí y liberar a la chica. Después le tocaría a Alex, pero de él se encargarían Jonas y Connor.

—Jefe, se mueven. —Bien, esto se estaba poniendo en marcha.

Capítulo 24

Palm

Tomé aire profundamente y con ello reuní valor para hacer la pregunta. Él no me diría nada si yo no lo preguntaba, y había más de una razón para saberlo.

—Creo que merezco saber lo que ocurrió. —Alex alzó la cabeza, pero no me miró; parecía perdido en algún lugar lejos de nosotros. Finalmente asintió y empezó a hablar.

—Estaba de fiesta con mis amigos, celebrando que en una semana nos graduábamos, cuando alguien intentó matarme. Estaba más borracho que sobrio y me sorprendió totalmente. De no ser por mis amigos Andrey y Viktor, ahora no estaría vivo. Yo era un chico de 21 que no tenía ninguna aspiración de estar donde estoy ahora. La única relación que tenía con la mafia irlandesa era un lazo de sangre. Mi madre era una de las hijas de Declan O'Neill, jefe de la familia irlandesa de Chicago. Mi padre no tenía mucha relación con la familia de mi abuelo, era un hombre de negocios normal y corriente, con una empresa más o menos próspera. Pero eso no le importó a Ryan. El caso es que Viktor y Andrey sabían más sobre cómo funcionaba este mundo y me ayudaron a conseguir información o, mejor dicho, ellos sonsacaron toda la información al tipo que atraparon. No conseguimos mucho, pero fue suficiente como para coger el primer avión con destino a Chicago. Viktor se quedó en Berkeley con el tipo que atrapamos, intentando localizar a sus compinches. Andrey y yo volamos a casa. Y lo que encontramos...

Alex necesitó tragar algo de saliva para continuar y, quizás, algo de fuerza extra para seguir recordando.

—Fue una carnicería. Todos los miembros de la familia O'Neill habían sido masacrados. Hombres, mujeres, niños. Todos. Mis padres, mi hermano. Alguien quiso cerciorarse de que no quedaba ningún heredero, ni nadie que lo apoyase. Jamás supe cuánta gente murió en aquella matanza, pero fue demasiada.

—¿Y qué hiciste?

—Después de encontrar a mi familia muerta, estaba roto por dentro y la venganza fue lo único que me mantuvo cuerdo. Encontré a otras personas, como Connor, que habían perdido a familiares, amigos, y nos uní en un único grupo. No nos costó averiguar quién orquestó todo aquello, Ryan se encargó de dejar bien claro que él era el único con derecho de sangre a ocupar el puesto del viejo. Conseguimos atraparlo en una de sus propiedades, pero para cuando llegué, alguien se me había adelantado. Encontré los cadáveres de su mujer y sus dos hijos mientras lo buscaba. Escuché el ruido de un coche escapando, pero cuando conseguí alcanzarlo de nuevo, el vehículo se había estrellado contra un poste de electricidad y estaba ardiendo. Escuché los gritos del tipo atrapado dentro, pero no hice nada por ayudarlo. En aquel momento pensé que era justicia divina, que el asesinato de mi familia, de tantas familias, muriera entre horribles sufrimientos. Pero, como ves, me equivoqué.

—El que estaba en el coche no era tu tío Ryan.

—No, seguramente sería alguno de sus hombres. Un pobre desgraciado al que no le importó sacrificar para salvarse. —La cerradura de la puerta hizo un chasquido al abrirse y supe que nuestro tiempo había acabado.

Alex

—Buenos días, tortolitos. Hora de ponerse en marcha. —Ryan apareció con esa presuntuosa sonrisa escoltado por dos de sus mercenarios. Sí, más le valía estar protegido, porque aprovecharía la más diminuta oportunidad para acabar el trabajo que no concluí 10 años atrás.

—Es domingo, Ryan, los bancos no abren hoy.

—Eso es para la gente normal, sobrino. Solo tuve que llamar al director del banco, pronunciar tu nombre, y me extendieron la alfombra roja. La de cosas que hace el dinero, ¿verdad? —Cabrón ambicioso. Sí que sabía lo que hacía el dinero y el poder. Convertían a algunos hombres en monstruos. Dejé que Palm caminara delante de mí, pero uno de los hombres de Ryan le cortó el paso con su arma. —Ah, ah, sobrino. La chica se queda aquí. Es mi seguro, ¿recuerdas?

Apreté los dientes y él se regocijó aún más. Sabía que tenía la sartén por el mango, sino no estaría tan tranquilo. Más le valía no ponerle un dedo encima, porque sacaría las entrañas de su cuerpo con mis propias manos. Solo podía hacer una cosa: asegurarme de que ella estuviese a salvo el mayor tiempo posible.

—Más te vale que no le pongan un dedo encima, porque antes de estampar una sola firma sobre el papel quiero hablar con ella; y si no contesta, o noto el más mínimo temblor en su voz al hacerlo, mandaré todo al infierno. Y me da igual si me matas, pero no tendrás nada. —Ryan volvió a sonreír, pero sin tanta seguridad, como si le hubiese arrebatado parte del control de la situación.

—Frank, encárgate de que la chica esté bien. Llamaremos en un par de horas. —El tal Frank asintió. Salimos todos de la habitación, salvo Palm. Y Frank se quedó en la puerta con su arma preparada. No necesitaba saber que después de esa llamada nuestras vidas no valdrían nada.

Andrey

El equipo estaba en sus posiciones, esperando la señal. Los puntos rojos del monitor se movieron y varios abandonaron la propiedad en dos vehículos. Y con ellos, un punto verde. El otro aún continuaba en su «prisión». Las cámaras consiguieron una buena vista del personal que se iba; el punto verde era Alex y el punto rojo con la corona encima (cosas de Bobby, no pregunten) era Ryan O'Neill, o al menos se parecía mucho a las fotos que conseguimos de él. Diez años pueden cambiar mucho a una persona, sobre todo si no quieres que te reconozcan.

—Creo que es el momento, jefe. —Asentí hacia Bobby y di la orden de avanzar. Nick estaba con el equipo del otro extremo, el rojo; yo salté de la furgoneta y me reuní con el equipo oro. Lo sé, esto de los colores era muy infantil, pero no iba a ponerme a discutir con un fan de Star Wars que además tenía mis pelotas a su merced. Bobby podía ser un friki, pero sabía lo que se hacía. Y adoraba a mi hermano Viktor, pero a veces era agotador cuando se ponía medallas a sí mismo, y en este momento seguro que estaría poniéndose una. ¿Por qué? Porque estaría siguiendo toda la maldita intervención en tiempo real y estaría constatando que su intuición había sido correcta. Él dijo que se llevarían a Alex al banco y que dejarían en la casa a la chica. ¿Por qué estos malditos tipos podían ser tan predecibles? No, no era eso, es que Viktor era un puñetero genio del mal, o al menos puede llegar a pensar como ellos. Anticipación, dice el sabelotodo.

—Rojo 1 en posición. —Genial, Nick listo para saltar ahí adentro y destrozar mercenarios. Cuando se ponía en plan Terminator, no había quién le parara. Además, esos gilipollas habían tomado como rehén a la chica de Alex y no había nada que Nick odiara más. Desde lo de Sara, se había vuelto muy intransigente con eso; no es que antes ninguno de nosotros lo aprobara, pero no montábamos en cólera como lo hacía él. Y si un tipo con su físico se cabreaba, más valía estar lejos, muy lejos. Pobres gilipollas, iban a lamentar el día que aceptaron este trabajo. Ah, iba a ser

malditamente divertido, me sentía de nuevo con 25 años.

—Oro 1 en posición.

—Bien, entonces es hora del rock and roll. —Boby sí que sabía dar la salida.

Capítulo 25

Palm

Uno no debería sentir lástima por el jefe de la mafia irlandesa, pero yo lo hacía, no podía evitarlo. La historia de Alex era la de un hombre al que habían empujado hasta donde estaba ahora. Él solo tuvo dos opciones, pelear o morir, y escogió lo primero. En un mundo como el suyo, escogió el camino más difícil y, aun así, salió vencedor.

Recogió los pedazos de distintas personas, incluso los suyos propios, y creó algo nuevo, algo fuerte, algo que les dio una razón, un objetivo para seguir luchando. El no eligió ser la cabeza, el líder, pero lo hizo, y aquí estaba, volviendo casi al mismo punto de partida, peleando contra el mismo enemigo, peleando de nuevo por su vida.

La puerta se abrió, sacándome de mis cavilaciones. Un hombre entró y, en cuanto vi su cara amoratada, ya sabía a lo que venía.

—Hola, pequeña zorra. Tú y yo tenemos algo pendiente.

—No me confundas con tu madre. —Sí, sé que esa no es la mejor frase que le puedes decir a un hombre que tiene ganas de devolvarte el golpe. Pero, ¡ey!, ni soy perfecta ni ahora mismo tengo mucha paciencia, así que, si iba a llegar, que fuera ya mismo.

Lo que se dice defensa personal, no sabía gran cosa, lo justo para defenderme de los animales descontrolados del circo. No es que este tipo fuese un chimpancé, pero era un primate, así que se parecían en algo, a fin de cuentas. Bien, Palm, los puntos que golpear son los mismos, solo tienes que estar lo suficientemente cerca y tus brazos tienen que estar libres. Sí, chupado.

Nick

¡Hijo de puta! El cabrón se me escapó por pura suerte y eso le dio los dos segundos que necesitaba para dar la alarma. Habíamos perdido el factor sorpresa y eso quería decir que estábamos jodidos. Sí, iban a darse cuenta, pero tenía que haber sido 35 segundos más tarde, cuando mi equipo estuviese más cerca de nuestro objetivo. Ahora ya no había que ir con cuidado, y el tiempo jugaba en nuestra contra, así que di la señal por el comunicador.

—Perro ladrando, paso al plan B.

—Roger. —Se acabó la discreción, era el momento de entrar a saco. Ya casi estaba en el granero, cuando escuché un disparo a mi derecha y un gemido ¿de animal? seguido por un golpe seco.

—¡Puto perro de mierda! —Tenía el cañón de mi subfusil apuntando al cabronazo antes de que él pudiese hacerlo conmigo. Pero no tenía pensado detenerse, así que yo tampoco lo hice, disparé. Primero su brazo, luego su pierna. ¡Sígueme ahora si puedes, gilipollas! Atravesé la puerta del granero, donde encontré a uno de mis hombres revisando el lugar. Dos tipos en el suelo.

—Despejado. —Asentí hacia él y empezamos a subir a la planta superior.

—Uno en el pasillo, otro en la celda con el rehén. —Estaba bien esto de que te fueran chivando dónde estaba el enemigo, mucho mejor que el *Call of Duty*, dónde iba a parar. Dos más de mi equipo entraron en ese momento para seguirnos y uno de ellos se quedó vigilando la entrada principal. Retaguardia asegurada. Alexis se pegó a un lado de las escaleras y yo lo hice al otro, dos escalones por debajo. El tipo fue rápido, sacó la cabeza, disparó y se agachó de nuevo.

—¡Aj, cabrón! —Genial, otro herido. Ahora solo necesitábamos evitar que usara su arma. Alexis volvió a levantar la cabeza, pum, otro disparo y otro grito. Trotó escaleras arriba con el arma apuntando hacia delante, como en las películas de los swat. Yo detrás de él y un hombre detrás de mí.

Alexis estaba pateando el arma del tipo cuando llegué hasta él. Le apunté con mi arma, mientras Alexis le registraba. Sacó todo lo que llevaba dentro mientras nuestro refuerzo llegaba a la puerta. Abrimos con cuidado, porque sabíamos que dentro había un hombre armado. La ráfaga de balas llegó casi de inmediato, haciendo que nuestro chico reculara hacia atrás.

—¡Cabronazo!

—Rojo 3, sujeto neutralizado. —Esa era la voz de Alexis diciendo que el del suelo estaba desarmado, atado y cabreado. Me acerqué a nuestro hombre para ver dónde le había dado el tipo del interior.

—¿Estás bien?

—Dos en el chaleco, una ha rozado el brazo. —Revisé el punto que decía y no encontré más que una leve mancha de sangre. Ni siquiera había llegado a penetrar en la carne, era una simple rozadura, quedaría una marca parecida a una quemadura.

—Eres una nenaza, casi ni te ha tocado.

—Joder, pero escuece. —Negué con la cabeza. Menos mal que hablábamos en ruso y esperaba que estos tipos no nos entendieran, porque era humillante escuchar aquello, sobre todo si eras un contingente de hombres rudos y letales en pleno asalto. Ocupé mi puesto junto a la puerta. Alexis estaba a mi lado, mientras nuestro «herido» vigilaba al del suelo y nuestra retaguardia.

—O bajáis las armas o me la cargo. —Estupendo, el tipo estaba comunicándose con nosotros. Eso quería decir que estaba listo para negociar.

Andrey

Cuando entré en la habitación, el panorama no me gustó un pelo. Nick estaba frente al tipo y Alexis cerca de la ventana haciendo un ángulo de 45 grados. Tenían al tipo cubierto por dos flancos. Al entrar por la puerta, yo cubría otro ángulo a su izquierda. Aun así, él tenía todas las de ganar. Tenía a la chica apretada contra su pecho, apuntándole a la cabeza con una glock. No es que ella fuese muy grande, pero el cretino estaba bien escondido detrás del cuerpo de la mujer.

—Quiero el camino libre o me la cargo. —Y el tipo no bromeaba. La chica tenía un buen golpe en la cara, con un poco de sangre escapando de su labio. Estaba claro que no le importaba hacer daño a una inocente.

—¿Lo tienes? —le pregunté a mi hermano en ruso.

—El cabrón sabe cómo cubrirse. Necesito un poco más de espacio. —Joder, odio cuando las cosas se complican. —Se quejó Nick.

—Voy abajo a mi izquierda en tres segundos. —¡¿QUÉ?! La chica golpeó con su bota el tobillo del tipo y después se tiró hacia el lado contrario. Resultado, el tipo no se lo esperaba y se quedó sin su escudo. Alexis y Nick dispararon casi a la vez, derribando al tipo con fuerza. Nick le pisó el brazo, mientras Alexis pateaba el arma bien lejos. Antes de que el tipo pensara siquiera en levantar la cabeza del suelo, Nick tenía el cañón de su arma sobre su cara.

—Vamos, gilipollas, dame una razón. —Me habría encantado ver la cara de frustración del tipo, pero estaba más ocupado ayudando a la chica a levantarse del suelo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. —Cuando volví el rostro hacia los chicos, Alexis estaba terminando de atar

al pobre gilipollas y mi hermano me estaba sonriendo como un idiota.

—¡Eh, Andrey! La chica de Alex haría buenas migas con Robin.

—¿Quién es Robin? —Me sorprendió esa pregunta por parte de la chica, y fue entonces cuando me di cuenta de algo.

—Hablas ruso.

—Un poco.

—Vaya, eres una joyita. Así que nos has entendido todo.

—Bueno, alguna palabra no, pero me he hecho una idea.

—Algún insulto, supongo. Nick tiene una boca muy sucia.

—¡Ah, no! Esos los entendí perfectamente. Creo que es lo que mejor domino, los insultos y los tacos. —¡Vaya con la chica de Alex!

Capítulo 26

Alex

Llevaba la camiseta fuera de los pantalones, porque quería ocultar el teléfono que llevaba encima. Era una tontería registrar a un prisionero que sacas de su confinamiento, pero creo que si me viera de nuevo en la misma situación, pero en el lado opuesto, le daría un buen repaso a mi prisionero. Estaba sentado en el asiento de atrás, en medio de dos de los hombres de Ryan, cuando sentí la pequeña vibración del aparato cerca de mi ingle. Mal momento para pensar si las radiaciones de estos artilugios podían provocar cáncer de testículo. Sí, estaba usando el mismo truco de mi... de Palm. Llevaba el teléfono dentro de los calzoncillos, una suerte que usara slips, así no se movería de su sitio. Para que no notaran el ruido, empecé a hablar y dije lo que había ensayado para cuando esto ocurriera.

—Necesito ir al baño. —Ryan se giró desde el asiento delantero. No es que estuviese contrariado, pero me recordó a mi profesor de religión del colegio. Es lo que tenía ir a un colegio católico. El padre Serafín y Ryan ponían los ojos y la boca de la misma manera, como si les hubiesen metido un atizador al rojo vivo por el... innombrable.

—Podías haberlo dicho antes de salir.

—Antes no tenía ganas. Seguro que ha sido ese maravilloso desayuno que he tomado. Es lo que tiene el café, me mueve las tripas. —Escuché el intento de risa sofocado del hombre a mi derecha y solo por eso, por tener sentido del humor, no iba a matarlo.

—Hay una gasolinera a tres kilómetros, señor. —Ryan pareció sopesarlo unos minutos y después asintió. Se giró de nuevo hacia atrás y clavó su mirada en mí. Sí, capullo, si querías intimidarme tendrías que trabajar eso mucho más.

—Intenta cualquier estupidez y le corto algo a tu chica, algo que aprecie seguir conservando en su sitio. —Le devolví una fría sonrisa, porque si abría la boca podía decir algo que no debería. El hombre de mi izquierda informó al convoy de la parada no programada y acto seguido nuestra escolta nos adelantó, supongo que para revisar el lugar antes de nuestra llegada. Cuando nuestro coche se detuvo, los hombres de Ryan habían tomado posiciones. Bravo por su discreción, solo les faltaba llevarme esposado para que todo el mundo supiera lo que estaba ocurriendo. Puf, mercenarios. La sutileza la perdieron con el primer diente de leche.

Me guiaron hasta el baño y dos de ellos entraron conmigo. Caminé hacia el urinario y comencé a bajarme la cremallera del pantalón. Miré hacia mi derecha, donde uno de los hombres me observaba, mientras el otro permanecía junto a la puerta.

—¿Satisface esto tu lado gay? —Le di mi mejor sonrisa de superioridad, mientras hacía mi maniobra para sacar al «pajarito» de su jaula. El tipo volteó los ojos y apartó la mirada hacia otro lado. Sí, capullo, eres manipulable. Con cuidado saqué el teléfono de su sitio y revisé los avisos.

—*Tu chica está a salvo*—Bien, sonreí, quizás con demasiada arrogancia, pero que le dieran, ese era mi turno para mover ficha.

Connor

Jonas ya me estaba volviendo a lanzar esa mirada de «párate quieto», pero era imposible tranquilizarme. Desde que hablé con los Vasiliev, la sangre me estaba hirviendo dentro del cuerpo.

De qué manera tan tonta nos habían incomunicado. Una chica bonita con un puñetero inhibidor de señal dentro del bolso. Odio que me manipulen de esa manera, bueno, de esa o de cualquier otra. Alex estaba en peligro y ni Jonas ni yo nos enteramos hasta que otros ya estaban en camino para rescatarlo. Fue una maldita buena patada a las pelotas de mi ego.

Jonas hizo la señal y volví mi atención hacia el lugar que me indicaba. Mierda con el puñetero indio, había acertado con lo de la gasolinera. En cuanto vi aparcar el segundo coche, supe que allí estaba Alex.

Los hombres estaban listos, yo estaba más que listo. Así que, cuando Jonas dio la señal, se desató el infierno.

Ryan

Fue demasiado rápido. Antes de poder salir de allí, el puñetero mastodonte ese me tenía aplastado contra el asiento del coche con una rodilla y me encañonaba con una pistola en la cabeza. Mis cotillas estaban a un suspiro de romperse, pero no podía decir nada, porque mis dientes estaban aplastados contra el tejido del asiento.

—Tranquilo, capullo, el jefe te quiere vivo. —Sí, como si aquello fuese a tranquilizarme. Alex no se había ganado su fama por ser blando. —Sentí la atadura cerrarse en mis muñecas y algo cubrió mi cabeza, algo como una capucha. Escuché la voz de Alex a lo lejos.

—Lo tengo, jefe.

—Llévalo al taller y mantenlo fresco. —¿Fresco? ¿Iban a meterme en una de esas cámaras frigoríficas? Joder, joder.

Palm

Acaricé de nuevo el pelaje del pobre animal y escuché el pequeño quejido que profirió. ¿Por qué el ser humano tenía que usar animales para sus propias guerras? El perro solo había cometido el error de hacer lo que le habían enseñado, atacar cuando le daban la orden, y como recompensa había recibido un balazo.

—Alex está a salvo.

—¿Está bien?

—Tu chico es un tipo duro, ni un rasguño.

—No es mi chico. —No quise mirarlo, por si veía un deseo en mi mirada. Maldito Alex Bowman y su beso compasivo. No podías probarlo y no desear más, mucho más. Pero Alex Bowman no tenía novias, solo tenía sexo con chicas, muchas chicas. Y no es que fuese especialmente escrupulosa, pero no me gustaba compartir ese tipo de cosas.

—¿Vas a llevártelo? —Andrey estaba señalando con la barbilla al pobre rottweiler.

—Llévámela, es chica, y necesita un veterinario.

—Es un perro adiestrado para matar gente.

—Igual que vosotros, solo que ella camina a cuatro patas.

—Entonces lo tienes decidido, no hay más que hablar. ¡Alexis! Ayuda a la señorita a llevar a esta mole a un coche. —Un hombre rubio de sonrisa afable cargó a mi pequeña en sus brazos. Ella gimió y casi le lanza una dentellada, pero estaba demasiado débil. La metimos en el asiento trasero de uno de los vehículos y yo me senté a su lado.

—Boby ha localizado un veterinario de urgencia. —Nick acababa de entrar en el asiento del

copiloto y metía una dirección en el GPS.

Nick

Palm, la chica de Alex, estaba sujetando la cabeza de ese pedazo de perro, mientras el veterinario le sacaba la bala del costado. Si el puñetero animal supiera lo que aquella mujer estaba sufriendo por él, no tendría agallas para morirse.

Le dijimos al médico que había sido un accidente de caza y el tipo nos miró mal, pero no dijo nada. De hacerlo, Andrey tenía respuesta para todo y estábamos dispuestos a pagar por una intervención que a todas luces no iba a ser barata. Así que se puso a lo suyo y ni protestó cuando Palm pidió estar al lado del animal durante la intervención.

Dicen que los animales tienen un sexto sentido y puedo dar fe de que este lo tiene. A la única que no gruñía era a Palm, e incluso su toque parecía tranquilizarle. Estaba claro que esos dos iban a ser buenos amigos. Un perro de defensa y la chica de un mafioso irlandés, menuda mezcla.

Los dedos de Palm acariciaron con suavidad la oreja del animal y en aquel instante un golpe de añoranza sacudió mi interior. Necesitaba hablar con Sara. Cogí el teléfono y salí al exterior para hacer la llamada. No le importaba a nadie lo que yo tenía que hablar con mi chica. Ella contestó al segundo timbre.

—Hola, Nick.

—Hola, sweetie.

—¿Qué tal estás? —Normal que no preguntara cómo fue la cosa, había tenido una retransmisión en vivo y en directo.

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti. ¿Cuándo regresáis?

—Ya estamos recogiendo el equipo. Un par de temas que cerrar y estaremos de camino a casa.

—Bien. ¿Cómo están Alex y el otro rehén?

—Alex y Andrey están atando algunos cabos sueltos. Palm está ocupada cuidando de un amigo.

—¿Hubo heridos?

—No te asustes, es solo un perro y se pondrá bien. —O al menos eso esperaba.

—Ah, me habías asustado por un momento.

—Tranquila.

—Tómate tu tiempo, pero quiero tu culo de camino a casa en cuanto llegues.

—Amas mi culo.

—Amo algo más que tu culo, arrogante vanidoso.

—Yo también te quiero, cerebritito gruñón. —Después de cortar la llamada, me sentía mejor, mucho mejor.

Capítulo 27

Alex

Ryan no parecía tan intimidante en aquel momento. Connor y Jonas le habían llevado al viejo almacén que habíamos readaptado para nuestras «conversaciones privadas». Le llamábamos el taller porque tenía varias herramientas y maquinaria que habíamos adquirido en un viejo taller de choches, como ese juego de cadenas y polea que pendían del techo con el que usualmente se elevaba el motor de un coche para sacarlo de la carrocería. Muy útil cuando querías mantener a alguien colgado y no destrozarte la espalda mientras lo subes a una buena altura decente.

Ahora, nuestro nuevo invitado estaba sentado en medio de la habitación, con un potente foco de luz sobre su cabeza. Estaba descalzo y desnudo de cintura para arriba. Fresquito, como pedí. Tenía grilletes en las muñecas y los tobillos, como esos que se usan con los presos peligrosos en las cárceles. Nada de esa mierda de ataduras con bridas, de aquí no escaparía fácilmente.

Yo estaba bien protegido de la vista, en un lugar fuera del alcance de la luz artificial. La natural era difícil que llegara allí dentro. Ventanas cegadas, respiradores indirectos... Todo lo necesario para evitar miradas curiosas e inoportunas. Pero aún no era el momento para hacer mi aparición estelar, no. Ryan tenía que esperar un poco más. Ya me había ocupado de los capullos que iban conmigo en el coche dándoles a cada uno lo que se merecían. Después me encargué del cretino que encañonó a Palm. No, no lo maté, pero no creo que pueda volver a disparar un arma, y con su nueva cara tampoco encontraría sexo gratis. Tendría suerte si le contrataban en el túnel del terror. Y cómo no, me llevé mi premio. La falange del dedo meñique de ese tipo estaba ahora descomponiéndose en el tarro de cristal que había dejado frente a él. Nunca un tarro de pepinillos había dado tanto juego. Y su hermano gemelo estaba ahora sobre una mesa junto a unas tenazas rusas, ambos listos para el siguiente trabajo. ¿Sádico? Tal vez un poco, pero solo cuando la persona en cuestión amenazaba mi vida, o la de aquellos que me importaban. Una afrenta grave, un dedo, y el tío Ryan tenía algunas deudas que pagar.

—¿No deberías estar con tu chica en estos momentos? —Lo miré con la expresión más neutra que pude ofrecer, porque Andrey era de las pocas personas que conocían al auténtico Alexander Kelly Bowman. Intentar engañarlo iba a ser difícil, pero tenía que hacerlo. ¿Por qué? Porque Ryan había estado demasiado cerca de la verdad, y la consecuencia era más grave que encontrar mi punto débil, era destruirme de nuevo. Sí, Palm me importaba, más de lo que pensaba que lo hacía, y eso casi nos mata, a los dos. Mi vida no era tan importante. Si me iba para el otro barrio en este momento, lo haría habiendo vivido más que muchas personas. Pero Palm... Ella no, este mundo la necesitaba. Su magia, su compasivo corazón, su luz. Era una simple cuestión de equilibrio, debían existir seres como Palm para compensar que seres como yo caminemos sobre este mundo.

—No es mi chica.

—Ya. Entonces ¿cuál es el plan?

—Cobrar una vieja deuda. —Andrey asintió. No tenía que explicarle de qué deuda hablaba. Él estuvo allí, a mi lado, cuando descubrí que mi familia había muerto, estuvo allí cuando mi vida se rompió en mil pedazos y estuvo allí cuando cogí cada pieza y construí un nuevo Alex.

Caminé hacia Ryan, su momento había llegado. El cabrón me sonrió cuando llegué a su lado, como si la situación no fuese tal cual él había anticipado.

—Después de tanto tiempo, al final me atrapaste.

—El Alex de entonces no es el Alex de ahora.

—No te creas, el de entonces tampoco habría dudado en matarme.

—No me refería a eso. Hace 10 años te habría matado nada más tenerte a tiro. Ahora, me tomaré mi tiempo.

—Te has convertido en un auténtico hijo de puta.

—Tú me convertiste en lo que soy. Mi madre no tuvo nada que ver en eso. Ella hizo precisamente todo lo que pudo para mantenerme lejos de este mundo, pero tú lo jodiste.

—Tuve que hacerlo, no podía dejar ningún cabo suelto.

—¿Por eso mataste a todos? ¿Incluso a los que no era O'Neill? —Mi padre no era O'Neill y, aun así, acabó con un agujero en su cabeza.

—Tu hermano, tu madre y tú erais piezas que debían desaparecer; tu padre podía darme problemas en un futuro y Pauline y los niños eran un lastre que no podía llevar conmigo, pero eso fue tu culpa. —Espera, ¿su esposa y sus hijos eran un lastre? ¿Qué...?

—Fuiste tú... tú los mataste.

—No podía llevarlos conmigo, acabarías atrapándome por su culpa.

—Era tu familia.

—¿Pauline y sus bastardos? Esa puta solo fue mi peor error. No me coló un bastardo, sino dos. Dos puñeteros hijos y ninguno era mío. ¿Te lo puedes creer? Pero la mantuve a mi lado, porque su padre tenía dinero y recursos que necesitaba. ¿Quién te crees que me cedió los hombres para hacer todo el trabajo? Mi adorado suegro. Pero tú tuviste que joder eso también. Volviste del exilio para unir a los pocos desgraciados que no murieron y creaste un ejército. Me acosaste, me desafiaste. Me tenías contra las cuerdas y casi me atrapaste. Así que hice lo único que podía.

—Fingir tu propia muerte y desaparecer.

—Pero te dejé un buen regalo. —Sí, los cadáveres de su familia. Lo que nos metió en otra guerra de clanes. Su amado suegro no solo se cabreó, sino que se embarcó en una guerra suicida con la que tuve que terminar de la única manera posible: eliminándolo. Por eso yo era el único e indiscutible jefe de la mafia irlandesa de Chicago, por eso todos me temían y por eso estaba solo.

—Que pienso agradecerte como se merece. —Hice un gesto y Jonas y Connor acercaron una pequeña mesa para ponerla junto a Ryan. Allí estaba mi bote de pepinillos, lleno de la sustancia cáustica que devoraba carne y huesos. Y, a su lado, las tenazas rusas.

—¿El hierro está caliente?

—Preparado, jefe. —Asentí hacia Jonas. Le hice un gesto a Connor y él se puso a mi lado. Extendí las tenazas hacia él. Las cogió y se acercó a Ryan.

—Pie derecho. —Connor se arrodilló junto a Ryan y tomó el pie con la mano izquierda. Ryan se resistió, pero sus pies no tenían mucha movilidad, así que no le serviría de nada.

—El gran Alex Bowman, dejando que sus hombres le hagan el trabajo sucio.

—No, Ryan. Solo le estoy dejando que cobre su deuda primero. —La mirada de Ryan estaba confundida y asustada a partes iguales. —Ordenaste muchas muertes, Ryan. Connor perdió a su padre y a su hermano en esa matanza. —El primer grito llegó cuando Connor cortó el primer dedo. Bien, que se preparara, su mano izquierda me pertenecía a mí y a las tres deudas que me cobraría. Me aparté para que Jonas se ocupara de cauterizar las heridas con un hierro candente. No queríamos que muriera desangrado antes de tiempo. Andrey se puso a mi lado cuando mi trabajo estuvo hecho. El cabrón se desmayó dos veces y tuvimos que reanimarlo para poder continuar.

—¿Qué vas a hacer cuando no te queden dedos?

—Matarlo, pero me parece que haciéndolo no hago más que darle una salida demasiado fácil.

—Hay una manera de que siga pagando por lo que hizo.

- Te escucho.
—Existe un lugar donde sufrirá cada día de su maldita vida, y se encargarán de que sea muy larga.
—Cuéntame más.
—Por una pequeña cantidad de dinero, «el Hotel» se encargará de hacerle pagar.
—Me gusta. ¿Puedes ir haciéndole una reserva?
—Iré buscando el número en mi agenda.
—Ah... tengo otro favor que pedirte.
—¿De qué se trata?

Palm

- Niya estaba aún dormida, pero cada vez que apartaba mi mano de ella, gemía.
—Su perra se pondrá bien. —Miré al veterinario que estaba en cuclillas frente a mí. El tipo no estaba conforme con que la moviéramos tan pronto, pero claudicó con la condición de que esperáramos a que se despertara para hacer el último reconocimiento. Accidente de caza, ¡ja!, eran una bala lo que tenía dentro, no perdígonos. Hasta yo sabía eso.
—Es una chica dura.
—Se nota que la quiere mucho. —Si él supiera...
—Tenemos que irnos. —Nick entró en la habitación con una expresión de «atrévete a llevarme la contraria». El veterinario reculó y se apartó de nosotras.
—Prepararé algo de medicación para que la suministre más tarde. El dolor la volverá algo arisca.
—Eso ya lo era antes. —Nick se inclinó y cargó a Niya en sus brazos. Antes de salir de allí detrás de él, recogí la bolsa con los calmantes de mi pequeña luchadora.
—Gracias por todo, doctor.
—Ha sido un placer.
—Seguro que sí —escuché decir a Nick. Él caminó a paso seguro hacia el coche, donde Alexis sostenía la puerta para que depositara a mi pequeña dentro.
—¿Por qué tanta prisa?
—Tenemos un avión que coger.

Capítulo 28

Alex

—¿Estás seguro? —Volví el rostro hacia Andrey. No necesité darle ninguna explicación de por qué, simplemente le pedí que lo hiciera y él aceptó. Nosotros éramos así, de pocas explicaciones. Es lo que sucede cuando eres el jefe, no tienes que justificarte ante nadie.

—Sí, es lo mejor.

—Entiendo. —No dijimos nada más, no hacía falta. Le había pedido que cuidara de ella. Yo proveería, él solo tenía que mantenerla a salvo.

Nick llegó conduciendo su propio coche y cuando bajó de él, abrió la puerta trasera para que saliera Palm. Nick y Andrey se apartaron y eso fue suficiente para que ella comprendiera. Aquello era una despedida.

Palm caminó hasta mí, pero no se detuvo cuando estuvo lo suficiente cerca, no. Su cuerpo se posó sobre el mío, pero no hizo nada más. Sus brazos no me rodearon, los míos permanecieron a mis costados. Ella no iba a pedirme lo que deseaba y yo no le daría algo que no podía dar. No abrazarla era lo más duro que jamás había hecho en mi vida, pero lo hacía precisamente por ella. Si la abrazaba, le daría una esperanza que no debía tener. Abrazarla significaría que me dolía perderla y, aunque fuese verdad, le sería menos fácil dejarme atrás. No podía tenerla en mi mundo, tenía que hacer que se fuera, porque ella no merecía tener una vida como la mía, ella merecía más, algo que yo no podía darle.

Ella se podía salvar, yo no; retenerla a mi lado era condenarla. La aparición de Ryan fue lo que necesité para darme cuenta de que los finales felices no llegan a quien no los merece, y yo no lo merezco, ella sí.

Alguien dijo una vez que no se podía salvar a quien no quería ser salvado, así que eso hacía, darle los motivos que necesitaba para que se fuese sin mirar atrás. Tendría que convertirme en un recuerdo que era mejor olvidar.

Sin decir nada, sin tocarnos, ella empezó a separarse de mí, dejando un espacio enorme y frío en su lugar. Un frío que penetró en mi pecho y que sabía que metería de nuevo a mi corazón en su caverna de hielo.

Sus ojos me devolvieron una última y suave sonrisa, antes de girarse hacia el avión. Fue entonces cuando sentí el último latido dentro de mi pecho; después, el silencio. Andrey se paró a mi lado y los dos observamos como mi alma se subía a un avión con destino Las Vegas. Mi pérdida, su ganancia. Ella se llevaba mis sueños dejándome un único consuelo: que ella estaría mejor sin mí.

—Cuidaré de ella.

—Más te vale que lo hagas, o te arrastraré a los infiernos conmigo.

—Aún estás a tiempo de cambiar de idea.

—No tengo esa opción, Andrey.

—De acuerdo.

—Buen viaje. —Andrey me tendió la mano y yo la estreché con fuerza, convencido de que ella estaba mejor en esas manos que en las mías.

—Tenemos que dejar de vernos de esta manera.

—Lo sé. —Antes de que las puertas del pájaro de acero se cerraran, le di la espalda. Connor

estaba junto al coche. Su cara no estaba nada contenta, pero no tenía ganas de discutir con él. Tampoco él diría la primera palabra. Soy el maldito jefe y mis órdenes se acatan, no se cuestionan.

Andrey

He visto a Alex en sus peores momentos y este sin duda no le andaba lejos al de la pérdida de su familia. La venganza lo mantuvo entonces hasta que se cobró el precio que creyó justo. Ahora, no quería pensar en qué se apoyaría para superar este nuevo dolor. Había que ser un tonto para no darse cuenta de que esta mujer era muy importante para él. Pero no iba a ser yo quien le dijera que se equivocaba, él mismo se daría cuenta, solo esperaba que fuera más pronto que tarde. Aunque Alex era un cabezota irlandés, la cosa podía llevar mucho tiempo.

Miré el teléfono y busqué el número de mi mujer.

—Buenos días, Iceman.

—Hola, nena. Vuelvo a casa.

—Bien, le diré a Paul que ponga otro plato en la mesa.

—Dile que ponga dos, llevo una invitada.

—¿Una invitada? ¿Qué has hecho, Andrey?

—Prometer que cuidaría a alguien.

—Vuelve pronto, quiero que me lo cuentes todo.

— ¿Quién soy yo para negarte nada?

—Mmm, me guardaré eso para otra vez que lo necesite.

—Eh, el abogado soy yo.

—¿Y qué se siente al recibir de tu propia medicina?

—Estás embarazada, pero aún puedo ponerte el trasero bien rojo.

—Puedes intentarlo, Iceman. Pero los dos sabemos cómo acabará eso.

—Eres mala.

—Y aun así, me quieres.

—No, Robin, por eso, entre otras cosas, te quiero.

—Vuelve a casa.

—Estoy en ello.

Palm

Adiós. Solo eso, sin palabras, pero no eran necesarias, ¿para qué? No nos debíamos nada, porque seguro que se encargaría de hacerme llegar mi sueldo. Nada nos vincularía después.

¿Así era cómo se despedían los que acababan de conocerse?

Pensé por un momento, un breve instante, que tal vez había surgido algo. Esa llama que brotó en mi interior... Debió calentarme solo a mí, y me había dejado tan... vacía.

Niya gimió bajo mis dedos y me obligué a centrarme en ella. Alex había decidido que era mejor así e iba a aceptarlo. Fui una tonta al pensar que habíamos encontrado algo que nos unía. Pero eso no podía detenerme, nunca lo hizo. Cuando las galletas se acababan, era hora de ir a la tienda a comprar otro paquete; o también podía empezar una dieta. De momento, tenía un refresco entre manos que me saciaría el hambre; mi pequeña Niya. Al menos no estaría sola.

—¿Ya le pusiste nombre? —Nick había apoyado los brazos en el asiento de delante, girando su cuerpo hacia mí para estar más cómodo.

—Niya.
—Niya, ¿y eso qué significa?
—Es el nombre de una ciudad desaparecida.
—Curioso.
—Es tradición familiar.
—¿Tradición familiar?
—Sí, en mi familia paterna es normal recibir un nombre de una ciudad que existió. Yo soy Palmyra, mi padre era Jericho, mi abuela, Petra...
—Me reitero, es curioso. Y original.
—Sí, lo es.
—Niya va a estar bien. ¿Sabes? Mi hermano Viktor tiene uno de estos. Es un poco más grande, pero es un pedazo de pan juguetón.
—Entonces tendremos que ir a conocerlo.
—Si Andrey no se encarga de ello, llámame. Estaré encantado de hacerlo. ¿Conoces Las Vegas?
—No, nunca estuve en la costa oeste.
—Te gustará. Uno no puede aburrirse en Las Vegas.
—Pues vosotros os habéis venido bien lejos a buscar algo de diversión.
—Sí, somos raros. Pero te acostumbrarás.

Connor

Cuando es el jefe el que se equivoca, puedes estar de acuerdo o no con sus decisiones, pero cuando el que se confunde es tu amigo...

Alex es más que mi jefe, es mi amigo. Hemos atravesado el infierno juntos y eso crea un vínculo que es difícil de romper, porque después de conocer lo peor de una persona, puedes soportar lo menos malo.

Por eso estaba callado en el coche, porque me mordía la lengua para no decir nada. Palm era lo mejor que nos había pasado en los últimos años y deshacerse así de ella, además de ser inapropiado, me parecía una cobardía. Pero no podía juzgarlo, no sabía lo que había ocurrido durante su secuestro. Pero si era lo que me temía... solo esperaba que se diera cuenta de que uno no renuncia a un regalo del cielo aunque no crea que lo merezca.

Capítulo 29

Paul

Me encanta recibir visitas, soy un gran anfitrión, eso dice mi madre. Y me ilusionó saber que tendríamos un huésped más en nuestra casa. La señora Robin necesita más compañía, sobre todo desde que su familia se fue. Y no es porque el señor y yo no la atendamos, pero creo que otra chica... Cuando la vi llegar, con mascota incluida, pensé: «Sí, alguien como la señora Robin, alguien más afín a ella, es lo que necesita para que el embarazo no la agobie tanto».

Pero cuando vi la expresión de la muchacha me di cuenta de que era a ella a quien debíamos animar, parecía defraudada.

Normalmente, la gente prestaba más atención a la casa, porque era impresionante de por sí. Pero ella parecía que no le importara donde la metieran, indiferente, como si cambiara de una larga cola en el supermercado a otra larga cola.

—Buenas tardes, señorita.

—Palm, soy Palm.

—Yo soy Paul.

—Sonamos parecido.

—Sí, eso parece. ¿Puedo ofrecerle algún refresco? Cenaremos dentro de poco, pero quizás tenga algo de sed por el viaje.

—No, gracias, Paul. Pero quizás Niya sí lo necesite. ¿Podría darme un cuenco para ella?

—Por supuesto, señorita. Prepararé una cama cómoda para ella también.

—¿Podría... podría ser en la misma habitación? No quiero dejarla sola.

—Por supuesto señorita, me encargaré de todo. De momento, puede recostarla aquí. —Preparé rápidamente una cómoda cama para el animalito y le hice señas al rubio —¿cómo dijo que se llamaba? ah, sí, Alexis— para que la acomodara allí.

—Avisaré a la señora Robin de que ya llegaron.

Andrey

—Ya voy yo, Paul. Tu encárgate de la cena. Traemos un hambre canina.

—Será por el cambio horario, señor.

—Sí, eso también. —Salí corriendo escaleras arriba, dejando a Palm al cuidado de la perra. Ella casi ni lo notó. Podía comprenderlo. El secuestro, el rescate y luego el abandono de Alex. Demasiado en tan poco tiempo. Tenía que hacerle un rápido resumen a Robin para que entre todos pudiésemos ayudarla a volver a la normalidad.

La encontré secándose el pelo. Estaba claro de que acababa de salir de la ducha. Me acerqué a ella y tomé el secador de su mano, eso sí, después de darle un pequeño beso.

—Deja que te ayude.

—Esto es lo que más odio del embarazo, el ser una ballena varada fuera del agua. Todo es más lento con esta enorme tripa de por medio.

—Podías haber esperado a que llegara para ayudarte.

—Estoy lenta, no inútil. Puedo hacerlo, solo que esta vez me llevó más tiempo de lo normal. Cambemos de tema, ¿y nuestra invitada?

—Abajo. De ella quería hablarte.

—Me das miedo.

—Te lo explicaré con más calma en otro momento, así que tendrás que conformarte con un resumen.

—Desembucha.

—Alguien secuestró a mi amigo y a su chica, nosotros fuimos a rescatarlos. Después de hacerlo, Alex pensó que ella no estaba segura a su lado y decidió alejarla todo lo posible para mantenerla a salvo.

—Vaya, eso es duro. Espero que arregle todo en Chicago pronto, para que pueda volver por ella.

—No, Robin. Esto es permanente.

—Oh, mierda. Tiene que estar destrozada.

—Está afectada, pero no la conozco lo suficiente para saber cuánto.

—Tu amigo es un idiota.

—Y además es irlandés, lo tiene todo.

—Bueno, entonces haremos que ella...

—Palm.

—Que Palm lo lleve lo mejor posible.

—Os llevaréis bien, ya verás.

Palm

—Gracias, Alexis.

—De nada. Eh... seguro que necesitarás volver a llevarla al veterinario, puedes contar conmigo para hacerlo.

—Sería estupendo, gracias. No conozco nada de por aquí y un autóctono siempre es el mejor guía.

—No se hable más, soy tu chico. Te dejaré mi teléfono.

—Perfecto. —Alexis anotó los números en un papel y me lo entregó. Después se fue. Paul apareció en ese momento, bajando por las escaleras de la planta superior. Sí que era grande la casa.

—Sus cosas están en la habitación de invitados, segunda puerta de la derecha. La cena estará lista en unos minutos, por si quiere asearse antes.

Miré a Niya, que parecía estar muy cómoda en su nueva ubicación. Una ducha sonaba estupendo. Llevaba suciedad encima que deseaba quitarme, aunque no me había parado a pensar en ello hasta ahora. ¿Me echaría en falta si me tomaba unos minutos?

—No se preocupe, yo la vigilaré. —Paul puso un cuenco a su lado y Niya estiró la cabeza para olfatearlo y dar un par de lametadas. Dejó que Paul la acariciara, así que pensé que la dejaba en buenas manos.

—Creo que nos llevaremos bien. —La casa era más grande de lo que imaginé. Solo mi habitación era más grande que mi antiguo apartamento, y olía mucho mejor también. Mi maleta estaba a un lado del armario, ya vacía, y mi ropa estaba colgada y ordenada en las baldas del armario. Cogí lo que iba a necesitar y entré en el paraíso de los baños. Bueno, los de la casa de Alex tampoco estaban mal. Alex, tenía que dejar de pensar en él.

Encontré toallas en una balda y abrí el agua de la ducha. Me quité la ropa, me metí dentro y dejé que el agua caliente se llevara toda la suciedad de mi cuerpo, la de fuera y la de dentro.

Había manchas grises en mi alma que tenía que sacarme. ¡A la mierda Alex Bowman! A la mierda su beso, a la mierda su sonrisa, a la mierda... No pude evitar que las lágrimas salieran cálidas y se mezclaran con el agua. Había sido un fin de semana duro, pero la herida que Alex me había dejado tardaría mucho tiempo en sanar.

Alex

Estaba sentado en mi despacho, la puerta cerrada para que nadie me molestara. Un vaso medio vacío en la mano y una botella de whiskey, con muy poco líquido dentro, sobre la mesa. No necesitaba más, alcohol y autocompasión, los mejores amigos.

Ojalá que para cuando me terminase la maldita botella pudiera estar lo bastante borracho como para caer redondo en el sueño de los que quieren olvidar. Apuré lo que quedaba en el vaso de un solo trago. Me puse en pie y cogí la botella por el cuello.

La noche hacía tiempo que había llegado, envolviendo todo con su frío silencio. No había nadie hablando después de la cena, nadie recogiendo los platos sucios. Ninguno de nosotros quiso cenar, yo al menos no tenía ganas.

La casa estaba aún más desamparada de lo que estaba antes de que ella llegara a esta casa. Ella. Debía recordarme otra vez que ella no volvería a darle vida a esta casa, trayendo su luz a nuestras vidas, a mi vida. Mis pies me llevaron de nuevo hasta su habitación, como cada noche, pero esta vez estaba vacía. Su armario aún tenía prendas que nunca más se pondría. En el baño estaba el champú que nunca más usaría. Y en su cama no volvería a dormir.

Creo que me quedé dormido en algún momento, entre mi último pensamiento sobre ella y el golpe seco de la botella al caer al suelo. El sol brillaba con fuerza, haciendo que mi cabeza no mejorara precisamente. Con lentitud, me levanté de la cama de Palm y me dirigí al baño de mi habitación. Podía sentirme miserable, vacío, pero tenía un negocio que cuidar, gente, familias que comían gracias a mí, no podía abandonarlos también a ellos. Así que me duché, me vestí y busqué en el maldito botiquín alguna pastilla que mitigara el dolor de mi cabeza. Del de mi corazón me ocuparía más tarde, mucho más tarde.

Capítulo 30

Una semana después...

Palm

Niya estaba sentada sobre sus patas traseras, esperando atenta a mis movimientos. No movía un músculo, no hacía un solo ruido. Yo creo que incluso estaba aguantando la respiración. Y no se movería de allí hasta que le diera su desayuno. Es verdad lo que dicen del café, es adictivo incluso para los perros. En buena hora empecé a meter su medicación en un trozo de bollo mojado en café. Ahora pedía su dosis diaria con golosa expectación. ¿Y qué hacía yo? Pues dárselo, porque me había robado el corazón. Eso sí, me gustaba provocarla. De vez en cuando, levantaba una ceja hacia ella y esperaba, quieta. Niya gemía muy bajito y yo la hacía callar con un ssshhh. Ella volvía a convertirse en una figurita de porcelana y yo seguía con mi desayuno. Sabía que siempre le daría su trofeo, pero a medida que iba acabando con mi comida, ella se ponía más nerviosa, como si fuese a terminarlo todo y no quedara nada para ella. Cuando le ofrecía su porción, ella la cogía con cuidado de mis dedos, lamiendo cada pequeño rastro de su boca con satisfacción.

Su cabeza se giró hacia la puerta de entrada y con solo ver sus ojos brillar, ya sabía quién llamaría a la puerta.

—¿Qué ocurre, Niya? ¿Tenemos visita? —Ella dejó escapar un suave ruidito de su garganta, como si contestara mi pregunta. —Está bien, parece que vas a correr un rato por el jardín con tu amigo.

Niya me acompañó hasta el lavavajillas, donde empecé a meter mi taza. Un ruido de patas caninas llegó hasta nosotras, anunciando que su dueño entraría como un tsunami. Y allí estaba Patas, con su lengua colgando y el trasero bailón. Un grito infantil de júbilo llegó unos metros por detrás, avisando que la réplica del terremoto principal estaba por llegar: Tasha. Era increíble ver a aquellos tres desplegando tanta energía, pero más reconfortante era encontrarlos dormidos, unos sobre otros, al final de la jornada. La que solía quedar encima era la niña y Patas estaba conforme con ser siempre el colchón de ellas dos.

La herida de Niya iba bien y verla con tanta vitalidad era síntoma de que la curación avanzaba por el buen camino.

—El apocalipsis zombi ya está aquí —anunció Katia nada más aparecer en la cocina.

—¿Pisis! —gritó Tasha. —Niya me miró, pidiendo permiso para ir a jugar.

—Ve. —Como un resorte salió disparada hacia el jardín. Detrás de ella, sus dos amigos de travesuras.

—Llevamos todo el día esperando la hora de venir a visitaros —dijo Katia. Robin llegó a la cocina en aquel momento:

—No sé si eso será por la compañía o por los bocaditos que prepara Paul para acompañar el fresco de media mañana.

—Cuñada, ninguna de las dos. ¿Sabes la siesta que se echa este terremoto mío después de correr toda la mañana?

—Oh, y yo pensando que era por hacer una visita a esta pobrecita embarazada —Robin intentó poner cara de pena, pero falló estrepitosamente porque las tres empezamos a reír.

—En serio, aguanta todo lo que puedas con el «alien» dentro, porque después se acabó la paz.

—Eso es porque no te acuerdas de lo que es tenerlo dentro.

—Gracias a dios. Bueno, Palm, ¿conseguiste hablar con tu familia? —Mierda, era lo que tenía levantarse tarde, que el mundo ya estaba en movimiento antes que yo. ¿Jet lag? Una porra, a mí se me desajustó el reloj en sentido contrario. Me costaba dormirme por la noche y luego, por la mañana, pagaba las consecuencias.

—Aún no, pero lo haré enseguida. Id yendo hacia el jardín, mientras yo hago la llamada. — Ellas dos asintieron y yo fui a mi habitación a coger el teléfono móvil que había comprado con el dinero... El dinero que Alex había puesto en una cuenta corriente para mí. Demasiado para un trabajo tan corto, al menos a mi parecer, pero tampoco tenía con qué compararlo, nunca antes había trabajado de guardaespaldas. Marqué los números y esperé.

—¿Diga?

—Hola, abuela, ¿cómo estáis?

—¡Ah! Hola, cariño. Bien, bien. Todo va bien. —Me extrañó esa respuesta, pero no la tendría muy en cuenta, porque la abuela andaba siempre haciendo 20 cosas a la vez y seguro que no oyó bien mi pregunta. Charlamos durante un rato y luego me despedí. Tendría que ir a visitarlos, pero al estar tan lejos... Casi 6 horas, más de 7 y media si era con escalas, en avión. Tendría que buscar algún trabajo más cerca de ellos por si...

Sacudí la cabeza, dejé el teléfono en la mesita de noche, y me fui al jardín, a ver trotar a dos perros, una niña y un pobre mayordomo recogiendo todo lo que tiraba la pequeña a su paso. Pobre Paul, qué paciencia. Pero él lo disfrutaba, realmente lo disfrutaba.

Connor

Otra vez lo mismo, la dinámica no variaba mucho. Beber en casa o en algún club hasta que solo quedaba medio Alex consciente. Y lo del club era lo peor, porque siempre acababa teniendo sexo con alguna desconocida. No es que fuera nuevo, pero definitivamente este no era el Alex de antes. Este no disfrutaba del sexo, ni siquiera se paraba a seleccionar entre las ofertas. Se acercaba una chica, cualquiera, y esa misma le valía. Y no es que antes Alex fuese exigente que digamos. Dos buenas tetas, un poco guapa y un buen culo para agarrar y la escena estaba lista para rodar. Pero ahora era siempre lo mismo. Un Alex desganado que dejaba que lo masturbaran hasta que estaba listo para entrar a matar o, mejor dicho, que dejaba que se lo trabajaran. Se corría y listo.

Y así le encontré esta vez. Recostado en el sofá del reservado, con el preservativo aún puesto y esa expresión de borracho contento en su cara. Y me harté. Era hora de que el amigo diera un empujón al empleado y le diera un buen pescozón en la cabeza.

—Nunca pensé que fueras un tonto, hasta ahora. Estás destrozando tu vida porque no tienes las pelotas para afrontar que estás asustado. Estoy cansado de ver cómo vas cayendo cada vez más hondo en este maldito agujero que has cavado tú mismo.

—No necesito sermones, Connor.

—No, sermones no, pero un porrazo en la cabeza sí. Espabila, Alex, no puedes seguir destruyéndote.

—No entiendes...

—¿Qué no entiendo? Mejor que tú. He visto... No, he vivido contigo todo. Sé qué ocurrió hace 10 años y por qué tienes miedo ahora. Ella te ha hecho volver a sentir, ha rescatado al Alex que llevaba encerrado en esa oscura mazmorra del pasado demasiado tiempo. ¿Y tú qué haces?

Huir como una niña. Por una vez en tu vida coge algo que realmente necesitas, sé egoísta y permítete ser feliz. Y si alguien se cruza en tu camino que vaya rezando sus oraciones, porque eres el jodido Alex Bowman y tienes las llaves del infierno en tu bolsillo. Maldita sea, Alex, despierta y haz lo que tienes que hacer. —Sus ojos turbios me miraron y después se cubrió la cara con las manos. ¿Estaba llorando? Alex Bowman no lloraba, pero aquella piltrafa de hombre...

—Llévame a casa. —Me acerqué a él, dejé que se quitara el preservativo y lo ayudé a ponerse bien la ropa. Había cosas que la lealtad otorgaba, pero tocarle la «cosita» al jefe sin sangre o hemorragia intensa de por medio... va a ser que no.

Alex

La ducha me despejó, pero fueron las palabras de Connor las que me sacaron de mi acogedor refugio alcoholizado. Sí, tenía razón. Había tenido miedo y había enviado lejos a Palm. Miedo de no ser suficiente para protegerla, miedo a que hiciera mi corazón vulnerable al dolor de nuevo, miedo a sentir lo que siento. Y no me di cuenta entonces de que ya era demasiado tarde. Ella ya era alguien demasiado importante para mí, ella ya había plantado su semilla en mi corazón. Vivir no tenía sentido si ella no estaba. ¿Sería demasiado tarde? Cogí el teléfono y llamé.

—Espero que no estés metido en otro problema —habló la voz de Andrey.

—No, ningún problema. Solo... solo pensé que es tiempo de hacerte esa visita. ¿Es buen momento?

—No te andes por las ramas, Alex, nos conocemos.

—De acuerdo. Palm... Ella... ¿Está bien?

—Genial, vosotros dos sí que estáis sincronizados.

—¿Sincronizados? ¿Qué quieres decir?

—Palm se ha ido.

Capítulo 31

Alex

- ¿Cómo que se ha ido? La dejé a tu cuidado Andrey, se suponía que eso no podía ocurrir.
- No es una prisionera, Alex. Me encargaste su cuidado, no su encarcelamiento.
- ¡Maldita sea! —Pero era verdad, no podía culparle de eso. Si ella decidía irse, Andrey no era nadie para retenerla. Yo era el culpable de haberla perdido. Yo y mi estúpida obcecación.
- Tengo que encontrarla.
- ¿Para qué, Alex?
- Eso no es de tu incumbencia.
- Yo creo que sí lo es. Tú me metiste en esto, ¿recuerdas?
- ¡La necesito! ¿Basta con eso?
- Es lo que necesitaba oír.
- Bien, ¿contento?
- Mucho.
- Retorcido cabrón.
- Pero me quieres.
- No tanto como te crees.
- ¿Eso piensas? Porque estaba convencido de que querías saber dónde se encuentra.
- ¿Qué? Dijiste que se había ido.
- Exacto. No dije que no supiera dónde fue.
- ¡Maldito cabrón hijo de...!
- Eh, eh... A mi madre no se la nombra.
- Lo siento.
- Mucho mejor.
- ¿Vas a decirme dónde está?
- Antes me gustaría comentarte el estado de mi bodega privada.
- Sí, ya lo pillo, quieres un suministro nuevo de esas botellas que puedo conseguir para ti.
- Eres rápido.
- Al grano, Andrey.
- Da gusto cuando estás todo colaborador.

Palm

La llamada del abuelo realmente me preocupó. La abuela era una cabezota incurable. De no ser por el abuelo, no me habría enterado de que se había caído y se había lastimado un hombro. Con su edad, una caída como la suya podía haber sido grave. Al final solo resultó una luxación, pero necesitaría ayuda para hacer algunas tareas. Y si el abuelo podía ayudarla en la mayoría, otras eran apropiadas para otra mujer. Sí, vale, en el circo todos hacen de todo, daba igual el sexo. El abuelo hacía camas, lavaba la ropa y podía calentar comida precocinada, pero ir de compras y cocinar... o ayudar a la abuela con su aseo personal. La ducha era una cosa, pero la higiene diaria... ya me entienden. Eran lugares en los que un hombre se sentía incómodo metiéndose, y para una mujer que profanen sus «santuarios privados», no digamos. En fin, que

teniendo una nieta, era mejor que el abuelo se apartara de aquello.

Lo primero que hice nada más llegar fue reñir a la testaruda y cabezota de mi abuela por no decírmelo. Y luego les hice la comida. El abuelo sacó a pasear a Niya, pero volvieron demasiado rápido. Creo que ninguno de los dos se sentía demasiado cómodo con el otro. El abuelo no estaba acostumbrado a pasear una mole de cuatro patas como ella, sobre todo si no sabía mantenerla a raya. Y Niya sencillamente se había pegado demasiado a mí, como si no tenerme a la vista le pusiera nerviosa.

Comimos y la abuela aprovechó para empezar a desempolvar viejos recuerdos. Encontramos fotos, viejos carteles de cuando la familia era la atracción principal y algunas cosas de papá. Eso me hizo recordar sus últimos días en el hospital, cuando aún estaba despierto y lúcido. Creo que sabía que lo mío con François no iba a ir a ningún lado, pero no me lo dijo directamente, ni me recriminó mi mala elección. Tan solo me dijo: «No cometas mis errores, comete los tuyos propios». Una frase que en un hombre como Jericho Bennet quería decir mucho. Su error fue pensar que una mujer como mi madre se quedaría al lado de su familia. Nos abandonó antes de que yo cumpliera un año. Realmente no la eché de menos, porque las mujeres del circo, las que cuidaron de mí, se convirtieron en mis madres. Pero papá, él siempre se culpó. Se equivocó y quizás por eso no se arriesgó a una nueva relación, a buscar a alguien más, alguien que se quedara con nosotros, que se convirtiera en familia, nuestra familia.

Es difícil llegar desde el mundo exterior y entrar a formar parte del mundo del circo. No todos se adaptan, no todos son felices, y mi madre fue de esas, de las que salió corriendo. No quise saber de ella, porque me abandonó, nos abandonó, a mi padre y a mí. Si me hubiese querido, me habría llevado consigo, y no lo hizo. Así que nunca la busqué, ni lo haría. Pero las palabras de papá... Debía cometer mis propios errores y aprender de ellos. El último de ellos fue dejar que otro decidiera por mí; dejé que Alex tomara la decisión por mí.

¡A la mierda! Me había enfrentado a mi mayor miedo por ese hombre, bueno, por los dos, pero si fui capaz de hacer eso, puedo ir a Chicago, ponerme frente a él y llamarle cobarde. Se acabó aceptar las cosas como vienen, por algunas merece la pena revelarse. Tenía un objetivo, cuando la abuela se recuperase, iría allí y...

La puerta del apartamento de los abuelos se abrió antes de que metiera la llave en la cerradura. Niya soltó un pequeño bufido, no amenazador, pero sí como si quiera decir «¿tú quién eres y qué haces aquí?». Y estaba de acuerdo con ella en lo segundo.

—¿Qué haces aquí?

—Tenemos que hablar.

—Pues haber llamado por teléfono.

—Esto no se puede aclarar por teléfono. —Entré en el apartamento para encontrar a la abuela sentada en el sofá. Estaba sonriendo de esa manera tan afable típica de las abuelas, pero tenía un brillo picarón en los ojos que no me gustaba nada. Algo estaba tramando.

—Tu amigo nos ha contado que os conocisteis en Chicago.

—Así es.

—¿Queréis un poco de privacidad? El abuelo y yo podemos ir a la habitación y daros espacio.

—No hace falta que te muevas, abuela. Alex y yo iremos a tomar un café y recordaremos viejos tiempos. —Aún tenía la correa de Niya en mis manos, así que la posé sobre la mesa del recibidor y me dirigí de nuevo a la salida. Niya caminó a mi lado y al ver que me iba sin ella, con un desconocido, empezó a gemir nerviosa. —Quédate aquí. —Se sentó sobre sus patas traseras y no necesité nada más para saber que me la encontraría en el mismo lugar cuando regresara.

Sé que no está en la naturaleza de Alex caminar detrás de alguien de forma sumisa y sin

rechistar, pero lo estaba haciendo conmigo, al menos hasta que llegamos a la esquina de la calle, donde los abuelos no podrían espiarnos por la ventana. Entonces, sus dedos rodearon mi brazo y me hizo girar hacia él hasta quedar uno frente al otro.

—Ya estamos lo suficientemente lejos.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí?

—Porque te fuiste de Las Vegas.

—A ver, me mandas a la otra punta del país para deshacerte de mí, sin un por qué, sin un motivo, una razón, ni siquiera un adiós, y ahora vienes aquí con exigencias. Estás muy equivocado, Alex Bowman. No soy un...—Pero no pude continuar, sus labios sellaron los míos y se tragaron todo un discurso sobre personas desechables, sentimientos y jefes engreídos y endiosados. Odio a Alex Bowman y la manera que tiene de hacerme callar.

Después de unos segundos ya no recordaba por qué estaba enfadada con él, por qué debía marcarle la cara con una buena bofetada, por qué... Su boca se alejó lo suficiente para que ambos respiráramos aire fresco de nuevo, pero no lo suficiente como para echar de menos su calor.

—Es mejor de como recordaba.

Capítulo 32

Palm

—No puedes hacer esto Alex. —Empujé su cuerpo para apartarle lo suficiente y que no me tentara.

—Solo he venido a por ti, Palm.

—No soy una marioneta, Alex. Primero me sacas arrastras de mi trabajo, me metes en una reunión con la mafia china...

—Tríada china.

—...me usas de mujer florero, luego me secuestran y de premio me exilias en la otra punta del país...

—Eso fue por tu seguridad, necesitaba ponerte a salvo.

—Genial, pues así empezó todo y ya han intentado matarme dos veces. ¿No se te ha ocurrido pensar que aquí el problema eres tú? —Le vi perder el color y ahí es cuando entendí todo. Eso es lo que pensaba, que todo lo que me había pasado era por su culpa. Era estúpida. Yo intentando consolarle, diciéndole que la culpa del secuestro no era suya, sino de su tío, y voy ahora y se lo tiro en la cara.

—Por eso te envié a Las Vegas. Quería apartarte de todo eso.

—No, Alex, el problema es que te esfuerzas demasiado, y consigues precisamente todo lo contrario.

—¿Me estás llamando patoso?

—Te estoy diciendo que si alguien se cree que soy tu prima, y me busca por ello, es mi problema, no el tuyo. No tenías que haberme secuestrado de mi trabajo y haberme puesto bajo tu ala. Soy mayor para enfrentarme a los problemas que yo solita me busco.

—Pero no podía permitir que te hicieran daño.

—Que no soy tu prima, Alex.

—No, precisamente por eso. —Antes de darme cuenta, me tenía entre sus brazos, bien apretada a su cuerpo, con su barbilla apoyada sobre mi coronilla.

—¿Qué quieres decir?

—Que no eres mi prima, eres Palmyra Bennet, una mujer increíble con la que no tengo ningún tipo de lazo consanguíneo, ni siquiera somos familia política, pero me gustaría cambiar eso.

—Espera, espera. No te sigo.

—Que me gustaría que tú y yo intentáramos algo diferente.

—¿Di...diferente?

—Sí. Nada de guardaespaldas, ni primas. Solo un hombre y una mujer conociéndose.

—¿Me... me estás pidiendo una cita?

—Te estoy pidiendo que vuelvas conmigo a Chicago y que nos demos una oportunidad.

—No... no puedo. —Alex me tomó por los hombros y me sostuvo a la distancia correcta para poder mirarme directamente a los ojos.

—Por favor, solo dame una oportunidad. Sé que fui un estúpido al mandarte a Las Vegas, pero estoy aquí intentando arreglarlo.

—No, he dicho que no puedo. He de quedarme aquí con la abuela hasta que se recupere lo suficiente y pueda volver a su vida normal. —¿Eso fue un suspiro de alivio? No, parecía más una

suelta de aire controlada.

—Esperaré a que estés lista para regresar. Es más, me quedaré. ¿Qué te parece si empezamos a conocernos aquí?

—¿Aquí?

—Es un buen lugar, ¿no crees?

—¿Tú te estás escuchando?

—Sí, bueno, estoy algo oxidado en esto. —Alex se rascó la nuca, ese gesto tan de los hombres cuando están algo perdidos, y me pareció tan... lindo. Alex Bowman, lindo, no creo que muchos hayan unido esas tres palabras en la misma frase.

Oxidado. Bueno, yo tampoco tenía mucha experiencia en eso, el circo era algo limitado cuando se trataba de conocer gente nueva, o tener citas, ya saben.

—Bueno, ¿y qué propones?

—Tal vez podíamos ir a tomar ese café.

—Me parece una idea estupenda. —Me puse a su lado y enhebré mi brazo en el suyo. «Bien, Palmyra Bennet, prepárate, esta es tu primera cita con Alex Bowman», pensé. Espera, ¿y ese helado que tomamos juntos?

Alex

Una cita, nervioso por una cita. Era curioso, nunca imaginé que precisamente a mí me volverían a corretear mariposas en el estómago por una cita con una chica.

Sentado frente a Palm, con ese café en las manos, me sentía un adolescente de nuevo. Y no, Palm no era como el resto de las chicas, era... especial. Ella me hacía ver todo con otros ojos, sobre todo el futuro.

—¿En qué hotel te hospedas?

—En ninguno. He alquilado una casa aquí por unos días.

—Vaya, qué casualidad, una casa así de cerca de casa de los abuelos.

—Bueno, es una hora en coche, yo no lo llamaría cerca.

—¿Te... te gustaría venir a cenar a casa mañana?

—¿Cocinas tú?

—La abuela no puede, y el abuelo es mejor que no lo haga, así que sí, lo haré yo.

—Entonces sería un placer hacerlo.

—Bien. No está de más que te avise, vas a padecer el cuarto grado Bennet.

—¿Eso implica andar por la cuerda floja o algo así?

—No, ¿qué te hace pensar en eso?

—A ver. Tu abuelo fue funambulista y algo me dice que habéis hecho las cosas de manera diferente al resto. —No iba a decirle que ella era una pieza especialmente «rara», aunque lo fuera. Rara y preciosa, como la alejandrita; sí, esa que cambia de color según el ángulo que la mires. Esa era Palm, mi Palm. ¿Demasiado pronto para darme cuenta de que estaba perdido por esta mujer? Tal vez no. Ruso, pastún, chino, lanzadora de cuchillos, jinete temeraria de caballos, adiestradora de perros... Y lo más increíble, rescatadora de pecadores perdidos en las tinieblas del infierno. Mi ángel.

—Tranquilo, se han urbanizado mucho desde que viven en una casa sin ruedas y con desagües. Si estuviésemos en el circo puede que te metieran un ratito en la jaula de los tigres. Pero aquí no los tienen tan a mano.

—No sé qué decirte, ese perro tuyo... tiene una buena mandíbula.

—¿Niya? Es un pedazo de pan.

—Pues no se quedó muy contenta con que te fueras conmigo.

—No, ella tiene una ligera dependencia de mi persona, eso es todo.

—¿Dependencia?

—Sí, ha establecido un extraño vínculo emocional conmigo. Se ha vuelto muy dependiente, como un bebé.

—Así que eres como su madre.

—Algo así, supongo.

—Interesante.

El café estuvo bien, pero lo mejor fue despedirme en la puerta de casa. Un beso robado no había sido suficiente, y yo nunca he sido de los que piden permiso, soy más bien de los que piden perdón. Así que la besé otra vez. Pero esta vez no fue para quitarme de encima las ganas de probarla de nuevo; bueno, eso también. Pero fue más bien por el placer de hacerlo, de sentir cómo su cuerpo reaccionaba a mi contacto, de recuperar de nuevo su sabor, empapar me de su olor, llevarme algo más que un recuerdo, llevarme una promesa de que habría más al día siguiente.

Palm

No, no fue Niya la primera que me asaltó nada más travesar la puerta del apartamento de los abuelos. La abuela Petra estaba plantada ahí, como la gran esfinge, cerrándome el paso, lista para lanzarme sus acertijos. Pero la abuela no tenía un acertijo, sino preguntas. ¿O eran veladas afirmaciones disfrazadas de preguntas?

—Así que amigos, ¿verdad?

—Pues sí, lo somos.

—¿Por qué no nos hablaste de él cuando llegaste?

—No pensé que fuera necesario.

—¿Necesario? ¿Mi nieta tiene novio y no ve necesario contárnoslo? —Bueno, eso no tenía nada de velado.

—No es mi novio, abuela.

—¿No?

—Nos estamos conociendo, solo eso.

—¡Ja! Yo no viajaría de norte a sur del país para ir a tomar un café con alguien que estoy conociendo. —Y así, sin esperar ninguna respuesta, la abuela se dio media vuelta y desapareció.

Capítulo 33

Alex

—¿Cómo te fue? —La voz de Connor al otro lado del teléfono no evidenciaba que se estuviese riendo, pero yo lo sabía. El cabronazo se lo estaba pasando en grande con esto. Desde que llamé a Andrey, estaba disfrutando como un enano con mi sufrimiento. Sí, lo sé, verme pillado por una chica no era algo habitual. ¿Quién me lo iba a decir?

—Mañana tengo una cita para cenar con su familia.

—¡Vaya! La familia, eso sí que es ir en serio.

—Voy en serio, Connor.

—¿Y cómo está el tío que lanza cuchillos? Ten cuidado con él, no quiero que vuelvas a Chicago todo lleno de agujeros nuevos.

—¿Tío que lanza cuchillos?

—El tipo ese del circo que le enseñó a lanzar cuchillos. ¿No dijo que el circo era una gran familia? Yo tendría especial cuidado con el primo domador de leones.

—Muy gracioso.

—No, en serio. Conocer a la familia de Palm es un paso importante.

—Haré lo que sea. He pasado por asesinatos, peleas a cuchillo, tiroteos, secuestros, interrogatorios, negociaciones con jefes del crimen organizado, incluso con banqueros. Creo que podré con dos abuelos.

—¡Ja! Nada en tu vida te ha preparado para eso.

—Exagerado.

—A ver, suma, mujer, vieja y familia. Es un cóctel explosivo.

—No vas a conseguirlo.

—¿Conseguir el qué?

—Asustarme. —Joder, pero lo había hecho. Mierda, mierda, mierda. La abuela de Palm ya había mostrado esa faceta de interrogador de la policía desde el momento en que llamé a su puerta.

Palm

Alex Bowman estaba sentado en el sofá de mi abuela. Sí, así, como suena, y parecía lo más normal del mundo. Algo surrealista, he de reconocerlo. Puedes imaginarte, al menos yo, a Alex en medio de un tiroteo o en negociaciones con otras mafias, pero charlando con una adorable mujer de 70 años... Bueno, no tan adorable. La abuela Petra cargaba sus preguntas con balas del 45. Pobre Alex. Sí, sentía lástima por él, porque estaba claro que no estaba acostumbrado a estas cosas de las abuelas. Primero, porque nadie se atrevía a hacerle preguntas incómodas, yo diría que ni a preguntarle, pero es que encima él no podía darle una respuesta cortante. No, él estaba soportando todo el maldito interrogatorio como si estuviera debajo de un foco.

—¿Y dices que trabajas en Chicago?

—Sí, señora.

—¿Y en qué trabajas?

—Tengo varias empresas, pero podríamos decir que la más importante es la que se dedica a la

importación-exportación.

—¿Y qué exportas-importas?

—El campo es amplio, desde artículos de lujo, pasando por productos de alimentación, medicamentos... Prácticamente de todo.

—¿Y eso da dinero? Bueno, no debería preguntar eso, salta a la vista que te va bien. —Ahí es cuando alcé la ceja hacia la abuela. ¿Cómo sabía ella que le iba bien a Alex? Llevaba ropa sencilla. Unos vaqueros, camisa de vestir, sí, pero remangada hasta los codos. ¿Serían los zapatos? A mí me parecían unos zapatos normales y corrientes. ¿El reloj? Sí, quizás sería eso. No, era el olor. Alex olía a esas colonias para hombre que te daban ganas de pegarte a él para esnifar de su piel todo rastro de ellas.

—Podría decir que sí, me va bien.

—Te preguntarás porqué quiero saber todo esto, o tal vez no, porque también veo que eres un chico listo.

—Quiere asegurarse de que Palm va a estar bien cuidada.

—¿Y tú cuidarás bien de ella?

—No va a faltarle de nada, nunca.

—Eso quería oír. ¿El matrimonio está en tus planes?

—¡Abuela!

—Sssshhh, calla, niña, estamos hablando los mayores.

—Pienso que debería dejar intervenir a Palm. Este es un tema que también le atañe a ella.

—Por supuesto que le atañe a ella. Pero yo quiero saber lo que piensas sobre ello. La opinión de mi nieta ya la conozco. —Alex me lanzó una de esas miradas que decían «¿Cuándo has hablado con tu abuela sobre casarte?», pero giró de nuevo el rostro hacia la abuela y le sonrió con afabilidad. ¡Dios!, era tan remilgadamente encantador que incluso parecía sacado de un anuncio de Lacoste.

—La familia es importante para mí, señora Bennet. Yo perdí a la mía hace tiempo y sé que quiero tener la mía propia.

—Eso está bien, lo de que la familia sea importante para ti, no el haberla perdido. Siento eso.

—Gracias. Lo voy superando. —Y ahí estaba esa mirada otra vez. Dulce, apenada, pero con algo de esperanza, y era toda para mí. ¡Señor!, daban ganas de achucharlo para que dejara de sentirse así de mal, para llenar ese vacío.

—Entiendo cómo se siente, joven. Nosotros perdimos a nuestro único hijo y es un vacío que es difícil de llenar. Pero nuestra pequeña hace un estupendo trabajo con eso. Aunque no visita a sus abuelos tanto como debería.

—Yo podría encontrar un buen lugar para ustedes en Chicago, así estarían más cerca de Palmyra.

—Jovencito, llegan ciertas edades en que la humedad y el frío es mejor tenerlos lejos. De Miami no nos mueve ni Dios. Bueno, ese sí, pero cuando llegue el momento, y para eso queda todavía un buen tiempo.

—Entonces les visitaremos tanto como sea posible.

—No somos egoístas, y sabemos lo difícil que está el tema del trabajo y los días libres.

—No se preocupe. Lo bueno de ser el jefe es que puedo tomar los días que necesite.

—Paparruchas. Los negocios hay que atenderlos, sino se van al traste.

—Bueno, he estado meditando sobre eso y creo que no estaría mal venderlo todo y vivir de las rentas. —Giré bruscamente la cabeza hacia Alex. No, no estaba bromeando. Lo decía total y absolutamente en serio, ¿verdad?

—¿En... en serio?

—Es algo que he meditado a fondo y creo que es una buena idea. Pero es algo que depende de Palm.

—¿De... de mí?

—Si tú quieres, vendo todo y dejo que otro se encargue del negocio. Seguro que tendría muchos compradores. ¿Qué dices? —¿Que qué decía? Que estaba loco. Y que ese no era un tema para discutir tomando un café después de cenar en la salita de estar del apartamento de los abuelos. Así que di un salto, me puse en pie y cogí el brazo de Alex para que me siguiera.

—Que tenemos que sacar a Niya a que haga sus cosas. —En cuanto escuchó su nombre, esa mole de pelo negro se pegó a mi muslo con los ojos brillantes y su atención repartida entre mí y la correa que descansaba en la mesita de la entrada. Fue ver cómo iba hacia allí y ponerse en la puerta lista para salir.

Alex dejó que lo llevara arrastras fuera de la casa, ante la mirada sorprendida de la abuela y el ceño fruncido del abuelo. ¿He dicho que él no es de los que hablan? No, ese trabajo se lo deja a la abuela.

Cuando tuve a Alex bien lejos de las posibles escuchas de la antena parabólica de la abuela, empecé a acorralarlo.

—¿Pero estás loco?

—¿Por qué?

—No puedes decirlo en serio.

—¿Por qué no?

—Alex, eres el jefe de la mafia irlandesa, uno no deja de ser el capo, o como se llame, así como así.

—¿Por qué no? Seguro que otro ocupará mi puesto.

—A ver, que no me he explicado bien. Un mafioso no puede decir «lo dejo» y largarse.

—Estamos en pleno siglo xxi, la mafia no es lo que era antes. —Me aferré la cabeza con la mano que no sostenía la correa de Niya.

—Pero no puedes...

—Puedo vender todo, las propiedades y las empresas, y largarme de Chicago, desaparecer en cualquier punto del planeta que yo elija.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está.

—Pero... pero... ¿qué pasa con... con todos los que quedan ahí? ¿Qué pasa con la gente que trabaja para ti?

—Nadie es imprescindible en este mundo, llegará otro jefe y listo.

—Pero... ¿qué ocurriría si te fueras, eh? ¿Has pensado en eso? —Alex se rascó la barbilla y pareció meditarlo más a fondo.

—Supongo que habría una pugna por ocupar mi lugar. Es un puesto goloso.

—¿Una pugna? ¿Qué quiere decir eso? ¿Pelearían por ser el jefe?

—Seguramente. Surgirían muchos pretendientes al trono, por así decir.

—¿Una guerra? ¿Habría una guerra?

—Con toda probabilidad.

—¿Y podría morir gente?

—Eso ya no me importa. Yo estaría lo bastante lejos como para que no me afectara.

—No, Alex. No puedes permitirlo. Ya pasaste por una guerra, ya se perdieron muchas vidas. No puede suceder otra vez. Piensa en la gente que moriría, en la gente que perdería a sus

familiares. Recuerda lo que te ocurrió a ti.

—Palm...

—No, Alex, no puedes dejar que ocurra. Precisamente tú, no puedes permitir que ocurra.

—Palm...

—Tú acabaste con aquello, Alex. Cerraste ese capítulo, trajiste una paz que nadie es capaz de romper. No puedes irte.

—Pero yo quiero tener una vida normal, Palm. Quiero darte una vida normal y siendo el jefe de la mafia irlandesa de Chicago no puedo dártela.

—No puedes dejarlo todo solo por mí.

—Quiero dejarlo todo por ti, por nosotros.

—Mierda, Alex... No puedes...

—Te elijo a ti, Palm. Es así de simple.

—No, Alex. No sé si me gustaría una vida así contigo, seguramente sería estupenda, pero... No sería tu vida, no serías tú. Y sé que no es perfecta, pero... me ha llegado a gustar como es.

—¿Te gusta la vida de un mafioso?

—Suená mal, lo sé. Pero no es la vida de un mafioso, es tu vida, y no eres un mal hombre, o al menos eso creo. Tan solo... haces negocios de otra manera. —Sentí el tirón en mi brazo y después el choque de mi cuerpo contra el duro muro del pecho de Alex. Su boca me tomó al asalto y me rendí de inmediato. Ese sí era Alex Bowman, mi Alex, el que toma todo sin vacilación, como quiere y con fuerza. ¿Rendirse? Es imposible hacer otra cosa.

Capítulo 34

Palm

¡Ay, señor! Estaba dispuesto a dejar su vida, toda su vida, a un lado por estar conmigo y ni siquiera me conocía. Había dicho que íbamos a conocernos y va y suelta por esa boca que está dispuesto a abandonar todo para darme una vida normal. A mí, que he vivido la sencilla y monótona vida del circo, ¡ja!

Mierda, no podía estar hablando en serio, no sabíamos casi nada el uno del otro... Bueno, solo un poco, pero... solo nos habíamos besado. Sí, había sido increíble, pero no lo suficiente como para decidir tener una vida juntos, y mucho menos para saber si éramos compatibles. ¿Amigos? De eso no había duda, pero ¿pareja? Cierto que podríamos intentarlo, pero Alex tenía una extraña seguridad.

—Alex, vas... vas demasiado deprisa.

—Perdona, soy ese tipo de persona. Puedo entender que tú aún no veas lo mismo que yo, pero estoy convencido de que eres lo que necesito.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque eres la única que ha conseguido que mirara más allá de mañana.

—Eres un hombre de negocios, planificas. No puedes estar diciéndome que te he hecho pensar en el futuro.

—¿Cómo explicarlo? Antes de conocerte, las chicas bonitas eran para pasar un buen rato, un polvo y nada más, como mucho un par de horas. Pero contigo... Me hiciste desear escuchar tu voz, tus comentarios osados, tu humor negro, tu manera de ver la vida, de afrontarla. Me has ido atrapando. Luego me devolviste a mi familia, su recuerdo, aliviaste el dolor y me hiciste desear volver a tener aquella vida de nuevo. ¿Y sabes cómo me di cuenta? Cuando empecé a hacer algo que nunca pensé que haría, que no había hecho desde que era un niño.

—¿El qué?

—Abrazarte. Deseo abrazarte en todo momento. Envolverte en mis brazos, inspirar tu olor, calentar tu cuerpo con el mío... Y si hay un beso en medio de eso, mucho mejor. —Antes de darme cuenta, estaba de nuevo pegada a él, recibiendo ese calor, esa reconfortante presión a mi alrededor que me hacía sentir segura, apreciada, querida. ¡Oh, mierda! Estaba perdida. Sentí una lágrima rodar por mi mejilla y mojar la piel de Alex.

—¿Estás llorando?

—¡Mierda, Alex! No puedes soltarme todo eso y pretender que no llore.

—No quiero que llores.

—Pues ahora te aguantas. —Sentí sus labios posarse sobre mi cabeza y dejar un tierno beso allí mientras su mano se deslizaba de forma consoladora por mi espalda. Alex era grande, todo hecho de músculos firmes y duros, y no me importó el no poder envolverle de la misma manera que él hacía conmigo, porque, de alguna forma, sabía que lo que él necesitaba: que protegiese solo la parte más pequeña y vulnerable de su ser, su corazón.

Alex

Lo bueno de Miami, de Boca Ratón exactamente, donde estábamos, era que había muchas

zonas verdes en las que tirarse en el suelo y disfrutar del sol. Niya corría alocada de un lado a otro, persiguiendo una pelota de tenis que no hacía más que poner en mi mano. Y mira que la lanzaba lejos para que nos dejara más tiempo a solas, o se cansara de mí, y volviera con Palm, pero nada, ella seguía dejando la bola en mi regazo. El teléfono vibró en el bolsillo de mi pantalón y lo saqué para revisar quién llamaba: Connor. Eso solo podía significar problemas.

—Dime.

—¿Se va a alargar mucho tu viaje de cortejo?

—Puede. ¿Qué ocurre?

—Hay bastante movimiento en la zona. Has desaparecido tan bruscamente y con todo lo de Ryan tan reciente...

—Desembucha.

—Corre el rumor de que estás herido, e incluso hay quién dice que estás muerto.

—Espero que estés tratando de tranquilizar las aguas.

—Bueno, nada sería más efectivo que una aparición pública del hombre muerto.

—Ya, bueno. Pues eso tendrá que esperar. No pienso irme de aquí sin Palm, y todavía no estamos listos para eso.

—Intentaré seguir calmando las cosas hasta que llegues, pero no te retrases demasiado.

—Haré lo que tenga que hacer. —Cerré la línea y, al hacerlo, encontré los ojos de Palm centrados en mí.

—¿Problemas?

—Nada que no pueda arreglar cuando regrese.

—Sonaba a que debías arreglarlo pronto. —De ser otra persona, no habría dicho nada. Pero se suponía que quería compartir mi vida con ella, así que habría algunas cosas que no debía ocultarle.

—Hay gente en Chicago que está algo intranquila.

—Entonces tienes que ir a calmarla.

—No voy a ir sin ti. —Palm se puso en pie y me tendió la mano.

—Entonces, vamos.

—Pero tu abuela... —me puse en pie con rapidez y empecé a sacudir la hierba seca de mi trasero.

—Ella se apañará perfectamente sin mi ayuda. Ella y el abuelo me han dejado hacer las cosas, pero pueden hacerlas sin mí. Creo que solo querían tenerme unos días con ellos, eso es todo.

—Entonces reservaré los pasajes.

—Vale. No olvides el embarque de Niya.

—No lo haré.

Connor

No me gustó mucho la idea de llamar a Alex, pero hay situaciones que empeoran cuando le das largas. Las triadas chinas llevaban una semana intentando concertar una nueva reunión, pero desde el secuestro Alex había sido una persona difícil de «agendar», o como se diga el concertar una cita con él. Primero las borracheras, luego el viaje relámpago a Miami... Y las habladurías podían hacer mucho daño en un mundo como este. Para que luego digan de los actores y la gente famosa.

Recibí el mensaje de Alex y respiré tranquilo.

«*Vuelo a Chicago reservado para mañana por la tarde.*» —Tecléé rápido la respuesta:

«¿Cena de negocios con Wong?»—Esperé un minuto hasta que llegó la contestación.

«Haz la reserva.»—Bien, un problema menos. Ahora tenía que hacer alguna reserva más en los sitios adecuados y todo el mundo vería de nuevo a Alex.

El teléfono vibró con otro mensaje, pero este era de un número diferente, aunque no totalmente desconocido, e iba acompañado de una imagen encriptada.

«Nuestro amigo ya está disfrutando de sus vacaciones. Ayer se registró en el hotel.»—Abrí el mensaje y vi una imagen que me hizo concentrarme primero y sonreír después. ¡Joder con los rusos! Sí que sabían cómo hacer las cosas con elegancia.

Ryan

—Sonríele a la cámara, *cherv'* (gusano en ruso). —El tipo lo pronunció en un inglés con un acento muy marcado.

El flash no llegó a cegarme, porque sacaron la foto desde los cuatro metros de altura que medía el agujero en el que estaba metido. Por lo que pude ver cuando me trajeron, era un enorme panal de celdas excavadas en el frío suelo. Agujeros de cuatro metros de alto, con alrededor de metro y medio de diámetro, tallados en la tierra, endurecida por el desgaste de los años y el frío, convirtiendo sus paredes en granito. La única salida era la abertura en el techo, cubierta por una pesada puerta de barrotes de acero con un pequeño agujero por el que solo cabía un cubo de plástico que utilizaban para bajar la comida y el agua, o para subir el cubo de mi mierda. Sí, cagaba en un puñetero cubo de plástico que permanecía conmigo tres días o cuatro, no lo sé muy bien. La luz de los focos allí arriba estaba iluminada las 24 horas, haciéndome difícil saber si era de noche o de día. Solo el cambio de guardias me daba alguna pista.

Ningún ruido más que me dijera si venían a recoger el cubo o si traían la comida. Así que me recosté en el suelo de nuevo buscando sombra para mis ojos. No era difícil, lo complicado era enrollarse en las ropas bastas y la mierda de manta que tenía para conseguir retener el calor de mi cuerpo. Mis pies estaban siempre fríos, con la única protección de unos ásperos calcetines, sin zapatos. Me hice una pelota, porque estirarse completamente en aquel lugar era algo que solo podías conseguir si te ponías en pie. Mi pie. El puñetero se infectó durante el viaje y el «matasanos» que allí llamaban médico inyectó algo de antibiótico para que no lo perdiera. Pero olvídate de los calmantes, o de la delicadeza; hacían lo justo para que no muriera, no para que no doliera.

Lo único que podía hacer en aquel maldito lugar era pensar. Pensar en cómo llegué a terminar aquí, en cómo fui un tonto por infravalorar a Alex y en cómo día a día las posibilidades de una venganza se alejaban cada vez más.

Capítulo 35

Alex

No es que le tenga miedo a volar, pero cuando el avión se sacude como una coctelera... pues eso. Llevábamos más de una hora de vuelo cuando el avión empezó a sacudirse como la cola de una serpiente cascabel. Tenía los dedos blancos de tanto apretar el apoyabrazos de mi asiento. No podía morir cuando las nubes grises empezaban a separarse para dejar que viera el sol en mi vida. Pero cuando miré a Palm, mis prioridades cambiaron. Estaba realmente pálida, nada que ver con la joven alegre que se sentó a mi lado cuando subimos. Deslicé mi mano para tomar la suya y me miró. Entonces lo vi, miedo. Y recordé. Recordé aquella maldita noche en la granja de Ryan cuando caminé por el cable de acero con una valentía que me sobrecogió.

Detrás de ella vi la ventanilla cerrada y sabía por qué. Palm no quería ver la altura desde que caeríamos, porque el golpe sería algo más que mortal. Dolor, ella tenía miedo al dolor.

—Tranquila, todo va a ir bien.

—Mentirme no cambiará nada.

—No te estoy mintiendo, Palm.

—Alex...

—Solo le estoy dando un voto de confianza al piloto. —Me dedicó media sonrisa y cerró los ojos unos segundos.

—De acuerdo, dejaremos que él lo haga todo. Pero como se confunda y nos estrelle, iré pateando su culo hasta que llegue al infierno. —Levanté su mano y la llevé hasta a mis labios para besarla.

—*Señores pasajeros, por causas climatológicas, desviaremos nuestro rumbo y tomaremos tierra en el aeropuerto de San Luis...* —No escuché mucho más, no lo necesitaba. El conductor de este movido autobús había tomado una decisión. Y si algún pasajero se hubiese atrevido a protestar, me habría encargado personalmente de taponarle la boca. Tierra, el maldito ataúd con alas tomaría tierra.

Palm

—He dicho que quiero recuperar a mi perra, ¡ahora mismo! —El pobre chico dejó escapar el aire y se dio por vencido. Llevábamos discutiendo como media hora y ni él cedía, ni yo entraba en razón.

Todo el pasaje del avión estaba apiñado en una esquina de la terminal, esperando a que las condiciones climatológicas cambiasen y pudiéramos subirnos al avión para continuar viaje a Chicago. Algunos habían decidido buscarse medios alternativos para viajar y nosotros no íbamos a permitir que Niya pasara toda la espera metida en una caja dentro de la panza de ese trasto. Me daba igual que me declararan *persona non grata* en esa línea aérea, no iba a dejar a mi perra allí. A saber cuánto tiempo nos iba a tener esa puñetera tormenta en tierra. Sentí la mano de Alex sobre mi hombro y me giré hacia él.

—Iré a comprobar nuestras alternativas de viaje.

—Bien, yo esperaré a que me traigan a mi pequeña. —La ceja de Alex se levantó cuando dije la palabra pequeña. Sí, lo sé, 38 kilos de perro no es precisamente pequeño.

—Tienes mi teléfono si tienes algún problema.

—Descuida, puedo apañármelas bien sola —le mostré el bolígrafo que tenía en la mano—. He visto *El caso Bourne*. —Alex soltó una terrible carcajada que hizo que al menos seis personas se giraran hacia nosotros.

—Tú llámame, no querría perderme eso tampoco. —Me dio un pequeño y fugaz beso en los labios y se encaminó hacia la zona de información.

Alex

—Tendrás que aplazar lo de nuestro amigo Wong.

—¡Mierda, Alex!

—Lo sé, pero no puedo hacer otra cosa. Los trenes están a tope y los aviones no despegan en dirección a Chicago. La previsión del tiempo no se despeja hasta mañana por la tarde.

—Joder, Alex. Te necesitamos aquí. Podemos intentar una reunión online, pero tienes que estar aquí a más tardar mañana. Hice una reserva en el Dante's para cenar, ¿sabes?

—¿Para dos?

—Para los que tú quieras, te guardaron la mesa de siempre. —Dante's. Eso solucionaba un par de cosas. Los italianos se tranquilizaban, porque era uno de los locales que compartíamos como propietarios. La prensa seguramente estaría a pie de ventana, porque era frecuentado por gente famosa. Y yo me llevaba a Palm a una cita como pareja. Así afianzaría nuestra relación como pareja normal y les quedaría bien claro a todos que ella estaba bajo mi protección. Ya saben: «la tocas, te mato». Sencillo.

—Está bien. Alquilaré un coche y empezaremos viaje cuanto antes. Puede que hagamos la mitad del viaje antes de parar para descansar.

—Son menos de dos horas, jefe. Y nunca te asustó conducir de noche.

—Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo, lo tomo.

—Bien, entonces encárgate de todo. Conseguiré un equipo para la videollamada.

—Ok. Esperaré tus noticias. —Bien. No tenía que explicarle el motivo por el que no quería conducir de noche con Palm. Además de que era menos seguro, quería aprovechar esa ocasión para pasar nuestra primera noche juntos. Me he acostado a su lado, una sola vez, cuando llegó por primera vez a casa y había una tormenta que la asustaba. Desde entonces, he echado de menos estar tan cerca. Su olor, su tibieza... Ah, su olor. Olía a buena chica, o al menos a lo que yo pensaba que debía oler una buena chica.

Pasé por la terminal de alquiler de coches y contraté un SUV con GPS. Después de hacerme con un par de direcciones que necesitaba, caminé al encuentro de Palm.

Palm

Niya se volvió loca de contenta en cuanto la saqué de su trasportín. Bebió, corrió, hizo sus cosas y luego se comió dos hamburguesas extragrandes, con lechuga y todo. Paramos a comprar algunas cosas como pasta de dientes y cepillos, y mientras yo estaba jugando con Niya, Alex aprovechó para hacer una parada en una tienda de Apple. Lo supe por la caja o maletita que llevaba cuando subimos al coche todos juntos. En total, tardamos 20 minutos en hacerlo todo y ponernos en camino.

—Tenemos algo más de cuatro horas y media.

—Pues llegaremos bien de noche a Chicago.

—No, haremos noche a mitad de camino y terminaremos viaje mañana por la mañana.

—Eso está bien. Casi dos horas de avión, otras dos en un aeropuerto, creo que no podría soportar otras cuatro horas más en coche.

—Siento todo esto.

—No seas tonto, no tienes la culpa.

—Prometo compensarte.-

—Mira, eso sí me parece bien.

Ya era de noche cuando llegamos a Bloomington y Alex buscó un hotel para quedarnos a dormir. Niya tendría que conformarse con dormir en el coche, dentro de su trasportín, porque el hotel no permitía mascotas. Alex me compensó como prometió, llevándome a cenar algo más decente que una hamburguesa y patatas, con un rico postre de tarta de chocolate. Tampoco nada exagerado, un local cerca del hotel al que fuimos andando. Volvíamos charlando animadamente, cuando mi vista se quedó clavada sobre un cartel de colores llamativos, pegado a una vieja pared de ladrillos.

—¿Ocurre algo?

—Eh... —Sí, me había quedado clavada como una estatua de piedra. Alex se acercó y echó un vistazo. Sus ojos se abrieron y me observó con atención.

—¿Ese es tu circo? —Solo pude asentir con la cabeza. No tenía duda. Los colores, el nombre, las atracciones. Aquel era mi circo, y estaba cerca de la ciudad.

Capítulo 36

Palm

—No creo que llegemos para la última función. —Miré a Alex con asombro. ¿Quería ir al circo conmigo? ¿A mi circo?

—No, no llegamos.

—Pero nos pillas de camino. Towanda queda a 15 minutos de aquí. —Estaba consultando en alguna aplicación de su teléfono mientras lo decía. Se lo estaba tomando realmente en serio.

—Yo... ¿de verdad quieres ir?

—Tenemos tiempo. Tú decides.

—Pero, tenías que estar en Chicago lo antes posible.

—De Towanda a Chicago son dos horas. Con llegar por la tarde es suficiente.

—De... de acuerdo. — El circo, mi circo. Lo echaba de menos y al mismo tiempo no quería recordarlo. Había pasado toda mi vida allí, y tengo buenos y malos momentos. Pero no me arrepiento de haberme ido, siempre quedan los recuerdos. ¿Cómo explicarlo? Es como un libro. Puedo recordar fragmentos que he leído, volver a leer las páginas que quiera, pero hacerlo no me hará avanzar en la lectura. Siempre adelante.

Alex tomó mi mano y caminamos juntos de regreso al hotel, mientras imágenes del pasado luchaban por volver a mi cabeza. Al final, dejé que la nostalgia me tomara. Estaba en la bañera, tomando un relajante baño, cuando me dejé arrastrar hacia el pasado.

Alex

La mirada se me iba hacia la puerta del baño, donde Palm estaba tomando su baño. Desnuda, estaba desnuda. ¡Céntrate Alex! Tienes trabajo que hacer. Abrí el portátil y preparé el programa de videollamada. La conexión estaba en marcha en cuestión de dos minutos. La primera imagen que vi fue a un Connor todo serio. Sí, conocía esa cara de «soy un tipo profesional».

—Señor, está todo listo.

—Bien. —La cámara dio un barrido, hasta pararse frente a Wong y otro par de personas que no conocía.

—Señor Bowman, es un placer volver a verle.

—Siento que tenga que ser de esta forma, pero tengo algunas obligaciones que atender fuera de la ciudad.

—Tiene una agenda muy apretada, señor Bowman. Es un hombre con el que es difícil concertar una cita.

—Tengo muchos negocios, señor...

—Lin, puede llamarme Lin.

—Bien, señor Lin, ambos somos hombres de negocios muy ocupados, así que vayamos al grano.

Cuando acabó nuestra reunión, solo tuve que cerrar el portátil; estaba listo para mi siguiente... Ey, espera, ¿dónde estaba Palm? Me levanté de la silla y di los cuatro pasos que me separaban de la puerta del baño. Acerqué la oreja a la puerta, pero no conseguí escuchar nada. Abrí la puerta unos centímetros, lo justo para que solo mi voz la atravesara.

—Palm, ¿estás bien?

Escuché un estruendoso chapoteo y por instinto me lancé dentro. Una desorientada y mojada Palm se estaba agarrando al borde de la bañera, mientras intentaba no resbalarse dentro. Corrí hacia ella y me paré justo a tiempo para darme cuenta de que estaba acercándose peligrosamente a terreno «inexplorado».

—¿Puedo ayudarte?

—Eh... no, no. Estoy bien. Creo que... me dormí. —No necesitaba mucho más para saber qué había ocurrido. Se habría quedado dormida allí recostada y no la culpaba. Debía estar realmente agotada de tanto viaje, y el calor del agua... y luego yo, y le doy un susto de muerte. Me giré hacia el lugar donde había dejado la toalla para secarse, con cuidado de no resbalar en el agua derramado.

—Anda, será mejor que salgas y vayamos a la cama. —Ella alzó una ceja y me miró de esa forma acusadora suya. Solté una pequeña risa y extendí los brazos hacia ella, con la toalla bien abierta.

—No es la primera noche que pasamos juntos, ¿verdad? Deberías confiar más en mí.

—Oh, si yo confío en ti. Al que no conozco es a ese «pequeño amigo tuyo». Es en él en quien no confío. —La carcajada que solté entonces retumbó en todo el baño.

—No, en él sí que no deberías confiar. Pero no te preocupes, te prometo que esta noche se portará bien. —Palm asintió y me hizo un gesto para que volviera la cabeza hacia otro lado. Obedecí dócilmente, pero tenía una imaginación a la que no había que darle demasiadas pistas. Agua moviéndose, un cuerpo metiéndose entre mis brazos... Automáticamente la envolví con el suave tejido. Froté con energía su espalda y la ayudé a salir del agua a mi manera, es decir, cogiéndola en volandas, como si fuera una niña de dos años. Pero no soy un chico bueno, así que dejé que mi pequeño diablo interior hiciera su jugada.

—Esta noche estás a salvo, Palm, pero no siempre será así. Voy a ser tu novio, ¿recuerdas?

—Eh, eh... No pongas el carro delante de los bueyes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que solo nos hemos besado, no te precipites.

—He conocido a tu familia. Tu abuela me ha exigido una declaración de intenciones. Creo que me he ganado el título de novio, ¿no crees?

—Uf, se nota que eres un hombre de negocios. Cuando te pones a argumentar...

—¿Qué? —Palm empezó a caminar en dirección a la habitación.

—Que si no quiero perder, mejor me retiro.

—Esto es un aplazamiento, pequeña.

Palm

—Ven aquí, estás helada. —El brazo de Alex me acercó más a su calentito cuerpo y yo lo agradecí, pero solo hasta que me di cuenta de que era una maldita tentación tenerlo tan cerca. ¿Sabes que Alex duerme en ropa interior? Unos ajustados, sexis y diabólicos boxers de color blanco, eso sí, Calvin Klein. Con un hombre casi desnudo pegado a mi espalda, era difícil no calentarse, por fuera y... por dentro.

He visto hombres fuertes, hombres con unos músculos esculpidos a fuerza de trabajo constante, hombres elásticos, incluso barrigudos como el señor Kipling, el maestro de ceremonias. Pero ninguno, y digo bien, ninguno, era como Alex. Era como esos tipos que salían en los anuncios de ropa interior: perfecto. Imposible dormir con él ahí. Y si fuera poco, tenía el plan del día

siguiente para ayudarme a tener más motivos para estar nerviosa. Definitivamente, esa noche iba a ser muy larga. Pero maldita fuera si no estaba a gusto en ese momento. Lo último que recuerdo fue sentir un suave beso sobre mi cabeza y un «duerme, pequeña» antes de que Morfeo se pasase a hacerme una visita.

Alex

Estaba agotada. Se quedó dormida en mis brazos casi en el primer bostezo.

Era la tercera noche que la tenía así, entre mis brazos. La primera solo quería ahuyentar su miedo; la segunda, darnos fuerza mutuamente; y esta era toda para mí, por mucho que la disfrazara de «te doy calor». Cuando le dije que había despertado una desconocida necesidad de abrazar, no mentía. Cuando la tenía cerca, mi piel hormigueaba hasta que la abrazaba y calmaba esa necesidad. Me reconfortaba saber que la protegía, que la cuidaba, que la sostenía a mi lado.

Hay una frase que dice «no valoras lo que tienes hasta que lo has perdido». Y quizás fue eso lo que me pasó a mí. No supe cuánto la necesitaba hasta que perdí la oportunidad de tenerla, cuando la mandé lejos de mí. Y ahora, no iba a permitir que nada ni nadie la alejara de mi lado. Iba a aferrarme a ella como una garrapata a un perro, porque la necesitaba para vivir.

Capítulo 37

Palm

Mmm, ¿quién quiere salir de la cama cuando está bien calentita y cómoda? Yo por supuesto que no. Deslicé mi mano sobre la cálida banda de acero que me sostenía y sonreí, vaya que sonreí. Podía estar aún medio dormida, pero sabía perfectamente de quién era ese brazo firme y duro: Alex.

Deslicé mi mano sobre su antebrazo, llegando hasta sus dedos, para entrelazarlos con los míos. Hay quien pensaría que iba demasiado deprisa, pero es que nos conocíamos de una manera que dudo que otros lo hicieran. Había descubierto secretos de Alex que poca gente conocía y él conocía de mí casi todo lo que era importante, e iba a conocer casi todo lo demás en breve. Así que, ¿por qué narices tenía que esperar para probar el resto? Pues porque soy una chica algo tímida en estas cosas. No he sido muy lanzada en el tema de los chicos, quizás porque tuve mi primer novio con 22. Sí, lo sé, con la de hombres que hay en el circo. Pues precisamente por eso, había muchos, todos nos conocíamos y para mí, casi todos eran familia. Dar el paso más allá... pues me daba algo de vergüenza, todo hay que decirlo, porque tenía puestos sobre mí más de 50 pares de ojos. Y salvo François, no hubo ninguno que me hiciera perder la cabeza lo suficiente para mandar a la mierda a la chica vergonzosa.

François, valiente gilipollas. Después de descubrir lo que había hecho empecé a analizar la manera en que me había utilizado. En resumidas cuentas, había tenido una criada que lo atendía a todas horas, a él y a sus animales, y además sexo gratis. Es que me cabreo solo de pensarlo. Para él, valía cualquiera; se va una, llega otra. Y qué otra, la hija del jefe de pista. No la veía yo a esa muy dispuesta a limpiar caca de caballo, o de cepillarles. Ahora sí, podía mandar a alguien hacerlo, eso se la daba bien, mandar.

Bueno, que les den a los dos. Yo estaba ahora mucho mejor que entonces. Me reacomodé un poco mejor contra el cuerpo a mi espalda, ajustando mi trasero en el hueco que Alex había dejado libre. Sentí su aliento caliente sobre mi oreja un segundo antes de oír su voz.

—Si sigues moviéndote así, se va a terminar la tregua. —¡Oh, mierda! ¿Aquella cosa dura era...? ¡Madre mía! El «pequeño», no tan pequeño, se había despertado.

—¡Vaya!

—Sí, vaya. —Su brazo se tensó y sus dedos me aferraron los míos, mientras me arrastraba todo lo que podía contra su cuerpo. Sentí como metía su nariz en el hueco tras mi oreja e inspiraba.

—Hueles tan bien por la mañana.

—Huelo a sudor.

—Hueles a ti, pero tienes razón, podrías oler mejor.

—¡Eh! —En un rápido movimiento, estaba debajo del cuerpo de Alex, frente a frente, con esa maldita sonrisa tentadora suya a escasos centímetros de mi boca.

—Podías oler a nosotros. Eso sería perfecto.

—Eres un perverso.

—Y qué. Puedo vivir con ello. ¿Y tú? —Estiré mi mano hacia su cabeza para acariciar sus cabellos entre mis dedos.

—Depende de lo que hagas ahora. —Alex sonrió un poco más y me besó, pero no como

quería. Solo un pequeño beso, aunque no se retiró. Apoyó la frente sobre la mía y respiró profundo.

—De ser otras circunstancias, ni lo dudaría. Pero es nuestra primera vez juntos y no quiero que recuerdes que fue un revolcón rápido en un hotel de segunda. No, cuando lo hagamos, tendremos todo el tiempo del mundo. Yo tendré todo el tiempo del mundo. Dejaré un recuerdo en ti que te hará sonrojar y reír cuando seas una viejita adorable.

—¿Qué... qué piensas hacer? —Las cejas de Alex se elevaron un par de veces, así como hacía Groucho de los hermanos Marx. Qué les voy a decir, a mi abuelo le encantaban, o encantan, decía que nuestra caravana estaba más llena que el camarote ese que les hizo tan famosos. ¿Que por qué me vinieron a la memoria en ese momento? Pues porque Alex saltó de encima de mí como una rana y se alejó como un rayo hacia el baño, mientras gritaba:

—Ya lo sabrás, a su debido tiempo. —Y así me dejó, sola, desconcertada, a medio camino de una risa histérica, sin tener idea de lo que había en su cabeza.

Alex

Precisamente me tenía que haber dado un ataque de hacer lo correcto. La tenía casi desnuda, en una cama y totalmente dispuesta. Y ¿qué hago yo? Correr. Sí, correr bien lejos, a ser posible hacia un chorro de agua bien fría. Y sí, lo que dije era cierto, cada maldita palabra, pero eso no quitaba el que mi «pequeño amigo» no estuviese de acuerdo.

Genial, un día de bolas azules, lo ideal para un largo viaje en coche. Salvo... Sí, la opción de la autosatisfacción era la más viable, pero había un pequeño problema, Palm estaba en la habitación contigua.

Me duché, se duchó, nos vestimos y bajamos a desayunar. Mientras yo pagaba la estancia y me ponía al día con Connor, Palm se llevó a Niya de paseo para que hiciera sus cosas. ¿Que dónde estuvo toda la noche? Pues comiéndose el trasportín en el que estaba metida dentro del coche. Menos mal que no la dejamos fuera, porque de ser así, no tendríamos asientos, cinturones y, ya puestos, palanca de cambios y volante. Tendríamos que parar en una tienda de animales para comprar uno de esos bozales para perros. Era eso o pagar un coche nuevo a la empresa de alquiler.

Llevábamos 15 minutos de viaje, cuando la carpa blanca y roja se perfiló en el horizonte de nuestra derecha. Entré por el camino de tierra y estacioné el SUV cerca de la zona de las caravanas. Bajamos del coche y Niya empezó a gemir y lloriquear como una loca. Normal, allí olía peor que en el arca de Noé. Puaj. No es que sea un finolis de esos, pero acostumbrarte a esto... ¿Y decía que la fábrica de surimi era peor? Pues entonces sí que no iba a entrar en una en toda mi ida.

Palm caminó hacia la zona de las caravanas y enseguida tropezamos con alguien. Era un chico de origen asiático, con el pelo rapado con esa especie de rayos en la parte de la nuca. Se quedó clavado en su sitio, con una toalla en la mano.

—¿Palm?

—Nĩ hão, Wán. —El chico se tiró encima de Palm y la levantó en volandas para hacerla girar. Escuchar su risa casi me hizo olvidar el motivo real por el que quería traerla aquí, quería ver al gilipollas de su ex, para darle las gracias por haberla cagado con Palm.

Capítulo 38

Alex

El chico empezó a dar voces en la pequeña ciudad de caravanas y la gente comenzó a salir. En menos de tres minutos, Palm estaba rodeada por docenas de personas. Algunos se quedaron al margen, expectantes, como si todo aquello no fuera con ellos, pero tampoco quisieran perderse. Si tenía que suponer, diría que se trataban de aquellos que no habían tenido mucho trato con Palm, con los que no mantenía una buena relación, e incluso alguna nueva incorporación a la gran familia del circo.

Supe quién era el ex de Palm en el mismo instante en que entró en escena. Era uno de aquellos que se mantenía al margen, pero que el resto miraba esperando que ocurriera algo. Su mirada estaba clavada en Palm, con una mezcla de asombro y ¿anhelo?, podría ser. «Quieto ahí, gilipollas, está ocupada y no se va a quedar». Estudié a la rubia que estaba a su derecha. Lo aferraba por el brazo como si tuviese miedo de que echara a correr de un momento a otro. Tenía que reconocer que de entre todas las mujeres, ella destacaba. Tenía un aspecto más cuidado, ropa de más calidad, más a la moda y maquillada. Y sus uñas, esas uñas no eran las de alguien que trabaja con sus propias manos.

—Palmy. —Su voz sonó como estrangulada y las entrañas se me retorcieron. No cabrón, no te atrevas a jugar la carta de «te echo de menos, no te he superado», porque te corto las pelotas. Tuviste tu oportunidad y la cagaste, y ahora yo no pienso perder la mía.

—Vaya, pensábamos que no ibas a volver. —Y ahí estaba la rubia. Tenía esa cara de fingida inocencia que no convencía a nadie, por lo menos a mí. Estaba claro que le tenía una buena cantidad de animadversión a Palm y si tenía algún miedo de que el tipo ese quisiera regresar con ella, estaba justificada.

—Solo es una visita, Coco, nada más. —El tipo empezó a avanzar, arrastrando a la impotente Coco. Sí, le pegaba el nombre, una estirada de esas de la moda, como la Chanel. Tuve madre, ¿recuerdan?, y se volvía loca por los complementos, así que no me miren de esa manera.

El tipo llegó hasta Palm y la envolvió en un abrazo que me pareció demasiado largo, así que decidí intervenir.

—Hola, yo soy Alex. —Le tendí la mano y él tuvo que soltar a Palm para corresponderme. Lo sé, soy un cabrón que juega con los demás.

—Eh... François.

—Yo soy Coco. —El hombre estaba realmente confundido, pues no sabía si mirar a Palm o a mí. La que no tenía ese problema era la rubia del Wonderbra. Sí, Wonderbra, porque me metió esa pechuga híper promocionada casi en la boca.

—¡Vaya, Palm! ¿Y quién es este muchachote?

—Oh, os presento a Alex, mi...

—Novio —me apresuré a decir.

—¿Y dónde encontraste un tipo tan macizo, cariño?

—En una cafetería, Tiff.

—Pues es una pena que estés solo de visita, podría sustituir a Nono. No hace más que quejarse de que he cogido peso.

—Es que has engordado, Tiff, y mis espaldas no pueden con esos kilos extra.

—Te estás haciendo viejo, Nono. Eso es lo que pasa.

—¿Viejo? Habló la jovencita aquí. —Noté como Palm tiraba de mi lejos de aquellos dos, mientras comentaba en voz baja en mi oído.

—Será mejor que desaparezcamos, esto va a ponerse embarazoso.

—¿Tú crees?

—Lo sé, estos dos siguen igual a como los dejé.

—Eh, Palm, vente a tomar un té con nosotros. Y trae a tu novio, Yéye quiere conocerlo. —Palm asintió hacia el chico chino del principio, que salía de una caravana por la que asomaban un par de caras arrugadas. Luego cogió mi mano para que camináramos juntos.

—El abuelo quiere conocerte. Así que sé correcto, inclina la cabeza para saludar y muestra respeto.

—Sí, señora. —Palma sonrió y me dio un pequeño beso en la mejilla. Podía haberla tomado y recoger un beso como me merecía, pero ya me lo cobraría cuando saliéramos de allí. La verdad es que cohibía un poco estar frente a una puerta desde la que te miraban... ocho caras. ¡Joder!, pues sí que era grande la familia.

Palm

Fue agradable saludar a todos, pero el tiempo de Alex era limitado, aunque él no dijera nada. Cuando salimos de la última caravana, Coco estaba esperándonos casi junto a la puerta.

—¿Podría hablar contigo? —miré a Alex y él hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Iré a sacar a Niya a que haga sus cosas. No volveremos a parar hasta Chicago.

—De acuerdo. —Con el beneplácito de Alex, empecé a caminar con Coco.

—Al menos has tenido la decencia de venir acompañada.

—¿Por qué lo dices?

—No te hagas la ingenua ahora. Sabes que fui yo quien te quitó a François.

—Eso ya lo sé.

—Y por eso has vuelto, para restregarme por la cara que tú eras mejor que yo. El muy estúpido todavía te quiere. Que si Palm doblaba mis calcetines así, que si Palm era más cariñosa con mis caballos, Palm esto, Palm lo otro... Estoy cansada de luchar contra un recuerdo.

—Si no te gusta, puedes dejarlo.

—¿Dejarlo? He luchado por tenerlo para mi desde hace más de cinco años, y no voy a dejarlo tan fácilmente.

—¿Cinco años?

—Sí, idiota. Fui yo. Casi me pillan engrasando el flanco de aquel caballo, pero solo conseguí que ese tonto estuviese más preocupado por ti. Así que esperé y cambié de estrategia. Cuando te fuiste, aproveché mi oportunidad y ataqué. Y ya sabes lo que ocurre con los hombres cuando les das buen sexo.

No pude contestar, estaba demasiado impactada por aquella confesión. Aquella egocéntrica y caprichosa hija de papá, acababa de reconocer que mi caída del caballo no fue un accidente, sino que la había provocado ella. Por su culpa, podía haber muerto o quedado en una silla de ruedas de por vida.

—Estás loca.

—Sí, por eso te vas a largar de aquí y no vas a regresar jamás, porque si lo haces, acabaré contigo. —Si aún fuera la Palm que abandonó el circo cuando vio a su novio comiéndose a besos a otra, me habría largado de allí. Pero ya no era esa Palm. Soy alguien diferente, alguien que se ha

mantenido lejos de la gente que ama para que no sufran por mi culpa. Soy alguien que ha matado a un hombre con una daga envenenada. Alguien a quien han secuestrado, alguien que se ha defendido a manzanazos.

—Voy a decirte algo, pequeña víbora, tú puedes estar loca, pero no me das miedo. ¿Acabar conmigo? Puedes intentarlo, pero te meteré la mano en esa bocaza que tienes y te arrancaré los pulmones y las tripas de un tirón. —Me di la vuelta y la dejé allí, sin tiempo a replicarme. ¡Que se quede con su trofeo! ¿François? No estaba tan enamorado de mí si se lio con ella en cuanto yo me fui. Cuando amas a alguien, no caes en brazos de otro. Lo que François amaba era el modo en que lo trataba, no a mí. ¿Y Coco? ¡Que se fuera al infierno!

Capítulo 39

Alex

De camino al SUV vi a ese tal François. Estaba parado frente al coche, esperando, y por la cara que puso al verme, no era a mí a quien quería ver.

— ¿Buscas a Palm?

—Eh, me gustaría hablar con ella antes de que os vayáis.

—Voy a ahorrarte el trabajo. Ella no va a volver contigo.

—¿Qué?

—Por eso estás aquí, ¿verdad? Quieres disparar tu última bala.

—Yo...

—Voy a resumírtelo. La cagaste. Te acostaste con otra mujer mientras Palm estaba lejos cuidado de su padre enfermo. Eso se llama traición y Palm no es de las que perdona ese tipo de cosas, deberías saberlo.

—Fue un error.

—Eso lo sé. Conozco a Palm y, por lo que he podido ver, esa rubia que tenías colgada del brazo no es más que un sucedáneo con una bonita envoltura. Somos hombres y tarde o temprano nos damos cuenta de cuál es la buena. Tú no quisiste verlo y tengo que darte las gracias por ello, porque ahora Palm es mía.

—No...

—Ahórratelo. Yo sí sé lo que tengo y no voy a permitir que un estúpido que ha descubierto la luz me la arrebate. Así que será mejor que te apartes de mí camino, porque no soy un pusilánime como tú. Soy de los que lucha y no hace prisioneros.

—No... no me asustas.

—Pues deberías. —Volví a caminar hacia el SUV.

Abrí la puerta para sacar a Niya y esta casi se me tiró encima. Menos mal que soy un tipo de reflejos rápidos y la agarré por el arnés antes de que saliera fuera. Sí, arnés, a Palm no le gustaba que llevara de esos collares que la oprimen el cuello.

—Ey, tranquila. —Niya me miró y, como si quisiera decirme algo, me pegó una lametada en la barbilla. —¿Quieres ir a por Palm? —Ella dio un pequeño ladrido y movió inquieta sus patas delanteras, antes de quedarse estática esperando mi respuesta. —Bien, vamos a buscarla.

La dejé que saltara al suelo, pero, en vez de echar a correr, se quedó esperándome, como si fuéramos compañeros de misión, un equipo. Bien, los dos queríamos sacar a Palm de aquel maldito lugar. Yo ya había hecho mi trabajo, era el momento de salir de allí. Seguir el paso de la perra fue complicado, pero ella me esperaba si no podía hacerlo. Cuando llegamos a pocos metros de Palm, ella aún estaba con esa Coco.

Estábamos tan cerca, que llegué a escuchar el final de su conversación...

—Voy a decirte algo, pequeña víbora, tú puedes estar loca, pero no me das miedo. ¿Acabar conmigo? Puedes intentarlo, pero te meteré la mano en esa boca que tienes y te arrancaré los pulmones y las tripas de un tirón.

¡Joder! Esa era mi guerrera. No se dejaba amilanar por nadie. Si tenía que plantar cara, lo hacía a lo grande. Y si no le quedaba claro a esa «tiparraca», ya me encargaría yo de explicárselo. Con la mujer de Alex Bowman no se metía nadie. Después se dio la vuelta y empezó a caminar

hacia nosotros. Cuando nos vio, noté que su cara se llenó de alegría, de energía. Esperé a que nos alcanzara.

—¿Estás lista?

—Sí, vámonos de aquí.

Palm

El camino de vuelta a Chicago se me hizo corto y no es porque charláramos mucho, sino porque dediqué el tiempo a pensar. Pensar en lo que acababa de hacer, pensar en que dejaba atrás una parte de mi pasado. Y no había sido tan difícil como lo fue la primera vez; salir de allí, quiero decir, dejar todo atrás.

—Llegaremos en unos minutos. ¿Quieres ir a comer a algún sitio?

—Me gustaría ir a casa y deshacer las maletas.

—De acuerdo, a casa. —Alex sonrió de una manera extraña, como si conociera algo que a mí se me había escapado. Niya se puso en pie en el momento que estábamos en la puerta de entrada. Si hubiese podido pinar las orejas, seguro que lo habría hecho.

Nada más bajar del coche, Niya ya estaba a mi lado. Su atención se dividía entre mí, la casa y los olores que procedían de los árboles del lateral. Alex sacó nuestras maletas y caminó delante nuestro. La puerta se abrió, dejando aparecer a un sonriente Connor.

—Ya era hora de que llegarais.

—¿Nos has echado de menos?

—Terriblemente. ¿Y este chuchó? —Su mano fue directa a la cabeza de Niya, pero ella le regaló un precioso gruñido. Sí, pequeña, enséñale modales al tío Connor.

—No le gustan demasiado los desconocidos.

—Ya, chico listo.

—Chica.

—Chica, bien. —Entramos en casa y Alex llevó nuestras maletas arriba.

—Prepararé algo de comer.

—Bien —escuché que alguien gritaba. Caminé a la cocina y fui derecha a la nevera. Al abrirla, la vi llena hasta arriba. Sí, mis chicos habían aprendido. Nada como una nevera bien abastecida si querías comer rico en casa.

Alex

Coloqué las cosas de Palm en su habitación, porque quería dar pasos de uno en uno. Ella ya había reconocido que esta era su casa. Un gran avance. Ahora solo tenía que llevarla al siguiente paso, nosotros, y para eso tenía un plan.

—Connor.

—¿Sí, jefe?

—¿A qué hora era la reserva para cenar?

—A las 9.

—Bien. —Después de comer, preparé el terreno.

—Palm.

—¿Sí?

—¿Crees que Niya se quedaría sola en casa sin comerse el sofá? —Palm miró hacia una tranquila Niya, que dormitaba sobre la alfombra, bien cerca del sofá cuya integridad me preocupaba.

—En casa de Andrey y en la de los abuelos se portó bien, no veo por qué aquí sería distinto.

—Bien. Entonces papá y mamá se van a ir a cenar esta noche.

—¿Cenar? Pero tú tienes que...

—Trabajar, Palm. Tengo que tranquilizar a mucha gente. Hacer una aparición pública es lo más indicado. Demostrarles que no pasa nada, que estoy aquí, que todo sigue igual.

—¿Y para eso necesitas que vayamos de cena?

—Necesito que me vean haciendo vida social.

—Vale.

—Así que ve poniéndote guapa.

—Pero todavía falta mucho tiempo para la cena.

—No sé, toma un baño largo con espuma, ve a la peluquería... Lo que hacen las chicas cuando tienen una cita especial.

—Si no te conociera, diría que tienes otra cosa en mente en vez de salir a cenar.

—Vamos a cenar, Palm. Yo no te mentaría. —Lo que no le iba a decir, era que pensaba tomarme otro tipo de postre.

Capítulo 40

Alex

Dediqué casi toda la tarde a ponerme al día y, sobre todo, a adelantar el trabajo del día siguiente. Quería estar libre y centrarme en una única tarea: mi mujer.

Estaba duchado, afeitado, perfumado y vestido con un traje elegante. En 20 minutos había hecho todo el trabajo y estaba en mi despacho atando los últimos cabos con Connor y Jonas.

—¿Niya salió a hacer sus cosas?

—Palm la sacó antes.

—Alguien tiene que encargarse de hacerlo también mañana por la mañana, Palm estará bastante ocupada para hacerlo ella misma. —Los dos cabrones sonrieron, como si fueron uno el reflejo del otro. Mentas calenturientas y retorcidas. Podían imaginarse lo que iba a pasar, pero no quería que vieran a Palm de esa manera, ella...

—Tendrías que pensar en hacer una de esas puertas minúsculas para mascotas, así podría salir cuando le diera la gana.

—Sí, bueno, haré el pedido por internet y nosotros nos encargaremos de la obra. No quiero extraños en casa y mucho menos gritar a los cuatro vientos que se puede entrar en la casa pirateando uno de esos chismes.

—Jefe, creo que tu chica se acerca. —Jonas y ese maldito oído indio suyo. No sé cómo lo hacía, pero era capaz de escuchar el pedo de una mosca en un estadio de hockey.

—Bien, entonces preparémonos para salir a cenar.

—Dante's. Si no puedo cenar la lasaña de Palm, me conformaré con los canelones y el tiramisú del Dante's.

—Siempre piensas con el estómago.

—No siempre, Jonas, no siempre.

—Agh, no sigas por ahí. Puedo escuchar lo que estás pensando, pervertido.

—¿Ya estáis discutiendo chicos? —Palm entró en aquel momento en el despacho, y nos hizo enmudecer a todos.

Sí, estábamos mirándola como si hubiésemos visto una aparición angelical, y es que lo era. Llevaba el pelo recogido con una especie de broche con forma de mariposa y un vestido de encaje, color burdeos, hasta la rodilla. Nunca fui un hombre de encaje o de fetiches como Connor, pero que me mataran si no tenía ya en mi cabeza una fantasía en la que quitaba esa mariposa y todo lo demás.

—Será mejor que nos pongamos en camino. —Miró su reloj y arrugó el ceño.

—Todavía quedan 15 minutos para la hora que me dijiste que saldríamos.

—No creo que nos digan nada por llegar antes. —Ella se encogió de hombros de esa manera que decía «no me importa», mientras yo extendía mi brazo hacia ella para que se aferrase a él. Ya podía comer rápido, porque me estaba arrepintiendo de sacarla de casa. Céntrate en tu objetivo, Alex, que te vean en la ciudad y que la vean a ella de tu brazo. Ningún gilipollas se atreverá a hacerle daño, porque es tu chica, la primera y la única. Y matarías por ella, que se enteren todos.

Palm

Hay detalles que uno pasaría por alto, salvo cuando ha trabajado como guardaespaldas. Aunque yo no fui más que una burda imitación, intentaba parecer lo más real posible. El caso es que uno no se percató de cosas como del coche aparcado muy cerca de la entrada del restaurante, que arrancó y salió de allí justo a tiempo para que Connor estacionara en su lugar. ¿Casualidad? No lo creo. Ahora teníamos un vehículo muy cerca de la salida del local, directamente en la carretera principal. Nada de callejones o salidas traseras, donde cualquiera podía preparar una emboscada. Aquí había más posibilidades de realizar una huida con éxito.

Jonas casi se tiró en marcha del vehículo, un SUV por supuesto, para abrir la puerta de Alex, el cual me ayudó a salir después. Con calma colocó mi brazo alrededor del suyo y me guió dentro del restaurante. Era grande, amplio, con grandes ventanales al exterior y abarrotado de gente. Cuando llegamos a la fila para ser acomodados, Alex simplemente se puso el último. No pasaron ni 10 segundos, cuando un hombre trajeado, llegó hasta nosotros.

—Señor Bowman, es un placer volver a verle.

—Buenas noches, Luigi.

—Su mesa ya está lista, acompáñenme. —Salimos de la cola y caminamos detrás de Luigi. No pude evitar fijarme en las caras de la gente que seguía esperando su turno, algunos realmente enfadados hasta que veían quien era al que colaban y le reconocían, o alguien se lo susurraba al oído. Era escuchar Bowman y los rostros cambiaban. Admiración, miedo y, sobre todo, respeto. Sé que yo también era objeto de su atención, porque había una rubia vestida de rosa a la que solo le faltó arrancarme el vestido. —Enseguida vendrán a tomarles nota. ¿Qué les apetece beber?

—¿Un Barolo?

—Tengo uno excelente. Enseguida se lo traigo. —En cuanto nos dejaron solos, me incliné para que no nos oyera nadie, aunque nuestra mesa no es que estuviese en mitad de la sala. Estábamos lejos del ventanal, los baños y la gente. Era una especie de remanso de paz, en medio del ajetreo, desde el que teníamos unas perfectas vistas del restaurante y desde el que pude ver la cara de Jonas al otro lado del ojo de buey de la puerta de la cocina.

—¡Vaya! Esto sí que es trato VIP

—Ya tendrías que estar acostumbrada, siempre es así.

—Sí, bueno. Es la segunda vez que estoy de este lado, no he tenido tiempo de hacerlo. —El vino llegó enseguida. Le sirvieron un poco a Alex y esperaron a que diera el visto bueno. Después de hacerlo, sirvieron una buena cantidad en ambas copas. No es que me gustara especialmente el vino, pero soy de ese tipo de personas que antes de decir que algo no me gustaba, lo probaba. Y no, no lo hizo, gustarme quiero decir.

—No te gusta. —Creo que no disimulé bien mi gesto, o quizás Alex era bueno leyendo mi cara.

—No soy de vino.

—Tenía que haberte preguntado, disculpa. ¿Qué te gustaría beber?

—¿Agua podría ser? —Alex torció el gesto, como si mi elección fuese incorrecta.

—Cenar en un restaurante con agua solo lo hacen las embarazadas, los alcohólicos y el conductor designado. Y nosotros no cumplimos con ninguno de esos requisitos, ¿verdad?

—No, supongo que no.

—¿Supones?

—No estoy segura, ¿estás embarazado? —él sonrió.

—Un poco tarde para eso, ya he bebido de mi copa.

—Entonces, si no puedo beber agua, ¿qué me sugieres?

—Hay varias opciones, pero me has lanzado un desafío que no puedo rechazar.

—¿Qué desafío?

—Tengo que encontrar un vino que te guste.

—Pues suerte con eso. Mi padre intentó que me gustara el champán y no lo consiguió.

—¿Y con qué brindabais en las ocasiones especiales? Espero que no lo hicieras con agua, eso trae mala suerte.

—Pues no, con agua no, yo lo hacía con sidra de manzana, de esa que tiene burbujas. Era más rica y más barata que el champán.

—Entonces te gustan las cosas dulces y con burbujas.

—No me gustan los refrescos de burbujas. A veces tomo una cola, pero tanto azúcar me hace rechinar los dientes.

—Vale, creo que lo tengo. —Alex giró el rostro hacia un atento Luigi, y este se acercó enseguida.

—¿Deseaba algo señor Bowman?

—Tráenos un Moscato Dolce Espumante, a mi novia no le gusta el vino tinto.

—Sí, señor. —Pude ver la expresión de sorpresa del hombre, y sabía que no era por el pedido.

—Te he dicho que solo nos hemos besado, Alex. No es suficiente para entrar en la categoría de novios.

—Ya solucionaremos eso de solo besos, pero el estatus de novio se alcanza cuando se establece una relación con exclusividad, estable y a todas luces sería. Y yo estoy en ese punto, así que puedo llamarte novia. Cuando tu estés en el mismo punto, me llamarás novio a mí.

—No soy de las que pica de todos los platos y si empiezo algo, lo termino.

—Bien, entonces estamos en el mismo punto. Puedes decir a todos que soy tu novio.

—Oh, eso no necesito hacerlo. De eso te estás encargando muy bien tú solito. —Alex sonrió, estiró su mano y cogió mi copa de vino. Lo miré extrañada y él entendió.

—No está bien desperdiciar un buen vino. —Le vi beber en el mismo lugar donde estaba la marca de mi pintalabios y luego sonreírme de una manera que... Brrr, acababa de encender ese pequeño horno que tenía bien escondido ahí abajo.

Capítulo 41

Alex

No es que fuera un tacaño, pero tampoco era de los que desperdiciaba las cosas, y menos un vino de más de 1000 dólares la botella. No era un derrochador, ni un huraño, aunque he de reconocer que no era una persona de grandes ostentaciones de dinero y lujos. Cuando adquiría algo, no me importaba el precio, porque podía permitirme lo que quisiera, pero tampoco me dejaba llevar por modas o cosas de esas. Yo solo veía algo que me gustaba, que necesitaba o deseaba, y lo adquiría.

Cuando Palm dijo que no le gustaba el vino, sentí que parte del plan se venía abajo. Y no, no quería emborracharla, quería que estuviese completamente lúcida cuando todo ocurriera. Una copa la relajaría lo suficiente como para dejarse llevar.

Pero había encontrado la manera de hacer que bebiera algo y, además, de que cediera en lo de llamarme novio. Hasta el momento, yo era el único que había pronunciado esa palabra y empezaba a creer que ella no quería hacerlo. Pero soy un negociador, siempre fue mi especialidad, desde la universidad, tal vez antes, así que la llevé a mi terreno y conseguí derribar ese pequeño muro.

—Mmm, ¡qué bueno!

—¿Lo ves?

—Cómo si no supiera que quieres emborracharme.

—¿Yo?

—No se haga el inocente, señor Bowman, ambos sabemos que no lo es.

—No, no lo soy, pero te dije que no te mentaría y no, no lo haré nunca.

—Entonces, ¿no quieres emborracharme?

—No, solo quiero que tomes lo justo para perder tus inhibiciones, nada más.

—Entonces será mejor que deje de beber y empiece a comer algo.

Palm

Sí, estaba realmente rico ese vinillo, pero se subía a la cabeza cosa mala.

—Necesito ir al baño.

—¿Estás bien?

—Solo necesito refrescarme un poco. —Me levanté con calma, con la ayuda de Alex, que me retiró la silla para que saliera. Le agradecí, él me sonrió y empecé a caminar destino al aseo de señoras.

Es asombroso lo que un «desahogo» y un poco de agua fría puede despejar a una persona. Estaba intentando ponerme de nuevo un poco de brillo de labios, cuando noté que alguien salía del baño contiguo al mío. Recordaba a esa chica de la cola. Rubia, vestido rosa, tetas casi escapando del escote. Empezó a lavarse las manos con cuidado.

—He visto que estabas cenando con Bowman.

—Así es.

—Corre el rumor de que eres su nueva chica.

—Su novia, soy su novia.

—Sí, créete eso.

—¿Por qué no debería hacerlo?

—Alex Bowman no tiene novias, solo chicas de una noche, o de dos.

—No digas más, tú fuiste una de ellas. —Vi como su expresión se endureció. Apretó tanto su mandíbula que creo que se rompió algún que otro empaste.

—Solo te he avisado, me da igual lo que tu creas.

—Y a mí me da igual lo que creas tú, así que estamos en paz. —Justo al salir del cuarto de baño me topé con Jonas. En cuanto vio a la chica que iba detrás de mí, su sonrisa se agrandó, pero con un toque de malicia.

—Señorita Bennet, el señor Bowman la está esperando para regresar a casa.

—Gracias, Jonas.

—Kitty —se despidió educadamente Jonas con una inclinación de cabeza.

—¡No me llamo Kitty! —No escuchamos los siguientes improperios de la chica, porque salimos de allí con elegante presteza.

Jonas

Hay muchos tipos de mujeres, aunque desde mi forma de ver se pueden dividir en dos grupos: las que merecen la pena y las que no. La Kitty esa era claramente de las que no lo merecía. Ni siquiera sabía perder. Pobre diabla. No como Palm; ella era de esas mujeres hechas de otra pasta. De esas por las que merece la pena no solo pelear, sino cualquier sacrificio. Ella es uno de esos ángeles que traen un trozo de cielo a los mortales como Alex, como yo. El jefe llegó primero, tuvo suerte, y me dan esperanzas, porque si él lo ha conseguido, yo también puedo.

Alex

Cuando vi llegar a Palm con Jonas, supe que ahí había una historia que merecía conocer, pero lo dejaría para más adelante.

—¿Todo bien?

—Sí, Jonas dice que nos vamos.

—¿Te parece bien? —Palm miró a Jonas y este sonrió de esa manera que sabía que traía una trastada detrás.

—Lo dijiste para provocarla, ¿verdad? —le preguntó.

—No pude resistirme —contestó Jonas.

—¿Podríais compartir la broma conmigo? —increpé. Jonas ladeó su sonrisa y me miró directamente.

—¿Recuerdas a Kitty?

—¿Kitty? —Jonas hizo un gesto con la cabeza y señaló a una rubia vestida de rosa que pasaba por el centro del comedor.

—Hello Kitty, rosa, lacitos... —y entonces entendí.

—Ah, esa Kitty.

—Sí. Estaba intentando desmoralizar a nuestra Palm. Ya sabes, por si deja el puesto libre pronto.

—Tendremos que mostrarle entonces que eso no va a suceder. —Aproveché que estábamos de pie para tomar a Palm por la cintura, apretarla a mí y darle un buen beso, de esos que tapan bocas. Creo que escuché una bandeja caerse, un par de «¡Oh!» y mi propio gemido. ¡Dios! Tenía que sacarnos de allí enseguida. Sé que lo interrumpí de forma brusca, porque Palm no tuvo tiempo de

saber qué estaba pasando. La aferré de la mano y empecé a tirar de ella hacia la salida.

—Dile a Connor que arranque el coche. —Escuché el intento de Jonas de tapar su risa y entonces recordé algo. Me giré, acerqué mi boca a su oído y hablé bajo pero claro.

—Y no es nuestra, es mía, mi Palm.

—Sí, jefe. —Estaba pasando por la puerta, cuando Palm trotó para ponerse a mi altura.

—¡Espera! No hemos pagado.

—Lo pondrán en mi cuenta, no te preocupes.

Tampoco era momento para explicarle que era uno de los cinco dueños del local, ni como llegaban a unirse cinco mafias en un solo negocio. Ya, ya, lo explico. El Dante's era nuestra propia versión del infierno, donde se juntaban los auténticos diablos para celebrar sus reuniones en un terreno neutral y de confianza. A partes iguales, nos habíamos comprometido a crear y mantener este santuario donde todos los cabezas de las mafias irlandesa, italiana, rusa, yakuza y zetas podían reunirse. Algo así como las Naciones Unidas de la mafia. ¿Irme sin pagar? ¡Demonios! Tenía algo más que una cuenta. Todo el alcohol que se servía allí lo suministraban mis empresas.

Pero eso no era importante ahora, sino llegar a casa en un tiempo récord. Tenía algo importante que terminar esta noche, iba a consumir mi «noviazgo» o relación o como quiera llamarse.

Capítulo 42

Palm

Alex aferró mi mano con fuerza durante todo el trayecto. Cuando el coche se detuvo, no esperó a que Jonas abriera su puerta. Él mismo lo hizo y no solo tiró de mí, sino que casi me lleva en brazos hasta la puerta de entrada.

—Alex, puedo ir andando.

—Vale. —Me depositó en el suelo, abrió la puerta y entramos en el interior.

—Necesito quitarme estos tacones.

—Connor, encárgate de Niya. —Le vi quitarse la chaqueta y dejarla sobre el respaldo del sofá sin mucho cuidado, mientras yo me dirigía hacia la habitación. Estaba a mitad de escalera, cuando sentí que me levantaban y cargaban conmigo.

—Demasiado lenta.

—¡Alex! —Me llevó hasta mi habitación, me depositó al borde de la cama y se agachó para quitarme los zapatos. Cuando levantó uno de mis pies, automáticamente mi trasero se precipitó sobre el colchón.

—¡Eh! Puedo hacerlo yo sola —Uno de mis zapatos salió volando por encima de su hombro.

—Yo soy más rápido. —El otro zapato siguió al primero.

—Alex, ¿qué...? —Se puso en pie, tiró de mi mano y me puso en pie.

—Ahora.

—¿Ahora? ¿Qué quieres decir? —Y me besó como si se estuviese muriendo de sed y mi boca fuese el manantial de agua más pura y fresca. Con ansia, con desesperación, con placer.

—Que ahora es el momento. Vamos a dar el paso que llevamos aplazando demasiado tiempo.

¡Oh, dios! Era por frases como esa que la ropa interior de una chica caía al suelo derretida, por lo menos la mía estaba en camino de hacerlo. Sus labios eran como dos lobos hambrientos y los míos habían decidido unirse a la manada. En menos de cinco segundos, ambos estábamos devorando la boca del otro. Y las manos, las manos sabían que tenían que hacer también su trabajo. Los dedos de Alex estaban consiguiendo un buen resultado con la cremallera de mi vestido y los míos estaban luchando con esos pequeños demonios que mantenían la piel de Alex fuera de mi alcance. Cuando me di cuenta, yo estaba en ropa interior y los botones de Alex estaban a medio camino de estar desabrochados. Bueno, solo había soltado dos de ellos. Alex apartó su boca de la mía, para sacarse la camisa por la cabeza y luego retomó su posición. Pero no se detuvo ahí, su asedio me llevó a caer encima de la cama mientras él se posicionaba sobre mí.

—No tienes ni idea del tiempo que he esperado esto. —No pude responder, su boca solo había abandonado la batalla lo justo para decirme aquellas palabras.

Los dedos de Alex estaban explorando con minuciosidad cada centímetro de mi piel, adentrándose furtivamente por debajo de la suave lencería. Sus labios abandonaron mi boca, no para dejarme respirar, sino para descubrir nuevas maneras de torturarme. Su nariz se deslizaba por mi cuello hasta el valle entre mis senos, siguiendo un camino descendente hacia territorios más salvajes.

—Hueles tan bien. —Iba a contestar, juro que iba a hacerlo, pero sentí la humedad de su lengua, adentrándose tentativa en mi desprevenido ombligo. Tuve que coger aire, al tiempo que mi vientre se alejaba de aquella desconocida sensación. —Tienes cosquillas aquí.

—S-sí. —Su nariz siguió descendiendo hacia la tela que cubría mi zona púbica, atrapándola con sus dientes para arrastrarla fuera de su camino. Sus fuertes manos me aferraron por las caderas, para sostenerme mientras tiraba de la tela hacia abajo... Cuando no pudo seguir más, se puso de rodillas entre mis piernas y sacó mis braguitas con cuidado. Tiró la prenda por encima de su hombro, sin prestar atención a dónde caía, como hizo con los zapatos. Y, al igual que entonces, sus ojos quedaron anclados en la piel que acababa de desnudar.

Se quedó allí, quieto, sin moverse, sin decir nada, hasta que su mano derecha descendió temerosa hasta alcanzar mi rasurada zona púbica. Sus dedos estaban calientes, pero casi no los sentí. Pasaron como la caricia de un ala de mariposa.

—Estás... estás... casi totalmente... depilada. —Sus dedos llegaron a la zona donde la carne se separaba, en donde el vello púbico se concentraba para proteger la entrada a mi zona más íntima.

—Una cos-costumbre de la vida en el circo. —Su cabeza se alzó, para tener mejor visión de mis ojos.

—¿Del circo?

—Ya... ya sabes. Ropa escotada y llena de brillos. Se hacen movimientos tan amplios que se pueden ver cosas que deberían estar escondidas. Así que, mejor, se quitan.

Los ojos de Alex se volvieron duros y su mandíbula se apretó, como si aquella información no le gustara nada. Después, volvió la vista hacia abajo y respiró profundamente. Me sentí demasiado expuesta en aquel momento, por lo que intenté unir mis piernas y encogerme, pero las manos de Alex me detuvieron.

—No, no lo hagas.

—Yo... —Alex descendió rápidamente sobre mí, para alimentarse con las palabras que no llegaron a salir de mi boca. Sentí los tirantes del sujetador descender por mis hombros y luego mi torso se elevó levemente para que Alex maniobrara con mayor libertad en los cierres. Estaba completamente desnuda, pero Alex, no.

Sentía su duro cuerpo sobre mí, apretando lugares que necesitaban mucha más atención y que se encontraban con el áspero tejido de sus pantalones, como una humillante barrera que debería desaparecer. Mis manos se deslizaron sobre sus hombros, dibujando sus duros contornos con placer. Su espalda, sus costillas, hasta llegar a la cintura del pantalón. Intenté llegar tan adentro como pude, pero no era demasiado. Alex se alzó sobre mí, apoyándose en sus fuertes brazos, mientras dibujaba en su cara esa sonrisa traviesa suya.

—Si sueltas ahora a la bestia, no podré contenerla. —¿Y se atrevía a decir eso? ¡Por dios! Estaba a punto de pasar de estado sólido a gaseoso, sin pasar por el líquido, y ¿este hombre quería alargarlo más? Lo aferré por el pelo y lo obligué a acercarse a mi cara.

—O haces algo ahora mismo, o te ato a la cama y cojo yo misma lo que necesito.

—¡Joder! —La boca de Alex estaba sobre la mía mientras sus manos se afanaban por quitarse el maldito pantalón. En menos de 30 segundos estaba totalmente desnudo y en la posición correcta para entrar a matar. Pero se detuvo, giró hacia el cajón de la mesita y sacó un preservativo.

—Casi lo olvido.

—Te mato si lo haces. —Alex se enfundó el látex y comprobó el camino antes de meter su «arma» en mi «funda».

—Ya estás lista.

—Lo he estado desde el momento en que me has quitado las bragas. —No dijo nada, solo se puso en posición y comenzó a penetrar con exasperante lentitud. ¡Señor! No recordaba aquella sensación, cuando el miembro se va abriendo paso en un lugar demasiado estrecho, obligándolo a

ceder para acomodar al intruso. Y cuando llegó al final, vino lo realmente bueno, aquel movimiento rítmico y cadente que proporcionaba fricción y presión en los lugares correctos, aderezado con sus labios demandantes, su lengua tentadora y esas manos intrépidas y conoedoras... Alex Bowman sabía cómo hacerle el amor a una mujer, a esta mujer...

¿Gritar? Vaya si grité. La primera vez que alcancé el clímax, mi cuerpo se sacudió como las maracas de un mariachi, impulsando mi cuerpo más allá del placer. Tardé un momento en darme cuenta de que Alex había ralentizado el ritmo hasta detenerse mientras me sostenía entre sus brazos y me observaba en silencio con una tonta sonrisa en la cara.

—¿Qu-qué?

—¿Sabes lo sexy que ha sido eso?

—¿Se-sexy?

—No pensé que fuera posible ponerme más duro que estando dentro de ti. Pero has hecho eso y creo que toda la sangre se me ha ido a la ingle. —Empezó a moverse de nuevo y sentí que todo comenzaba a recomponerse dentro de mí, buscando de nuevo llegar al mismo lugar. No podía ser, era demasiado pronto, estaba demasiado agotada y...

—Esta vez lo vamos a hacer juntos, pequeña.

—Vas... vas a hacerme... pedazos.

—Eso tenlo por seguro. —Y lo hizo. Me llevó a una nueva explosión, pero más intensa, más devastadora, y no me dejó sola.

Alex

Abrí lentamente los ojos para encontrar el lugar al otro lado de la cama vacío. Giré la cabeza y la vi. Estaba sentada en ese pequeño sillón orejero, que tenía en una esquina de la habitación. Llevaba puesta mi camisa, la que había usado la noche anterior. Sus piernas estaban encogidas hacia su pecho y me estaba mirando.

—Puedes acercarte, sabes que no muerdo. Bueno, solo un poco. —Apoyé el brazo sobre la almohada, para poder erguir la cabeza. Entonces descubrí que había algo en su regazo, algo que miraba alternativamente, algo sobre lo que... ¡Estaba dibujando! ¡Me estaba dibujando en su cuaderno!

—No, conejito, la que muerde soy yo.

—Sí, eres toda una loba. —Me di la vuelta, quedando boca arriba, y puse mis manos detrás de mi cabeza. Necesitaba estar cómodo para recordar todo aquello. Mi pequeña loba, mmm, esos pequeños dientes sabían cómo raspar mi piel, encendiéndome como una bengala en apenas dos segundos. Esos pequeños mordisquitos eran como cerillas que hacían hormigear mi ingle como si la hubiesen flambeado.

—Te has movido.

—Lo sé.

—Necesito que vuelvas a ponerte como antes.

—¿Alguna pose en concreto?

—Solo necesito tu trasero.

—Así que mi trasero, ¿eh?

—Ajá.

—Sabía que te gustaba mi trasero.

—Me encanta tu trasero. —Ya había tenido suficiente, me levanté, me acerqué a Palm, la cogí en brazos y la volvía a meter en la cama.

—Es hora del tercer asalto.

—El cuarto, este sería el cuarto.

—No, el tercero. El que tú cuentas como el segundo era el bis del primero.

—Ah. —Quitó mi camisa de su cuerpo y me dediqué a nuestro tercer combate cuerpo a cuerpo.

Capítulo 43

Alex

Esta vez era mi momento. Era yo el que estaba despierto mientras ella dormía, era yo el que estaba sentado en el sillón y era yo el que tenía el cuaderno de dibujo en sus manos. Pero no era para dibujar, sino para ver lo que ella había plasmado allí.

La primera vez que vi el contenido de aquel cuaderno, solo vi distintas imágenes de personas haciendo cosas diferentes, a veces con animales, otras realizando actividades cotidianas, otras veces solo descansando... Pero en todas las capturas de esa particular vida, podías apreciar el gran sentimiento que despertaba aquello en Palm. Podías ver el amor que sentía por su padre, el respeto hacia otros y el cariño y protección que desplegaba hacia sus abuelos.

La vida de Palm estaba llena de personajes dispares que enriquecieron su vida de alguna manera, que ocuparon un hueco importante en su vida... Y ahora yo estaba allí, en la última página. Ella me había considerado lo suficientemente importante como para formar parte del legado que representaba su cuaderno de dibujo. Y lo que podía ver allí casi me hace llorar, porque había conseguido plasmar sobre el papel el Alex que no había mostrado a nadie, el Alex que solo mi madre llegó a conocer, el Alex vulnerable, el Alex despreocupado, el Alex relajado, el Alex que Palm había encontrado.

Volví la página hacia atrás, para encontrar un dibujo de Niya tumbada panza arriba, a todas luces disfrutando del sol de Las Vegas. Y me hizo reír. Solo una mujer como Palm era capaz de encontrar el lado divertido y juguetón de un perro adiestrado para la defensa y hacerlo con esa intensidad, con esa sencillez. Hasta tenía ganas de tirarme al suelo junto a ese animal y revolcarme en el suelo con ella.

Cerré el cuaderno y lo dejé en el suelo, junto a sus lápices, tal y como ella lo había dejado antes. Me incliné hacia delante, dejando que mis manos se unieran en el espacio entre mis piernas abiertas. Y la miré, intentando ver lo que Palm encontraría allí. Había una mujer tendida sobre la cama, con la espalda descubierta, sus piernas sobresaliendo bajo la sábana blanca, dejando que el sol que entraba por el ventanal las calentara. Su cara poseía esa expresión relajada por el sueño, despreocupada, dulce. Mostraba esa fuerza, esa confianza, esa fragilidad... Y entonces lo comprendí, Palm miraba a través del corazón, como lo estaba haciendo yo en aquel momento.

Me di cuenta de que estaba dispuesto a cualquier cosa por ella, porque era la que me había devuelto la vida, y perderla sería como devolverme a la oscuridad. Vivir y sobrevivir son cosas totalmente diferentes, y yo había pasado de una a la otra cuando ella llegó a mí.

Su respiración empezó a cambiar, síntoma de que pronto despertaría. Me levanté, caminé hasta la cama y me tumbé a su lado, frente a ella. Quería ver sus ojos cuando los abriera y quería ser la primera imagen que viese.

Y lo hizo. Abrió los ojos lentamente y después me sonrió de esa manera que hace a un hombre sentirse el rey del castillo.

—Buenos días.

—Hola. No es por echarte, ¿pero tú no tendrías que estar trabajando?

—Le he pedido el día libre al jefe.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le has dicho para que te lo dé?

—Que tenía que quedarme en casa para cuidar de mi novia.

—Oh, pobre, ¿está enferma?

—Está agotada.

—Es culpa de su novio. Es un conejo insaciable.

—Nah, yo creo que el pobre chico solo quería recuperar el tiempo perdido.

—Yo no lo llamaría «pobre chico», puede ofenderse.

—Hay cosas que le ofenden mucho más que eso. —Me incliné para meter mi nariz en su cuello, inspirando el olor que tenía su piel. Olía como más me gustaba, a ella, a mí y a sexo.

—Creo que deberíamos ducharnos. —Levanté la ceja, sopesando esa opción. Palm, yo, la ducha cayendo sobre nosotros... Sí, definitivamente, me gustaba esa sugerencia. Cogí en brazos a Palm y nos encaminé hacia el baño.

—¡Eh! Vale, vale. Ya lo he pillado, huelo mal.

—No, tu olor es perfecto. Pero me gusta la idea de frotarte con una esponja y hacer espuma con el jabón sobre tu pelo.

—Conejo pervertido.

—Eh, eh. Señor pervertido, y solo con mi novia.

Palm

Lo de holgazanear está bien, pero hay un límite cuando eres Alex Bowman, un jefe de la mafia en Chicago. Pero ese interludio para trabajar en el despacho me sirvió para bajar a la cocina y preparar algo de comer.

Estaba sacando cosas de la nevera, cuando me percaté de algo: Niya no estaba a mi lado. Raro, muy raro. Ella no es de las que se mantiene lejos de mí, sobre todo en un lugar nuevo para ella. Y mucho menos si hay una nevera llena de comida involucrada en la ecuación. Busqué con la mirada a mi alrededor y, como suponía, encontré a Niya no muy lejos de mí. Estaba acostada en una esquina del sofá, un lugar más elevado que su sitio habitual sobre la alfombra, para ver la cocina con más amplitud.

—Más te vale no acostumbrarte a subirme ahí, no estoy dispuesta a limpiar pelo de perro de ese sofá. —Niya alzó una ceja mientras me miraba, pero no se inmutó por mi observación. Algo raro, porque era ponerme a hablar con ella y ya la tenía a medio metro de mí. —Espero que Connor te esté cuidando bien. ¿Te dio de comer?

Fue pronunciar esa última palabra y Niya decidió que era momento de venir a ver si atrapaba algo jugoso. Pero en vez de dar un salto y trotar hasta alcanzarme, se bajó del sofá con calma, y caminó rápido, sin llegar a trotar, hasta el lugar donde yo estaba. Y aquello me extrañó. Niya era un torbellino, un manojo de nervios hiperactivo que perdía el culo cuando la ofrecías algo de comida. Con la operación tan reciente, algo más de dos semanas, quizás había algo que no estaba yendo del todo bien. O quizás yo era una exagerada y no ocurría nada, pero... cuando las cosas se escapan de mis conocimientos, no estaba de más recurrir a alguien que pudiese ayudarme. Estaba claro, necesitaba una opinión profesional.

—Alegra el día de este pobre hambriento. Dime que vas a hacer algo de comer. —Connor estaba caminando hacia mí desde el extremo abierto de la cocina. Sus ojillos brillaban con esperanza, y yo no era capaz de destruir esa ilusión.

—Sí, estás de suerte.

—No soy muy de creer en dios, pero tú sí que sabes cómo llevarme al paraíso.

—Ya, para ahí. Antes de subirme a ese tren, tienes que pagar peaje.

—¡Eh! ¿Qué tipo de peaje?

—Necesitaré un viaje a la ciudad para hacer una visita médica.

—Claro, eso lo podemos hablar después de comer.

—Va a ser que no. Después de comer me vas a llevar, eso no es negociable.

—¿Quién te ha enseñado a negociar así? Jovencita, no se juega de esa manera con un hombre.

—¿Qué es eso de que estás jugando con Connor? —Alex entró en la cocina y se colocó a mi espalda para abrazarme con delicada posesividad.

—Aquí, tu chico, que se resiste a caer tan fácilmente bajo mi dominio —aclaré.

—Juega con mi necesitado estómago, jefe. No es justo —se quejó Connor intentando poner cara de inocente.

—Yo no juego, Connor. Negocio. ¿Y bien?

—Depende de lo que tengas para negociar.

—Espagueti con champiñones y crème brûlée —dije tras estudiar los ingredientes que tenía sobre la mesa.

—¡Mierda! Jefe, tu chica es dura negociando.

—Mi chica es buena en muchas cosas. —Recibí un cariñoso y dulce beso en la mejilla por parte de mi novio. Síííí.

Capítulo 44

Alex

Eso de que tu chica te deje plantado no me había pasado nunca. Espera, lo he dicho mal. Que UNA chica me dejara plantado no era normal, y no había pasado nunca. Y Palm acababa de hacerlo sin una justificación ni un «lo siento»... Solo un «te veré después». Mosqueaba, y mucho, sobre todo porque entre que le había oído decir algo de una visita médica y aquella prisa... ¿Estaría pensando ir a un ginecólogo? Esa sí que sería una buena idea, porque los preservativos mataban un poco la espontaneidad. Que surja el momento y te dejes llevar es estupendo, pero cuando tienes que buscar el «sombbrero de látex» en mitad del lío... ¿Cómo explicarlo? Es como escuchar una canción y a mitad de la melodía suena una nota chirriante que te hace apretar los dientes. Sí, vale, cuando tienes relaciones esporádicas el preservativo es útil, imprescindible y limpio, y el mejor método para evitar problemas, llámense embarazos o ETT. Pero ahora tenía una relación estable y monógama, o eso buscaba, así que cambiar a un método anticonceptivo más cómodo era un paso evidente. Pero... ¿no había que concertar una cita para eso? Y dudo que un ginecólogo diera cita en cuestión de horas. ¿Se trataría de algo urgente? Esto de estar en la ignorancia era duro, sobre todo porque no había preguntado. ¿Querréis saber por qué no lo hice?. Pues porque no quiero ser uno de esos controladores que tienen que saberlo todo de su chica o mantenerla tan atada en corto que incluso tuviese que pedir permiso para salir de casa. No, yo no era de esos, y Palm tampoco se dejaría. Eso sí, haría todo lo posible para mantenerla segura. Que Connor le acompañara me parecía bien, incluso imprescindible.

Lo único que podía hacer era trabajar. Así que me vestí y fui a la oficina. Repasé algo del trabajo que no podía llevarme a casa e hice un par de visitas sorpresa. Habían pasado casi tres horas desde que se fueron. Cuando no aguanté más, llamé a Connor.

—Hola, jefe.

—¿Ya habéis terminado?

—Hace casi una hora, jefe.

—¿Y qué demonios estáis haciendo ahora? —esperé unos cinco segundos a que Connor respondiera, y lo hizo después de un suspiro.

—Meditar.

—¿Meditar? Vas a decirme dónde estáis y vais a esperar a que lleguemos.

—De acuerdo, jefe.

Palm

Era un día precioso. El cielo despejado, el sol calentando mis pies descalzos sobre la hierba y Niya y yo sentadas bajo un árbol tratando de evitar que la luz no nos impidiera ver las canoas surcando el agua. Necesitaba aquella paz, aquel silencio, porque necesitaba pensar en demasiadas cosas. Fue leer aquel maldito papel y empezar a asaltarme docenas de preguntas. Casi todas empezaban con «¿Qué hago...?» o con «¿Y si...?».

Una sombra alargada se interpuso entre el sol y yo y alcé la vista a mi izquierda para ver de quién se trataba.

—¿Estás bien? —Alex se acuclilló frente a mí, me tomó las manos entre las suyas y me miró fijamente a los ojos. Solo pude darle una pequeña sonrisa. Tenía un nudo en la garganta, pero no sabía decir qué era lo que lo ponía allí. Alegría, tristeza, miedo, incertidumbre. Así que metí la mano en el bolso, saqué el sobre blanco que tenía allí guardado y se lo entregué. Alex lo miró extrañado, desdobló el papel que tenía dentro y comenzó a leer.

—Así que estamos embarazados.

—De dos semanas. —Alex se sentó junto a mí, dejando a Niya entre nosotros, con sus dedos junto a los míos, y empezó a acariciar su pelaje con calma.

—Soy nuevo en esto. ¿Qué se supone que somos? ¿Padres, tíos, abuelos? —solté una pequeña carajada y lo miré de frente.

—No lo sé. —No pude evitar que una lágrima se deslizara por mi mejilla. Alex se acercó más y me abrazó con fuerza.

—Es algo más ¿verdad?

—Yo... es que... es la primera vez que tengo a alguien que depende de mí. Hasta ahora, solo tenía que preocuparme de mí y, bien o mal, no tenía que dar cuentas a nadie. Luego llegó Niya, pero no pensé en lo que eso significaba hasta... hasta...

—Hasta que la familia ha empezado a crecer.

—Ahora tengo que darles un lugar para vivir, que alimentarles, buscarles una familia y... y...

—Eso se lo podemos dar.

—No Alex, tú puedes darles eso, no yo. —Alex me tomó por los hombros y me obligó a mirarle a los ojos.

—Entiéndelo de una vez, Palm. Quiero un futuro juntos y eso implica que vas a estar a mi lado. Mi casa, mi dinero, mis hombres, puedes usar todo lo que necesites. Todo lo que tengo está a tu disposición para lo que quieras.

—Eso es lo que más me asusta, Alex. Llevo casi dos años valiéndome por mí misma, sin depender de nadie, y ahora tú me lo das todo. Ya no tengo control sobre nada. Me... me siento... inútil o como una lavadora que hace su cometido, pero no tiene ninguna autonomía. No quiero ser la cola del caballo. Un caballo sin cola sigue siendo un caballo, pero la cola no es nadie sin su caballo.

—Palm, tu nunca serías la cola del caballo. Eres más bien el corazón del caballo, mi corazón, y si dejas de latir para mí, este caballo no es más que carne para filetes. Por eso quiero que te cases conmigo, que seas mi esposa, mi familia. —Me quedé petrificada. Alex me había dicho que quería que fuese su esposa. Pero no era lo que necesitaba oír en aquel momento.

—Yo... no puedo Alex. No puedo formar parte de tu familia si antes no sé quién soy ahora, a dónde voy. —Alex soltó su abrazo y asintió con la cabeza.

—Yo no puedo ofrecerte más, Palm. Solo puedo darte tiempo y que tú misma encuentres respuesta a todo eso.

—Alex... —él alzó sus ojos hacia mí.

—Te daré lo que pueda dar, Palm, pero no dejaré que te alejes de mí. —Su mano se alzó hacia mi rostro y me acarició la mejilla con dulzura.

—¿Quién ha dicho nada de irme? —Alex suspiró y me besó.

Alex

Regresamos a casa cogidos de la mano, en silencio.

Si el embarazo de Niya había despertado aquellas incertidumbres y sentimientos en Palm, no podía negar que también había creado preguntas en mi cabeza. ¿Estaba preparado para crear una familia? ¿Traer a mis propios hijos al mundo? No estaba seguro de las respuestas, tan solo tenía dos certezas, que quería pasar el resto de mi vida con Palm y que si tuviese hijos, sería con ella.

Capítulo 45

Palm

Es difícil expresarte cuando no sabes qué decir. Sé que he confundido a Alex, pero es que yo misma estoy confundida. No sé lo que quiero, ni hacia dónde ir. Ojalá esto fuese como uno de esos test de las revistas que te hacen unas cuantas preguntas y te dicen lo que eres y lo que tienes que mejorar. Pero esto no es tan sencillo.

Antes solo tenía que pensar en sobrevivir, tener dinero para pagar la comida de mañana, pero ahora... ya no tenía que pensar a tan corto plazo. Por segunda vez en mi vida, tenía la posibilidad de pensar qué quería hacer con mi vida. La primera es cuando terminas los estudios y se te plantea la posibilidad de una carrera profesional. En aquel entonces, mi mundo era el circo, así que lo tuve fácil. Ahora, tenía un futuro junto a Alex, pero la vida me ha enseñado que uno debe conseguir su propio espacio, no depender de nadie. Yo tuve dos anclas y las dos se soltaron para dejar mi barco a la deriva. Primero fue mi padre. Mi vida giraba en torno a él y cuando lo perdí, perdí a mi principal compañero de viaje. Tuve suficiente tiempo para encontrar otro, por eso cuando volví y vi mi lugar ocupado por otra persona, me sentí como un náufrago a la deriva. Alguien a quién habían arrojado por la borda.

Mi padre me abandonó en contra de su voluntad y François decidió echarme, pero el resultado fue el mismo: ambos me dejaron sola. Alex estaba empeñado en seguir a mi lado, pero yo no quería verme otra vez desvalida. Si Alex desaparecía, yo estaría de nuevo sola, sin un medio para sostenerme por mi cuenta, sin armas para luchar en este mundo despiadado. Podéis llamarme egoísta, pero no quiero volver al lugar en el que estaba, viviendo una media vida sin futuro.

¿Que dónde quería ir? No tenía ni idea, pero no era la única persona de este mundo a la que le pasaba eso. Pero sabía cómo empezar. Mi padre me dijo una vez: «Puede que no sepas lo que quieres, pero seguro que sabes lo que NO quieres». Cierto que tenía ocho años y estábamos eligiendo mi cena especial de cumpleaños, pero también podía servirme. Y lo mejor de todo, es que tenía tiempo. Alex había sido más generoso de lo que él creía. Me daba el mayor regalo que le puedes dar a alguien que tiene que tomar una decisión. Y no la iba a rechazar.

Así que empecé a hacer una lista mental de lo que no quería hacer:

1º - No quería separarme de Alex, porque la idea de un futuro juntos me gustaba, mucho. Además, no soy de esas que huyen para aclararse las ideas. Para pensar no es necesario irte al fin del mundo, solo hay que encontrar el momento adecuado.

2º - No quería desperdiciar todo lo que había conseguido hasta ese momento. Puede que el circo no fuese la mejor escuela, pero me había regalado una serie de recursos que no debía desperdiciar, como bien me había mostrado mi experiencia con Alex.

3º - No quería dejar de cuidar de mis chicos, porque me gustaba darles pequeños mimos. Habían pasado por cosas muy duras y su trabajo seguía siéndolo. No estaba mal que alguien les endulzara la vida un poco. Y cuando hablo de «mis chicos» me refiero a Alex, Connor y Jonas. Ya éramos algo más que amigos, al menos eso ocurría con Alex.

4º - No quería convertirme en un ama de casa de esas que solo se ocupan de las tareas del hogar. Necesitaba algo que me llenara como persona, algo que alimentara mi ego, algo que me hiciera más especial. Algo para mí.

Bueno, ya tenía algo sobre lo que empezar a caminar, el resto iría llegando, más o menos,

cuando tuviera que llegar.

Alex

Cuando entré en nuestra habitación, porque ya no sería solo mía, encontré a Palm sentada contra el cabecero de la cama. Tenía los brazos reposando sobre sus rodillas, y la vista perdida en el horizonte, al otro lado del gran ventanal. Estaba absorta en sus pensamientos, y no se dio cuenta de mi presencia, hasta que el colchón cedió bajo mi peso. Ella volvió el rostro hacia mí, y me sonrió, mientras yo gateaba hasta llegar a su lado para sentarme bien pegadito a ella.

—Niya ya está medio dormida sobre el sofá. ¿Pusiste tú esa manta de viaje sobre los cojines?

—Sí. No quiero que deje todo lleno de pelos.

—No la culpo por escoger el sofá, es más cómodo que la alfombra.

—A ella la gustaba más la alfombra, pero supongo que es un cambio pasajero por el embarazo.

—De eso quería hablarte —Palm se giró totalmente hacia mí.

—Tú dirás.

—He curioseado en algunas webs y he encontrado unas cuantas ideas. Varias de ellas quiero que las consideres antes de hacer nada. Al fin y al cabo, Niya es tuya.

—Nuestra. —Bien, nuestra, eso estaba bien.

—Nuestra.

—¿Y qué ideas son?

—Quería preparar una cama para ella en un extremo de la cocina. Un lugar para que ella descansa más cómoda y que sirva de cuna para los pequeños. Nunca he tenido un perro, pero supongo que será difícil controlar donde los cachorros hagan sus cosas, y será más fácil limpiarlo en el suelo de la cocina que en las alfombras o la madera.

—Eso está muy bien pensado.

—También he visto una especie de corralito portátil para evitar que anden por ahí sin control.

—Ajá, ¿qué más?

—Voy a instalar una de esas pequeñas puertas abatibles que se usan para que las mascotas entren y salgan de la casa a su antojo.

—Eso será estupendo.

—Y tenía pensado hacer una pequeña caseta fuera para que Niya pueda estar en el exterior cuando haga buen tiempo. Ya sabes, para que no esté todo el día metida entre cuatro paredes y pueda gastar toda esa energía que le sobra. Tiene un enorme jardín y árboles en el exterior, y los muros evitarían que escapara.

—Piensas en todo.

—Es una manera de evitar sorpresas.

—Y a ti no te gustan las sorpresas.

—Las buenas sí, pero procuro darles esquinazo a las malas. Y ahora, vamos a dormir, que mañana es día de trabajo.

—Pobre niño, se le acabaron las vacaciones.

—Esto no han sido vacaciones, Palm. Ya te daré unas vacaciones de las de verdad un día de estos.

—Mmmm, vacaciones. Eso suena bien.

—¿Dónde te gustaría ir?

—A un lugar donde no pase frío, donde me mimen, esté relajada y me den todo hecho.

—Anotado. Tú ve comprando la maleta, yo te diré cuándo tienes que llenarla. —Me deslicé sobre el colchón, arrastrando el cuerpo de Palm conmigo. La abracé y deposité un suave beso sobre su cabeza. Era un momento para mimos y ternura, no de sexo. ¡Y qué demonios! Eso también sentaba genial.

Capítulo 46

Alex

Estaba mirando por la ventana del despacho a Niya mientras olisqueaba un seto y, después de varias pasadas, se decidía a «soltar la carga». La estática del teléfono cambió, revelando que habían descolgado al otro lado.

—A ver qué te pasa ahora —fue lo primero que dijo Andrey.

—Eres un cabronazo.

—¿Yo? Te confundes, ese es mi hermano. Yo soy una bellísima persona.

—Es tarde para escurrir el bulto. Te envié a mis chicas y tú me devuelves a una embarazada. Vaya una mierda de cuidador estás hecho

—¿Embarazada?

—Tu perro ha preñado a la mía.

—Yo no tengo perro, pero sí tengo una casi certeza de quién puede ser el padre de tus cachorros.

—Desembucha.

—Viktor tiene un rottweiler que ha pasado de visita varios días por casa.

—Bueno, al menos no me llevaré una sorpresa cuando para Niya. Serán de una raza identificable.

—De pedigrí no sé si serán, pero es un excelente peluche para niños.

—¿Eh?

—Sí. Katia dice que no hay niñera mejor. Ya te mandaré una foto de esos dos jugando en la alfombra del salón.

—Ya, bueno. El caso es ¿qué vamos a hacer con los cachorros?

—Se lo diré a Viktor, pero ya te puedo decir que ningún Vasiliev se desentiende de su sangre. Y este, aunque ande a cuatro patas y se lama las pelotas, no va a ser diferente al resto.

—Eso es lo que quería oír. Palm está decidida a darles buenos hogares.

—¿Y por qué no os quedáis con todos si tan preocupada está?

—¿Sabes cuántos vienen en una camada? Me gusta Niya, pero de ahí a convertir mi casa en una perrera... No tengo tiempo para dedicarles a todos y Palm necesita la libertad que no pueden darle tantos animales. ¿Sabes lo que me dijo?

—Ilumíname.

—Que ya cuidó de demasiados animales en el pasado y que «gracias, pero no».

—Tu chica es lista y tiene carácter...

—No sería mi chica si no.

—Bueno, ¿y qué propones?

—Pienso que tengo una justificación para hacer ese viaje a Las Vegas que tenía pendiente.

—Ah, eso es estupendo.

Andrey

—¿Y para cuándo dices que vas a pasarte por aquí?

—Cuando los cachorros hayan superados los dos meses. Haciendo cuentas, en unos cuatro

meses.

—Entonces creo que tengo tiempo para llenar la despensa con comida para cachorros. — Percibí una figura entrando lentamente en la habitación y me giré para ver que se trataba de Robin.

—Eh, nena, dentro de unos meses tendremos una gran visita canina. Adivina quién dejó preñada a la perra de Palm.

—Eso suena bien, pero ahora necesito que te centres en la visita que está llegando.

—¿Quién viene?

—Pues si mis cálculos son correctos, tu hija.

—Ah, ya, pero para eso queda una semana.

—No, Andrey, es AHORA. —ZAS, la sangre abandonó mi cara. Alex tuvo que hacer varios intentos para conseguir mi atención de nuevo.

—¿Quieres contestar de una vez! —gritó Alex.

—Eh... tengo que dejarte, estamos de parto. —No esperé a escuchar su respuesta, apreté el botón de fin de llamada y llegué hasta Robin para tomarla por los hombros.

—¿Estás segura?

—Contracciones regulares, un charco de líquido en el baño, yo creo que sí.

—Ah, joder, joder, joder —empecé a correr escaleras arriba para buscar la maleta que teníamos preparada para este día—. Voy a por las cosas.

—Andrey...

—Lo tenemos todo bien organizado, Robin. La maleta, cojo el coche y nos vamos al hospital...

—¡Andrey! —el grito de Robin me hizo detenerme en seco y girarme hacia ella.

—¿Te duele? Tranquila, nena, enseguida...

—Andrey, la maleta ya la tengo yo. —Y efectivamente, la maleta estaba a un metro de la puerta junto a la cual se encontraba Paul con las llaves del coche en su mano.

—Ah, bien, estupendo. —Bajé las escaleras de dos en dos, para llegar hasta mi mujer, tomarla por los hombros con mi brazo y guiarla hacia la salida—. Bien, no te preocupes. Llamaremos al hospital y les diremos que vamos para allá.

—Paul ya lo ha hecho, nos están esperando.

—¿Eh? ¡Ah!, bien. Pues entonces, nos vamos. —Robin entornó los ojos y sonrió.

—Relájate, Iceman. Este no es un buen momento para perder esa fría eficiencia tuya.

—¿Pero qué dices? Lo tengo todo controlado. Es solo que tú te has adelantado.

—OK. —Paul sostenía la puerta del coche, mientras yo ayudaba a Robin a subir con esa enorme tripa suya al asiento del acompañante. Después de ayudarla a atarse el cinturón de seguridad, pasé a mi lado y me senté tras el volante.

—Bien, nena. Ahora solo tienes que controlar el dolor con las respiraciones y verás cómo llegamos al hospital antes de que te des cuenta.

—Tú arranca. —Puse el coche en movimiento y empezamos nuestro camino. Acababa de entrar en la carretera principal, poniendo especial cuidado con la circulación porque, precisamente en ese momento, no quería sufrir un accidente.

—Andrey.

—¿Sí, nena?

—No te relajes tanto. —Le eché un rápido vistazo, lo justo para no desatender la carretera y encontré su rostro contraído por el dolor. ¡Mierda! Ya podían ponerme una multa por exceso de velocidad que yo no iba a parar hasta meter el coche en la recepción de la zona de urgencias si hacía falta.

Palm

Estaba recogiendo mis cosas de la habitación cuando encontré mi cuaderno de dibujos junto a la pequeña butaca de la esquina. Me acerqué, lo cogí y me senté para ojear el último dibujo. Alex se veía tan relajado e inocente mientras dormía... Igual que un león echando la siesta. Se podía apreciar la fuerza en cada uno de sus perfilados músculos, cada duro contorno; él era pura fuerza, poder en estado puro.

Volví la hoja hacia atrás para ver a Niya retozando en el césped del jardín trasero. Otra página más y encontré el dulce y cansado rostro de mi padre cuando lo dibujé en su cama de hospital aquel último mes. Una a una, cada página me iba trayendo un recuerdo del pasado. Alegrías, tristezas, todo estaba allí inmortalizado, como si fueran fotos de mi vida, pero mucho mejores, porque las había hecho yo.

Cerré el cuaderno y pasé los dedos sobre la dura tapa. Ojalá supiese cómo darles el color que le faltaba a algunas de ellas... Y entonces lo supe, tenía que terminar lo que no había acabado, tenía que volver a estudiar Bellas Artes. Conseguir acabar mi carrera era lo que necesitaba para cerrar los capítulos inconclusos que había dejado atrás. Lo dejé cuando descubrí que mi padre estaba enfermo, y terminar la carrera era lo que necesitaba para cerrar ese mal ciclo y empezar uno nuevo. Sí, iba a ir a la universidad, otra vez, solo que lo haría de forma presencial, y no a distancia. ¿Qué le parecería a Alex que su novia fuese a la universidad?

Capítulo 47

Alex

—¿Tienes un minuto? —Palm estaba en la puerta de mi despacho, esperando mi permiso para entrar. Hacía escasamente cinco minutos que había llegado a casa y llevaba esperando toda la mañana para verla. Sí, se acabaron los días interminables fuera de casa. Ahora había decidido trabajar solo por las mañanas. Soy el jefe, que el resto del mundo se adapte a mí.

—Lo que necesites. —Palm entró en el despacho y se detuvo a mi lado.

—¿Podrías dejarme el ordenador un par de horas?

—¡Claro! —Me levanté y deslicé el sillón hacia atrás para que Palm tomase asiento. Me miró extrañada, pero se sentó sin decir nada.

—¿Quieres privacidad? ¿O puedo quedarme? —Palm soltó un pequeño suspiro y se encogió de hombros.

—Supongo que te enterarás antes o después. —Palm empezó a teclear, hasta llegar a la página de una universidad. Cuando llegó al apartado de precios de matrícula, soltó un bufido y apoyó la barbilla sobre la palma de su mano, como si necesitara algo sólido sobre lo que sostener su cabeza.

—¿Qué sucede?

—Que es demasiado caro. —Me puse de cuclillas a su lado, para que nuestras caras estuviesen a la misma altura.

—Tienes una cuenta corriente con bastante dinero, yo no veo el problema.

—Es que... no quiero dejar la cuenta a cero, tengo que pensar en el futuro. Además, esto solo es la matrícula, falta material, derechos de examen y tantas cosas más...—La rodeé, hice que se levantara y tomé su lugar en el sillón, para después depositarla sobre mi regazo. Mis brazos la rodearon hasta que mis manos llegaron al teclado. Empecé a buscar otras opciones que mostrarle y encontré una que a mí me parecía perfecta.

—¿Y por qué no estudias aquí? —Palm se inclinó para ver mejor lo que había en el monitor.

—¿En la universidad de Chicago?

—Claro. Tiene Departamento de Bellas Artes.

—Pero sigue siendo muy caro, Alex. —La giré hacia mí, sosteniéndola por los brazos.

—Eres una cabezota. Yo pagaré todo, por eso no tienes que preocuparte.

—Pero...

—Cabezota.

—Es que...

—Cabezota.

—¡Aj! Eres insufrible.

—Y más terco que tú, así que ahórrate el esfuerzo y cede ahora. Acabará ganando esta discusión.

—No estamos discutiendo, es... una negociación. —La estrujé fuerte contra mí y deposité un beso rapidito sobre sus labios, antes de volver la atención sobre la información del PC.

—Vale. Pues negociemos. El plazo de inscripción está aún abierto y tienes el dinero. ¿Qué más necesitas?

—Pues... tendría que pedir todos esos informes académicos y necesito una carta de

recomendación. Luego presentar un par de ensayos y no sé si podré conseguir todo lo que piden a tiempo.

—De la carta de recomendación me encargo yo.

—¿Tú?

—Aunque cursé mi carrera en Berkeley, hice un postgrado aquí. Una carta de un exalumno supongo que funcionará.

—Pues entonces ponte a escribirla, tengo poco tiempo para conseguir presentar toda la documentación. —Me puse en pie, arrastrándola conmigo, la volví a sentar en el sillón y la besé otra vez. Esto se estaba convirtiendo en una necesidad, pero que me maten si no pensaba hacerlo el resto de mi vida.

—Tú empieza con las gestiones online, yo tengo que hacer un par de llamadas. —Me sonrió con malicia mientras se reclinaba en el sillón. ¿Por qué me parecía estar en presencia de El Padrino?

—Más te vale que esas llamadas sean para conseguirme plaza en esta universidad, porque has sido tú el que ha metido la idea en mi cabeza. —Solté una carcajada mientras cogía mi teléfono y me retiraba hacia la ventana del despacho. Lo que decía, Vitto Corleone. Mi chica había tomado su sitio de mujer del jefe de la mafia irlandesa con demasiada rapidez, pero que me aspen si no resultaba sexy.

Andrey

Robin estaba dormida y podía dar fe de que se lo merecía. Ni contracciones, ni romper aguas, ni gaitas. Casi cinco horas de parto aguantando ese dolor, mordiéndose la lengua para no gritar, hasta que llegó una enfermera regordeta de sonrisa dulce y le dijo: «No te guardes nada dentro, grita. Que se enteren todos que esto duele». Robin soltó un grito tan desgarrador que casi me deja sordo. Pero no fue la única, mi pequeña llegó a este mundo berreando como una leona. Sí, ahora estaba plácidamente dormida sobre mi pecho, pero era una guerrera, como su madre.

Que los dioses me amparen, porque tenía dos fieras bajo mi techo. Pero no las cambiaría por nada en este mundo. Y si alguien se atrevía a hacerlas daño, lo mataría; aunque, con el genio que se gastaban mis dos chicas, es probable que ellas mismas lo hicieran. De su madre estaba casi seguro, bueno, sin el casi, y de mi pequeña... ya me encargaría yo personalmente de protegerla hasta que pudiese hacerlo solita. Tenía que pedirle consejo a Viktor, él ya estaba metido de lleno en eso con Tasha.

—Lo haces bien. —Volví el rostro para encontrar a una somnolienta Robin sonriendo.

—Aprendo rápido, ¿qué pensabas?

—Ya te lo diré cuando haya que cambiarle el pañal.

—Creo que ahí me va a ganar Paul. Ha estado practicando con un muñeco desde hace meses.

—Los refuerzos siempre vienen bien.

—Hablando de refuerzos, vamos a sacarnos una foto para los chicos de Chicago. A Palm le encantará ver la cara de esta preciosidad. —Coloqué a la pequeña entre nosotros y estiré el brazo para hacernos un selfi. Quién lo iba a decir, yo haciendo esto.

Palm

Aquella foto era preciosa, ojalá estuviese allí para abrazar a Robin y a su pequeña. En el poco tiempo que pasé con ellos habían entrado hasta el fondo de mi corazón.

—Iremos a visitarlos en cuanto los cachorros de Niya puedan viajar. —Alex se había sentado a mi lado en el sofá, con su brazo extendido en el respaldo.

—¿Y por qué tendríamos que llevarlos?

—No está de más que su padre los conozca y se haga responsable.

—Es un perro, Alex, la decencia no va con él, se rigen por instintos primarios, comer, beber, mear, ca...

—Ya, ya, y copular, lo capto.

—La responsable era yo, tenía que haber comprobado si Niya estaba en celo y mantenerla lejos de un macho.

—Eres tú la que me ha enseñado que lo importante no es cómo ha ocurrido, y casi el qué, sino la manera que sales de ahí. Pues bien, ellos hicieron eso que hacen los perros y el resultado es que tendremos una camada de cachorros. Ahora hay que pensar en ellos.

—¿Y eso qué tiene que ver con ir a Las Vegas a visitar a Patas?

—Bueno, he pensado que merece conocer a sus pequeños y, ya de paso, su dueño también puede tener algo que decir al respecto.

—¿Les va a pagar una manutención? Porque suena como si fuésemos a pedir eso.

—Si en vez de una chica, Niya fuese el macho y hubiese dejado preñada a la perra de un amigo, ¿no te gustaría saberlo? A mi sí. Y según se estipula en los cruces caninos, el dueño del macho progenitor tiene derecho a quedarse con uno de los cachorros.

—¡Eh! No puede llevarse a uno de mis bebés si yo no quiero.

—Andrey es abogado y la jurisprudencia puede tener algo que decir al respecto.

—¿Por qué sospecho que estás jugando sucio?

—Tú querías un buen hogar para los pequeños y creo que en Las Vegas encontraremos una buena casa para alguno de ellos.

—Si no te conociera, diría que estás haciendo todo lo posible por deshacerte de ellos, y así no tener que cargar con todos.

—Tú tampoco quieres quedarte con todos, lo dijiste.

—Sí, bueno, pero me gustaría tener algo que decir en el proceso de adopción de mis pequeños. —Alex se inclinó hacia mí, besó mi cabeza y me abrazó cariñosamente.

—Tú mandas, no pienso mover un músculo hasta que me lo digas. —Llámenme mala, pero tenía que aprovecharlo. Con un movimiento rápido estaba sentada a horcajadas sobre su regazo, mis brazos alrededor de su cuello y mi boca a punto de atacarlo. Una traviesa sonrisa apareció en su cara al mismo tiempo que sus manos se amoldaron perfectamente a mi trasero.

—¡Eh, eh! No he dicho que podías moverte.

—Eres una chica traviesa.

—Ya, pero soy la que manda. —Alex dejó caer la cabeza hacia atrás, al mismo tiempo que soltó una profunda carcajada. Prepárate, Alex Bowman, pienso pillarte en estas situaciones tantas veces como pueda. Me gusta tenerte en mis manos.

Capítulo 48

Palm

Mis dedos acariciaron la suave piel de su cuello, notando cómo se iba erizando a mi paso. Con lentitud fui descendiendo por su clavícula hasta llegar al primer botón de su camisa. Me gustaba cuando llevaba camisa de botones. La tela era suave y realzaba esa parte de su cuerpo que me encantaba mordisquear, su cuello. ¿Complejo de vampiro? No, no me gustaba ir mordiendo cuellos, solo el de Alex, era demasiado tentador. Y lo que más me gustaba de las camisas era que se podían desabrochar fácilmente, quitarlas sin tener que interrumpir lo que estaba haciendo mi boca sobre él. ¡Dios! Era adictivo besar esa boca, apenas podía apartarme de ella el tiempo suficiente para respirar.

Tenía mis manos acariciando ese duro abdomen suyo, perfilando cada onza de esa tableta de chocolate, cuando noté una firme presión en mi espalda que me obligaba a pegarme más a él.

—Te estás... moviendo.

—Pequeña, es imposible que me quede quieto. —Su boca hizo callar mi protesta y no me quejé, ¿cómo podía hacerlo, cuando una de sus manos estaba empezando a meterse dentro de mi ropa interior? Llevaba puestos uno de esos leggings ajustados, pero los intrépidos dedos de mi novio habían encontrado un hueco para saltarse aquella barrera y acceder a mi lencería para avanzar sin tregua hacia su objetivo. ¿Quería guerra? Pues yo no iba a ser la que perdiera. Mis manos estaban trabajando en rápida y perfecta sincronización para abrir sus pantalones y hacer su propia exploración. No tuve que buscar mucho, porque estaba totalmente listo para jugar. Solo faltaba que diera saltitos, como Niya cuando tenía su pelota en mi mano. Mmm, hablando de pelotas... Apreté ligeramente y escuché un profundo gemido escapando de la garganta de Alex. — ¡Joder, Palm! No puedes hacer eso.

—¿Quieres que lo deje? —arrastré mi palma por toda la velluda superficie, haciendo un poco de presión, notando cómo el aire se entrecortaba al salir de sus pulmones.

—¡Mierda! ¡No! No te detengas. —Y no lo hice.

Su mano descendió un poco más y apretó mi nalga, empujándome contra su cuerpo, haciendo que mi zona púbica se frotara rudamente contra su dura erección. Esta vez fui yo la que tuvo que soltar el aire torpemente. Con dificultad, mi mano derecha subió por el firme tronco e hizo un lento viaje de ida y vuelta. Mi boca estaba en aquel momento en su yugular, por lo que noté cómo tragaba saliva.

—¿Dónde... dónde tienes... el preservativo?

—Mi cartera. —Alex alzó sus caderas para dar acceso al bolsillo trasero de su pantalón. Pero fue mi mano la que se fue hasta allí para sacar su cartera. La cogí, la abrí y rebusqué hasta encontrar el paquete de aluminio. Estaba a punto de abrirlo, cuando el cuerpo de Alex se tensó.

—¡Mierda! —Su otra mano voló también a mi trasero y con un fuerte impulso nos levantó a ambos del sofá.

—Busquemos un lugar más privado. —¿Saben esas carreras campo a través en las que el hombre carga con su mujer? Pues Alex arrasaría en esa competición. Sillas, sofás, mesas, puertas... La puerta del despacho se cerró justo al mismo tiempo que lo hacía la puerta de entrada. Uf, salvados por los pelos. —Vas a acabar conmigo.

—No, ese vas a ser tú. —Me depositó sobre la mesa del despacho y despejó algunas cosas

que había sobre ella, tirándolas al suelo de un manotazo. Me empujó hacia abajo, para que mi espalda tocara la madera.

—Esto sobra. —Cogió mis leggings y empezó a tirar de ellos para sacarlos con rapidez. Y no perdió el tiempo, porque la ropa interior se fue con ellos. Cogió el envoltorio de aluminio de mi mano, lo abrió y con rapidez se lo enfundó. Eso sí que era práctica, y ganas, claro.

—¿A qué estás esperando? —Noté como se puso en la entrada y empezó a penetrar lentamente. Sus ojos se cerraron un par de segundos.

—Tenemos que hacer algo con esto.

—Creo... creo que lo estamos haciendo bien.

—Me refiero a lo del preservativo. Hay que buscar otro método anticonceptivo. —De una estocada se metió hasta el fondo y fue ahí cuando decidí que la conversación se había terminado.

—Tu céntrate en el ahora. Luego hablaremos de eso. —Y se centró, ¡vaya que se centró!

Alex

Esto de que mi chica tomase el mando estaba bien, muy bien. Acabé de meterme la camisa dentro de los pantalones mientras Palm intentaba peinarse con los dedos su pelo revuelto. Me incliné hacia ella y deposité un pequeño beso en sus labios.

—Puedes tomar el mando cuando quieras. —Sus brazos rodearon mi cuello y su aroma me envolvió de nuevo. Tuve que sujetar sus caderas para evitar lanzarme otra vez sobre ella.

—Connor se estará impacientando. Llevamos un buen rato aquí encerrados.

—Es lo que tienen las negociaciones intensas.

—Sí, intensa sí que ha sido. Pero no recuerdo el tema de la negociación.

—Yo tampoco. —Me resistí a tomarla del trasero para ayudarla a levantarse, así que le tendí la mano como un caballero. Si mi madre me viese, seguro que estaría orgullosa.

Cuando llegamos al salón, encontramos a Connor sentado en el sofá, pasando rítmicamente su mano por la cabeza de una relajada Niya.

—Os habéis tomado vuestro tiempo. —Apreté los dientes y le lancé una de esas miradas de «cuidado dónde te metes».

—Lo que era necesario.

—Vale. Yo solo quería decirte que han llegado los materiales para la puerta de mascotas.

—Entonces podías haberte puesto a picar la pared para hacer el agujero. —Lo de Connor llegó a la desfachatez cuando alzó las cejas dos veces mientras me sonreía directamente. Sabía lo que intentaba decirme: «Cómo tú, cabrón».

—Prefería esperarte, ya sabes, para consensuar la ubicación y eso.

—Ya. Entonces será mejor que nos pongamos ropa de trabajo y nos pongamos a ello.

—Sí, jefe. —Niya recibió un par de palmaditas y Connor se alejó hacia su habitación.

—¿Y por qué tenéis que hacerlo vosotros? ¿No sería mejor contratar a un profesional?

—Tu falta de confianza me ofende.

—¿Eso quiere decir que has picado muchas paredes en tu vida?

—Es todo un arte hacer un agujero sin tirar toda la pared, y además hacerlo con poco ruido.

—Eres un hombre con habilidades ocultas.

—No ibas a ser tú la única, ¿verdad? —Palm me sonrió con maliciosa picardía mientras yo empezaba a alejarme en dirección a nuestra habitación.

—¿Te he comentado que trabajé una temporada con las telas colgantes?

—¿Y eso es interesante por que...?

—No sé, hay quién dice que es pooldance para todos los públicos. —Volví, la apreté con fuerza contra mí y la robé un buen beso.

—Tú y yo tenemos que hablar sobre esas cosas que sabes hacer, pero en un lugar con una puerta con pestillo. —La dejé y me fui con paso ligero a cambiarme. Me estaba atando las botas de trabajo mientras pensaba que aquella iba a ser una tarde larga, muy larga.

Connor

Estaba sopesando la ubicación de la puerta en una de las paredes del salón, bien cerca del ventanal trasero que daba a la piscina, cuando los pelos de la nuca se me erizaron. Alex. Él y Jonas eran los únicos que se podían acercar a mí sin que los oyese. Me giré y, justo ahí, parado ante mí, estaba el jefe. Y su cara no era el espejo del amor, precisamente.

—Podías tener algo más de tacto.

—Eres tú el que se pone a repartir amor en cualquier parte y a cualquier hora.

—Son mi casa y mi novia, Connor.

—Vivimos más gente en esta casa, jefe. Si te pones a hacer esas cosas, es posible que te pille alguno de los otros inquilinos.

—¡Ah! Cállate y golpea esa pared de una vez.

—Sí, jefe. Creo que yo tengo más energía que tú.

—Ya te tocará, cretino. Y estaré ahí para echar sal a tus heridas.

—Ja, tienes mi permiso si eso ocurre. —Marqué las medidas del agujero y lancé el primer impacto de la piqueta contra la pared.

Palm

El teléfono sonó, pero el número era desconocido. No es que esperara ninguna llamada, y poca gente tenía mi número, pero descolgué más por curiosidad que por otra cosa.

—Diga.

—¿Palmyra Bennet?

—Sí, soy yo.

—Soy Steve Palmer, el rector de la Universidad de Chicago.

—Ah... señor Palmer.

—Quería darle personalmente la bienvenida a nuestra universidad y decirle que estoy a su completa disposición para cualquier cosa que necesite. En unos días le enviaremos la documentación para que cumplimente sus preferencias en materias académicas. También le remitiremos la lista de habitaciones disponibles en el campus, para que escoja la que se ajuste a sus necesidades.

—Oh, gr-gracias.

—Para cualquier duda o consulta, sabe que estoy a una llamada.

—S-sí. Por supuesto.

—Ha sido un placer charlar con usted. —La llamada se cortó, pero yo aún seguía intentado procesar toda la información que daba vueltas en mi cabeza. Cuando la conmoción pasó, me puse en pie y caminé en busca de Alex. Estaba segura en un 95 % que él tenía mucho que ver con la llamada del rector Palmer.

Lo encontré poniendo silicona alrededor de la nueva puerta para Niya. Pues sí que sabía cómo hacer estas cosas. Estaba arrodillado y su camiseta sudada y sucia se le pegaba a la espalda de

manera realmente tentadora. ¿Qué tenían los hombres sudados que hacen trabajos duros? ¿O tal vez eran las feromonas que salían a borbotones de sus poros? Daba igual, el resultado era que estaba para comérselo.

—¿Connor se fue?

—Está sellando la puerta por fuera. —Bien, podíamos tener esta conversación con privacidad

—Alex, ¿no tendrás algo que ver con cierta llamada que he recibido?

—¿Puedes ser algo más concreta? —Se levantó sacudiéndose las rodillas y mi visión mejoró. ¿Se podía mejorar la visión de una camiseta húmeda sobre una espalda musculosa? Sí, bastaba con ver el abdomen que estaba al otro lado y los pectorales y las puntas del pelo mojadas y...—
¿Palm?

—Ah... llamó el rector Palmer, de la universidad de Chicago. —Alex llevó una mano a la nuca y empezó a rascársela.

—Puede que le impresionara mi carta de recomendación.

—Alex...

—Solo charlé con él unos minutos.

—Pues no sé qué le dijiste, pero me ha dado a escoger la habitación del campus que quiera.

—¿Vas a...?

—Ni de coña.

—¿Qué?

—¿Dormir fuera de casa viviendo tan cerca? Pues eso, ni de coña. Además, no creo que permitiesen que mi novio se pasara a dormir de vez en cuando conmigo.

—Pues... yo no estoy tan seguro. Así que si quieres dormir en...

—He dicho que ni de coña. —Quitó la pistola de silicona de su manos y tiré de él en dirección a las escaleras.

—¿Y ahora dónde quieres que vaya?

—A la ducha, necesitas quitarte todo eso de encima.

—Un manera muy sutil de decir que apesto.

—Yo no he dicho que apestes, he dicho que hay que quitarte toda esa suciedad que llevas encima. Y voy a frotarte a conciencia para conseguirlo. —Alex pareció entender, porque cambió de posición en la fila y empezó a arrastrarme hacia el baño de la habitación.

—Eso tampoco podríamos hacerlo en tu habitación del campus.

—No, no podríamos. ¿Ves cómo es mucho mejor que me quede a dormir aquí?

—Mi novia es una chica lista.

—Por eso la vas a comprar un portátil, para que haga sus tareas en casa.

—Eres dura negociando.

—Espera a que lleguemos a la ducha y te quite toda esa ropa.

—¿Qué piensas pedirme?

—Que me frotes la espalda.

—Para eso no tienes que negociar.

—Lo sé, me basta con quitarme la ropa.

—Ya estás perdiendo el tiempo.

Capítulo 49

Palm

Es curioso cómo nos acostumbramos a las cosas buenas y fáciles. Como el desayunar ese café tan rico que Jonas hacía, robar un trozo de su bizcocho y preparar la fruta y yogur para todos. Siempre pensé que Alex era más de desayunar huevos revueltos, beicon y cosas de esas, pero no, él desayunaba lo mismo que el resto. Cierto es que se le escapaba que tomaba un tentempié a media mañana, pero eso era normal en un tipo tan grande y con gran actividad física. Estiré la mano y arrebaté a Jonas el trozo de bizcocho que acababa de cortar para él.

—Sabes que si se acaba, tendrás que hacerme más, ¿verdad? —comentó Jonas con una pícaro sonrisa en la cara.

—Así que por eso no te enfadas cuando lo hago.

—Lo pillas, chica lista. —Sentí unos brazos envolviendo mi cintura desde atrás y un suave beso depositándose en la base de mi cuello.

—Yo que tú, no la provocarías.

—¿Tendría que tenerla miedo, jefe? —Alex se sentó a mi lado y empezó a servirse la fruta troceada en su cuenco.

—A estas alturas tu pregunta me sorprende, Jonas.

—Ya, ya, la chica de los mil misterios. Yo también soy un tipo duro y misterioso, jefe.

—Pero yo estoy más buena —intervine. Alex me miró de reojo, alzando una ceja, mientras se metía una gran cucharada de fruta en la boca.

—Vale, tú ganas —se rindió Jonas.

—¿Lista para tu primer día de clase? —preguntó Alex.

—Ya tengo todo preparado.

—Connor te llevará e irá a recogerte.

—Tendré chofer. Estupendo, seré la rarita, lo mejor para hacer amiguitos.

—Eh, siempre puedes decir que es tu novio. —Jonas hizo lo que no debía, poner tenso a su jefe. La voz de Connor llegó desde el salón.

—Es hora de irnos, universitaria. —Pegué un salto de mi silla y con rapidez llevé mis cosas al lavavajillas.

—Ya voy. —Antes de salir por la puerta, besé a mi chico y me despedí de mi pequeña.

Connor

Jonas no sabía dónde me había metido, gilipollas estúpido. Alex es mi amigo, pero había aprendido que cuando se trataba de Palm, Alex se había vuelto un cabrón posesivo. Decirle que podía pasar por su novio era como ponerme un cartel en el pecho que dijera «machácame».

—Puedes respirar, grandullón.

—¿Eh?

—No pienso decirle a nadie que eres mi novio. Si alguien pregunta, le diré que eres... mi hermano. ¿Te vale así?

—Eso podías haberlo dicho allí adentro, ¿no te parece?

—¿Y privarme de ver cómo apretaba el culo Alex? No, imposible. Se pone muy sexy cuando

está mosqueado.

—Ya, como no es a ti a quien puede hacer papilla...

—¿Le tienes miedo a tu jefe, Connor?

—No le tengo miedo a mi amigo Alex, el que me asusta es un Alex mosqueado. Tú no le has visto cabreado.

—No sé qué decirte. Estuvimos secuestrados juntos, ¿recuerdas?

—Ya, pero tú no viste lo que hizo después de que te rescataran.

—¿Y qué hizo?

—Ah, no, no voy a caer ahí. Si quieres saberlo, tendrá que decírtelo Alex, yo no voy a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque si por cualquier motivo os enfadáis o discutís o incluso llegáis a romper, yo no quiero ser el causante. Aprecio mi vida, no me culpes.

—No creo que Alex te hiciera daño.

—Cuando se trata de ti, yo no estaría tan seguro.

—¿Qué quieres decir?

—Que Alex te quiere con una intensidad que no estoy dispuesto a poner a prueba.

La dejé en la entrada del edificio principal, donde habíamos quedado que iría a buscarla. Nadie salvo yo, Jonas o Alex iría a buscarla, así que si alguien decía que venía en nuestro nombre era una mentira peligrosa. Cuando la vi entrar en el edificio, comprobé el rastreador de su móvil en una aplicación instalada en el mío. Alex se tomaba muy en serio su seguridad, y no le culpo, yo haría lo mismo en su situación.

Alex

Comprobé la posición de Palm como cien veces, y no es que fuera una manera de hablar. Supongo que, con el tiempo, lo haría menos veces al cabo del día, pero por ahora estaba en ese punto. La seguridad del campus no era mala, pero no era más que una universidad, era vulnerable.

Pero no estaba apoyado sobre mi moto, con los brazos cruzados y la vista clavada al frente, por eso. No, era por culpa del cretino de Jonas. ¿Presentar a Connor como su novio? Ni de broma, ese puesto era mío. Además, no estaba de más dejárselo bien claro al resto de tipos de la universidad. La mayoría podía ser más joven que Palm, pero uno no se fija en la edad cuando tiene a una chica como ella delante. No es que me sintiera amenazado, ni mucho menos. Puedo convertir en papilla a cualquiera de ellos, y soy mucho mejor partido, salvo por pequeños detalles que no se pueden mencionar. En fin, el caso es que es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

La gente salía del edificio totalmente ajena a mi presencia, o al menos no sabían a lo que venía. Pero lo sabrían, vaya que lo sabrían. Cuando divisé aquella conocida camiseta azul, con una enorme margarita en el centro, supe que mi momento se estaba acercando.

Palm

No es que sea tímida o extrovertida, me considero un punto medio, pero tampoco pensé que mi primer día fuese posible hacer buenas migas con alguien, y mucho menos con dos personas. Alicia y Oliver. Alicia estaba en tres de mis clases y enseguida supe que encajaríamos bien. ¿Por qué? Porque llevábamos la misma camiseta, o casi. La suya era roja, pero tenía exactamente la misma

margarita enorme en el centro. Era una argentina de 24 que estaba en el programa de intercambio. Su inglés tenía ese acento rítmico de su país y me encantaba cómo sonaban las palabras en su boca. Tenía el pelo oscuro y unos ojos grises que resaltaba con una intensa línea negra alrededor. Después de conocerla, lo primero que pensé fue que Alicia era como los *marshmallows* de las acampadas, esos que se tuestan en la hoguera. A simple vista parecían quemados, pero, ¡amigo!, métete uno en la boca. Su campo era la fotografía y tenía muy claro que quería dedicarse a la fotografía comercial. No de las de supermodelos, a ella le gustaba fotografiar cosas, objetos, hasta animales. Tenía una peculiar costumbre y era analizar lo que tenía delante y decir «lo compro» o «no lo compro», haciendo referencia a si había buen material para una campaña de venta. Un poco loca, por eso congeniamos tan bien.

Y luego estaba Oliver, todo un dulce e inocente caramelito por fuera, pero un *revientaglobos* por dentro. No sé si me entienden. Era de esos que sabía todo de todo el mundo y, aunque no fuese un cotilla, bueno, un poco sí, le encantaba destripar a la gente que tenía material para destripar. Para una chica era como un bálsamo de autoestima, no porque te dorara la píldora, sino porque empezaba a sacar los defectos de los demás y ya no parecían tan perfectos. En resumen, un adorable tocapelotas al que le gustaba modelar con sus manos y que llegó de rebote a mi vida de la mano de Alicia. Y por si se lo preguntan, no, no era gay. Aunque vestía con pantalones de pinzas.

—¡Vaya! Eso sí que lo compro. —Alcé la mirada para encontrar aquello que Alicia encontraba tan interesante, pero Oliver fue más rápido que yo en hablar.

—¿La moto o el tipo? —Sí, a esta distancia los dos llamaban la atención de igual manera.

—¿Por qué elegir? El conjunto es perfecto. ¿No crees, Palm?

—Lo siento si no soy imparcial, pero yo creo que el hombre tiene muchas más posibilidades —y empecé a caminar hacia el aparcamiento ante la expresión confundida de ambos.

—¿Cómo que imparcial? —gritó Alicia a mi espalda. Me giré lo justo para ver su cara cuando soltara la bomba.

—Es mi novio. —Y ahí estaba, bocas abiertas como buzones de correos y ojos como llantas de camión.

—Hola, pequeña. —Las manos de Alex se aferraron a mi cintura y yo envolví su cuello con mis brazos para coger mi premio, un buen largo, intenso y beso de tornillo de los que marcan territorio. Franceses, vayan aprendiendo.

Capítulo 50

Alex

¡Sí! Así se hace, pequeña. Enseñándole a estos proyectos de hombre que tú ya tienes la vacante de novio bien cubierta.

Me habría cargado a Palm sobre un hombro para llevármela de allí más rápido que Niya se come una salchicha. Pero había que ser educado y, sobre todo, terminar el trabajo. Así que esperé a que mi chica me presentara a sus amigos.

—Estos son Alicia y Oliver, mis nuevos compañeros de estudios. Chicos, este es Alex.

—Su novio —puntualicé.

—Hola, Palm no nos había hablado sobre ti. Pero seguro que va a hacerlo, ¿verdad, compi? —Los ojos de Alicia se habían estrechado de esa manera que decía «no vas a escaparte». Le ofrecí la mano, pero ella se acercó antes y depositó un par de besos en mis mejillas.

—En mi país es costumbre saludar con un beso. —Miré a Oliver cuando llegó su turno, pero en vez de recibir un beso, como temía, vi su mano tendida hacia mí.

—Yo soy de Milwaukee. Para mí la mano está bien. —Mejor, lo de besar a un hombre, aunque fuera en la mejilla, brrrr.

—Un placer conoceros. Otro día podíamos quedar a tomar algo, pero hoy tenemos algo de prisa.

—Sin problema. Mañana nos vemos a segunda hora —puntualizó Alicia. Oliver tan solo afirmó con la cabeza mientras observaba cómo tendía el casco a Palm y esperó inmóvil a que arrancara la moto y nos fuéramos.

Había algo raro con él, parecía como si controlara a otro gallo que entrara en su corral, y eso no me gustaba. Tendría que hablar de ello con Connor. Había que vigilar que ese tipo se quedara en su sitio.

Alicia

¡Vaya con el novio de mi nueva amiga! A un espécimen como ese yo también lo tendría escondido. No hacía falta nada más que mirar alrededor de nosotros. Las chicas tenían puesto el radar, listas para lanzarse en picado. Y sí, lo sé, en Argentina la costumbre es saludarse con un beso, pero ¿quién puede conformarse con solo uno? Tenía que aprovechar y regalarme un segundo. A saber cuándo tendría cerca a un hombre tan bien hecho como este. Y, aunque nuestra amistad no superaba unas horas, una es fiel al código de las amigas. Al novio de tu amiga no se le desea, no se le provoca y no se le roba.

Hay cosas que son sagradas, da igual en qué parte del mundo estés. Pero, ¡eh!, puedo darme el placer de mirar, porque había ahí mucho para mirar y admirar. Puf, qué suerte tienen algunas. ¿Me oyes, Dios? Podías repartir algo de eso para la pobrecita Alicia. Me contento con poco, que no sea una garrapata que viva de mi trabajo, como Eduardo, que no dejara los calcetines sucios debajo de la cama para que yo los recogiese, como Eduardo, que no fuese un celoso patológico, como Eduardo, que no tuviese una madre tocapelotas a la que tenía que llevar a todas partes en mi coche y que, después de pedir el día libre en el trabajo para llevarla al dentista, me mirara como si fuera una mierda maloliente, con nariz arrugada y todo, como la madre de Eduardo. Y ya

puestos, que no se pasara las tardes sentado en el sofá, bebiendo cerveza, viendo deportes y rascándose la entrepierna, como mi hermano Cesar. No todo lo malo tenía que tenerlo mi ex.

¡Ah! Y he de agradecerte señor que consiguieras esta estupenda beca para estudiar aquí, bien lejos de mi familia. Los quiero, pero lejos, muy lejos. Por eso estoy aquí, al otro lado del mundo. Irme de Rosario a Buenos Aires no fue suficiente, porque ahí se presentó mi hermano a buscar trabajo. ¡Ja!, a otro perro con ese hueso. Lo que quería era irse de casa, vigilar a su hermana y, sobre todo, vivir como un rey a mi costa. Eso se acabó. Aquí en la residencia no había sitio para hermanos, se hablaba inglés y estaba a más de 9000 kilómetros.

No se equivocan si piensan que tengo cierto resentimiento hacia los hombres, porque es así. Desde que vivo sola, sin un hombre que me toque las narices, soy la Alicia más feliz del mundo.

Palm

Salir disparada del aparcamiento de la universidad, con los brazos alrededor de Alex, fue épico. No es que fuera de esas a las que les gusta ir presumiendo, pero, ¡porras!, sienta estupendamente ser la protagonista de la novela romántica. El chico es mío y se lo pasé por las narices a todas esas niñas que me miraban con superioridad porque no vestía como ellas. No soy una esclava de la moda, solo llevo cosas que me parecen bonitas, ya pueden estar de moda o no. Pero estaba claro que ir sentada en la parte trasera de una moto clásica siempre estaría de moda; aferrando el cuerpo de un hombre bien ¿construido era la palabra?. Con aquellos vaqueros y aquella camiseta de algodón pegada a sus bíceps, impresionante le pega mejor. Chicas, pueden mirar, pueden desearlo, pero la que se atreva a tocarlo... que se prepare.

Paramos delante de una heladería que me traía muchos recuerdos. Unos buenos, otros malos.

—¿Para venir aquí llegábamos tarde? —Alex se giró para coger mi casco y después bajó de la moto.

—Era una excusa para sacarte de allí.

—¿Y por qué aquí precisamente?

—Verás. Esta es mi heladería favorita y no quería para ti fuese solo un mal recuerdo.

—Quieres que también tenga recuerdos buenos.

—Sí. Además, hay un dicho que dice que «para quitar el miedo al mar a alguien que acaba de ser rescatado de casi ahogarse, lo mejor es meterle al agua lo más rápido posible».

—Pues yo he tardado mucho tiempo en volver.

—Digamos que estábamos muy ocupados con otras cosas.

—Sí, eso es verdad. Así que, hoy haremos todo el recorrido de ese día.

—Sí.

—Supongo que es una buena idea, para quitar miedos y esas cosas.

—Y para poner contento a Jonas.

—¿Jonas? ¿Qué tiene que ver con esto?

—Lleva esperando esa tarta de manzana... una eternidad.

—¿Ese no serás tú?

—Bueno, eso también.

—Entonces, vamos a por ese helado.

—Hoy creo que voy a pedir uno de stracciatella.

—Es ese que tiene pepitas de chocolate, ¿verdad?

—Exacto. ¿Tú de que lo quieres?

—Mmm —lo medité un par de segundos—, cheesecake de fresa.
—No creo que exista de eso.
—¡Claro que sí existe!
—Pues no me suena.
—Amigo, no sabes lo que te pierdes. Häagen Dazs hace uno que está, mmm, de infarto.
—Tendré que probarlo entonces.
—Eso, y si no te gusta, puedo comérmelo yo.
—Tú eres demasiado lista.
—Lo justo. —Entramos en la heladería cogidos de la mano, creando un recuerdo hermoso de aquel lugar.

Capítulo 51

Alex

No habían pasado ni seis horas y ya estaba metiéndome en un agujero del que me costaría salir. Porque a ver de qué manera le explicaba a Palm lo que Jonas y yo estábamos haciendo. Bueno, lo estaba haciendo yo, Jonas no tenía otra opción que obedecer. Pero no lo hacía por ella, lo hacía por mí. ¿Confiar en Palm? Con mi vida, pero del resto...

—No le va a gustar, jefe.

—Lo sé.

—Tendré que darle una explicación y no se va a tragar que ella me haya inspirado para retomar los estudios.

—No voy a mentirle y tú tampoco.

—Entonces, va a pasar de disgustada a cabreada.

—He dicho que no vamos a mentirla, pero tampoco necesita saberlo todo.

—Una verdad a medias suele ser parecido a una mentira.

—Bueno, hombre sabio. ¿Y tú qué harías?

—Pues lo mismo. Pero no mandaré al matadero al atractivo hombre de ascendencia india que, da la casualidad, vive bajo el mismo techo que su jefe y puede invocar a sus ancestros para que le regalen a dicho jefe un buen sarpullido que decore su trasero si dicho apuesto hombre se ve privado de su suministro de dulces caseros. —Directo al estómago, Jonas era así. Te lanzaba las amenazas de una forma tan sutil y elaborada, que no sabías si reírte o preocuparte. Pero soy Alex Bowman, y si por algo soy conocido es porque no pueden derribarme con facilidad, gracias a que suelo estar preparado para este tipo de cosas.

—He oído que en el Dante's han contratado un nuevo chef especializado en repostería. — Jonas entrecerró los ojos y su cuerpo se inclinó hacia delante, haciendo que las patas de madera de la silla en la que estaba sentado crujieran sensiblemente.

—¿Y cómo de bueno es ese chef?

—En una semana lo sabremos, tenemos un cumpleaños cerca.

—¿Cumpleaños? ¿Qué cumpleaños? El tuyo es en abril, el de Connor en septiembre y el mío el dos de enero. Nadie cumple años a finales de agosto.

—Olvidas que ahora somos uno más.

—¿Palm? ¿Es su cumpleaños?

—A veces me sorprende tu inteligencia.

—En serio. Si voy a meterme en esto, quiero una tarta de dos pisos para el cumpleaños de Palm; y la parte de abajo es total y absolutamente mía.

—Pensé que querías ir a las pruebas para elegir pastel. —¡Sí! Sus ojos se oscurecieron como dos pozos sin fondo y supe que era mío.

—Promete eso y soy capaz de llevarle la mochila con los libros a tu chica todos los días.

—¿Lo quieres por escrito?

—Como dice Luigi: «con el sello del Papa de Roma».

—Tenemos un trato. —Jonas se puso en pie y estrechamos las manos. Lo acompañé a la puerta de mi despacho y antes de abrir se giró hacia mí.

—Lo habría hecho de todas maneras, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Pero me gusta tenerte contento.

—Oh, jefe. Y lo has hecho. Muy, muy contento. —Jonas forzó una enorme sonrisa de dientes blancos, de esas que llevan al límite todos los músculos faciales. Le di una palmada en la espalda y negué con la cabeza.

—Anda, ve a prepararte. Mañana va a ser un día intenso.

Palm

Tenía que haber empezado a sospechar algo, cuando en vez de Connor era Jonas el que estaba sentado en el SUV a la puerta de casa. Luego, en vez de parar en la entrada y dejarme, Jonas fue al aparcamiento para estacionar el vehículo. Pero lo que realmente me dio la pista definitiva fue verlo salir del coche, activar el cierre remoto y ponerse a caminar a mi lado.

—Eh, creo que puedo ir sola desde aquí.

—No lo estoy poniendo en duda.

—Pues lo parece. ¿Por qué me sigues entonces?

—No te sigo. Es solo que vamos en la misma dirección. —Cuando atravesó la puerta principal, ya sabía que era lo que ocurría. Iba a matar a Alex.

—¿Vas a ir a mis clases, verdad?

—Qué voy a decir, he sido un niño malo y papá me ha castigado.

—Cuando llegue a casa lo mato.

—Compréndelo. Alex quiere que estés segura.

—Ya, ¿y ahora cual es la amenaza? ¿Otro loco con un arma quiere matarme?

—Ahora eres alguien importante en esta ciudad, Palm, y eso conlleva un riesgo.

—No, el importante es Alex, no yo.

—Eres su novia. ¿No crees que habrá gente dispuesta a aprovecharse de eso? El loco de su tío lo tuvo claro, y eso que aún no era algo público.

—Y ahora tampoco lo es, no ha salido la noticia en la prensa, ni lo he publicado en mi Twitter.

—No tienes Twitter, Palm.

—Pues mejor me lo pones.

—Te ha llevado a cenar al Dante's.

—No es la primera vez que cenamos juntos. —Jonas se llevó los dedos a la nariz y apretó.

—No es lo mismo. Habéis cenado juntos, solos y en el Dante's. Eso es toda una declaración de intenciones delante de todas las malditas organizaciones de esta ciudad.

—Genial, entonces necesito un guardaespaldas por su culpa.

—No, eso significa que si cualquiera de ellos te pone un dedo encima, significa la guerra.

—Entonces, ¿por qué necesito un guardaespaldas?

—¿Por qué lo necesita el Dalai Lama cuando viene de visita a Estados Unidos? Porque hay mucho loco que va por libre. Así de sencillo. —Solo pude soltar el aire, porque de alguna manera retorcida, él tenía razón. Alex tenía razón. Tenía que pensar que ser la novia de Alex Bowman había acabado con la vieja Palmyra Bennet. Y ahora, ¿qué era, la maldita primera dama de la mafia irlandesa en Chicago? Supongo que sí, y era un puesto que nadie había tenido desde hacía demasiado tiempo.

Alicia

Voy a empezar a odiar a este profesor. ¿Quién en su sano juicio pone deberes el día de presentación de su materia? Pues este gili... ¡Eh, para!, ¿quién coño estaba con Palm? Segundo día en la universidad, ¿y tiene a otro de esos tipos bien contruidos a su vera? Tenía que preguntarle qué perfume usaba.

—¿Quién es ese? —Nada como tener la voz de tu cerebro saliendo por la boca de otra persona. Al menos Oliver también se había dado cuenta. Llegamos hasta ellos y Palm hizo las

presentaciones.

—Hola, chicos. Este es Jonas. Jonas, estos son Alicia y Oliver. —Oliver fue el primero en estirar su mano y atrapar la del chico, bueno, más bien hombre. Con ese aspecto, no podías llamarle chico.

—Un placer conoceros —Noté cómo alzó la ceja cuando el fuerte apretón de manos de Oliver entró en acción. ¿Que por qué lo sé? Porque soy fotógrafa y presto atención a los detalles, como esas venas marcadas en el antebrazo de Oliver y la mandíbula apretada.

—Lo mismo digo. ¿Vais a la misma clase? —La cara de Jonas pareció suavizarse con una pequeña sonrisa, como si en vez de intentar imponerse con dolor, estuviese recibiendo unas cosquillas.

—A todas y cada una, ¿no es una casualidad?

—Sí, ¿quién lo iba a decir? —remató Palm. Uf, aquí había una buena historia. Mi lado cotilla se activó de inmediato.

—¿Y eres de por aquí? —intervino Oliver. Esto se estaba poniendo intenso, así que decidí intervenir y conseguir mi beso de este tipo. A este paso, como no me diese prisa, se olvidaban de mí.

—Deja al chico respirar, Oliver. Soy Alicia, de Argentina, y en mi país es costumbre saludar con un par de besos. Te aviso, porque por aquí es una costumbre que a veces choca un poco.

—Yo soy canadiense y esa costumbre me parece estupenda. —Sus dedos quemaron mi hombro cuando los apoyó allí para tomar mis dos besos en las mejillas. Y juro que sentí una especie de pequeña chispa saltando de él hacia mí. Su piel era suave, pero no como la de una chica, sino como... ¿Cómo decirlo sin que parezca gay? Era suave pero firme y olía, mmm, olía a madera, a tierra y a...

—Tú también hueles muy bien.

—¿Eh? —¿Lo había dicho en voz alta? No, no lo creía, y él solo lo había susurrado en mi oído, lejos de las antenas parabólicas de Oliver. O eso decía su ceño intrigado.

—¿Estás bien? —preguntó Palm. Fue ahí que me di cuenta que me había quedado petrificada.

—Eh, sí, bien. Necesito un café... y algo con azúcar para acompañarlo. —Vi la sonrisa de Jonas antes de pasar a su lado camino de la cafetería, hasta que la mano de Oliver me detuvo.

—Eh, un momento. Todavía quedan un par de horas para eso —Tenía razón, pero estaba claro que lo necesitaba, con urgencia.

—Tengo una chocolatina si no puedes esperar. —Jonas me tendió una chocolatina Mars y yo la cogí con rapidez. Para evitar que se arrepintiera, claro.

—Gracias. Tendrá que ser suficiente.

—Un placer ser de utilidad. —Miró con una especie de recochineo hacia Palm y esta se encogió de hombros. ¡Oh, sí! Tenía que conocer esa historia.

Capítulo 52

Alicia

—Esto me parece raro. —Miré a Oliver y asentí. No podía estar más de acuerdo. ¿Le acaba de conocer y se iban juntos en su coche? Lo dicho, aquí había una historia y yo tenía que descubrirla. Soy mujer, qué le voy a hacer, nací curiosa y saber algo más de Jonas... era un extra muy apetecible, sí, señor.

Lo que había notado hasta el momento era que el tipo no había tomado ni una sola nota en clase. Puede que escuche mis pensamientos —todavía no me he quitado el escalofrío de mi cuerpo — pero de ahí, a tener una memoria tan enorme...

Voy a vigilarte, hombre canadiense. Comete un error y yo estaré ahí para verlo.

Alex

Podías llamarme cobarde, pero no lo era. Esperar a Palm en casa no era por miedo a su reacción, sino a que lo hiciera en público. ¿Por qué? Porque tengo una reputación que mantener y dejar que una mujer me cante las cuarenta sin mover un músculo no sería bueno para mi imagen de tipo duro. Corto dedos por ofensas parecidas, ¡por dios! Y no podía siquiera argumentar a mi favor, porque ella iba a tener razón, toda la razón. Me había pasado, así de simple. Primero, por ponerle escolta en clase y, segundo, por hacerlo sin su consentimiento y mucho menos sin siquiera comentárselo. Lo del consentimiento sabía que no iba a conseguirlo, así que de todas formas lo hice. Lo sé, parezco esos padres que les ponen un casco a sus hijos cuando montan en bici con ruedines. Es poco probable que alcancen la suficiente velocidad como para que el posible impacto les abra la cabeza, pero lo hacen por su seguridad, aunque al niño no le guste llevarlo. Y ese era yo, el padre sobreprotector.

Cuando el coche paró frente a la puerta, me quedé quieto frente al cristal de la ventana. Palm salió del vehículo, pero Jonas no lo hizo. Se quedó allí dentro, esperando... Maldito gallina, me iba a dejar solo en esto. Pues bien, no soy de los que rechaza una pelea cuando le retan, y esta vez no iba a ser diferente, bueno, sí, porque el reto lo había lanzado yo.

Me giré hacia la puerta del despacho y esperé a que Palm la atravesara. Y lo hizo. No abrió la boca. Tan solo cerró la puerta, caminó hasta mí, paró como a un metro de mí, se cruzó de brazos y esperó en silencio. ¡Agh!, odio que hagan eso.

—Tenía que hacerlo.

—Podías habérmelo comentado, ¿no te parece?

—Entonces habríamos tenido dos discusiones. La primera en la que tú te niegas y la segunda cuando yo hago caso omiso de tus protestas y lo acabo haciendo de todas formas.

—Por dios, Alex. Ni que fuera la hija del presidente de los Estados Unidos. No necesito estar vigilada en mi propia clase. ¿Crees que alguien se atrevería a hacerme daño rodeados de casi 50 personas?

—En clase, no, pero cualquiera puede llegar a ti en el cambio de clases sin que nadie se diera cuenta.

—¿Y no sería mejor, no sé, llevar encima uno de esos botones de auxilio? La abuela Petra tiene uno de esos colgados del cuello por si tiene una emergencia.

—Disculpa si yo lo veo algo diferente, pero prefiero que la ayuda esté siempre cerca, para evitar la emergencia y no tener que esperar a que la ayuda llegue a su destino.

—Lo pilló, lo pilló. Lo tuyo es prevenir en vez de curar.

—Yo no lo habría explicado mejor. —Si cuando yo decía que mi novia era una chica muy lista, era por algo. Había interpretado mi forma de actuar de la manera exacta. Y no solo eso, estaba casi convencido que lo comprendía. Caminó hacia mí y recostó su cuerpo sobre el mío. Mis brazos la acogieron por inercia y mi cuello recibió los suyos con agradecimiento. Sentaba tan bien aquello.

—Tienes que entender algo, Alex. Por mucho que intentes protegerme de todo, habrá cosas que se escaparán de tu control. Y puede que una de ellas sea la que me cause daño, pero tienes que entender que, si eso sucediese, no sería por tu culpa.

—De una manera u otra, será mi culpa. Eso lo tengo asumido. Pero no puedes culparme por hacer todo lo posible por mantenerte a salvo.

—Y no te culpo por eso. Lo que no me gusta es que me excluyas de ese tipo de decisiones.

—Anotado. No te gustan las sorpresas.

—No es que no me gusten las sorpresas, son solo las de ese tipo.

—De acuerdo. No más de sorpresas de esas. ¿Ves? Estamos avanzando como pareja, nos estamos conociendo mucho mejor el uno al otro.

—Sí, vaya una tontería el quedarse en la fecha de cumpleaños y el color favorito. Con lo que cementa una relación que tu novio te ponga un guardaespaldas por sorpresa.

—O que tu novia traiga a vivir a casa un perro de más de 30 kilos que abre las latas de cerveza a mordiscos

—¡Eh!, solo fue una vez.

—Eso espero. El césped del jardín no viviría mucho con ese fertilizante extra.

—¿Estás insinuando que si sigue con esa costumbre la echarías de casa? Porque sabes que si ella se va, yo lo haré con ella.

—Sabes que la dejaría morderme el culo para evitar que tú te fueras.

—Bueno, tiene todas las vacunas en regla.

—Eso me alivia enormemente. No pillaré la rabia.

—Aunque... siempre puedo ser yo la que te muerda el trasero, y eso sería más peligroso. —La estrujé más fuerte contra mi cuerpo, para que sintiera lo que estaba provocando con aquellas palabras.

—¿Tú crees?

—¡Oh, sí! No estoy vacunada contra la rabia. Y hay quien dice que soy letal. Yo tendría mucho cuidado en tu lugar.

—Por ti, cualquier riesgo merece la pena.

—Pero qué cosas más bonitas le dices a tu novia.

Jonas

No es que fuese un cobarde, pero tampoco me gustaba meterme en campos de batalla ajenos, sobre todo si alguna bala podía alcanzarme. Y en esta guerra no pensaba meterme, al menos entre el jefe y la jefa. Jefa, quién lo diría, la pequeña Palm, toda una señora de la mafia. Y quien lo discuta que vaya preparándose, porque puede ponerle en su sitio de la forma más imaginativa posible. Y lo mejor, ha ganado los estómagos de Connor, el jefe y el mío, y eso pocas personas lo pueden decir. Si había que matar por ella, había tres armas dispuestas a hacerlo.

Palm lo había sacado del mundo de las tinieblas, le había dado una nueva vida. ¿Cómo no íbamos a luchar por ella, a protegerla? Era el mayor tesoro de estos piratas y lo defenderíamos con nuestra vida. Lo malo de los tesoros es que todos lo querían, como ese tal Oliver. Alex tenía razón, había algo turbio en ese hombre. Iba a vigilar a los nuevos amigos de Palm; sí, a los dos, porque esa pequeña argentina era un dulce de leche que me no me importaría probar.

Capítulo 53

Alicia

Tenía el cajón de mi ropa interior abierto y llevaba como cinco minutos estudiando su contenido. ¿Sabes eso que dicen de la ropa interior de una chica? Pues de alguna manera yo pensaba que era verdad. Ah, por si no lo han oído, se dice que si llevas ropa interior bonita y sexy, te sientes poderosa y sexy por fuera. En mi caso es verdad. No es lo mismo ponerte unas braguitas viejas los días que estás en casa y tienes la menstruación, que ponerte unas braguitas nuevas, con encajes y brillos y totalmente matadoras. ¿Tanga? Es cómodo, y algunos son bonitos, pero hay poco que lucir, aparte de carne, claro. No, yo soy de las que les gusta llevar su hermoso trasero bien decorado; adoro los encajes y los diseños originales, como esos con unas tiras de satén que unen las dos anchas tiras de encaje que se encargan de tapar mis suaves nalgas. Qué le voy a hacer, me gusta decorar el producto. Además, aparte de que tengo los ojos grises, mi trasero es mi mejor baza. Quién sabe, una a veces no tiene idea de cuándo va a enseñar su ropa interior.

Hoy no es que tuviese en mente enseñar mis braguitas a nadie, pero quería el poder que me darían esas braguitas rojas que... ¡Oh, ahí estaban! Sí, tenía que ponérmelas porque hoy volvería a ver a ese canadiense sexy y si podía leer mi mente, quería que viese una imagen de mí metida en esas braguitas. Me las puse junto con el sujetador a juego y me paseé delante del espejo. Un poco de ahumado en mis ojos y estarás perdido, Jonas, porque me sentía como uno de esos bombones en su caja roja.

Ropa interior así pedía a gritos un vestido bonito y tacones que rompen cuellos, pero iba a clase, no a seducir chicos, así que me puse mis eternos jeans y una camiseta verde de Salvemos el Amazonas. Era tan vieja que estaba toda deformada. El cuello era enorme y se veía... ¡Ah, eso estaba bien! Se veía la tira roja de uno de mis tirantes. Me puse delante del espejo y me agaché; como sospechaba, asomaba un poquito de la parte alta de mis braguitas. Y no, no soy una exhibicionista, pero que me cortaran la coleta si no estaba sonriendo en aquel momento porque tenía en mi cabeza la descabellada idea de que «alguien» lo viese, y no me refería a cualquiera. ¡Ay, señor! Me estaba dando miedo a mí misma. Me estaba convirtiendo en una mala chica como temía mi madre. ¡A la porra! Ojos que no ven...

Alex

Pues tenía que reconocer que esto de las reconciliaciones estaba bien, sobre todo si tienes una novia que es capaz de hacer piruetas sobre el lomo de un caballo. Desde que dejamos el maldito preservativo aparcado en el cajón de la mesita, mucho mejor. Esto era un aquí te pillo, aquí te mato constante. Y la ducha era un mundo totalmente diferente y con muchas posibilidades. Con algo de riesgo, porque ya he dado un par de patinazos por causa de mi impaciencia, pero merece la pena el riesgo. Con Palm, siempre merece la pena.

Salí del vestidor mientras terminaba de atar los botones de mi camisa. Hoy nada de trajes. Iba a visitar el puerto y verificar que todo estaba dentro de lo normal. Y después, volvería a casa y ¿he mencionado que me gusta la manera en que mi mujer me quita las camisas de botones? Mi mujer. Tenía que hacer algo con eso, y pronto. Sí, creo que había llegado el momento de que Connor y yo pasáramos por el banco, había algo que necesitaba recuperar de mi vieja caja fuerte.

—Alex, ¿puedo llevarme hoy el SUV grande?
—Depende, ¿qué consigo yo a cambio? —Palm se acercó a mí, se puso de puntillas y envolvió mi cuello con sus brazos. Esa negociación llevaba el camino que me gustaba.
—Pues si eres bueno, puedo traerte un poco de helado de yogur del centro comercial. Ya sé que no es tu heladería favorita, pero si compro unas frutas frescas y unos pequeños bizcochos...
—El goloso es Jonas, tendrás que esforzarte más.
—Mmm, puedo invitarte a cenar después de hacer las compras.
—Creí que Dolores se había encargado de llenar la nevera.
—No es eso. Tengo que comprar material nuevo para clase.
—Para eso quieres el SUV, porque tiene más espacio para cargar.
—Y porque es más alto. No quiero deslomarme sacando y metiendo todo ese peso.
—Jonas puede hacerlo.
—No estoy manca.
—Pero Jonas es más fuerte.
—Pero el material es mío.
—De acuerdo, lleguemos a un punto neutro. Iré yo contigo a hacer esas compras y, como soy tu novio y un hombre bien educado, seré yo el que lleve tus cosas, ¿qué te parece?
—No sé, ¿tendrás luego energías para recibir tus honorarios de novio servicial?
—Nada va a impedir que lo haga, tenlo por seguro. —La besé profundamente para que supiera cuan en serio decía aquello.

Jonas

¿Sudar? Yo no sudo, pero que me corten la cabeza si no tenía la calefacción interna a pleno rendimiento. ¿Sabía ese diablo de ojos de humo lo que estaba enseñando por ahí? Tenía que saberlo. Era imposible no darse cuenta de que los chicos que estaban en la cafetería, no hacían más que pasar por donde estábamos almorzando. Sus pasos se ralentizaban al llegar a la altura de Alicia y más de uno había chocado porque su atención estaba en ese trozo de encaje rojo que asomaba por encima de su pantalón. ¿Y qué hice yo para saberlo? Pues levantarme, coger unas servilletas y averiguar qué era aquello tan interesante que tenía a esos gilipollas tan encandilados. Y, ¡mierda!, tenía su miga. El pantalón dejaba ver un pequeño túnel con una de sus paredes cubiertas por ese trozo de tentador pecado rojo. Era imposible no asomarse para mirar. Pero no lo hice, no como esos idiotas. ¿Y Oliver? El solo empezó a poner cara de querer matar a alguien y colgó su mochila en el respaldo de la silla de Alicia. Al menos había tapado aquel desfile de Victoria's Secret.

Volví a mi tarea, dando un rápido vistazo a la cafetería y a la gente que estaba en ella. No podía permitir que aquella pequeña brujilla me sacara de esa manera de mis obligaciones. Vigilar, tenía que vigilar, pero no ese... ¡Ah, Jonas, céntrate!

Oliver

No es la única chica a la que se le ve asomar la ropa interior por el pantalón al sentarse, pero, ¡joder!, aquel encaje rojo sí que era nuevo. Como a todos estos gilipollas, me gustaba lo que se veía. Pero más les vale no dar un paso al frente para intentar algo, porque estoy primero que todos ellos. Sí, es culpa mía no haber dado el paso todavía, pero es que antes tenía algunos miedos que superar. Primero tenía que conseguir enamorarla, así, cuando no hubiese marcha atrás, tendría que

quedarse conmigo, con todos mis defectos. Sí, lo había demorado demasiado, porque este era nuestro segundo año en la universidad, pero pensé que debía convertirme en su amigo antes de pasar a ser algo más. Aunque corría el peligro de quedarme ahí, en la zona de amigos. Cuando Palm llegó al grupo, pensé que mis posibilidades se duplicaban, pero la alegría me duró nada. Tenía novio y era un tipo grande, de esos que gustan a todas las mujeres. Difícil de superar. Y luego llegó ese Jonas para partirme en dos de nuevo la ecuación. Al menos no estaba muy interesado en Alicia, bueno sí, se había percatado de su existencia, pero su atención estaba en Palm. Permanecía cerca de ella y estaba pendiente de todos sus movimientos. Incluso cuando iba al baño. Eso quería decir que Alicia aún estaba a salvo de sus atenciones, pero Palm tenía novio, así que pronto cambiaría su objetivo.

Capítulo 54

Alex

Las clases en la universidad iban bien. Palm estaba contenta con los profesores, yo estaba contento porque Jonas cuidaba de cerca de mi chica y Connor y Jonas estaban contentos porque Palm seguía mimándonos con sus cenas y bizcochos para el desayuno. Pero si había alguien muy, muy contento, ese era Jonas. El sábado íbamos a cenar al Dante's para celebrar el cumpleaños de Palm y, como buena sorpresa, los tres hombres de la casa lo manteníamos en secreto.

Una noche dejamos a Connor y a Palm en casa y fuimos a hacer la cata de tartas. Soy un hombre de palabra y, aunque Palm no había cortado el suministro de dulces a Jonas, yo le había prometido algo a cambio de que cuidase de Palm.

Cuando entramos al Dante's, Luigi nos llevó a nuestra mesa. Era tarde y el local estaba prácticamente vacío, así que los gritos que salían desde la cocina los pudimos escuchar altos y claros. En ocasiones como esa agradecería la presencia de Palm, pero como aquello era una misión secreta, no era posible. Así que tuve que recurrir a la vieja escuela, es decir, a los recursos que tenía a mano. Miré a mi alrededor y vi a Luigi poniéndose rojo como un tomate. ¡Bingo! Él sí que entendía, luego era muy probable que al otro lado de las puertas de la cocina se estuviesen gritando palabras inapropiadas y en italiano.

—Luigi, ¿qué ocurre allí dentro?

—Ruego nos disculpe, *signore*, es solo un *piccolo* problema en la cocina. —Y como convocado con esas palabras, el problema salió empujando un carrito de postres. Era una mujer joven, vestida con uniforme de cocinera, con uno de esos graciosos gorros y un rictus de auténtico enfado. Antes de llegar a nuestra mesa, su rostro se transformó. Una afable y profesional sonrisa se materializó en su boca y con elegante corrección se llevó las manos a la espalda e hizo su presentación.

—Buenas noches, señores, espero aprueben la selección que les he traído y encuentren algo que les agrade.

—Gracias. —Luego nos dio la espada, muy dignamente, y se retiró.

—Tiene carácter —puntualizó Jonas.

—Pero sabe tratar con los clientes.

—Sí, eso sí, la chica sabe estar en su lugar.

—Lo que daría por saber lo que estaba gritando allí dentro.

—Bueno...—Jonas estaba revisando algo en su teléfono. Algo raro, teniendo en cuenta que tenía un carrito con 12 trozos de tarta diferentes a menos de 30 centímetros. ¿Intrigado? Pues claro que sí.

—Hay una aplicación... El chico ese de Las Vegas, Bobby, me explicó cómo funcionaba. Puede traducir audio de varias lenguas en tiempo real.

—Y tú la tienes.

—No, pero Bobby, sí. Tengo su teléfono y grabadora de voz.

—Dime qué tienes. —Jonas sonrió de medio lado y supe que era algo bueno.

—Aquí, la joyita, le estaba cantando las cuarenta a su jefe porque la había hecho quedarse a trabajar cuatro horas más para atender a un cliente. Que esto no estaba en su contrato y que para la mierda que la pagan, mejor se hubiese quedado a trabajar en Marsella.

—Wow. Y supongo que el cliente somos nosotros.

—Yo diría que sí, jefe. —Jonas giró la cabeza a nuestro alrededor, dejando constancia de que todos los demás clientes se habían ido.

—Bueno, entonces será mejor que tomemos una decisión pronto, así que empieza a comer.

—A sus órdenes, jefe. —Jonas empezó a servirse platos de dos en dos. Alguien podría pensar que no se paraba a disfrutar de los sabores, pero yo sabía que eso no era así. Cada pedazo de tarta que entraba en su boca era tratado con la mayor de las delicadezas. Jonas era un experto catador cuando se trataba de dulces. En menos de 15 minutos ya teníamos una tarta ganadora, así que llamamos a Luigi y le dimos nuestro veredicto.

—Nos quedamos con esta, Luigi.

—Bien, le diré a Longo cuál es su elección, señor Bowman.

—Entonces nos veremos este sábado, Luigi.

—Por supuesto, *signore*. Todo estará listo como ha pedido. —Nos levantamos y nos retiramos.

Longo

Miré por el ojo de buey de la puerta de la cocina y cuando vi que se iban miré mi reloj y di gracias a dios. ¡Por fin! Estaba claro que era un cliente importante, pero yo no soy de las que lame culos a la gente ricachona. Quizás por eso me cuesta conservar los trabajos en sitios como este. Odio a los que se creen con derecho a despreciar a otras personas por el simple hecho de tener mucho más dinero que ellas. Sí, como dice mi padre, soy demasiado intransigente y en esta vida si quieres vivir tienes que aprender a tragar algunas «píldoras».

—El señor Bowman ha escogido.

—Estupendo. —Sí, podía decirlo, aquel tipo se había metido en la boca todo mi trabajo de aquel día y lo había hecho en menos de 15 minutos. Para que luego digan que los ricos son refinados.

—Es importante que hagas un buen trabajo con la tarta del señor Bowman. Es uno de los propietarios y que su novia quede contenta con su tarta de cumpleaños hará que conservemos nuestro trabajo.

—No sé, si la hago muy rica, el tipo se la come entera y no le deja nada a su novia. —Luigi me miró, arrugó el ceño y después hizo ese gesto de que acabó de pillar el chiste.

—El que se comió casi todo el muestrario era su guardaespaldas, Jonas. —Bueno, eso no era muy típico, que el ricachón se sentara con su guardaespaldas a escoger entre ambos la tarta de chocolate de su novia. O eran muy amigos o le importaba poco lo que escogiese para ella. O quizás el guardaespaldas era quien mejor conocía los gustos de la novia del jefe o...— Tú solo tienes que hacer una tarta insuperable, quién se la coma no es asunto tuyo.

—Vale. Tú encárgate de traerme todos mis ingredientes y yo haré el resto. —Luigi alzó las manos al techo y se dio la vuelta.

—*Santa Madonna*, esta juventud no tiene sentido del respeto.

Palm

Es curioso cómo se da uno cuenta de las cosas. No pensé que echaría en falta a Alex, hasta que me metí entre las sábanas de la cama y noté que me faltaba algo. No pude, no pude dormir. Y lo intenté, tomé posición y cerré los ojos. Pero nada.

Así que allí estaba yo, con la mirada perdida en el horizonte, los brazos enrollados en la almohada de Alex y el oído puesto en cualquier ruido que me avisara de su llegada. Cuando escuché sus pasos subiendo la escalera, ya tenía una sonrisa en mi cara. ¿Que cómo sabía que era él? Por su forma de hacer ruido al andar, porque se acercó a Niya para ver cómo estaba y el ronroneo que ella le regaló. Y si eso no era suficiente para estar segura, su olor me llegó cuando entró en la habitación. Solo Alex podía oler así.

—Aún estás despierta. —Me giré para rodear su cuello con mis brazos.

—Te estaba esperando.

—Entonces me lavaré los dientes rápido. —Besé su boca fugazmente, pero noté el sabor dulce en sus labios. Es lo bueno de que tu novio no fume, que no sientes que metes la lengua en un cenicero. Pero Alex ese día tenía un sabor...

—Sabes rico.

—¿Tú crees?

—Te voy a decir lo que creo. —Tiré de él hacia mí y rebañé todo lo que pude de esa boca.

Capítulo 55

Palm

Dejé el cuaderno de dibujo de nuevo sobre el caballete y retrocedí unos pasos para verlo desde una perspectiva más alejada. Sabía que eso era lo que les faltaba a mis dibujos, color. Había perfilado la cara de Alex y ocupaba casi toda la página del cuaderno. Sus ojos ahora eran de un verde muy cercano al real, que le daban ese brillo de realidad que había estado buscando desde hacía tiempo. La nueva técnica de pintura con acuarela me había dado la oportunidad de darle vida a los ojos de Alex y ahora parecía que me estaban mirando desde el otro lado del papel.

—¿Podré quedármela cuando la termines? —Alex estaba detrás de mí y me abrazó la cintura como hacía siempre.

—Es un trabajo para clase. Pero si quieres puedo hacer uno para ti cuando ya tenga dominada la técnica. —Alex apoyó su barbilla sobre mi hombro y la frotó repetidamente de forma juguetona.

—¿Harías una pintura para mí?

—No hace falta que tontees conmigo para conseguirla, sabes que dibujaré para ti lo que quieras.

—No tonto contigo para conseguir uno de tus dibujos.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque me gusta. —Lo malo de tener un novio como Alex es que te arrastra al «lado oscuro» a la menor ocasión. Y lo malo de ser yo es que me gusta que lo haga, así que no me resisto demasiado. Alex miró su reloj y besó mi cuello con deliciosa calma.

—Aún tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para ir a cenar fuera.

¿Debía decirle que hoy era mi cumpleaños? Mejor no. No es que me muriese por celebrarlo de una manera especial, cualquier cosa era mejor que repetir mi 26 cumpleaños. Estaba sola en mi apartamento con una caja de tallarines chinos como cena especial, un par de bragas nuevas como regalo y las sirenas de un coche patrulla que corría a algún lugar como canción de felicitación. De no ser por la llamada de los abuelos, no habría tenido un motivo para sonreír. Estaba a kilómetros de lo que quedaba de mi familia con el recuerdo de mi padre fallecido hacía poco y el aviso del casero de que tenía que pagar el alquiler. Así que, para mí, salir a cenar era un cambio a mejor, mucho mejor, sobre todo porque Alex estaba incluido en el lote.

Alex

Me sentía como esos pavos que despliegan su cola para lucirla delante de todo el mundo. Caminaba hacia la entrada del Dante's llevando de la mano a Palm. Me gustó que la gente nos mirara, que vieran que llegaba con ella, que supieran sin necesidad de decir nada que ella me pertenecía.

Iba preciosa y eso que repetía con el mismo vestido que llevaba cuando cenamos aquí nuestra primera vez. Palm decía que había costado demasiado caro como para solo usarlo una vez, y que no pensaba comprarse otro porque antes tenía que desgastar este bien. Nada que ver con el resto

de las mujeres, ella era diferente, ella era única, ella era mía, o lo sería.

—Buenas noches, *signore* Bowman. —Luigi apareció antes de que llegáramos siquiera a ponernos en la cola de espera.

—Buenas noches, Luigi.

—Su mesa ya está lista. —Empezó a abrir camino para guiarnos hasta nuestra mesa. Retiró la silla para que Palm tomara asiento y ella le regaló una pequeña sonrisa de agradecimiento. Otro sentiría celos, yo satisfacción. Es mi chica, otros la desean, yo la conseguí—. Enviaré a alguien para tomar su pedido. —Le hice un gesto a Luigi y él asintió con disimulo. Bien, el plan estaba en marcha.

—¿Esto se va a convertir en una costumbre?

—¿Llevarte de cena?

—El que cenemos aquí. El mes pasado también vinimos al Dante's.

—No lo había pensado, pero no es una mala idea. —Alcé la vista para ver cómo el sumiller se acercaba a nuestra mesa con... — Lo de venir hoy es por un motivo en especial.

—*Signora, signore*, su sidra.

—¿Sidra? —El sumiller se inclinó hacia Palm para contestar a su pregunta:

—Sugerencia del chef, ante la petición del *signore* Bowman de sidra de manzana. — Descorchó la botella después de que asintiera hacia él—. Es sidra El Gaitero Extra. —Palm esperó a que llenaran su copa, como indiqué, y dio un pequeño sorbo. Sus ojos chispearon de placer y su lengua dio un gran repaso a sus labios. Bien por el chef.

—Está riquísima.

—Le diré al chef Longo que acertó con su sugerencia.

—También puede dar orden para que sirvan el menú que encargué.

—Por supuesto, *signore* Bowman.

La cena fue un éxito, pero lo importante estaba al final. Mi bolsillo pesaba como un fardo de 100 kilos y eso que solo llevaba una pequeña bolsa de terciopelo rojo. Miré hacia la cocina, donde la cabeza de Connor asomaba por el ojo de buey de la puerta, le hice la seña que acordamos y su cabeza asintió y desapareció. Era el momento.

Connor

Desde que entré en la cocina, no pude quitarle el ojo de encima a la nueva chef. No sé si saben que en las cocinas de los grandes restaurantes hay un chef principal y luego los subordinados que se dedican a cubrir una especialidad. Estaban los que se encargaban de las ensaladas, los del pescado, los de la carne... Y luego, como en un mundo y lugar parte, estaba el que se encargaba de los postres. Y esa era la chica nueva, el chef de los dulces, como la llamaba yo. Era asombrosa verla trabajar, haciendo que lo difícil pareciera fácil. Cuatro toques y convertía un triste trozo de tarta en una pequeña obra de arte. Cuando la vi sacar la tarta de Palm y empezar a colocar las velas, estuve tentado a meter el dedo ahí para probarla. Pero esa mirada suya era capaz de mantenerte a un lado con el culo apretado. ¡Joder con la sargento de hierro!

Estábamos pendientes de la cena del jefe y su chica para ir preparando el siguiente plato. Cuando llegó el turno de la tarta, Alex me hizo el gesto y yo di la orden a la cocina.

—Es el momento. —La chef Longo, porque pregunté por ella, encendió con rapidez las velas y acercó el carrito a Luigi para que procediera a llevarlo al salón.

Volví mi atención a la mesa del jefe y estaba a punto de empezar a morderme las uñas, cuando un grissini apareció bajo mis ojos. Miré hacia mi derecha, para encontrar ese gorrito llamativo

asomándose por el otro ojo de buey.

—Rumia un grissini, es más higiénico que morderse las uñas.

—Tú no sabes lo que va a ocurrir allí.

—Que la novia de tu jefe va a soplar las velas de la tarta.

—No solo es eso. —Su cara se giró hacia mí, con los labios arrugaditos.

—¿Y qué va a ocurrir?

—Tú solo mira.

Palm

—Todo estaba muy bueno.

—Me alegro, pero todavía no hemos terminado.

—¿Qué tienes preparado, grandullón?

—Lo que toda persona tiene que tener el día de su cumpleaños. —Miré hacia donde señalaban sus ojos y vi llegar una tarta con las velas encendidas. Y yo pensando que Alex Bowman no sabía o no se había fijado en la fecha de mi cumpleaños.

—Lo sabías.

—Intento estar pendiente de todo lo que es importante para ti.

—Celebrar mi cumpleaños no es demasiado importante.

—Para mí sí lo es.

—Gracias.

—Todavía no me las des.

—¿Por qué?

—Primero pide un deseo y sopla las velas.

—De acuerdo. —Tomé aire, busqué en mi cabeza y soplé.

—Y ahora, quiero que me prestes mucha atención. —Le vi poner una pequeña bolsita de gastado terciopelo rojo sobre la mesa. Me costó centrar mis ojos de nuevo sobre su cara.

—De acuerdo.

—No tengo que decirte lo que quiero de nosotros, de esta relación. Me pediste tiempo para encontrarte, para saber dónde estás y hacia dónde quieres ir. Te he visto dar tu primer paso en esa nueva dirección y, perdóname si soy algo impaciente, creo que es un buen momento para que yo de el siguiente paso. —Tuve que tragar saliva.

—Alex...

—No voy a pedirte una respuesta ahora, no voy a ponerte un plazo, una fecha y tampoco quiero que lo rechaces. Quiero que te tomes todo el tiempo que necesites, esperaré lo que sea necesario. De momento solo quiero que me prometas que lo guardarás hasta el momento en que me des un sí. —No dije nada, solo asentí. Alex estiró su mano, abrió la bolsita y sacó un anillo que colocó de nuevo sobre la bolsa vacía.

—Pertenece a mi madre, y sé que cuidarás bien de él.

—Alex, no soy...

—Lo eres, Palm. Eres digna, eres la indicada, eres la única.

—Alex, yo...

—No digas nada, no hace falta. —Se puso en pie y tiró de mí para ponerme entre sus brazos. Besó mi frente y acomodó mi cabeza junto a su cuello.

—Alex.

—Te quiero y eso no va a cambiar mañana, ni pasado, ni dentro de unas semanas, ni en unos

meses. Probablemente te ame el resto de mi vida.

—Sí.

—Ya lo sabes, cuando estés lista espero que me des un...

—Sí.

—Exactamente. —Alcé la vista y besé sus labios dulcemente.

—Sí. —Alex aguantó la respiración durante cuatro segundos antes de mostrar en su rostro que finalmente había entendido.

—Has dicho que sí.

—Sí. —Se estiró para alcanzar el anillo y lo colocó en mi dedo.

—Palmyra Bennet, vamos a casarnos, ya no puedes echarte atrás.

—No voy a hacerlo.

—Tampoco iba a permitir que lo hicieras.

Capítulo 56

Connor

Creo que nunca había tenido algo tan jugoso entre manos a la hora del desayuno, y no me refiero al trozo de bizcocho que he robado a Jonas. Al fin de cuentas, todos acabamos metiéndole mano. No, me refiero a la prensa y, concretamente, a la sección de sociedad por la que estaba abierto el periódico. Ahí estaban los dos tortolitos, posando con naturalidad para la que sería su foto oficial de compromiso. La saqué yo con mi teléfono y, cuando lo hice, no estaba pensando precisamente en que acabaría en la prensa. Pero ahí estaba, justo encima del titular: «El señor Alexander Bowman y la señorita Palmyra Bennet anuncian su compromiso». Buen golpe de efecto del jefe. Ahora nadie en todo el estado podía decir que no sabía que iban a casarse. Y no había nada más normal que un rico hombre de negocios apareciese en los ecos de sociedad con noticias como aquella.

Palm y el jefe se sentaron en la mesa del desayuno de la cocina y yo estiré el brazo para dejar el periódico perfectamente doblado bien cerca de su vista.

—Salieron bien guapos los dos, jefe. —Palm estiró el cuello todo lo posible para ver la imagen impresa en el papel y, al reconocerse, se precipitó sobre el periódico para tomarlo en sus manos.

—¡Madre mía! —Alex la observaba por el rabillo del ojo mientras bebía el café de su taza.

—Una fotografía excelente, Connor —puntualizó serenamente el jefe.

—Sí, estoy pensando en cambiar de trabajo. —Jonas dejó a un lado su bizcocho y se metió en la conversación:

—¿En serio? Quizás el jefe te contrate para hacer el reportaje de boda. ¿Ya hay fecha? —Palm abrió los ojos como platos, y giró el rostro para encarar a Alex:

—¿Fecha? No tenemos fecha. ¿Hay que hacerlo ahora? —El jefe tomó la silla de Palm y la arrastró más cerca de él.

—Planificarlo no estaría mal, pero contigo he aprendido a tomar las cosas cuando llegan, sorpresas incluidas. —¡Joder, sí! Con Palm las sorpresas estaban casi garantizadas y nadie mejor que el jefe para saberlo. Él estaba presente cuando esa loca bajita se había puesto a caminar sobre un cable entre dos edificios, en plena noche y con vigilantes patrullando.

—Tranquila, podemos ir juntos a escoger el vestido —intercalé. Y ahí apareció la mirada asesina del jefe. Sí, creo que esa excursión acababa de ser aplazada de forma definitiva, al menos para mí.

—Connor tiene razón, podías ir a mirar vestidos con tu amiga Alicia.

—Yo... yo no tengo que ir a eso, ¿verdad? —dijo Jonas.

—Va a ser que sí, Jonas. Como buen compañero, vas a pasar por eso.

—¡Señor!, ¿qué he hecho yo para merecer esta tortura?

—Seguro que habrás dejado atrás a más de una chica soñando con vestidos de novia. El karma tiene una forma curiosa de devolvarte «el favor». —Tuve que decirlo. Uno no hace leña del árbol caído, más que nada porque el hacha del leñador andaba cerca, pero...

—Gilipollas.

—Yo también te quiero, colega. —Sí, definitivamente, aquel desayuno estuvo bien, sobre todo porque Jonas salió de la casa con un mosquito picándole las pelotas.

Alex

Connor estaba de pie frente a mí, esperando a que tomara una decisión sobre el tipo. De ser otro ya estaría metido en el «taller» y le estaríamos aplicando el tercer grado. Pero soy una persona que se adapta y esta ocasión lo requería.

Normalmente, cuando alguien hace preguntas sobre mí en la ciudad, hay preparado un protocolo. Un policía, un investigador o algún rival siempre se topará con un muro electrificado que ni siquiera sabe que está allí. Uno no se convierte en el jefe de la mafia irlandesa de Chicago dejando algún flanco al descubierto. Tengo ojos y oídos en cada barrio, cada negocio, cada esquina de esta ciudad. Si alguien pregunta por mí, en cualquier parte, lo sabré a los 10 minutos; a la hora, tendré a esa persona vigilada y con un cerco a su alrededor para que no sobrepase los límites que no me interesa que descubra.

Fidelidad, miedo, me da igual el motivo que impulse a la gente a obedecer mis órdenes, el caso es que lo hagan. Y mantenerlos alerta, deseosos de complacerme, también era algo bueno. Por eso estaba decidiendo qué hacer con aquel tipo. Y no, no es que preguntara directamente por mí, es que a quién buscaba era a Palm. El tipo tenía curiosidad por saber quién era yo, cuan rico era, pero lo que mantenía un zumbido en mi cabeza es que quería saber cómo podía localizar a Palm.

—¿Qué más has averiguado sobre él? —Connor caminó hacia mí y me tendió su teléfono. Empecé echar un vistazo a las fotos del tipo, y lo que supuse era el interior de la habitación en la que se hospedaba. Después, había una serie de fotos y documentos que por sí solos decían mucho.

—Se registró como Peter Parker en un motel de carretera a las afueras de Chicago. El tipo no fue muy original, ¿Spider-Man?, patético. El caso es que tiene impresa bastante información, a todas luces sacada de internet, y toda sobre ti, salvo una hoja que llamó mi atención. —Connor llegó a la foto en cuestión y amplió el documento para que pudiese verlo con claridad y las palabras «partida de nacimiento» llamaron mi atención. Era un certificado de nacimiento con el nombre de Palmyra Bennet.

—Aquí, Peter, de nombre real James Blue, es un detective privado de Memphis, Tennessee. Y si bien está muy interesado en saber cosas de ti, lo está más en localizar a Palm.

—Está claro que alguien le ha contratado para encontrarla. La cuestión es averiguar quién y por qué.

—Tú decides, jefe. ¿Se lo sacamos a golpes o le ponemos un halcón encima?

—De momento vamos a dejar que nos lleve hasta su cliente. Y si eso no funciona, siempre podemos recurrir a los viejos métodos. —Connor sonrió con malicia. No, ninguno de nosotros sentía reparos si tenía que recurrir a la violencia si fuese necesario, sobre todo porque se utilizaba con gente que tampoco tenía reparos en servirse de ella. Ya saben lo que dice la Biblia, con la vara que mides, serás medido.

—Pon un equipo entero a vigilarlo. Que le sigan a Memphis, que pongan cámaras y micros en su despacho, en su coche. Quiero saber con quién se reúne, dónde, cuándo y cada palabra de todas sus conversaciones.

—Sí, jefe, me pondré a ello ahora mismo.

—Bien. — Antes de que se fuera, envié todas las fotos a mi propio teléfono. Después, me puse a estudiar todo aquello; lo más interesante era la partida de nacimiento. ¿Por qué tenía ese documento un detective privado? Pero había algo aún más importante, ¿debía decírselo a Palm? A estas alturas había aprendido que debía hacerlo, pero nadie dijo que no lo hiciera más tarde. Antes quería saber qué ocurría y si no llegaba a eso, al menos averiguaría quién era la persona

que estaba detrás.

Capítulo 57

Palm

Estaba esperando a que la vendedora llegara con los vestidos de novia para probarme y, al estar sola, sin nada que hacer, mi mente empezó a trabajar por su cuenta. Mi vida había cambiado junto a Alex y los chicos y había sido para bien, aunque hubiese algunos «puntos oscuros» en ella, y no, no me refería a la convivencia con ellos. Si lo pienso fríamente, uno está rodeado de peligros en una gran ciudad como Chicago. Para muestra, aquel incidente del callejón trasero de la cafetería donde trabajaba. Yo no había buscado problemas, pero los problemas me encontraron a mí. Ahora, la única diferencia era que había alguien que se preocupaba por mí.

—Bueno, aquí estoy. Me dijiste que no tenías una idea de lo que querías, así que he traído una selección pensando en lo que podría quedarte bien.

—Vale. —Me puse el primer vestido y al verme con él puesto tomé conciencia de lo que estaba ocurriendo. Me iba a casar, me iba a casar con Alex. Casi salí como un autómata hacia el salón de los acompañantes y desperté de mi catatonia gracias al pequeño grito de Alicia.

—Wow, qué bonito. —Miré hacia el sofá —sí era como ese de *¿Este es tu vestido?!* o cómo se llame— y allí estaban Alicia sentada en medio, Jonas a la izquierda y Oliver a la derecha. Sí, los tenía a todos. Invité a Alicia a venir conmigo. Ni qué decir tiene que Jonas estaba «encantado» de estar allí, jugueteando con su teléfono, haciendo que prestaba atención de vez en cuando, y Oliver... Bueno, no parecía muy interesado, salvo cuando supo que Jonas vendría con nosotras dos. Un extraño grupo ellos tres.

—¿Os gusta? —pregunté.

—Conmigo tienes un problema, a mí me gustan todos —puntualizó Alicia.

—Las mujeres y los vestidos de novia, nunca entendí eso.

—Esa es la razón por la que no tienes novia, Jonas.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es solo un vestido, es «el vestido» —aclaró Alicia.

—Es como ser un fan de los Chicago Bears que lleguen a la Superbowl y decir que solo es un partido —aclaró Oliver.

—¿Ves? Oliver sí que lo entiende.

—Yo es que soy más de hockey —y Jonas volvió a su teléfono.

Me encogí de hombros y la vendedora y yo nos fuimos a por el siguiente vestido. No sé cuántos me probé, para desesperación de Jonas, claro. Alicia estaba encantada con todos y si por ella fuera, me habría probado toda la tienda. Oliver no es que dijera mucho, pero estaba claro que no perdía atención de nada. Parecía que no iba a encontrar algo que realmente me hiciese decidirme sobre qué era lo que quería, hasta que lo tuve puesto. Era, ¿cómo explicarlo?, desde el tacto del tejido, la sensación sobre mi piel y el verme dentro de él frente al espejo... Nadie dijo nada, ni la dependienta, ni yo, simplemente salimos.

Cuando llegué hasta el gran salón, pasó algo parecido. Alicia no dijo nada, solo clavó sus ojos sobre mí y siguió mis movimientos. Oliver tampoco habló, pero eso no era nuevo. Jonas ni siquiera alzó la vista, porque ni había notado que estaba allí. Yo me volví hacia el espejo y me di un vistazo de nuevo. El vestido era como yo deseaba que fuese mi vestido de novia: hermoso, sencillo, delicado.

—Lo compro. No, quiero decir, que tienes que comprarlo —al menos no era la única chica que lo pensaba. Oliver tan solo asintió con la cabeza secundando el veredicto de Alicia. Y, por una vez, Jonas alzó la vista de su teléfono por más de cinco segundos.

—¿Cuánto cuesta? —Y cuando la vendedora dijo el precio, la fantasía se terminó.

Jonas

Seguimos casi 20 minutos más probándonos vestidos, bueno, probándonos los Palm, pero estaba claro que pedir «alguno más baratito» no era la solución. Aquel puñetero vestido estaba claro que era, como decía Alicia, «el vestido». Podían pensar que no estaba prestando atención, pero era parte de mi estrategia. ¿Que qué estaba haciendo? Pues haciendo de espía infiltrado. Cada vez que Palm salía con un vestido, le enviaba una foto al jefe. Y cuando Palm encontró «el vestido» no solo le mandé la foto, sino que le dije lo que significaba y por qué nuestra chica había dicho que no. El puñetero precio. La verdad es que para ser un vestido que solo se pondría una vez era excesivamente caro, pero si otras estaban dispuestas a pagarlo, ¿por qué ella no? Pues sencillo, porque no quería hacerlo. Para alguien que ha vivido con sus restricciones, hacer un desembolso así para un vestido era un auténtico despilfarro. Y, aunque ella no iba a pagarlo, no quería que el jefe lo hiciera tampoco. Es duro saber que quieres algo y no poder tenerlo, pero más duro aún es desearlo, poder conseguirlo y renunciar a ello porque crees que no está bien tenerlo.

Pero yo estaba allí y tenía órdenes de averiguar todo lo que ocurría en aquel lugar. Así que, ¡a la mierda con todo!, si ese era el que Palm deseaba, se lo íbamos a dar. Bueno, el jefe. Así que, con la excusa de ir al baño, me acerqué a la dueña del comercio, le dije lo que queríamos y que se encargara de los arreglos sin que Palm se enterase, claro. La mujer protestó. Que si había que hacer pruebas para los arreglos, que si luego la chica se arrepentía era un vestido muy caro... Hasta que mencioné el nombre de Alex Bowman y dije que no teníamos límite de precio en la misma frase. Entonces, todo fueron sonrisas y «por supuesto, señor». No es que yo tuviese un ojo experto, pero creo que no había que hacer ningún arreglo al vestido, tal vez subir un poco los bajos, pero que de eso se encargaran ellos que para eso pagábamos.

Cuando regresé al sofá, encontré a Oliver demasiado cómodo. En otra circunstancia me resbalaría como la lluvia sobre la roca, pero... carraspeé para hacer notar que estaba llegando. El tipo ni se inmutó. Me dio una mirada apática y después volvió su atención a Palm. Estaba claro que estaba detrás de Alicia, el que ella no lo notase era algo raro, ¿o era que solo le interesaba como amigo? A saber, la argentina era difícil de interpretar. Un día llegaba con esas bragas revienta pantalones, luego pasaba sobre ti como si fueras la pegatina del guardabarros trasero de una vieja camioneta. Que me tenía desconcertado era la mejor forma de decirlo, pero si algo tenía por seguro era que no era una amenaza para Palm. Oliver tampoco lo parecía, pero había algo raro que me mantenía alerta. Alex tenía razón, algo no terminaba de encajar en ese tipo.

Capítulo 58

Alex

El parto de Niya estaba a punto de llegar. Teníamos la consulta con el veterinario en dos días para alojarla en la clínica hasta que sucediera. Palm estaba bastante nerviosa, algo que era extraño en alguien que ha vivido en el circo y convivido con animales. Pero yo tampoco era un experto en esas cosas, así que estábamos confiando en el criterio del veterinario.

—¡Alex! ¡Alex! —Salí del despacho a todo gas, como un Fórmula Uno con el semáforo en verde, esquivando todo lo que se ponía en mi camino para ponerme a la cabeza. Llegué hasta Palm, que estaba arrodillada junto a una jadeante Niya. —Creo que es la hora.

—Vale, tranquila. El veterinario dijo que la naturaleza era sabia y que sería algo sencillo para Niya traer a sus cachorros al mundo.

—¡Déjate de discursos! Algo no va bien. —Gracias a dios que mis rodillas tocaron el suelo a su lado, porque la sangre abandonó mi cara concentrándose en mis pies. Soy un tipo duro. Sangre, mutilaciones, muerte... hace tiempo que superé todo eso, pero ahora veo a Palm asustada porque podíamos perder a nuestra Niya y me convierto en el hombre más débil del planeta. Pero ser débil no significa que no me mueva, aprendí de joven que si sigo moviéndome puedo con todo.

—Voy a llamar a veterinario para que venga. —Ya estaba marcando el número mientras hablaba.

—No sé si será bueno que la movamos. —Los ojos angustiados de Palm me miraban suplicantes, necesitaba mi ayuda. Yo no era uno de esos caballeros andantes, pero por ella me pondría toda la armadura.

—Por el dinero que cobra, ya puede perder el culo para hacer una visita a domicilio. — Cuando terminé de darle las indicaciones al médico para llegar a nuestra casa, envié a Connor para salir a su encuentro. Tener una casa difícil de encontrar y con tantas medidas de seguridad tenía sus inconvenientes.

El médico puso el manos libres para poder hablar con nosotros mientras conducía. Al menos el tipo se tomaba en serio su trabajo.

—Necesito que me vayan indicando cómo está la situación.

—De acuerdo. Niya está jadeando y no se mueve, solo levanta la cabeza de cuando en cuando, como mirando si ha salido algo por ahí abajo.

—Bien, necesito que haga una exploración de la zona.

—Una ¿qué? —Palm me tomó el teléfono y se lo puso en la oreja:

—Dígame qué tengo que ir haciendo... Sí... ¿Tenemos unos guantes de látex?

—Yo iré por ellos —No me había dado cuenta de la presencia de Jonas hasta que habló a mi izquierda. Cogí el teléfono de la oreja de Palm y antes de que pudiese protestar activé el altavoz.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Bien, doctor, ¿qué tenemos que hacer?

—Tiene que introducir los dedos por el orificio de la vagina y hacer una palpación, hasta tocar el primer cachorro. —¡Joder!, meter los dedos... ¡ahí! Menos mal que Jonas llegó en ese momento con los guantes y Palm los cogió rápidamente para ponérselos.

—Tranquila, pequeña. —Mi mano se empezó a deslizar rítmicamente sobre la cabeza y el

lomo de Niya, dándole un escaso consuelo para su sufrimiento. Jonas se situó al otro lado, sujetando una de las patas traseras del animal, para facilitarle el trabajo a Palm. Menos mal que estaba de este otro lado, porque solo con verle la cara a Jonas ya se me estaba revolviendo el estómago.

—No... no encuentro nada. —Sus dedos habían desaparecido casi por completo en... ese agujero de Niya.

—Tiene que profundizar hasta encontrar algo duro, como atorando el camino. —Menos mal que las manos de Palm eran pequeñas. De haber sido la de Jonas o la mía creo que la pobre perra no se nos volvería a acercar en la vida.

—Creo... creo que toco algo.

—¿Qué forma tiene?

—¿Forma? Pues no sé, como una de esas huchas de cerdito.

—Vaya hacia los extremos si puede y dígame si puede coger por ahí a ese cerdito. —La lengua de Palm subió hasta tocar la parte superior de sus labios mientras intentaba ir con cuidado. Niya estaba gimiendo, pero Palm no se detuvo.

—Parece... parece que es más como una enorme salchicha por aquí.

—Bien, eso es que el cachorro está cruzado. Tiene que intentar moverlo para que sea uno de los extremos el que enfile hacia la salida. —Palm soltó el aire y, tomando fuerza con la otra mano sobre el suelo, empezó a hacer algo que hizo chillar a la pobre perra.

—Sssshhhh, tranquila, es por tu bien. —Otro movimiento y sentí los dientes de Niya clavándose en mi mano pero sin llegar a perforar la piel, algo así como un «no quiero hacerte daño, pero esto duele como el infierno».

—Creo que está.

—Bien, si puede, tire de esa salchicha hacia afuera, lentamente.

—Vamos, pequeña, tú puedes, empuja. —La animé. Sentí el gran lametazo sobre mi mano y luego sus músculos empezaron a tensarse. La mano de Palm ya estaba fuera, cuando algo asqueroso empezó a salir de allí dentro.

—Ya estamos aquí. —La voz de Connor llegó a mi espalda y, al girarme, encontré al veterinario llegando hasta nosotros. Iba poniéndose sus guantes de examen, mientras Palm le cedía su sitio.

—Buen trabajo.

El médico cogió el pequeño saco baboso y pringoso de sangre, retiró un trocito de una telilla de lo que podría ser una cabeza, y lo acercó a la boca de Niya. Fue verla dar el primer lametazo sobre... eso... y sentir que mis tripas ya estaban sacándome de allí.

—Salgamos de aquí, jefe. Dejemos al profesional que trabaje. —Creo que dije algo, no sé qué, o tal vez solo asentí, mientras dejaba que Connor tirara de mí fuera de allí. Cuando terminara todo el trabajo tendría que hablar con el veterinario. Había que hacer algo con Niya, algo que la impidiera quedarse embarazada de nuevo. Con pasar una vez por esto ya había tenido suficiente. Así era como surgían los traumas. Yo no volvería a tener una salchicha delante sin que una imagen de esto volviese a reproducirse en mi cabeza.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que el veterinario se puso en pie y se quitó los guantes con un chasquido.

—Bueno, parece que todos están bien. Tienen seis cachorros sanos y fuertes. Mañana les echaré un vistazo en la consulta. Esta noche será mejor que descansen. Y, señorita Bennet, si algún día quiere dedicarse a la veterinaria, me encantaría tenerla como asistente. —¿El tipo se atrevía ligar con mi chica? Yo le cortaba las pelotas. Miré hacia abajo, donde los cachorros, que ahora sí

que tenían pinta de cachorros, estaban muy ocupados chupando de las tetas de su madre. Bueno, le cortarían las pelotas en otro momento.

—Agradezco sus halagos, peso esta ha sido mi última intervención. —Mi chica sí que sabía poner a cada uno en su sitio, sin necesidad de que yo cortara nada.

—Nos vemos mañana en su consulta. —Estreché la mano del veterinario con firmeza para hacerle saber que todavía estaba en condiciones de patearle el culo si fuese necesario, claro. Luego, mientras Connor acompañaba al doctor, cogí a Palm por los hombros y nos quedamos los tres mirando cómo los pequeños demonios secaban las últimas energías de su madre.

—Voy a traerle agua y algo de comer a Niya —Jonas desapareció hacia la zona de la despensa.

—Bueno, prueba superada —puntualizó Palm.

—¿Sabes que eres buena, verdad? —ella me miró y sonrió.

—No soy buena, soy la caña.

—¿La caña?

—Sí, lo más, el tope, fuera de este planeta.

—Completamente de acuerdo. —Besé sus labios fugazmente y volvimos nuestra atención hacia los pequeños. La magia de la vida. Uno no se cansaba de ver estas cosas. ¿Esto significaba que me estaba volviendo un blando? No, creo que lo que sucedía era que estaba recuperando mi propia humanidad. El demonio había retrocedido y la persona estaba ocupando su lugar. Para que luego digan que los milagros no existen. Palm me había rescatado del infierno de mi propia soledad, llevando la luz de nuevo a mi vida.

Capítulo 59

Alex

Howard Stern, un nombre que no me diría nada si no hubiese hecho mi trabajo a conciencia. Cuando vi aquel certificado de nacimiento tuve algo muy claro, solo alguien de su familia recurriría a esa información. Si partíamos de aquel detalle solo había que empezar a eliminar. Sus abuelos maternos mantenían una comunicación continuada, su padre estaba muerto, no tenía ningún hermano por ese lado, así que solo quedaba su lado materno.

Había seguido el rastro de esa mujer y ahora se llamaba Bates, Janice Bates. Antes Janice Shaw, antes Janice Bennet y antes Janice Stern. No había más nombres antes, así que solo podía significar una cosa, que era o su abuelo o un hermano de su madre y, por la edad, tenía que ser lo segundo.

Ahora que ya sabía quién estaba buscando a Palm era el momento de decírselo. La encontré sentada en el suelo, en una vieja manta, junto a Niya y su camada. Esas ratas de rabo corto no hacían más que comer.

—Palm, ¿podemos hablar? —alzó la mirada y asintió con la cabeza.

—Espera que ponga el corralito. No quiero que se pongan a hacer sus cosas por toda la casa.

—La ayudé a colocarlo y luego la conduje al sofá—. Bien, ¿de qué se trata?

—Alguien está tratando de localizarte.

—¿Alguien? ¿Quién?

—Howard Stern.

—Ahora viene cuando me dices que tengo que quedarme una temporada en casa porque ese tipo es otro familiar tuyo que también regresó de la tumba o es el jefe de otra familia criminal que...

—Es tu tío. —Se quedó clavada, confundida.

—¿Mi tío?

—Hermano de tu madre.

—De mi madre... ¿Y qué quiere de mí este hombre?

—Para eso tendríamos que hablar con él. Lo único que sé es que ha enviado a un detective privado a localizarte y a investigarme a mí.

—¿A ti? Oh, vaya. Ahí tiene poco que hacer. Me atrevería a apostar que esa foto en la prensa sobre nuestro compromiso tiene mucho que ver. No tenías que haberla publicado.

—Yo no veo nada malo en que el mundo entero sepa que vamos a casarnos.

—Ya, pero evitar los problemas hace que no llamen a tu puerta.

—Yo soy de los que soluciona los problemas cuando llegan. Así que, llegados a este punto, tú decides qué quieres hacer.

—¿Hacer?

—Es nuestro problema, así que lo solucionaremos juntos. Salvo si hay que patear su culo. Tú me dices golpea y yo le rompo el alma.

—Eres un poco exagerado, ¿no crees?

—Depende de lo que ese tipo pretenda.

—Prométeme que no le pondrás las manos encima.

—¿Tienes miedo de que me lastime?

—No, pero algo ha llegado a mis oídos de que te da por cortar dedos.

—Nada de dedos, prometido. —Dibujé una X imaginaria sobre mi pecho y ella sonrió satisfecha. Tampoco era momento de decirle que no tenía que ser yo quien enrollara una cadena de 40 kilos a su cuerpo y luego lo arrojase en mitad del lago Michigan.

—De acuerdo, entonces veamos qué es lo que quiere mi tío...

—Howard, Howard Stern.

—Eso, tío Howy. ¿Y ahora qué? Vamos a buscarle y le decimos, eh, ¿me buscabas? ¿O cómo se hace esto. —Me incliné sobre ella y le di un besito rápido en esa boca osada.

—Según mi experiencia, es mejor dejarle que él dé el primer paso, hacerle creer que nos ha cogido por sorpresa.

—De acuerdo. Así que sencillamente seguiremos haciendo nuestra vida normal, pero me pegaré a Jonas como si fuese un tatuaje.

—Yo creo que no estaría de más que tu novio fuese a buscarte a clase algún que otro día. —La tomé por la cintura y la acerqué más a mí. Por reflejo, sus brazos se enroscaron en mi cuello, como a mí me gustaba. En momentos como ese, sentaba bien ser yo.

Jonas

¿Por qué, señor, por qué? ¿Qué te he hecho yo para merecer esto? No tenía suficiente con estar alerta con el tipo ese que iba detrás de Palm, que además mandaste esa maldita ola de calor que hacía ir a la gente medio desnuda por la calle. Y oye, no tengo nada en contra de ver unas buenas piernas, pero tengo que reconocer que, precisamente en ese momento, no podía distraerme con ese minivestido playero. Solo de imaginar lo que llevaría debajo... Lo peor era que era de color lila. ¿Que cómo sabía eso? Pues porque esa fina tela se transparentaba en algunos lugares. Y ella iba por ahí, tan alegre, como si el que los hombres de todo el campus supieran el color de su ropa interior fuese algo tan normal como beberte una botella de agua.

Y luego viene el Oliver ese y se pone una camiseta blanca de tirantes con unos pantalones cargo, de esos con bolsillos enormes en todas partes, luciendo tatuajes... Sí, el tipo se cuidaba, pero yo podía darle cien vueltas si empezaba a quitarme ropa. Aunque no venía cuento, lo de quitarme ropa, porque mi camisa oculta muy bien mi arma...

—¡Eh, gilipollas! —Sí, los había visto venir, pero ni de coña le iba a avisar de que dos cabezas huecas estaban jugando con un cubo de agua a nuestro alrededor y que, precisamente, ese cubo iba a vaciarse encima de él. Evité reírme, al menos por fuera, pero no podía negar que me gustaba el hecho de que el tipo acabase como una sopa.

—Oh, pobre. Será mejor que te cambies, Oliver. Estás empapado.

—Sí.

El tipo cogió su mochila y nos miró como indeciso, ¿le molestaba que le mirásemos? Finalmente, endureció su cara, sacó una camiseta y nos dio la espalda. Empezó sacarse la camiseta mojada con rapidez, pero como soy un cotilla, tengo que reconocerlo, ya estaba frente a él antes de que tuviese tiempo de vestirse de nuevo. Fue rápido, unos segundos, pero vi lo suficiente, dos cicatrices transversales, una debajo de cada pectoral. Se tapó rápido, pero sabía que lo había visto. Sus ojos me transmitieron una vulnerabilidad que me dio lástima, así que hice mi mejor actuación para convencerle que no había notado nada extraño.

—Trae esa camiseta, si la dejas ahí mojada, no conseguirás sacarle la mugre por mucho que la laves.

—Eh, Jonas, ¿y tú como sabes tanto de lavar la ropa? —curiosa esa Alicia.

—Viví mucho tiempo solo, ¿quién crees que tenía que hacer esas cosas? —estrujé la prenda mientras me apartaba de Oliver, para darle privacidad y que así terminara de acomodar su camiseta seca.

—Eh, Palm, creo que ese de ahí es tu prometido. —Alicia le sonrió, porque sabía que había dicho la palabra prometido con mucho retintín.

—Tienes un ojo de águila, Alicia.

—Qué va, es igual que el de todas esas lagartas. —Señaló con la cabeza a varios grupos de chicas que miraban al jefe como si fuese una jugosa hamburguesa.

—Que miren todo lo que quieran, soy la única que se lo va a comer. —Ahí es cuando un hombre se siente un trozo de carne, pero no dije nada porque nosotros decimos eso también cuando miramos del otro lado.

—Amén, hermana. —Alicia hizo ese gesto que suelen hacer las chicas de barrio, ese en el que chasquean los dedos y mueven la cabeza como si fuera un péndulo sobre su cuello.

Palm se despidió con la mano tras subirse a la moto de Alex y yo aproveché para hacer mi salida sin que se notara mucho.

—Bueno, yo también tengo que irme. Tengo tarea que hacer. —Y salí caminando lentamente, dejando a Alicia con Oliver.

Cuando llegara a casa tenía algunas cosas que contarle al jefe, sobre todo ese pequeño descubrimiento que seguramente Alex querría comprobar e investigar. Si mi intuición no se equivocaba, que raramente lo hacía, esas dos cicatrices eran producto de una intervención quirúrgica muy concreta, una en la que se extirpaban las glándulas mamarias. Había pocas causas físicas que necesitaran de ello, pero la más común era la reasignación de sexo. En otras palabras, Oliver no siempre fue un hombre. Eso explicaba por qué había algo en Oliver que no encajaba. Si intentaba ocultar los rastros de su cambio de sexo, escondiendo las cicatrices de su mastectomía y llevando pantalones para disimular su área genital masculina, era porque aún no estaba a gusto con su cuerpo.

Capítulo 60

Alex

—Señor Bowman, hay un caballero que solicita entrevistarse con usted. —No es raro que estando en mi despacho ocurran este tipo de cosas. Normalmente no recibo a nadie sin una cita previa, pero estaba esperando que algo así ocurriera. La recepcionista estaba advertida de que podía ocurrir y tenía órdenes de cambiar el modo de proceder con esta persona. Sí, le había advertido de que Howard Stern vendría a pedir una entrevista, así que le hice una descripción de cómo era el tipo y le di unas indicaciones, eso es todo.

—¿Su nombre? —Tampoco quería ponérselo fácil, ni hacerle pensar que le esperaba.

—El señor Stern.

—No le conozco. ¿Sobre qué quiere hablar conmigo?

—Eh, dice que es un tema personal.

—De acuerdo. Terminaré algo y que pase, pero dígame que solo tengo cinco minutos para él. —Lo bueno de que fuese en mi despacho es que tengo un circuito cerrado aquí dentro. Puedo grabar toda la conversación con todo lujo de detalles. Es lo que tienen las reuniones para un tipo como yo, que se cuidan mucho ese tipo de cosas. Así que accioné la grabadora digital y me preparé para mi visitante. Cuando entró por la puerta, lo recibí sentado en mi escritorio. Tampoco era plan de tener cualquier tipo de deferencia hacia él. A fin de cuentas, se suponía que no sabía quién era y yo trato así a los desconocidos.

—Buenos días, señor Bowman.

—Señor Stern. Soy un hombre ocupado, así que le pido que vaya directo al grano.

—Verá, he tratado de encontrar a mi sobrina Palmyra, pero todas las referencias que encuentro me llevan a usted y es un hombre difícil de localizar.

—Está aquí, no veo que sea tan difícil como dice.

—Hubiese preferido algo más... familiar.

—Procuro que mi vida privada no sea de dominio público. Pero ya que está aquí, dígame en qué puedo servirle.

—Cómo le dije, quiero contactar con mi sobrina.

—Ya que soy su prometido, podría decirme el motivo, ¿verdad?

—Su madre se está muriendo.

—Lo siento por ella.

—Gracias, pero estoy aquí porque quiere ver a su hija.

—Los abandonó a ella y a su padre cuando era apenas un bebé. ¿Qué le hace pensar que quiera satisfacer ese deseo?

—Ya me advirtieron de que era un implacable y frío hombre de negocios. Pero no es a usted a quien le corresponde tomar esa decisión, sino a mi sobrina. Yo solo quiero hacerle llegar el mensaje. Si ella no quiere saber nada de su madre, está en su derecho. Pero si quiere hablar con ella y escuchar lo que tiene que decirle, puede encontrarnos en esta dirección. —El tipo alargó el brazo, para depositar una tarjeta sobre la mesa. Después se levantó—. Ya tiene mi teléfono. Espero que tenga la suficiente conciencia como para darle la información a Palmyra. —Empezó a caminar hacia la salida, pero se giró a mitad de camino—. ¡Ah! Y señor Bowman, yo no privaría a nadie de pedir perdón por los errores cometidos. Todos merecemos hacerlo. —No podía negarlo,

el cabrón había dicho las palabras adecuadas.

Palm

—Se está muriendo. —Sostenía aquel trozo de papel entre mis manos como si fuese una pieza de porcelana.

—Eso es lo que ha dicho.

—¿Crees que es cierto?

—No es difícil de comprobar.

—¿Debería... debería ir a verla?

—Tu tío piensa que quiere pedirte perdón.

—Nos abandonó, Alex. Mi padre murió pensando que nos había fallado, que por su culpa yo perdí a mi madre. Le destrozó el corazón, ¿cómo puedo perdonar eso? —Podía sentir el nudo en mi garganta crecer, haciendo que cada palabra que salía de mi garganta doliera.

—Yo no soy el más indicado para responderte a esa pregunta, no puedo ser imparcial. Viví demasiado tiempo en un pozo oscuro hasta que me obligaste a perdonarme a mí mismo. He hecho demasiadas cosas malas, de algunas me arrepiento, pero la peor de todas fue cerrarme al recuerdo de mi familia. No soy quién para privar del perdón a nadie, pero tú decides. Yo estaré aquí, escojas el camino que escojas. —Me acerqué más a Alex y me recosté sobre su pecho. Sus brazos me envolvieron dándome ese calor, ese confort que siempre necesitaría de él.

¿Merecía mi madre que la escuchara? ¿Tendría una historia diferente que contar sobre lo que ocurrió? Papá no quiso dar muchos detalles. No volcó su odio sobre ella, tampoco la hizo desaparecer, ni esperó a que volviera. Mi madre solo fue una tormenta de verano, de esas que llegan con muchos relámpagos, y tan rápido como vienen, se van. Sin más. Otra persona en mi situación tendría muchas preguntas que hacer. Pero yo no necesitaba las respuestas, a estas alturas ya no.

Alex

Palm habló unos minutos con su tío. Y si bien el saludo fue bastante frío, el hombre intentó que su despedida no lo fuese tanto. Abrazó a su sobrina unos segundos, aunque Palm seguía incómoda. Podían ser familia, pero Howard seguía siendo un completo desconocido.

Habíamos quedado en un lugar público, aunque con cierta intimidad. Yo estaba al margen, porque no quería condicionarla, pero pude escucharlo todo. Nadie dijo que no pudiese hacerlo, tan solo dejé que el tipo y Palm tuviesen su charla sin sentirse cohibidos por mi presencia.

Cuando Palm llegó hasta mí, parecía necesitar alguien en quien apoyarse, así que la abracé y empezamos a caminar hacia nuestro coche. Connor iba detrás a una distancia prudencial.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien, supongo.

—¿Vas a ir entonces?

—No le debo nada, pero voy a hacerlo.

—De acuerdo.

—¿Vendrás conmigo?

—Por supuesto.

—Entonces ve reservando billetes de avión. Me gustaría ir este sábado. Así no perderé ninguna clase.

—Haré los arreglos. —Besé su frente con cuidado.

Connor ya estaba junto al coche cuando llegamos y yo ayudé a Palm a subir a su asiento. Puede que no dijéramos mucho. Ella asimilando toda aquella situación y yo dándole vueltas a todo lo que tenía que hacer antes de llegar a Memphis. ¿Howard Stern pensaba que era el único que había puesto a alguien a investigar? Pues se equivocaba. Yo ya tenía a alguien sacando toda la suciedad de debajo de sus alfombras. Incluso pedí ayuda a cierto experto informático que vivía en Las Vegas. Cuando se trataba de Palm, nada era suficiente.

Cuando entramos en casa, Jonas estaba en la puerta con uno de los cachorros en brazos. Nunca pensé que él fuese un hombre de cachorros, pero ahí estaba, dejando que la pequeña rata mordisqueara su barbilla, sin inmutarse. Y sabía que esas malditas fauces eran como un nido de alfileres puntiagudos.

—Llegó el paquete que estaba esperando. —Era otra manera de decir que los informes ya estaban a mi disposición. Me incliné sobre Palm y besé fugazmente sus labios.

—Libera a Jonas de su tortura, pequeña. Pediré que nos traigan algo para cenar.

—Puedo hacer cualquier cosa.

—Lo sé, pero hoy me toca cocinar a mí. —Ella alzó una ceja y entrecerró los ojos.

—Tú no cocinas y pedir algo de comida para traer...

—No voy a permitir que hoy cocines, así que deja que me ocupe yo de todo. Tú encárgate de nuestros «nietos».

—¡Aj, odio cuando dices eso! Me hace sentir muy vieja.

—Entonces ve pensando en ponerles nombres. —La vi recoger al cachorro de las manos de Jonas.

—Si lo hago nunca saldrán de esta casa. Y a su nuevo dueño le gustará poner el nombre a su cachorro.

—Slay —dijo Jonas.

—¿Cómo?

—Este es Slay.

—¿Lo ves? Ahora ya no habrá manera de echarlo de casa.

—Se queda conmigo. —Y lo dijo con esa seriedad propia de todo indio mestizo canadiense, como diciendo «intenta contradecirme». Pues no iba a hacerlo, pero si quería quedarse con él, ya podía ir buscándose otro lugar donde vivir, él y el perro. Porque si empezaba uno luego vendría Connor, luego Palm y luego acabaría cayendo yo. Y terminaríamos montando una perrera.

—OK, le pondré un lacito para saber que este es el tuyo —puntualizó Palm.

—No hace falta, puedo distinguirlo del resto. —Palm se quedó quieta, intentando encontrar algo que diferenciara a ese de sus hermanos.

—Ya, suerte con eso. Yo voy a ponerle un lacito al cuello. —Palm desapareció y yo caminé al despacho seguido por Jonas. Volví el rostro hacia él, preguntando en silencio.

—¿Qué? Solo digo que camina diferente a los otros. —Ya, indios mestizos y sus conexiones extrañas con los animales y la naturaleza. No iba a preguntar más.

Jonas

Era divertido jugar con ellos. ¿Indio mestizo? Seguro que estaba pensando en ello. No iba a confesar que mi pequeño Slay tenía una marca de nacimiento en cierta pata trasera que había visto por casualidad cuando estaba jugueteando con los pequeños. De todas maneras, Slay fue el primero que se atrevió a subir a mi regazo. Ese pequeño explorador me había ganado el corazón.

Decir que iba a quedarme con él me había traído de nuevo a la cabeza la idea de buscarme un lugar propio. Había estado varias veces a punto de ser sorprendido jugueteando con los cachorros, y eso no es bueno si tienes una reputación de tipo duro y serio. Uno tenía que conservar esa imagen.

La idea apareció cuando Palm y el jefe empezaron a dormir juntos. Estaba bien vivir con Alex, pero ahora la cueva de los solteros se estaba convirtiendo en un hogar, y no había sitio para mí allí. Sí para trabajar, sí para una visita, pero no para vivir. Además, si tenía casa propia, tendría un lugar más privado para llevar chicas. Mmm, chicas. En mi propia casa no tendría que dar explicaciones a nadie si aparecía alguna braguita de encaje rojo en algún sofá... ¿Por qué tenían que ser rojas? ¡Maldita Alicia! Ya me había metido un pequeño fetiche en la cabeza.

Capítulo 61

Palm

Alex no podía hacerlas cosas como el resto de los hombres, ya me había dado cuenta de ello. Quizás por eso estaba enamorada de él, por ser tan diferente al resto, como yo. Ninguno de los dos era material predecible. Así que allí estábamos, dentro de un avión privado, viajando a Memphis. Connor dormitaba en uno de los asientos cercanos, mientras Alex caminaba hacia mí con una pequeña botella de agua en sus manos. Se sentó a mi lado y me la entregó.

—¿Necesitas algo más?

—No, gracias, señorita azafata.

—Auxiliar de vuelo.

—Mmm, me encanta cuando te haces el duro. —Alex miró hacia Connor, tomó mi mano y me arrastró por el pasillo del avión.

—Te voy a mostrar lo duro que puedo ponerme. —Abrió la puerta del aseo y nos metió dentro.

—Huuuuuuy, ¿eso quiere decir que vamos a entrar en el Mile High Club? —Alex miró su reloj y empezó a cerrar la puerta.

—Tenemos una hora, creo que nos dará tiempo.

—¿Crees?

—Ya me conoces, me gusta hacer las cosas bien.

Connor

Cuando noté movimiento a mi lado, abrí el ojo derecho, para ver cómo Alex arrastraba a Palm hacia el baño del avión. Esos dos ya estaban otra vez, eran como conejos. Di gracias en silencio al que inventó los auriculares para teléfonos y me los coloqué en los oídos. Ni siquiera busqué en mi lista de reproducción, cualquier cosa era mejor que gemidos y cosas de esas. No es que me desagradaran, es que me incomodaba que fuesen otros los que estuviesen metidos en el lío, y no yo.

Me alegro por Alex y Palm, porque son personas increíbles que se merecen todo lo bueno que pueda pasarles, pero un hombre adulto con una libido totalmente funcional tenía algunos límites. Era hora de mirar alguna casa para irme a vivir lejos de esos dos. Bueno, no muy lejos, lo suficiente como para no escuchar lo que no debía, ni ver una piel desnuda que no debería ver; sobre todo, porque el jefe se había vuelto muy posesivo y celoso con su chica. Hay que ver las vueltas que da la vida. Antes le daba igual que le sorprendieran teniendo sexo con cualquier mujer en los sitios menos apropiados. Ahora, sigue igual o más fogoso, pero intenta proteger a Palm tanto como puede.

Matrimonio. De ahí a tener hijos solo había un paso. Alex tendría su propia familia en un parpadeo y, aunque me alegraba, no podía dejar de sentir ese pequeño pinchazo de envidia.

La voz del piloto sonó en la cabina anunciando que pronto tomaríamos tierra. Más les valía a esos dos salir rápido o tendría que ponerme a aporrear la puerta. Por suerte, no tuve que hacerlo. Alex salió el primero, metiendo su camisa dentro de los pantalones. Echó un ojo a los chicos que iban sentados más allá de nuestra fila y estos hacían cualquier cosa para no mirarlo. Podía entenderlos, Alex solía imponer ese tipo de miedo/respeto cuando te miraba directamente. Una

vez vi a un tipo mearse encima. Bueno, también tuvo algo que ver el que Alex tuviese un alicate en las manos y lo abriera y cerrara con un dramático chasquido repetidas veces.

Esta vez se detuvo a mitad del pasillo, se giró para darles la espalda y esperó a que Palm saliese del baño, caminara hacia su asiento y se acomodara. Luego se sentó a su lado. Sí, lo pillamos jefe, a tu chica no se la mira

—¿Todo listo?

—El equipo de Memphis nos espera a pie de pista. Revisaron los alrededores y tenemos vigilancia continua sobre la casa.

—Bien. Dame el inhibidor. —Le tendí el pequeño aparato, que había comprobado antes de salir de Chicago. ¿Para qué llevar un inhibidor? Sí, los teléfonos dejarían de funcionar, incluidos los nuestros, pero así nos asegurábamos que ninguna transmisión salía o entraba de allí sin nuestro consentimiento. Además, teníamos nuestra propia señal de alarma por si acaso.

—Yo no entiendo mucho de estas cosas, pero ¿no es un poco exagerado todo esto? —Palm miró a Alex directamente. Eso, qué respondiese él.

—Ahora juegas en las ligas superiores, pequeña. Aquí las reglas cambian y la más importante es que nunca se es suficientemente precavido. —Eso es, jefe, directo al grano, pero sin asustar. Alex tenía que hacerse político, no, espera, retiro eso, no me gustan los políticos, no tienen ética.

—Supongo que tendré que acostumbrarme.

Palm

El trayecto a la casa no es que fuese largo, pero lo pareció, más que nada porque parecía que salíamos de un mundo para entrar en otro. Dejamos el Memphis urbano para adentrarnos en la zona más rural. Cuando el convoy se detuvo frente a la casa, lo primero que pensé fue que era que un lugar apartado de todo; más que tranquilo yo lo definiría como solitario.

La casa no era fea, pero estaba claro que había vivido momentos mejores. Me recordaba a la casa que Forrest Gump tanto que esperaba verlo salir por la puerta, pero, en vez de Tom Hanks, el que salió fue Howard. Lo siento, pero no podía llamarle tío Howard, seguía siendo un desconocido y pertenecía a esa parte que no dejaba de ser solo aportación genética.

—Te está esperando. —Asentí y subí los escalones con la mano de Alex en la mía. Seguí a Howard hasta una puerta entreabierta que él terminó de abrir mientras se apartaba a un lado. Estaba a punto de entrar, cuando Howard alzó la mano para detener a Alex—. Sería mejor que las dejáramos a solas.

—Estaré aquí fuera. —Asentí hacia él y entré en la habitación. Caminé hacia el interior, donde había una mujer menuda y demacrada sentada junto a la ventana, fumando un cigarrillo. Volvió su rostro hacia mí y expulsó el humo de su boca.

—Tienes los ojos de tu padre.

—Eso dice la abuela Petra.

—Y también heredaste mi nariz.

Alex

Seguí a Howard hasta lo que parecía ser el salón. Había una bandeja con vasos y una jarra de lo que podría ser limonada.

—¿Le apetece tomar algo fresco?

—Gracias. — Me sirvió un vaso y me instó a sentarme en una de las sillas. Él se sentó en la

de enfrente. Cuando se recostó en el respaldo y cruzó una pierna sobre la otra, supe que los papeles se habían invertido. Este hombre estaba en su terreno, se sentía poderoso y estaba seguro de que en breve descubriría por qué.

—Sé quién es, señor Bowman.

—¿Y quién soy, señor Stern?

Capítulo 62

Palm

La mujer hizo un gesto para que me sentara en la otra silla y volvió a darle una calada a su cigarrillo.

—Supongo que tendrás muchas preguntas. —Me senté y la observé en silencio. ¿Preguntas? Hace tiempo tenía preguntas, pero con el tiempo me di cuenta de que las preguntas no me darían nada. ¿Por qué se fue? Eso no cambiaba el hecho de que lo hiciera, ni de que creciera sin ella. Papá hizo un gran trabajo. Y sé que él no tuvo la culpa. Tenía defectos, como todo el mundo, pero era una buena persona. Jamás le levantó la mano a nadie, tampoco era de los que gritaba o humillaba. No bebía, no tomaba drogas... Preguntas no tenía, pero sí una pequeña curiosidad. Si encuentras a un hombre así y das el paso de casarte y tener un hijo con él, ¿qué te lleva a mandarlo todo a la mierda y largarte sin mirar atrás? Pero, como dije, no necesitaba ninguna respuesta.

—Realmente no. —Ella entrecerró los ojos, apagó el cigarro en un cenicero a su lado y se acomodó mejor en su silla.

—Has venido hasta aquí. Es un camino demasiado largo para no tener preguntas.

—De haberlas tenido, te habría ido a buscar hace tiempo. ¿No crees?

—¿De verdad que no tienes ninguna?

—Olvidas que no he sido yo quien ha ido a buscar a la otra.

—Bueno, Howard me hizo ver algo importante.

—¿El qué?

—Que yo te traje al mundo.

—Un poco tarde para darte cuenta.

—Yo creo que ha sido a tiempo.

—Ya no soy una niña que necesita que la cuiden o la aconsejen.

—Esa está claro. Eres una mujer que se ha labrado un futuro y lo has hecho muy bien.

—Yo no diría tanto.

—Tu prometido es un hombre muy rico. Yo veo ahí un buen futuro.

—Así que es por el dinero. —Por fin la serpiente mostró la cabeza.

—No es el dinero, es por la familia.

—Antes no te importó la familia.

—Pero a tu padre, sí. Y si de algo estoy segura es de que él te enseñó a respetarla.

—Sí, lo hizo.

—Entonces sabrás que tienes una obligación conmigo.

—¿Obligación?

—Estoy enferma, muy enferma, y es tu obligación de hija el cuidar de mí. —Ahí estaba. Egoísmo, puro egoísmo. ¿No estaría bien que la pagaran con la misma moneda?

—Y quieres que me quede aquí a cuidar de ti.

—No, hija, eso sería una tontería. Tienes un prometido que puede pagar una buena cantidad para hacer que su suegra tenga una buena vida.

—¿Y qué estarías dispuesta a dar a cambio?

—¿Dar? Es tu obligación. No tengo que darte nada.

—Tu obligación como madre es dar paz al sufrimiento de tu hija. ¿No crees que merezco

conocer toda la historia?

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Conocí a tu padre cuando el circo pasó por mi pueblo. No hace falta decirte que me sedujo con ese cuerpo de acróbata y esa maldita sonrisa Bennet. La vida en casa no era demasiado buena y en la cama él era pura dinamita, así que pensé que era buena idea irme con él. Cuando quedé embarazada, tu padre quiso formalizar la situación y nos casamos en el juzgado de la ciudad por la que pasamos en aquel momento.

—Esa parte ya la conozco.

—Bueno. Luego naciste tú, y ya puedes imaginarte el resto.

—Te cansaste de la vida en el circo.

— Todo el día trabajando para luego no tener nada de diversión. La vida en el circo era aburrida y tu padre no era tan bueno en la cama.

—Le dejaste porque te aburrías, qué profundo.

—Era joven, tenía otras prioridades.

—Sí, supongo que cuidar de tu hija no era una de ellas.

—Sabía que estarías bien. Tu padre y tus abuelos cuidarían bien de ti. No podía llevar a un bebé a hacer una vida de carretera.

—Y eso te lo tengo que agradecer.

—¿Lo ves? No era una descerebrada como decía tu abuela. —No, no era un descerebrada, era una egoísta y lo seguía siendo.

—Tú no quisiste hacerte cargo de tus responsabilidades y ahora quieres que yo haga precisamente lo contrario.

—Pero vas a hacerlo, porque tú no eres como yo, eres mejor. —Vaya todo un discurso motivador. Lástima que el público no fuese el adecuado. Me puse en pie y empecé a caminar hacia la puerta—. ¡Eh! ¿A dónde vas?

—Me aburres.

—¿No puedes irte! Tienes que cuidar de mí, eres mi hija.

—Tú tranquila, te estás muriendo, así que me ocuparé de ti.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que iré a escoger un ataúd divertido para ti.

—¿Eh? ¿Pero qué dices? ¡No me estoy muriendo! ¡Solo estoy muy enferma!

—Lo sé. Cirrosis hepática y tuberculosis. He leído tu informe médico de camino.

—Se supone que eso es confidencial.

—Sí, se supone. Lo mismo que fumar no es bueno en tu situación, pero supongo que te aburres mucho. Que tengas un buen día. —Cerré la puerta a mis espaldas, dejando sus improperios al otro lado. Y sonreí. Sentaba bien ser una chica mala, bueno, no exactamente mala. ¿Cómo era esa frase? Con la moneda que pagas, serás pagado.

Alex

—Le he investigado.

—Y supongo que ha encontrado algo interesante.

—Corríjame si me equivoco, pero es un hombre de negocios que se esfuerza por mantener una buena imagen pública.

—Siga.

—Sé que en Chicago tiene una reputación algo... turbia que quiere mantener bajo la alfombra.
—¿Turbia?
—Nadie se mete con Alex Bowman. Suena a algo que acabará doliendo.
—Ya sabe, en el mundo de los negocios los blandos sirven de comida al resto.
—Eso pensaba. Eso me lleva a lo siguiente. ¿Qué estaría dispuesto a pagar porque no se sepa de dónde viene su prometida?
—No tengo ningún reparo en que se sepa que mi mujer creció en el circo. Eso suena... exótico.
—No me refiero a ese origen.
—Me tiene intrigado, señor Stern.
—Me refiero a que se sepa que la madre de su prometida es una ex drogadicta que vendía su cuerpo para pagar la siguiente dosis.
—¿Cree que me preocupa eso?
—A usted no, pero quizás al resto de las personas que hacen negocios con usted...
—No has hecho bien tu trabajo, Howard. ¿Puedo tutearte, verdad?
—Por la cantidad adecuada, puedes llamarme como quieras.
—Además, no prestas atención. Te lo diré de una manera que puedas entender. Intentar chantajearme es una manera de morir de forma rápida y dolorosa.
—¿Me estás amenazando, Alex?
—Te estoy dando un trato deferente precisamente porque eres familia de mi futura mujer. Si alguien se atreve a amenazarme, sus pedazos aparecen flotando en algún río.
—No me das miedo, si es que pretendías eso.
—Pues deberías. Amenazar al jefe de la mafia irlandesa en Chicago tiene sus consecuencias.
—¿Qué?! —Me incliné hacia él y le miré de esa manera que Connor decía que hacía mearse en los pantalones a los «proyecto de hombre malo».
—Que no tienes ni idea de a quién has cabreado, gilipollas. —Escuché la puerta cerrarse y vi a Palm caminando hacia nosotros. Traía una sonrisa en su rostro. Sí, hice bien en darle aquel dossier con la información de su madre. ¿Creían que podían jugar con nosotros? Nadie jugaba ni con Alex Bowman ni con su chica.
—¿Nos vamos? —preguntó.
—Cuando quieras, pequeña. —Besé su mejilla, tomé su mano y salimos de aquella casa.

Capítulo 63

Alex

La vuelta a Chicago fue algo más lenta. Es lo que tiene llevar a bordo dos equipos: el que voló con nosotros y el que ya estaba en Memphis. Nunca antes noté incómoda la presencia de tanto hombre en el avión, es más, solía sentirme cómodo, pero ahora era diferente. No es que Palm se sintiese incómoda, ella se aclimataba bien a cualquier situación en la que la metiese. Era yo el que no se sentía bien. Eran demasiados hombres pendientes de sus movimientos, como la vez que fue al baño y que, al salir del cubículo, noté como los colores le subieron al rostro. Una cosa es no notar que te vigilan y otra muy distinta ver docenas de ojos mirándote fijamente.

Cuando se sentó a mi lado, tomé su mano y me incliné hacia ella. No, no iba a besarla, en aquel momento eso habría empeorado la situación.

—¿Te encuentras bien?

—Eh, sí. —Intentó darme una pequeña sonrisa—. Gracias por darme el informe médico de Janice.

—Hay quien dice que soy un paranoico, pero en mi trabajo la información es poder.

—Esta vez la información me ha servido para apreciar lo corrompida que está el alma de esa mujer.

—Créeme, es cosa de familia.

—Sí, Howard tenía que estar metido en todo esto. —No iba a decirle que el tal Howard había dado un paso más allá o al menos lo había intentado. Gilipollas. Intentar chantajearme a mí.

—Lo mejor que hizo esa mujer fue salir de tu vida antes de que te convirtiese en alguien como ella.

—No sé cómo mi padre pudo enamorarse de ella.

—Se dice que el amor es ciego, y doy gracias a ello, sino, no estarías en mi vida. —Sentí la mano de Palm posarse en mi mejilla.

—Quién nos lo iba a decir, ¿verdad? Un hombre guapo, fuerte y rico, con una simple camarera que lucha por llegar a fin de mes. Parecemos sacados de una novela romántica.

—Mmm, yo lo veo más como la increíble mujer de infinitas habilidades ocultas y el hombre abocado a una muerte solitaria y prematura que es rescatado por ella.

—Sigue pareciendo una novela romántica.

—No me parece mal. Siempre tienen su final feliz. —Palm me besó y yo aproveché para quitarme de encima las ganas que tenía de hacerlo desde que la vi salir con la cabeza bien alta de la habitación de esa víbora que se hacía llamar su madre.

Cuando llegamos a Chicago, Jonas estaba esperándonos en plena pista. Ayudé a Palm a bajar las escaleras del avión y luego a subir al SUV. Podía decir que era como escalar una montaña, pero sentaba bien hacer de atento caballero y ayudarla a subir cuando llevaba esas faldas con tacones elegantes.

—¿A casa, jefe? —Miré a Palm. Era tarde, quedaba muy poco para la hora de la cena, pero no pensaba dejarla cocinar para nosotros, esta noche no.

—¿Qué te parece si vamos a cenar fuera? —Acaricié la piel de su mano con suavidad y sus ojos me miraron cansados.

—¿Podríamos hacerlo en casa? No tengo muchas ganas de salir. —Deposité un beso en su

mano y asentí.

—De acuerdo, pero compraremos algo de comida para llevar.

—¡Eh, jefe! ¿Qué le parece si pedimos algo en el Dante's? He oído que la nueva chef de dulces tiene una tarta caliente que está de muerte. —Jonas y su estómago... pero tenía razón. Buena comida y cenar en casa sonaba realmente bien.

—Estupendo, pediré para los cuatro. —Tomé el teléfono y empecé a marcar.

—Que sea para cinco, jefe, los viajes me dan hambre. —Connor y su estómago sin fondo.

Connor

Pueden decir lo que quieran, pero lo mejor de un restaurante son las cocinas. Me encanta entrar por la puerta de atrás y colarme en ese mundo de fogones y sartenes con aceite chisporroteando. Es una sinfonía de olores de la que nunca podría cansarme.

—¡Marcello! ¿Dónde está el pedido del señor Bowman? —Me encantaba la manera en que todos apretaban el culo cuando decía el apellido de nuestro jefe. Sí, podía ser uno de los cinco propietarios, pero, ¡mierda!, se ponían más nerviosos con Alex que con los otros cuatro juntos. Supongo que es cuestión de reputación.

—Está casi listo, señor. Solo falta el postre.

—Pues tráelo, tengo algo de prisa.

—Eh, sí, un momentito que le digo al chef Longo. —Longo, me sonaba ese nombre. ¿No era esa la chica del gorro rarito?

—Ya voy a buscarlo yo. Está en la sección dulce, ¿verdad?

—Sí, pero espera, no puedes entrar ahí, la chef... —Pero ya era demasiado tarde, estaba atravesando el umbral de candyland.

—Usted no puede entrar aquí. —La chica del gorrito simpático estaba inclinada sobre la mesa, cortando algo de uno de esos moldes de horno de forma rectangular.

—Estoy dentro. Queda claro que sí que puedo. —La chef Longo puso sus manos a ambos lados de la fuente y frunció esas pequeñas cejas con forma de mariposa que tenía sobre sus... ¡Oh, joder! No recordaba aquellos preciosos ojos. Eran de un tentador color caramelo. Caramelo, qué coincidencia, una especialista en dulces con ojos color caramelo.

—Si acercas tus manos a cualquier superficie de esta cocina, te las corto.

—Wow, wow. Para ahí. Yo no vengo a tocar nada. Solo estoy aquí para recoger el pedido del señor Bowman. —Ella asintió y volvió a meter su espátula en el molde.

—Estoy con ello. —Me acerqué por uno de sus costados y me incliné para poder inhalar el aroma de aquello que tenía entre manos.

—¿Qué es esto?

—Tarta de queso cremosa.

—Ya la he probado. Está buena. —Su mano se detuvo en pleno corte y se giró para lanzarme una mirada asesina.

—Habrás probado algo parecido a esto, pero no igual, y me atrevo a decir que nunca mejor. —Vaya, auténtico ego de diva. Es lo que tenían los chefs, se creían la costilla de Dios.

—Te lo diré después de probarlo. —Ella levantó un dedo, fue a buscar un par de cucharillas y regresó a la fuente. Tomó un trozo de uno de los bordes y lo dejó sobre la mesa. Fui a cogerlo, pero me dio un sonoro manotazo para que no lo hiciese.

—Todavía no. —Con la otra cucharilla, tomó una puntita de algo que había en un tarro de cristal sin etiquetas. Vertió un poco de esa especie de compota marrón sobre lo que había en la

otra cucharilla y después me tendió el resultado—. Abre la boca. —¿Y yo qué hice? Abrir la boca como un pollo. Cuando cerré mis labios sobre el metal, los sabores explotaron en mi boca. No estaba bueno, era... increíble... Se me derretían las papilas gustativas de placer.

—¡Está increíble de bueno! —Ella se estiró todo lo que pudo y sonrió con arrogancia.

—Te lo dije.

—Ya, bueno, mete seis de esos en el pedido, que tengo que irme. El jefe está fuera esperando en el coche.

—Es un pedido de cinco postres, no de seis.

—Ya, eso era antes. Tú pon seis, pequeña —respondí mientras alzaba una de sus cejas hacia mí.

—Así que te estás regalando un postre extra.

—Casi. Tengo un amigo que es un goloso sin control, si llevo uno de más para él, mañana le tengo volviendo aquí como un cohete. Por una buena comida del Dante's soy capaz de ceder mi postre, pero este no. De este pienso comerme una porción como dios manda.

—Eres un chantajista muy considerado.

—Prefiero considerarme un hombre con visión negociadora. —Ella sonrió, haciendo que el caramelo de su mirada se derritiera.

—Me gusta como piensas. —Cuando regresé al coche, iba flotando en una nube. El postre estaba delicioso, tenía una baza poderosa para esclavizar a Jonas y una chica preciosa me había sonreído. Una chica que hacía que el caramelo volviese a tentarme.

Capítulo 64

Jonas

Esto tenía que ser pecado. No podía estar así de bueno y no llevar chocolate.

—¿Y cómo de días que te llamabas? —Connor levantó una ceja hacia mí. Sí, no había que hablar con la boca llena, eso me lo enseñó mi madre, pero es que no podía parar de meter cucharada tras cucharada en mi boca. Connor y yo llevábamos el suficiente tiempo juntos como para llegar a comunicarnos sin palabras.

—Tarta de queso cremosa. ¿A que está de muerte? —No pude contestar con la boca llena, pero mi cabeza dio muchas sacudidas arriba y abajo, corroborando aquellas palabras.

—Mmmm, ¡señor!, podría volverme adicta a esto. Ese chef es un genio. —Palm tenía los ojos cerrados mientras chupeteaba su cucharilla como si fuera una piruleta. Menos mal que Alex estaba muy centrado en rebañar su propio plato, porque aquella imagen orgásmica no se le habría pasado por alto. No sé qué le pasaba al jefe últimamente, pero era como un perro detrás de una hembra en celo. A veces tenía ganas de decirle: «vale ya, chico, la vas a desgastar».

—Creo que tengo que hacer una propuesta, jefe. —Alex alzó la cabeza hacia Connor, prestándole atención.

—¿Cuál?

—¿Qué te parece si a partir de ahora estipulamos un par de días a la semana traernos la comida del Dante's para cenar en casa? —¡Ja!, yo tenía una idea mejor que esa.

—¿Y por qué no mejor encargamos el postre para toda la semana?

—Aunque mis caderas estén en contra, secundo esa moción. —Palm había levantado su cuchara como si estuviésemos votando una enmienda. Alex dedicó una mirada traviesa a esas caderas y dibujó una traviesa sonrisa en su cara.

—Creo que tengo la solución para que eso no sea un problema. —Vale, esos comentarios estaban bien cuando la chica en cuestión no era Palm, pero ahora eran incómodos, porque era como si estuviese hablando de mi hermana.

Alex

Nunca me paré a pensarlo porque era yo el que pagaba siempre, pero era lógico. Ellos no eran más que unos empleados y sus sueldos eran una carcajada al lado de mis ingresos. Vaya una rata de jefe sería si, manejando todo ese dinero, les hiciera pagar su propia cena, y mucho menos la mía. Además, me gustaba ser el que proveía, me hacía sentir... el cabeza de nuestra pequeña y particular familia. Lo sé, ya era la cabeza de la mafia irlandesa de Chicago, no necesitaba una pequeña medalla cuando tenía un trofeo de dos metros de alto en el salón de casa. Pero me gustaba compartir con ellos lo que tenía, aunque fuese una simple cena.

La sugerencia de Connor se convirtió en casi ley, para regocijo de Jonas; y para el mío, todo he de decirlo, porque ahora tenía una razón muy legítima para asaltar a Palm a cada ocasión que tenía a mi alcance. ¡Qué demonios, eso ya lo hacía antes! Soy un maldito obseso, he de reconocerlo, pero toda la culpa la tiene ella, no puedo tener mis manos lejos de ella, es un maldito imán.

Las clases en la universidad parecían ir bien y enseguida me acomodé a ajustar mi tiempo al

de Palm. Ser el jefe tiene sus ventajas, sobre todo cuando el negocio va prácticamente solo la mayor parte del tiempo. Si quisiera, salvo por algunas operaciones que requerían mi presencia, podría llevar todos mis asuntos desde el despacho de casa. Pero debía pasar al menos un par de días por mis oficinas para que mis empleados supieran que el jefe seguía siendo yo y no se me desmadraran y, sobre todo, para seguir manteniendo mi imagen de hombre de negocios.

Una semana después de aquella visita a Memphis, tuve una sorpresa. No quise comentarla con Palm porque ya habíamos zanjado ese asunto juntos, y porque lidiar con tipos como aquel era mi especialidad. Y sí, hablo de Howard. Hay una expresión que le escuché decir a Connor en una ocasión reciente, y que no sé de dónde sacó, que decía «¡manda huevos!». Eso se podía aplicar a este tipo. Recuerdo perfectamente cómo ocurrió todo...

El intercomunicador de mi despacho sonó, anunciando que tenía una visita.

—Señor Bowman, el señor Stern está aquí. —Exacto, ahí es cuando pensé «¡manda huevos!». Pero enseguida mi cabeza empezó a elucubrar posibilidades de porqué ese gilipollas volvía a arremeter contra una pared de cemento. Las opciones me parecieron lo suficientemente importantes como para dar por zanjado el tema. La primera de ellas era que era demasiado estúpido como para rendirse. La segunda era que no había entendido bien contra quién jugaba. Y la tercera... la tercera era la más peligrosa de todas. Fuese la que fuese, tenía que averiguarlo y sacarle del juego de una manera definitiva.

—Hágale pasar. —Howard entró un minuto después por mi puerta. Y no, no entró de la misma manera que la vez anterior.

—Señor Bowman.

—Señor Stern, creía que quedó todo claro la última vez que hablamos.

—Con respecto a eso, quisiera disculparme. —¡Vaya!, eso no lo esperaba de un hombre como Howard Stern. Primera luz de alarma encendida.

—Sus disculpas son aceptadas, pero no van a cambiar nada. Si no quedó claro la primera vez, volveré a explicárselo. Aléjese de mí y de mi familia. Usted y su hermana pueden pudrirse en el infierno.

—Yo... no quisiera que mis anteriores acciones tengan consecuencias. Sé que un hombre como usted no llega dónde está cediendo a... propuestas como la mía. —Ahí lo vi, aquella maldita frase. «Un hombre como usted no llega dónde está». Y si lo sumábamos a ese sudor en su sien, síntoma de tensión, y a ese brillo vengativo que aún rezumaba en sus ojos... Lo había visto todo antes. Si me levantaba de mi sillón, rodeaba mi mesa y le arrancaba la camisa a ese tipo, seguro que encontraría un maldito cable que conectaba a un micrófono. No, había visto demasiadas películas y esa tecnología estaba demasiado obsoleta. Pero eso no cambiaba que aquel cabrón estuvieran intentando sonsacarme de nuevo una alusión a mi vinculación con la mafia. Pues le daría algo, pero no lo que quería.

—Cuando me investigó, averiguó qué tipo de hombre soy, uno que pelea entre los grandes y no se deja pisar. Tengo una posición y un poder que he conseguido a fuerza de trabajo y lucha. Vivo en la tercera ciudad más grande de este país y uno no está entre la élite empresarial siendo blando. Soy un tiburón, señor Stern, no lo niego, pero jamás he dejado de lado la ética como lo ha hecho usted. Quiso chantajearme manchando el nombre de una mujer maravillosamente increíble que ni siquiera se ha molestado en conocer. Pero por ella estoy dispuesto a actuar como lo ha hecho usted. Voy a hundir su reputación, sacaré a la luz cada puñetero trapo sucio que ha tratado de ocultar, le dejaré en calzoncillos delante de todos para que vean la rata inmundada que es en realidad.

—¿No va... a matarme o algo así?

—¿Matarlo? ¿Quién se cree que soy, el feje de la mafia? ¿Se ha creído esos rumores que circulan por ahí? No se crea todo lo que oye, señor Stern. ¿Matarlo? Este Alex Bowman, el real, va a destrozarlo limpiamente y lo va a hacer de la forma más legal posible, porque no soy de los que se meten en problemas por destruir a una insignificante cucaracha como usted. Yo no me juego mi futuro, tengo demasiado por lo que seguir donde estoy, pero eso no significa que usted vaya a escapar, señor Stern. Vaya preparándose, porque no voy a necesitar mancharme las manos para acabar con su patética existencia, tengo gente que se encarga de eso a la que pago sueldos astronómicos por hacer su trabajo de forma meticulosa. Usted puede llamarlos mafiosos si le apetece, yo los llamo abogados. Y ahora, salga de mi despacho y no se atreva a regresar.

Y el tipo obedeció, porque o lo hacía o lo sacaba de mi despacho a golpes. Podía lidiar con una demanda por agresión, porque en eso no había mentido, tenía abogados y les pagaba un buen sueldo por salir a comerse a quien se me pusiese por delante.

Capítulo 65

Alex

Esquivar una trampa de la policía sentaba bien, pero estaba mejor, mucho mejor, poner a mi gente a destrozarse la vida de Howard. Normalmente se investigaba a la gente con otro propósito. El chantaje no era lo mío, tampoco la extorsión, pero estaba empezando a sacarle gusto a esto de destripar la vida de la gente impresentable y airearla a los cuatro vientos.

Y después de eso, la vida sigue.

Palm estaba sentada en una silla del jardín, intentando no congelarse de frío mientras los pequeños buscaban con sus hocicos un lugar apropiado para dejar sus aportaciones a la naturaleza. Con dos meses y medio, eran todo unos mini gamberros destroza zapatos. Definitivamente, había que buscarles un hogar pronto. No es que me sintiese celoso por el tiempo que Palm les dedicaba, bueno, un poco sí, pero era momento de ir despidiéndose de ellos y ya tenía fecha para ese día. Se acercaba el día de Acción de Gracias y aunque Connor y yo no éramos de los que celebraban ese día, al menos estaba dispuesto a hacer un cambio en esta ocasión. ¿Por qué? Pues porque una vez le pregunté a mi madre por qué lo celebrábamos y ella me dijo que era precisamente lo que significaba: una fiesta para dar las gracias por lo que teníamos. Desde su muerte, no tenía nada que celebrar porque me habían quitado todo lo que realmente importaba, pero ahora tenía de nuevo algo por lo que sí merecía la pena dar las gracias: Palm, y bueno, no sé hasta qué punto entraba ahí Niya.

El teléfono sonó para sacarme de mis pensamientos y nada más ver de quién se trataba, una sonrisa apareció en mi cara.

—¿Aburrido, Vasiliev?

—¿Con un bebé de tres meses? Eso es imposible.

—¿A qué debo entonces tu llamada?

—Verás, la familia suele reunirse cada año para celebrar Acción de Gracias y el nombre de Palm ha sonado con bastante insistencia.

—¿Quieres invitar a mi prometida a vuestra cena de Acción de Gracias?

—Realmente se ha creado una alianza empeñada en traerla.

—¿Una alianza? —No pude evitar soltar una carcajada al oírlo.

—Sí, tú riéte, pero cuando se juntas más de dos mujeres... es mejor prepararse para la derrota.

—Así que hay varias mujeres metidas en esto.

—Te enumero, Robin la echa de menos, Katia la echa de menos, incluso Paul la echa de menos.

—¿Paul?

—Sí, tú piensa en él como en una mujer. Es todo un especialista en lanzar indirectas.

—Se lo comentaré a Palm, pero tendrás que avisar. Ahora somos familia numerosa. Hablando de eso...-

—Lo sé, ya se lo dije a Viktor y está más que dispuesto a correr con todos los gastos de los cachorros.

—No es por los gastos.

—Lo sabe, pero le encanta ir presumiendo por ahí de lo machote que es su chico. La primera

hembra que se le pone a tiro y, ¡zas!, la deja preñada. Todo un Vasiliev nuestro Patas.

—Bueno, entonces tendremos que llevar a los chicos con su padre, aunque solo sea para la foto de familia numerosa.

—Yo creo que le hará más ilusión ver a su chica.

—Oh, también irá, no te preocupes.

—Entonces le diré a mi madre que pongas dos platos más a la mesa.

—Y algún que otro cuenco en el suelo de la cocina. ¿Tendréis sitio para hospedar a mi equipo?

—Nuestro hotel es tu hotel. Pero tu prometida y tu tenéis una habitación reservada en mi casa.

—No es necesario que te molestes.

—Sí, ya. Eso intenta decírselo a Paul. —Después de unas risas, nos despedimos y me dispuse a dar la noticia a Palm.

—Palm.

—¿Sí?

—Será mejor que hagas la maleta, nos vamos a Las Vegas. Y mete ropa para unos cuantos días.

—No puedo dejar a Niya tanto tiempo sola.

—¿Recuerdas que teníamos que llevar a los pequeños a conocer a su padre?

—Uff, lo había olvidado por un momento. Entonces prepararé sus cosas. —Palm empezó a caminar directa hacia la habitación—. ¡Ah! Alex...

—¿Sí?—

—Reserva otro avión privado. Niya no va a volver a viajar en una línea comercial regular. — Y la carcajada que salió de mi garganta debió de oírse incluso en la caseta de los guardias de vigilancia de la entrada de la finca. Ella no pediría nada para sí misma, pero para su pequeña no dudaba en coger los recursos de su prometido.

Jonas

—Está seguro, ¿jefe?

—Sí, Jonas. Ve con tu familia. Todos los años acabas hablando con ellos por teléfono y sintiéndote miserable por no estar a su lado.

—Pero eso es en Navidad, ahora estamos en noviembre.

—¿No celebráis Acción de Gracias en Canadá?

—No es el mismo Acción de Gracias .

—Vaya, tengo que informarme mejor. Al fin y al cabo, hago negocios con la gente de Canadá continuamente.

—Por eso me contrataste, ¿recuerdas? Porque conozco Canadá mejor tú y tengo mis contactos al otro lado.

—Como olvidarlo. Entonces qué, ¿no quieres aprovechar?

—Podría coger un par de días en Navidad, ahora no tienen mucho sentido. Pero en Navidad estará reunida toda la familia.

—Mmm, eso puedo concedértelo, pero tendrías que hacer algo por mí a cambio.

—Soy todo oídos, jefe.

—Quiero que prepares una maleta bien grande y te prepares para viajar.

—Una cosa más, jefe.

—Estás hecho todo un pedigüeño hoy.

—Cuando vayan a Las Vegas, me gustaría que dejara claro que Slay me pertenece.

—¿Lo quieres?

—Qué le voy a hacer, soy un blando sentimental. Y ese tanque con patas me ha ganado el corazón.

—Hablaré con Palm, pero no creo que haya ningún problema.

Palm

Que Alex piensa en todo, es un hecho. Estábamos en un avión privado, con Connor sentado detrás de mí, Niya recostada en el asiento de al lado y un enorme cesto con unos cachorros inquietos a mi lado. Cada día dormían menos estos demonios, y si les ponían en un ruidoso avión, era aún peor.

—Mejor así que en un trasportín en la bodega, ¿eh? —Alex sostenía unos trozos de carne seca sobre sus cabezas en un esfuerzo realmente acertado de mantenerlos dentro del cesto. Mi hombre tenía buenas ideas.

—Tú sigue manteniéndoles ocupados mientras yo vigilo a los escapistas.

Slay era el peor de todos, no le importaba pisarles la cabeza a sus hermanos para conseguir su premio y luego intentaba escapar de la pequeña cárcel para comer tranquilo. ¿Que cómo sabía cuál era Slay? Pues porque para diferenciarlos les puse unos lacitos al cuello, más que nada porque así evitaba que alguno se quedara sin comer su ración de comida. Juro que ese maldito lacito amarillo era el que más se movía, y no podía ser otro que Slay. No me extrañaba que Jonas se encariñara con él, eran igual de tragones. Era mostrarles una golosina y se abrían paso a cabezazos hasta llegar a ella. Y si no, que le pregunten a Connor por el trozo extra de tarta que escondió al fondo del refrigerador.

—Llegaremos en menos de media hora.

—No sé si será lo suficientemente rápido. Alguno ya ha rebautizado el cesto de transporte como aseo. —No quería parecer desesperada, pero no pude evitarlo. Alex se inclinó un poco y arrugó a nariz.

—Chicos malos. Para la vuelta, regresarán en un trasportín lo más lejos de papá Alex y mamá Palm.

—¿Papá y mamá? —pregunté. Alcé los ojos para mirarlo sabiendo que estaba sonriendo como una tonta.

—Pago su comida, sus facturas médicas, sus juguetes y sufro las pestilencias que dejan esparcidas por el jardín y algún que otro lugar escondido de la casa. Me merezco ser algo más que un simple tutor.

—Tampoco es que te hagan mucho caso.

—Porque no me has dejado ponerme serio con ellos.

—Son muy pequeños todavía.

—Nunca se es demasiado joven para aprender disciplina, y mucho menos cuando haces cacas de ese tamaño. —Empecé a reír como una loca y me lancé sobre él para robarle un buen beso. No sé qué nos depararía el futuro, pero si algo tenía claro era que Alex haría cualquier cosa por hacerme sonreír.

—¡Ay! Chicos, tranquilos. No os comáis a papá. —Los dedos de Alex tenían unas pequeñas

marcas de dientes que me parecieron tremendamente sexis.

—No puedes culparlos, eres una carne tentadora.

—¿Ah, sí? —Me enredé a su cuello y hablé muy cerquita de su boca, mirándole fijamente a los ojos.

—A veces yo tampoco puedo controlarme y te doy un buen mordisco, ¿a que sí? —Sus pupilas se dilataron hasta que sus ojos se volvieron totalmente negros. Los dedos de una de sus manos se clavaron en mi trasero, arrastrándome sobre su regazo, donde encontré una erección despertando.

—Porque los niños están delante que si no, te ibas a enterar.

—Tendremos que buscar una canguro cuando llegemos a Las Vegas.

—Eso déjalo de mi cuenta.

Capítulo 66

Andrey

Definitivamente, esta vez era todo diferente. Del avión descendía un Alex distinto, un Alex al que no le importaba cargar con un enorme cesto, con ayuda de Connor, y sonreír al mismo tiempo. Todo era por culpa de la chica que caminaba detrás de ellos dos. Cada vez que la miraba, sus ojos brillaban. Y no, no me he vuelto un sensiblero, sencillamente ahora sé apreciar ese tipo de cosas.

—Ya estás abriendo el portón trasero de ese SUV, Andrey. Esto pesa como el infierno.

—¿Qué traes ahí, piedras? —Un pequeño bulto se asomó por el extremo delantero de la enorme cesta, regalándome una cara de ojos curiosos y pequeña lengua rosada.

—Ojalá, esas no pesan tanto. —Entre todos metimos el cesto de los cachorros detrás, donde Niya subió de un ágil salto.

—Cierra deprisa antes de que se desborden. —Obedecí y me encaminé a ocupar mi sitio dentro del vehículo.

—¿Qué tal están Robin y el bebé? —preguntó Palm.

—Los dejé comiendo, así que espero que cuando regresemos al menos una de ellas dos esté dormida. Aunque no me sorprendería que fuesen las dos.

—Tengo ganas de verlas.

—Y ellas a ti. Robin te echa de menos.

—No estuve tanto tiempo con vosotros.

—Pero dejaste huella.

—Mi chica es así de especial, pero el que dejó una huella imborrable fue el perro de Viktor. —puntualizó Alex. Los ladridos de los cachorros estaban creando toda una sinfonía en la parte trasera del SUV.

—Tú sí que le das sentido a eso de viajar con equipaje. —Alcé las cejas señalando hacia los ruidos caninos. Alex tomó la mano de Palm y entrelazó sus dedos con los de ella, mientras le regalaba una sonrisa.

—Lo que sea por la familia.

—Hablando de familia. Este año la cena de Acción de Gracias será en mi casa. Parece ser que tener un bebé le hace a uno ser el rey.

—Voy a decepcionarte, Andrey, no eres tú, es la pequeña. Salir de casa con un bebé de tres meses es parecido a ir a la guerra —puntualizó Palm.

—Lo sé, lo sé. Entre pañales, cremas, toallitas, recambios de ropa, cambiadores... Y menos mal que la comida la lleva siempre encima Robin, sino...—Cuando el SUV se detuvo finalmente frente a la puerta de la casa, bajamos todos como si el asiento nos quemara el culo. Niya olvidó a sus cachorros por un momento y corrió a saludar a un atento Paul que esperaba sobriamente junto a la puerta.

—Así que mi pequeña mimosa ya es mamá, ¿verdad? —Niya dejó que le rascara tras la oreja y, cuando consideró que era el momento, volvió a por sus cachorros—. ¡Oh, dios mío! ¿Son todos esos?

—¡Perritooooo! —El grito de júbilo de la pequeña Tasha nos hizo mirar a todos hacia abajo, donde sus pequeñas manos aplaudían con júbilo nuestra llegada o, mejor dicho, los pasajeros que venían en el cesto.

—Señorita Tasha, ¿qué le parece si llevamos a los pequeños al jardín de atrás para que corran?

—¡Yo, yo! —Tasha estaba tan impaciente por alcanzarlos que saltaba hacia el cesto, intentando cogerlo ella misma.

—Tú ven conmigo, jovencita. Vamos a prepararles algo para beber, seguro que tienen mucha sed del viaje. —Katia cogió en brazos a su pequeña y se inclinó para dejar un beso en la mejilla de Palm—. ¿No le das un beso a la tía Palm?

—Tasha apartó la vista de los cachorros el tiempo justo de darle un pequeño beso a Palm. Y luego se empezó a estirar hacia el cesto para intentar agarrar alguno de los cachorros.

—Será mejor que os deis prisa con eso. No podré contenerla mucho tiempo. —Alex y su hombre aceleraron el paso para obedecer la orden. Sí, orden, y no era porque Katia impusiera respeto, es que la que asustaba era la pequeña Tasha. No sé si la Bratvá estaba lista para asumir que una mujer tomase el poder algún día, pero ya podían ir preparándose. Tasha Vasiliev tenía todo lo necesario para ocupar ese puesto algún día. Pero no voy a sacarle canas prematuras a mi hermano, la niña apenas tiene dos años y antes tendrá que lidiar con un montón de pretendientes. ¡Ah, mierda! Eso también me va a pasar a mí, lo de los pretendientes digo. ¿A qué edad empezaban a salir con chicos? ¿A los 16, 17? No mejor que sea a los 30. Tendré que pedirle consejo a Viktor.

El timbre de la puerta sonó y, con Paul ocupado en el jardín trasero, tuve que ocuparme yo de abrir la puerta. No, no tenía ningún reparo en hacerlo, sabía que todo aquel que llegaba hasta mi puerta había sido detectado, estudiado y evaluado por el equipo de vigilancia. Si había llegado hasta aquí era porque no era una amenaza para la familia. Eso o había desmantelado un sofisticado equipo de seguridad, matado a todos los hombres que Viktor me asignó y perdido todo el miedo a las represalias de la familia Vasiliev; y esto último era una auténtica arma disuasoria, olvídense de la Guerra Fría.

—Muy bonito el no esperar a tu hermano. —Nick estaba parado frente a la puerta con una sonriente Sara a su lado.

—No le hagas caso. Esperé a que saliesen todos del aeropuerto para venir y llegar a tiempo de recibirlos, pero pillamos un atasco en el strip —apuntó Sara.

—Acaban de llegar, no os habéis perdido nada.

—Bien, ¿trajeron los cachorritos? —Sara ya estaba casi corriendo en la dirección que les señalaba, dejándonos a Nick y a mí en la retaguardia.

—Lleva unos días mirando fotos de cachorritos por internet. Se vuelve loca con los bebés de cualquier clase: perros, gatos, koalas...

—No sabía que a Sara le gustaban esas cosas.

—Ni yo, antes no era así. Pero supongo que será porque está cerca de esos días del mes. —Nick se quedó parado un par de segundos como repasando sus palabras y después siguió caminando hacia el jardín trasero.

Cuando los dejé, los dos hijos de Lena estaban metidos en la piscina jugando a vóley, pero está claro que, por muy mayores que se crean, los cachorritos aún ejercían un potente imán sobre ellos. 14 años tenía Dimitri y 13, Anker, y por lo que apuntaban, unos peleonos de cuidado. Dimitri ya llevaba un ojo morado adornando su cara y no tenía pinta de ser una caída.

Papá y mamá babeaban mientras veían a Tasha corretear y perseguir a los cachorros. Robin estaba sentada en una de las sillas bajo la sombra, frotando la espalda de mi pequeña Nika; sí, Veronika Vasiliev, mi otra gran perdición. ¿Quién dijo que no se podía amar a dos mujeres? Caminé hasta ella, deposité un pequeño beso en los labios de mi mujer y le susurré al oído

contrario al que Nika estaba pegada:

—¿Qué tal mis chicas?

—La pequeña se durmió hace unos minutos y la mayor quiere ir a saludar a Palm y a su chico.

—Entonces trae acá a ese ogro glotón, yo me encargo de ella. —Tomé a Nika y la deposité sobre mi pecho. Robin decía que le tranquilizaba escuchar los latidos de mi corazón, así que apoyé su cabecita bien cerca de ahí. No pude evitar besar su cabeza pelona mientras acariciaba su cuello y espalda con mis dedos. Parecía tan frágil en mis enormes manos...

Robin saludó a Palm y se presentó a Alex. Pobre hombre, no estaba acostumbrado a esto de la vida familiar. Pero lo estaba haciendo bien. Quizás un poco abrumado por tanta atención, pero su mano estaba bien aferrada a la de Palm. Me alegraba por él. Los hombres como nosotros podemos decir que no necesitamos a nadie en quién apoyarnos, pero cuando llega esa persona no había manera humana de volver atrás. Nuestra debilidad y nuestra fortaleza, todo metido en el cuerpo de una mujer, nuestra mujer.

Capítulo 67

Alex

Viktor fue el último en llegar y lo hizo a tiempo para llegar a la mesa a comer con todos. Antes de hacerlo pasó por el jardín, donde Niya controlaba el juego de sus pequeños. No, no había miedo de que alguno se metiera donde no debía, Niya estaba muy pendiente de que no escaparan de su campo de visión.

—Míralos, grandes y fuertes. Esos son los genes de mi Patas.

—Creí que lo traerías para conocer a sus chicos.

—Antes quería estar seguro de que tu perra no está en celo. Con un disparo ya tenemos suficiente, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo.

—¿Y qué vamos a hacer con ellos?

—Palm quiere buscarles un buen hogar.

—Bien, porque aquí en Las Vegas ya tenemos casa para alguno de ellos.

—¿Ah, sí? —lo miré con atención.

—Andrey quería quedarse con uno de los cachorros. Tiene mucho jardín y tanto él como Robin disfrutaron de la presencia de Niya en casa. Quiere un perro no solo para hacer compañía y un rottweiler es un excelente perro de defensa, ya me entiendes.

—Sí, te entiendo. Podéis escoger al que queráis, salvo a Slay.

—¿Slay? —Viktor se volvió hacia mí con ese gesto suyo que pedía saber más.

—El del lazo amarillo alrededor del cuello.

—¿Vas a quedártelo?

—Uno de mis hombres se ha encariñado con él.

—Espero que lo cuide bien.

—Con eso estoy seguro.

—Entonces perfecto. —Caminamos hacia el salón, donde la familia esperaba para sentarse a la mesa. Mirna tenía a Tasha sentada en su regazo y parecía que ambas mantenían una conversación profunda.

—Quién lo iba a decir, Viktor Vasiliev tiene su propia familia.

—Ya te tocará a ti; cuando estés preparado, llegará. O tal vez lo haga antes, depende de lo que tienes a la madre naturaleza. —Viktor alzó las cejas dos veces de la misma manera picarona que en la universidad cuando había posibilidades de revolcón con una chica.

—No sé si deseirlo es lo mismo que estar preparado, porque estoy deseando que suceda. — La expresión de Viktor cambió en un segundo, tornándose totalmente seria—. Ríete si quieres, pero tengo claras dos cosas: que quiero tener mi propia familia y quiero que sea con Palm. — Viktor volvió su rostro hacia el frente hasta encontrar a mi chica hablando con Nick y Sara.

—El karma tiene una manera muy retorcida de decirnos que estamos equivocados.

—¿Qué quieres decir?

—Míranos, Alex, no jugamos precisamente para el equipo de los buenos. Nos aprovechamos de las debilidades humanas, nos saltamos las reglas y lo convertimos todo en un negocio. Llevábamos viviendo tanto tiempo en el lado oscuro y corrompido de la vida que pensábamos que la luz jamás podría alcanzarnos. Éramos unos malditos demonios intocables. Y aquí nos tienes,

pagando por esa maldita arrogancia. A mí me ha entregado lo único por lo que estoy dispuesto a vender mi alma. —Volvió su atención hacia Katia—. No se trata de merecerlo, sino de devolverte el miedo. Antes pensaba que nada importaba, que esta vida era solo algo temporal y tenía que disfrutar de ella tanto como pudiese. Ahora vivo en un constante miedo a que de una forma u otra me lo arrebaten. Aun así, no cambiaría este maldito castigo por nada de este mundo, siquiera del otro. Escuché una vez que el amor te da y te quita, y yo estoy en el punto en que estoy dispuesto a pagar cualquier precio, por alto que sea. Llámame loco.

Con eso empezó a caminar hacia su mujer para mendigar un beso por el que no tuvo que pagar nada.

Mi miedo. Sí, perder a Palm me lanzaría de nuevo a otro pozo más negro y profundo del que ella me había rescatado. El karma podía haberse equivocado o no conmigo, pero ya era demasiado tarde. Había aceptado el pago, el contrato estaba cerrado.

Yuri

—¿Lechuga? —Miré a Mirna, intentando poner mi mejor cara de cachorrito desvalido, pero no sirvió de nada.

—Ah, quejica. Esta noche cenarás como un animal y te subirá la presión arterial otra vez. Así que ahora vas a comer ligerito, como todos aquí en la mesa. —Tendría que odiarla por controlarme tan estrictamente las comidas, pero no podía. Ella estaba empeñada en que viviera muchos años y yo estaba de acuerdo. ¿Alimentarme de comida para conejos? Por seguir a su lado y disfrutar de otros placeres, haría lo que fuera.

—Yo solo decía que podrías variar un poco de comida para ovejas. No sé, las hay de otros colores... Eso, ponerles algo de color no estaría mal. Unos trocitos de queso, taquitos de jamón, nueces... Algo consistente y con sabor para acompañarlo. —¿He dicho que me gustaba provocarla? Pues sí, disfruto encendiendo su «motor», porque una vez que se pone en marcha...

—Vale, color. Mañana te pondré de esas moradas, ¿contento?

—Muchísimo. —Hay que dejarla ganar, al menos la mayoría de las veces.

—Ahora que has dejado de quejarte, dime cómo llevamos lo de Irina. —Estupendo, ¿cómo le dices a tu mujer que una de tus sobrinas lleva meses lejos de su familia porque era la mejor opción para mantenerla segura? Yo no traje a mis sobrinos a este país para tener que separarlos. Pero era eso o tenerla encerrada en casa sin salir. Conociendo a Lena, era un encarcelamiento que estaba abocado a fracasar. Era mejor que estuviese lejos y oculta. Fue duro tomar la decisión, pero ambos hermanos estuvieron de acuerdo. Lo peor era que iba a ser algo temporal, pero esta situación se estaba alargando demasiado. Hacía un año que los chicos habían llegado a este país y tres meses después tuvieron que separarse. Un asco. Hay veces que pienso ¿cómo puedo tener tanto poder y recursos y no poder proteger a toda mi familia? Pero tenía que asumirlo, había serpientes que se escapaban del cesto, como Constantin Jrushchov.

—Serguéy vendrá a cenar esta noche, puedes preguntarle a él directamente.

—Te lo estoy preguntando a ti, eres el que se ocupa de estas cosas, ¿no?

—En realidad soy yo el que se encarga de ese asunto, mamá. —Bien, salvado por Viktor.

—¿Y? ¿Qué puedes decirme?

—Que no es un tema para tratarlo delante de nuestros invitados, mamá.

—Excusas, excusas. Palm y Alex son de la familia.

—Ya, pero ya tienen suficiente con sus propios problemas, no es justo que los impliquemos en los nuestros. —Mirna miró a Palm y recogió sus plumas de pelea.

—Es cierto, lo siento. —Otro quizás no notaría cómo Alex miró a Viktor y este último asentía con la cabeza. Había una comunicación no verbal entre ellos y podía asegurar que Bowman estaba ofreciéndose para ayudar con este tema. Un buen chico, leal, correcto. Una suerte el tenerlo como aliado y amigo.

Alex

Fue imposible retener a Tasha en la mesa, así que fuimos todos al jardín a tomar el postre. Mientras ella correteaba por el césped con los cachorros, los hombres nos apartamos del resto en pequeños grupos, para hablar de cosas importantes.

—¿Problemas? —algo ocurría, podía notarlo

—Y se llaman Constantin Jrushchov —aclaró Viktor.

—¿Qué es lo que ocurre con ese Constantin Jrushchov?

—Haciéndote un resumen: es un tipo gordo de Moscú, familiar de un político importante y cabeza de una organización parecida a las nuestras.

—¿Bratvá?

—No, ese es el problema. Si lo fuera, no habríamos tenido que sacar a mis primos con una patética fuga y huida del país.

—¿Quiere recuperarlos?

—No sabemos qué es lo que pretende. Serguéy era uno de sus luchadores estrella y llevárnoslo no le gustó nada. Él sabe que el punto débil de Serguéy es su hermana Irina y que, si la tiene a ella, Serguéy hará lo que le pida, incluso volver a Rusia.

—Y la tenéis escondida en un lugar donde no pueda encontrarla.

—Cambiamos su nombre, la enviamos a un lugar lejos y le pusimos una protección las 24 horas. Nos pareció que era la mejor manera.

—¿Y Serguéy?

—Él quiere luchar contra Constantin Jrushchov y está en su derecho de hacerlo. Lo único que hemos hecho es darle la libertad de hacerlo sin ningún tipo de coacción.

—David contra Goliat.

—Con tipos como Constantin Jrushchov, solo sirve plantarles cara.

—No va a vencer, y lo sabes.

—Es un Vasiliev, Alex, no vamos a dejar que pierda. —Eso era cierto, los Vasiliev eran una maldita piña. La batalla de uno era la batalla de todos.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias.

—En serio. Palm y yo estaríamos felices de tenerla en casa con nosotros y tendría vigilancia sobre ella como si fuese mi propia hermana.

—Lo tendré en cuenta. Pero no creo que sea bueno desplazarla de nuevo, ya nos ayudaste la primera vez. —Espera ¿la chica era...? Viktor asintió hacia mí cuando notó que había recordado.

Capítulo 68

Alex

Serguéy llegó un par de horas antes de la cena, justo a tiempo para que la familia llamara a su hermana por Skype y todos pudiesen hablar con ella. Palm y yo nos mantuvimos al margen. Estábamos en el jardín, riendo las travesuras de uno de los cachorros con Tasha. Viktor podía decir lo que quisiera, pero iba a ser imposible que la pequeña saliera de la casa sin ese nuevo juguete.

—Tío Alex, ¿podríamos quedarnos Dimitri y yo con uno de los cachorros de Niya? —Anker miraba de reojo a su hermano Dimitri, quien tiraba de una rama que uno de los cachorros sostenía con fuerza entre sus dientes.

—Solo si prometéis que cuidaréis bien de él —intervino Palm.

—Espera, espera. Tienes que preguntárselo primero a tu madre —interrumpí.

—Eso se lo dejaré a Dimitri. —Alcé las cejas curioso.

—¿Crees que él conseguirá mejores resultados que tú? —Anker sonrió hacia nosotros.

—Eh, yo soy el dulce y encantador. Las chicas me adoran, pero si quieres ganar una pelea, mejor que vaya Dimitri, es de los que no se rinde. —Anker salió disparado hacia su hermano, sin esperar a que rebatiera su razonamiento.

—Vaya, ahora sabemos cuál de los dos es el músculo y cuál el cerebro.

—Nah, yo me inclino por pensar que los segundos hijos espabilan más rápido que los primeros.

—¿Ah, sí?

—Tengo pruebas. Yo fui el segundo. Mi hermano no era tonto, pero yo era mucho más vivaz que él. —No iba a confesarle a mi prometida que perdí la virginidad un año antes que él y que eso era prueba suficiente para demostrar mi teoría. Para mí, no había duda, los segundos hijos crecían más rápido.

Palm echó un vistazo al cachorro que Dimitri tenía ocupado y dejó escapar un suspiro.

—Crecen tan rápido. —No iba a preguntarle cuál de los dos, el niño o el perro. Era una trampa en la que no quería caer. Noté una palmada en la espalda y vi a Viktor.

—Creo que vais a volver de vacío.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Un cachorro para Dimitri y Anker, otro para Tasha, otro para Andrey y Robin...

—Aún quedan dos.

—Tú espera un poco. Sara está toda sensiblera y Nick le tiene puesto el ojo al macho del lazo verde. Y Yuri y Mirna... tienen un jardín grande y mucho tiempo libre, al menos mi madre. Ya verás como vuelves con Niya y el cachorro de tu chico nada más. —Viktor fue en busca de su pequeña para llevarla a limpiar antes de la cena. Escuché un sorbido de mocos a mi lado y giré el rostro para encontrar a Palm echa un mar de lágrimas. La abracé contra mi pecho mientras besaba su frente.

—No llores, pequeña. Estarán bien, cuidarán de ellos. No estés triste.

—No... no es eso.

—¿Entonces? ¿Por qué lloras?

—Lloro de felicidad, Alex. Ellos tendrán un hogar donde los van a querer. Todos han

encontrado una familia.

—No íbamos a conformarnos con menos, ¿verdad? —Palm levantó la cabeza y me regaló aquellos ojos brillantes y acuosos. ¡Mierda! Podía pedirme el cielo en ese momento, que yo iría personalmente a hablar con San Pedro para pedirle las llaves.

—Yo quiero lo mismo —tardé un poco en entender.

—¿Qué? Tú ya me tienes a mí y a tus abuelos. Tienes a gente que te quiere, tu familia.

—No, quiero decir, que yo quiero mis propios cachorros, como Niya. Quiero tener hijos, Alex. Y los quiero ahora. —En mi vida he recibido muchos golpes directos que me han dejado fuera de juego. Golpes en la cabeza que me han dejado inconsciente, golpes en el estómago que me ha cortado la respiración. Pero juro que este fue el más fuerte de todos. Creo que mi corazón se paró por unos segundos y después volvió a latir.

—¿Hijos, ahora? —Sí, soné algo aflautado, pero es que no tenía aire en los pulmones para soltar.

—Dijiste que querías un futuro conmigo. Pues bien, esta es mi condición. Quiero hijos, ¿vas a dármelos?

—Bajaría a los infiernos a tirarle de las orejas a Lucifer si tú me lo pidieras. —Palm se apartó de mí, cogió mi mano y empezó a arrastrarme dentro de la casa.

—Pues entonces vamos a ponernos a ello. —¡Oh, mierda! Aunque me tuvieran que extirpar las pelotas por un caso agudo de estrangulamiento de testículos, tenía que parar aquello.

—Palm, pequeña. Nada me gustaría más que cumplir con tus deseos de forma inmediata, pero no podemos desaparecer así como así, no sería correcto. —Palm pareció meditarlo unos segundos y después asintió.

—Vale. Cenamos y, educadamente, nos escabullimos para ponernos a la tarea. De momento voy a ir a recomponerme y a tirar algunas pastillas.

—Bien. Yo entraré en unos minutos, en cuanto consiga calmar a la fiera. —Hice una seña con los ojos hacia mi abultada entrepierna y Palm sonrió mientras caminaba hacia atrás.

—Pero no la calmes demasiado. Quiero que esté lista cuando la necesite. —¡Joder! Fue mencionar que iba a ponerle a jugar y ya estaba levantando la mano para decir que estaba listo. En cuanto la vi desaparecer por las puertas francesas, solté el aire y tomé mi teléfono, había algo que ir adelantando.

—¿Jefe?

—¿Estás en Las Vegas?

—Sí, señor.

—¿Tienes todo lo que te pedí?

—La duda ofende.

—Bien. Tenemos un adelanto de planes.

—Wow, esto se pone interesante, jefe.

—Ya te digo. —Entré en la casa y busqué a Viktor.

—Necesito que hagas algo por mí.

—¿Pidiendo favores, Bowman?

—Es algo que podría hacer yo, pero siendo tu ciudad espero que puedas conseguirme lo que necesito un poco más rápido.

—¿Cómo de rápido?

—¿Menos de una hora? —respondí mirando el reloj.

—Esto se pone interesante, dispara. —Viktor se frotó las manos impaciente.

Cinco minutos después, había mucho movimiento en aquella casa. Estos hombres Vasiliev sí

que se mueven rápido.

Palm

Cuando bajé de nuevo a la planta inferior, encontré a Paul hablando por teléfono en la cocina. Tapó unos segundos el micro con su mano y me indicó que Alex estaba esperándome en el jardín trasero. Luego volvió a discutir con quien tuviese al otro lado de la línea. Pobre Paul, por lo que entendí, quería algo, creo que una tarta, de forma rápida y para mucha gente. Quizás su postre habría sufrido un accidente. Tendría que decirle que podíamos apanarnos con cualquier otra cosa. Pero claro, querría algo especial para la cena de Acción de Gracias de la familia Vasiliev. Fallarles de cualquier manera acojonaba a cualquiera, y eso que yo los conocía, más o menos, y no me parecían tan estirados. Aunque no era la más indicada para opinar, porque solo había sido una invitada, no trabajé para ellos, y eso, a todas luces, es tremendamente diferente.

Encontré a Alex en el mismo lugar en el que lo dejé. Pues vaya, sí que necesitaba tiempo para calmarse. Me vio mucho antes de estar cerca y esperó a que llegara hasta él. Me tomó por las manos y me besó con dulzura, despacio.

—Pequeña, tenía preparado todo, pero, como siempre, eres única dándole la vuelta a mi mundo. Pero si algo he aprendido contigo, es que hay que adaptarse a lo que venga. Así que... — Cogió la mano en la que llevaba el anillo de su madre y la alzó para tenerla ante mis ojos—. Aceptaste convertirte en mi esposa y tenía preparada una boda aquí, en Las Vegas, porque deseaba dar ese paso tan rápido como fuera posible. Iba a ser en un par de días e iba a ser perfecta. Tu familia, un vestido de novia, noche de bodas... Quiero formar una familia contigo y quiero hacerlo dando los pasos correctos, como debe ser. Mi madre educó a un buen chico irlandés y, como tal, sé que a mi esposa le debo el mayor de los respetos. Llámame tradicional, pero debemos estar casados antes de que lleguen los hijos.

—Y quieres aplazar lo de ponernos a ello para después de la boda.

—Eso es. —¿No era mono? Tuve que abrazarlo.

—Si tú puedes esperar, yo también. Aunque...

—De eso nada, Alex Bowman no espera. —Tomó mi mano y comenzó a arrastrarme dentro de la casa.

—¿Eh?

—Tenemos la licencia de boda, al oficiante, los invitados y el vestido. Así que, en marcha. — Alex me llevó escaleras arriba y me metió en nuestra habitación.

—Hola, cariño. —Volví mi atención hacia la cama, frente a la que estaba parada la abuela Petra y donde estaba extendido un hermoso vestido de novia; mi vestido de novia. Me volví hacia Alex, lo apreté con fuerza y empecé a darle besos por todo el rostro.

Capítulo 69

Palm

—¡Abuela! —Me abalancé sobre ella y la achuché con fuerza.

—Vale, vale. Ya sé que me quieres mucho, pero no tenemos mucho tiempo.

—Pero...

—Ya, ya. Vamos a ponerte ese precioso vestido. Tenemos una boda que celebrar y algunos invitados se quedarán dormidos enseguida, así que tenemos algo de prisa.

—Sí, supongo que Tasha se dormirá enseguida.

—No, si me refería a tu abuelo. Esa pequeña tiene pinta de llevarnos a la cama a todos. — Unos golpecitos nos hicieron mirar hacia la puerta.

—Hola, vengo a ayudar a la novia. —Sara caminó hacia nosotras, deteniéndose junto al vestido y acariciándolo con la punta de los dedos—. Es precioso.

—Y tú, pequeña, ¿cuándo vas a decidirte? E oído que eres la única que queda por aquí con prometido y sin fecha de boda. —Sara pareció meditarlo unos segundos.

—Pues, la verdad, yo esperaba terminar mis estudios antes de eso. Soy demasiado joven para casarme, ¿no crees? —La abuela tomó su barbilla entre los dedos y alzó la mirada hacia el techo.

—¿Demasiado joven? Yo tenía 17 cuando conocía al que hoy es mi marido y nos casamos cuando cumplí los 19. Creo que no es cuestión de cuando, sino con quién.

—Bueno, eso ya lo tengo.

—Entonces, ya lo tienes todo. Puedes casarte cuando quieras. Solo necesitas el estímulo adecuado.

—Está bien. Pero ahora, centrémonos en la boda de Palm, que es la que tenemos entre manos.

Alex

¿Nervioso? No, impaciente. Por más que mirara a mi alrededor, controlando que todo estuviese en su lugar, no podía acelerar el paso del tiempo.

Estiré el cuello para poder meter el dedo por el apretado lazo de la pajarita. Definitivamente, yo era algo más grande que Nick y su smoking me quedaba un poco incómodo, sobre todo si me inclinaba para atarme los zapatos, pues me cortaba la respiración. Pero no podía quejarme, el día de Acción de Gracias es difícil encontrar una tienda abierta; y que tengan smoking de mi tamaño, mucho más.

Con el oficiante tuvimos más suerte, bueno, yo tuve más suerte. ¿Quién me iba a decir que Andrey estaba acreditado para officiar bodas? Me mordía la lengua por no preguntar qué le impulsó a hacer aquello, pero, ¡eh!, no iba a quejarme.

La tarta había llegado hacía escasos seis minutos acompañada de un tal Stuff—creo que así se llamaba— sin resuello. Paul había dispuesto un camino de velas en el jardín que llevaba hasta el talo nupcial, donde Andrey y yo esperábamos. Connor y Jonas estaban a mi lado, como mis padrinos, y Robin, Sara y Katia estaban en el lado de la novia. Lena y Mirna estaban ocupadas intentando que Tasha no se lanzara a quitar los lacitos y pajaritas que les habían puesto a los cachorros. Ellos ya estaban haciendo un buen trabajo por sí solos. Al menos Niya estaba toda regia con su lacito. Petra se había agenciado a la pequeña Nika y la estaba acunando contra su

pecho con cariño. Esta abuela estaba pidiendo a gritos tener bisnietos, y su nieta y yo estábamos en camino de hacerlo, solo necesitábamos un poco de tiempo a solas. Paul tenía una cámara de fotos en sus manos, una de esas grandes. Bien, tenía cubierto el reportaje fotográfico. Una música suave comenzó a sonar desde el salón principal y Nick llegó desde allí con una sonrisa en su cara. Seguro, lo de la música era cosa suya.

—Nada como un poco de música de piano para ameniza una boda. —En ese momento, como convocada por el *Claro de luna* de Debussy... Sí, entiendo de música clásica, culpa de mi madre. Como decía, como convocada por las hadas de medianoche, apareció mi chica del brazo de su abuelo. ¡Dios! La foto de la tienda de novias no la hacía justicia. En vivo y en directo ganaba un 2000 x 100. ¡Joder! Ahora sí que estaba nervioso. Ya podía salir todo bien, porque esta mujer no se me iba a escapar. Cuando su abuelo la puso en mis manos, tiré de ella hacia mí y tomé mi beso.

—¡Eh! Aso va al final. —Creo que fue Paul quien gritó eso.

—¡Sí, tío Alex! Dale fuerte. —Ese era Anker. Ese chico prometía.

—Bueno, cuando tengas un momento, me gustaría celebrar una boda —intervino Andrey.

—Vale, pero sé rápido —le advertí.

—Alexander Kelly Bowman, ¿quieres a Palmyra Bennet como esposa?

—Sí, quiero.

—Palmyra Bennet, ¿quieres a Alexander Kelly Bowman como esposo?

—Sí, quiero.

—Pues por el poder que me otorga el estado de Nevada y no sé qué iglesia, yo os declaro marido y mujer, puedes besar a la novia —sentenció Andrey.

—¿Ya? —pregunté.

—Dijiste que fuese rápido, pero si quieres que me extienda un...

—No, no, así está perfecto. —Y me abalancé sobre Palm y sus labios.

Nick

Sara llevaba más de ocho minutos en el baño. No es que estuviese preocupado por su seguridad, estábamos en el lugar más seguro de todo Las Vegas, pero me levanté y fui a buscarla. Cuando llegué al aseo de la planta baja, escuché arcadas al otro lado de la puerta. No necesito ser un genio para unir cabos: vómitos, un retraso en su regla... Aun así, quería estar seguro. Di unos golpecitos a la puerta.

—Sara, estás bien.

—¿Suen a que estoy bien?

—Voy a entrar. —Escuché una arcada como respuesta, así que abrí la puerta y entré. Sara tenía ambas manos apoyadas en la pared y la cabeza inclinada sobre el retrete.

—¡Dios! Amo a tu madre, pero no pienso volver a comer eso rojo, ¿cómo decías que se llamaba? —Otra arcada y ya estaba junto a ella sujetando su cabello.

—Sweety, no creo que sea la comida de mi madre.

—Tú qué vas a decir, tienes el estómago de acero. Todo te sienta... —Otra arcada.

—Sweety, ¿no tienes nada que decirme?

—Sí, que le digas a tu madre que.... —Otro viaje hacia abajo. ¿De verdad no se había dado cuenta?

Sara se incorporó, tomó aire y la ayudé a llegar hasta el lavabo, donde tomó agua para mojarse la cara y enjuagarse la boca. Después, su cara, aún congestionada, se volvió hacia el espejo, desde donde sus ojos me miraban con súplica.

—Quiero meterme en una cama, me estoy muriendo.

—Le diré a Andrey que nos deje una habitación esta noche. No estás en condiciones de viajar, aunque sean unos pocos kilómetros.

—¿Te he dicho que te quiero? —Se recostó contra mi pecho y yo comencé a acariciar su cabeza.

—Sara, no sé si estás tratando de ocultarme algo o es que no te has dado cuenta, pero...

—¿Ocultarte? ¿Qué voy a ocultarte?

—A ver, vómitos, unos días de retraso en tu menstruación. ¿No estarás embarazada?

—¿Embarazada? No, no creo. No sabía que me controlarías los días de mi menstruación. —«Te asustaría saber la de cosas que controlo sobre ti», pensé.

—Eres un puñetero reloj con eso, sweety, no es difícil saber qué días tengo que respirar profundo porque no puedo asaltarte para jugar un rato.

—Eres un perverso. —No sabes hasta qué punto, pero solo contigo—. Lo del retraso puede ser porque mi ginecólogo me ha cambiado las pastillas anticonceptivas y ya me advirtió que puedo notar algunos cambios. —Llámenme desconfiado, pero un retraso de ocho días era algo más que un «cambio», o tal vez sería «el cambio».

—¿Y no sería mejor salir de dudas? —Di que sí, di que sí.

—Si te hace sentir mejor, de acuerdo. Pero yo no me preocuparía por ello. Mañana podemos...

—No, iré a buscar unas pruebas de embarazo y lo haremos ahora. —Ahora es cuando pueden llamarme impaciente.

—No seas exagerado, podemos esperar a mañana y...

—Ya me conoces, soy de los que no deja para mañana lo que puede hacer hoy. —Cogí mi teléfono y marqué un número.

—¿Señor?

—Alexis, necesito que me consigas unas cuantas pruebas de embarazo. —Noté cómo titubeó, pero enseguida contestó.

—Sí, señor. Se las llevaré enseguida —y cortó la comunicación.

—Eres un exagerado. —Sí, sweety, seré un exagerado, pero también puedo ser padre. Si era así, prepárate nueva tradición Vasiliev, Nick está a punto de cumplirla. Y sonreí como un absoluto idiota, pero un idiota feliz, tremendamente feliz.

Capítulo 70

Viktor

Creo que todos vimos normal el que Alex y Palm se escabulleran poco después de cortar la tarta. Yo habría hecho lo mismo. El que estaba raro era Nick. Parecía estar algo nervioso y los viajes que daban él y Sara no tenían pinta de tener un «final feliz». Esta última vez, ambos llegaron cogidos de la mano y, aunque Nick parecía venir flotando, Sara había perdido el color. Tenía que decirle un par de cosas a mi hermano sobre dejar a la chica SIEMPRE contenta.

—Familia, creo que tenemos noticias. Tenemos que confirmarlas con un médico mañana pero... estamos embarazados.

—¡Sí! —grité. Lo sé, estas cosas me emocionan. Que mi hermano pequeño deje embarazada a su novia por fin, era algo que llevaba tiempo deseando. Te vas a enterar, pequeño cabrón, ser padre te cambia la vida.

—Ya podrías confirmarlo antes de soltar una bomba así. Tu madre necesita noticias contrastadas, como hicieron tus hermanos —puntualizó papá. Sentí la mano de Katia sobre mi brazo. Seguro que tenía que hacerme cargo de Tasha para que mi mujer empezara su ronda de abrazos y... ¿su teléfono? ¿Para qué coño me daba su teléfono?

—Iba a decírtelo antes, pero llegó la boda y no quise quitarle protagonismo a la novia. —¿Quitarle protagonismo? ¿Qué coñ...? ¡Oh, joder! Eran los resultados de una prueba de embarazo a nombre de la señora Vasiliev, MI señora Vasiliev. ¡Embarazada! Estaba embarazada. Mi cabeza giró hacia ella tan rápido que creo que oí ese ruido que hacen las espadas cuando cortan el aire.

—¿Estamos...?

—Confirmado. —La cogí por la cintura y la levanté con fuerza hasta hacer que su tripa estuviera sobre mi cara. Sí, la espalda me recordaría después que esas cosas en frío no se deben hacer, pero, ¡a la mierda!, voy a ser padre, otra vez.

—¡Sí, sí, sí! —Katia empezó a reír y giré con ella por todo el cuarto, bajo la atenta mirada del resto de la familia.

—Vaya, Viktor, no pensé que te alegrarías tanto porque Nick cumpliera con la tradición familiar —apostilló Andrey.

—Oh, me alegro, pero estoy mucho más feliz porque nuestro embarazo SÍ está confirmado y todo eso.

—¿Qué...? —Sí, toma mamá, más nietos para volverte loca. ¡Ah, joder!, ¿y si venía otra niña? ¡Pues que venga! Puedo con eso.

—Abuela, vas a tener que montar una guardería en esa vieja casa tuya. —Señor, sentaba genial poner esa tremenda sonrisa en la cara de mis padres.

Alex

¿Noche de bodas? ¡Joder!, esto tenía que repetirlo más a menudo. Palm con dos copas encima era toda una salvaje, y... ¿A quién me estoy quejando? Concéntrate Alex, estás a un minuto de concebir a un nuevo Bowman.

—Concéntrate pequeño, tienes una misión importante. —¿Palm hablándole a mi...? Oh, pequeña, como sigas frotándolo así, vamos a tener que esperar a que me recupere, porque iba a

derramarme dentro de mis pantalones.

La ayudé con su vestido, creo que rompí algún botón de la espalda, y... ¡Joder!, ¿esa lencería?. No sé quién habría sido, pero estaba a punto de hacerle un monumento. Bueno, primero uno a mi mujer y luego otro a quien le comprara esa lencería.

Caímos sobre la cama, aún luchando con mi ropa. Lo siento Nick, te compraré otro. Rasgué los malditos pantalones y los arranqué de mi cuerpo. Sí, ya estaba libre, pero no para jugar con calma.

—Lo siento, pequeña, este va a ser rápido. —Me metí en su interior de una sola estocada, haciendo que mi gemido se mezclara con la fuerte respiración de Palm. Sentí sus uñas clavándose en mi espalda y me detuve en seco. Una cosa era ir rápido y otra muy distinta hacerle daño.

—¿Estás...? —El azote me espoleó en el trasero y luego sentí sus dedos clavándose en mis nalgas con fuerza.

—Como te detengas ahora, juro que te arranco las orejas. ¡Muévete! —Y me moví. Nadie jugaba con la señora de Alex Bowman. Ni siquiera el propio Alex Bowman. Chicago, prepárate, hay un nuevo jefe en la ciudad.

Jonas

Connor y yo estábamos algo... desplazados. No es que no agradeciéramos que Alex nos pidiese ser sus padrinos. A ver, llevábamos juntos cerca de nueve años, Connor algo más, y si tuviera que buscar a alguien cercano al jefe esos éramos Connor y yo. Pero aquella era la familia Vasiliev, los jefazos de la mafia rusa en Las Vegas y nosotros estábamos celebrando una boda en su casa, como si les conociésemos de toda la vida. Sí, hemos trabajado con ellos codo con codo, pero de ahí a esto...

—Tengo que reconocer que tienen un bar bien surtido. —Connor le daba vueltas al vodka con miel en su vaso, con la mirada perdida en los hielos que flotaban en él.

—Tampoco son malos improvisando bodas. Lo de la comida rusa le ha dado un toque a boda temática y todo.

—Tampoco podíamos ir exigiendo, ¿no te parece?

—Tengo la tripa llena, no puedo quejarme. Aunque la tarta no era tan espectacular como la del chef del Dante's. —Connor sonrió tontamente y tuve que girarme hacia él para verlo mejor.

—Sí, la del gorrito gracioso es difícil de igualar.

—¿Gorrito gracioso? —Connor levantó la mano para dibujar con su índice algo redondo en su cabeza.

—Ya sabes, esos gorros de chef con colores y formas difíciles de olvidar.

—Puede permitirse ser algo excéntrica cocinando así. —Connor arrugó su ceño, regalándome esa expresión enfadada suya.

—Yo no he dicho que sea excéntrica. Solo dije que sus gorros son llamativos, solo eso.

—Ya, ya. Entendido amigo. —No quise seguir por ahí, porque un Connor enfadado con unas cuantas copas encima era algo irascible, ya me entienden.

—Espero que el jefe esté disfrutando de nuestro regalo de bodas. —Alcé las cejas un par de veces, y sonreí con malicia. Había pagado él, pero el que escogió la lencería de la nueva jefa había sido yo. Tendría que dejarlo caer con cuidado y en el momento oportuno, porque era un cuchillo de doble filo, ya saben, otro hombre escogiendo la ropa interior de su mujer. Brrr, un escalofrío me recorrió la espalda. Una señal, mejor no le decía que la había escogido yo. Fue la dependienta; eso, la dependienta de la tienda.

—¿Qué regalo?

—Uno que le va a encantar, tú tranquilo.

—Mejor no pregunto más.

Epílogo

Alex

Palm caminaba nerviosa por la habitación, recogiendo su teléfono y alguna cosa más. Su pancita redondeada era un inconveniente a la hora de agacharse, pero ella siempre encontraba la manera de hacerlo más fácil. Ocho meses y medio, para que luego digan que no lo hice perfecto. En menos de tres semanas, mi pequeño heredero llegaría a este mundo para deleite y tormento de sus padres. Y lo haría con una mami recién graduada en Bellas Artes. Mi mujer tenía su título y yo tendría mi familia, bueno, los dos tendríamos nuestra familia.

—¿Quieres dejar de mirarme embobado y ayudarme a ponerme los zapatos?

—A sus órdenes, señora diplomada. —Me puse de rodillas para calzar aquellas ridículas bailarinas en los hinchados pies de mi mujer.

—Sí, suena bien. ¿Jonas cogió mi toga y el birrete?

—Sí, están en el coche.

—Bien, pues cuando termines ahí abajo, podemos irnos. —Deslicé mis dedos por su pantorrilla hasta llegar a la parte de atrás de su rodilla.

—¿De verdad que no tenemos tiempo de...?

—Como llegue tarde por tu culpa, puedes despedirte de cottage pie este fin de semana.

—Eres mala.

—Pero me quieres.

—Sí, eso también. —Me puse en pie y le tendí la mano para ayudarla a levantarse de la cama en la que se había sentado.

Creo que fui uno de los que más fuerte aplaudió durante la entrega de diplomas, bueno, Connor y Jonas también estuvieron apoyando.

Después de las fotos, la celebración y saludos, nos dirigimos al Dante's. Ese día merecía una celebración como Dios manda, tarta especial incluida.

—Bueno, señora Bowman, ¿qué se siente siendo toda una diplomada en Bellas Artes?

—Creo que voy a desbordarme.

—Sí, es grande... —Las uñas de Palm se clavaron en mi brazo y fue entonces cuando vi angustia en sus ojos.

—Literal, Alex, me estoy desbordando.

—¿Qué...?

—Acabo de romper aguas. —Miré hacia sus piernas, por donde se deslizaba libremente un líquido transparente.

—¡Joder! ¡Connor, a la clínica! Estamos de parto. —Para que luego digan que Owen Daro Bowman no era oportuno. Llegó a este mundo dos minutos antes de la medianoche. Su madre y yo recordaríamos este día por muchos motivos, pero él se encargó de llevarse el mérito del más importante: el nacimiento de nuestro primer hijo.

Adelanto

«Préstame tu nombre»

Serguéy

Viktor estaba sentado en su despacho, enfrascado en una conversación telefónica. Me hizo gestos para que me sentara y yo obedecí. Cuando cortó la conversación, se centró en mí.

—Necesito tu ayuda con un asunto.

—Lo que sea.

—Espera a saber de qué se trata. —Desde que llegué a este país, se habían cuidado mucho de involucrarme en algo ilegal. Pero si tenía que hacerlo lo haría. Les debía demasiado para no hacerlo y, además, eran familia.

—Cuéntame.

—Ya te comenté que teníamos otra prima viviendo en Miami.

—Sí, dijiste que estaba fuera de nuestro mundo.

—Tiene una vida normal y sencilla, y queremos que siga siendo así. Por su seguridad.

—¿Tiene algo que ver con mi hermana?

—No.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Casarte.

—¡¿Qué?!

—Tranquilo. ¿Recuerdas lo que tuvimos que hacer con tu hermana para que Constantin no pudiese encontrarla?

—¿Quieres que yo haga lo mismo con otra chica?

—Necesita esconderse durante una temporada.

—¿También la persigue la mafia?

—Es algo más complicado. Estoy investigando el asunto, porque de momento tengo poca información, pero de momento tenemos que movernos rápido.

—¿Cómo de rápido?

—Salimos en media hora para Miami. Será mejor que anules tus citas hasta mañana.

—Llamaré al gimnasio. Basili puede encargarse de los chicos durante un par de días si es necesario.

—Bien. Entonces hagamos nuestras llamadas de camino al aeropuerto.

—Viktor...

—¿Sí?

—Enviamos lejos a Irina para mantenerla a salvo. ¿No crees que darle mi nombre a esta chica la pondrá en el punto de mira de Constantin?

—Solo vas a prestarle tu nombre, Serg, solo eso.

—Pero puede ocurrir. Sokolov no es un apellido tan usual aquí en Las Vegas.

—Afrontaremos ese problema cuando llegue. De momento corre más prisa sacarla de allí.

—De acuerdo. Tú mandas.

—Confía en mí.
—Lo hago, siempre.

Disponible febrero 2020 en Amazon,

gratis con Kindle Unlimited